.

**LA NOCHE DEL 19**
Xabier Terrones Arellano

# LA NOCHE DEL 19

Xabier Terrones Arellano

*A Jon, sin el cual, jamás lo habría escrito*

**X.T.A.**

**1**

El frío de la noche no invita a salir. No es que se trate de ninguna novedad. No al menos tratándose de la madrugada del 19 de enero. En la mayor parte de las ciudades la mayoría de la gente estará dormida en sus casas, pues ya son más de las 4. Pero no en Donostia. Cuatro horas antes se ha izado la bandera de la ciudad; acontecimiento que da inicio a 24 ininterrumpidas horas de diversión: su día grande. Para todos. Excepto para una chica.

Por entre los árboles del monte Urgull corre la joven, sin rumbo fijo. Cada vez que se detiene un instante para recuperar el resuello, escucha de fondo el sordo sonido de los tambores y los barriles. Ese sonido que cada año causa una honda emoción en ella, ahora la aterra, como si se tratara de los tambores del mismo infierno. Pero ese sonido no solo la atemoriza, también la llena de impotencia, pues esos tambores le impiden escuchar un sonido que necesita oír mucho más: el sonido de las pisadas del hombre que la persigue desde hace varios minutos.

Tras varios segundos de forcejeo, la joven ha conseguido zafarse del hombre que ha estado a punto de atraparla y, después de golpearle con una piedra, se ha lanzado a correr hacia adelante, sin saber adónde. De reojo, al salir huyendo, ha creído intuir cómo el hombre se incorporaba, maldiciendo, y se ponía a correr tras ella.

Su único objetivo es encontrar el camino más recto y rápido para volver a la ciudad; a la civilización, a la salvación. Pero la noche es muy oscura. Y fría. El cielo está nublado y ninguna luz puede ayudarle. Sigue corriendo. De repente, la chica tropieza con una raíz que sobresale del suelo y cae de rodillas; tiene que apoyar las manos en el suelo para no caer de bruces. Siente la humedad de la hierba. Sin saber cómo, es más consciente que nunca de lo que la rodea. Aprovecha que está en el suelo para quedarse callada y escuchar. Está agotada y necesita respirar con fuerza, pero se concentra y hace todo lo que puede para no producir ningún ruido. Abre la boca todo lo posible y respira con velocidad.

No escucha ningún sonido. Nadie parece correr a su alrededor. Nadie hace crujir las ramitas y hojas del suelo. Tal vez, finalmente, ha conseguido despistar a su agresor. Por primera vez desde que aquel hombre la raptara, solo un rato antes, que para ella ha supuesto una eternidad, siente algo de tranquilidad. Se arriesga a pensar un segundo en el camino más cercano para

bajar a la ciudad y pedir ayuda. Se pregunta si estará ya a pocos metros del mismo. Lo primero que piensa es que, una vez se encuentre de nuevo entre las calles, buscará a un policía y le contará todo. O ni siquiera eso. Le serviría cruzarse con cualquier persona, contarle lo que le ha pasado y dejarse llevar por la bondad de esas gentes. Sí, sin duda eso es lo que va a hacer.

Mientras piensa en ello escucha un ruido. El crujir de unas hojas. Se queda helada, todavía en el suelo. Pero el sonido ha partido de un lugar lejano. Es imposible que ese hombre haya podido verla desde tan lejos. Además, cualquier otra cosa puede haber provocado ese sonido. Como un animal, por ejemplo. O incluso puede habérselo imaginado.

Segundos después, escucha otro crujido; esta vez algo más cerca. La joven se pone en guardia. Necesita saber de dónde ha venido para salir corriendo justo en la dirección contraria.

Un nuevo chasquido, suave, casi imperceptible. Pero en la reinante oscuridad su oído se ha agudizado. Esta vez sabe que es él. Pero también siente que avanza muy lentamente, espaciando varios segundos cada uno de sus pasos. Posiblemente ese hombre camine a tientas, esperando que ella cometa un error. Pero no lo va a hacer. No es una chica tonta. Sabe que mantenerse así, en esa misma posición, puede ser su única salvación. Salir corriendo despavorida es, probablemente, lo que aquel hombre espera de ella. Y no piensa darle el gusto.

Otro sonido más. La joven analiza el ruido con toda su concentración. Está segura de que su procedencia es un poco más lejana que la anterior, pero sabe que no debe hacerse ilusiones. Espera varios segundos más en silencio hasta que escucha otro sonido. Es más suave incluso que el anterior, lo cual quizá indique que el hombre se haya alejado un poco más.

Sopla el viento hacia ella y le trae el sonido de los tambores, que llevaba varios minutos sin escuchar, sin percatarse de que ahí seguían. Esta vez, los tambores le infunden un rayo de esperanza. Debe seguir ese sonido. Para llegar a la gente.

Otro ruido. Más lejano. Esta vez lo tiene muy claro: el hombre está perdido. Y desde luego no la ha podido encontrar. Una oleada de cálido confort le recorre la espalda, pese al frío que la rodea. Una oleada de esperanza renovada. Ahora sí siente la salida más cerca. Casi puede olerla. Solo tiene que ser valiente un poco más. Tan solo tiene que esperar unos

minutos más, en completo silencio, hasta que el hombre se aleje, para salir corriendo lo más rápido y sigilosamente de lo que sea capaz. Pero de momento toca quedarse donde está. No mover ni un músculo: ser una estatua.

Empieza a contar en su mente. Cuenta hasta cien, lentamente. Se da cuenta de que no escucha ningún crujido desde que iba por 60. O tal vez 70. Da lo mismo. Se pone a analizar sus posibilidades y razona que ese hombre debe de encontrarse ya muy lejos de ella. Lo suficiente como para volver a moverse.

Lo primero que hace es alzar la cabeza. Hasta ese momento ha mantenido la cabeza gacha; la mirada clavada en el suelo, en el que apenas es capaz de vislumbrar lo que allí se encuentra. Levanta la vista y entrecierra los ojos. Mueve el cuello, lentamente, pues lo tiene atenazado, y mira alrededor. Nada hay.

Ahora se permite separar las palmas de las manos de la hierba. Se incorpora muy poco a poco hasta quedarse de rodillas, con el tronco estirado. No hay nada.

Solo queda ponerse de pie, lo cual logra con mucho esfuerzo, y sin emitir apenas ruido alguno. Se siente satisfecha. Ya ha logrado lo más difícil. Ahora tiene que encontrar el camino más cercano y bajar a la ciudad. Sabe que puede hacerlo. Sabe que le duele todo el cuerpo, pero en ese momento no siente nada. Solo quiere seguir adelante.

Tras varios segundos clavada en el sitio, se arma de valor para dar el primer paso. Mueve el pie derecho y lo alza unos centímetros del suelo. Vuelve a posarlo solo unos centímetros más adelante, muy lentamente. El ligero ruido que produce al pisar la hierba le asusta un poco. No obstante, sabe que no ha sido tan fuerte como para preocuparse. Pero quiere hacerlo todo perfecto. Es demasiado lo que se juega.

En ese punto, tan solo le resta seguir así. Va dándose la vuelta, poco a poco, girando sobre sí misma. Y al hacerlo, alza el rostro y se topa con una figura ante ella. El corazón se le desboca y la respiración se le corta. Agudiza la mirada en la penumbra e intenta entender qué es esa vasta forma que se alza, imponente, ante ella, con la escasa luz que allí llega. En un instante, una imagen se le forma en la mente. La figura que tiene delante ya la ha visto antes. Se trata de una enorme estatua, integrada en la roca, que se alza al lado del Cementerio de los Ingleses.

Aunque es plenamente consciente de lo que tiene enfrente, la respiración de la joven sigue muy agitada. Pese a ello, una risa desquiciada está a punto de romper en su garganta, lamentándose por lo tonta que ha sido. No obstante, continúa en silencio. Con la mirada, recorre el borroso contorno de la estatua, que apenas logra diferenciar del fondo. Aun así, distingue el águila que corona el conjunto escultórico, así como el torreón.

De repente, siente que algo no va bien. Según recuerda, a la izquierda, desde su posición, la escultura debería terminar con la figura de unos hombres manipulando un cañón. No obstante, al lado de estos se alza otra silueta. No sabe por qué, pero está segura de que se trata de una persona. Está a unos pocos metros de ella, con los brazos bajos, pegados al cuerpo, y tan inmóvil como la estatua a su lado. La cabeza le resulta extremadamente ancha, hasta que se da cuenta de que lleva una capucha, o algo similar. La joven presiente que lo que sea que hay debajo de la capucha la está mirando. También intuye que viste un gabán o una gabardina; una vestimenta que le llega casi hasta los tobillos.

No es el mismo hombre de la primera vez. Está segura. Este es más alto y más espigado. Trata de tranquilizarse y decir algo en voz alta, pero no le sale ningún ruido por la garganta.

La figura no se mueve hasta que, de repente, alza una mano, la derecha, como haciendo un gesto, casi con desgana.

Y sin que a la chica le dé tiempo a saber lo que pasa, siente cómo algo la abraza por la espalda y le coloca, con brusquedad, algo de tacto sedoso bajo la nariz, y que le cubre la boca. Un pañuelo, es capaz de adivinar antes de notar cómo sus fuerzas la abandonan. Lo último que observa es el contorno de la estatua del Cementerio de los Ingleses, y lo último que escucha es el sonido del mar y de los tambores, en la lejanía, tocando alguna animada marcha en la festiva noche donostiarra.

## 2

*4:48h. 21 de noviembre de 2017.*

Miren de Pedro Sarasola se despierta con un grito ahogado y entre sudores fríos. Coge el reloj de la mesilla y lo mira mientras se masajea la tripa para tratar de no vomitar. No son ni las 5 de la mañana. Otra noche que ya no dormirá más. Respira de forma alterada, y su ritmo cardíaco es muy alto. Necesita sentarse un momento en la cama.

Pone los pies descalzos en el frío parqué de la habitación. Intenta calmarse. Se lleva una mano a la cabeza, que le ha empezado a doler repentinamente. Unos segundos después, su respiración es ya más calmada, y siente la necesidad de beber un vaso de agua. Se levanta y antes de llegar a la cocina, aparta la cortina de la ventana de la habitación y contempla el exterior. Hay pocas farolas encendidas en la calle. No hay nadie por ahí fuera. Piensa en la chica del sueño. Su corazón se acelera un poco más.

En el sueño, la joven corría y corría por aquel monte, mientras alguien la perseguía. Al principio, la chica del sueño era sin duda su hermana, pero de repente, el sueño cambiaba y era ella misma la que huía, o eso cree recordar Miren. Mientras se sirve el vaso de agua, piensa en si es eso lo que le pasó a su hermana. La autopsia reveló que tenía signos de haberse defendido y de haber huido. Además, se encontraron pisadas de ella. Hasta que de repente, en cierto punto del lugar, desaparecían. Como si se hubiera evaporado. O al menos eso les dijeron, semanas después, a sus padres, en su casa. Cuando el investigador pasó a enumerar los detalles más escabrosos del caso, la madre de Miren se dio cuenta de que la chica estaba escuchando detrás de la puerta, así que la llevó a su cuarto y la encerró allí, bajo el pretexto de que una niña de 13 años no debía escuchar algo así, y menos sobre su hermana.

Once años separan aquella traumática escena del momento en que Miren regresa a su cama tras aquella pesadilla, tan recurrente en su vida desde aquel fatídico acontecimiento. Once años en los que todavía, en ocasiones, la joven despierta pensando que su hermana mayor está dormida en la cama de al lado. Pero cuando, todavía ensimismada en su estado soñoliento, pretende levantarse para ir a despertarla, se da cuenta, con una amarga punzada en el estómago, de que no ha sido más que un sueño, y de que, de hecho, se encuentra en la sobria habitación de su pequeño piso de alquiler, que comparte con dos chicas. Es más, Miren lleva años sin dormir en casa de sus padres.

## 3

Es viernes por la tarde. El segundo del mes. Y como cada segundo viernes del mes, a Miren le toca sesión con la psicóloga; la misma profesional que lleva ya varios años visitando.

Llega con el tiempo justo para sentarse en la salita de espera y hojear una revista sin ningún entusiasmo. Tras bostezar un par de veces, levanta la mirada justo cuando la psicóloga sale de la consulta y, con un amable gesto, la invita a pasar.

Miren entra en la estancia tras saludar brevemente a la profesional con una inclinación de cabeza, con cierta desgana, y se sienta en la silla más pequeña, al otro lado de la mesa. La silla es bastante cómoda, pero no es un diván, detalle que, la primera vez que acudió allí, le chocó bastante, pues no era el tipo de consulta que esperaba.

—Ya que voy al psicólogo, me esperaba un buen diván de cuero, como el de las películas, de esos que crujen cada vez que te mueves; no esa mierda de silla —le dijo con ironía a una amiga aquel mismo día, poco después de salir de la consulta—.

La psicóloga se sienta pocos segundos después en su propio sillón, de esos con ruedas. Miren la observa, como siempre. La profesional se llama Lorena, tendrá unos cuarenta y pocos años, y tiene dos hijos, una chica y un chico.

Después de tantos años, Lorena se ha convertido en un rostro familiar para Miren. Nunca han hablado de su vida privada, claro, pero la joven ha tenido tiempo de sobra para trazar un perfil muy detallado de su psicóloga, aunque cree que nunca descubrirá si sus suposiciones son ciertas; claro que tampoco es que le importe demasiado. Para ella es un gusto seguir sus propias elucubraciones. Hasta ahora, cree haber podido adivinar, solo por el aspecto de Lorena y la sala que la rodea, que la psicóloga apenas ama a su marido, pero que asimismo está dispuesta a seguir con él hasta que los niños sean mayores, tal vez porque es una mujer intelectualmente profunda que no echa de menos mantener una relación pasional.

Los niños solo aparecen en una fotografía en toda la sala; probablemente, piensa Miren, porque su madre no quiere que queden muy expuestos en la consulta, tal vez para que sus pacientes no le pregunten por ellos más de lo

necesario. Además, en la foto, la niña, la mayor, no tendrá más de siete u ocho años, y su hermano pequeño un par menos. La Lorena de la foto parece bastante más joven, así que Miren calcula que los niños estarán a punto de entrar en la adolescencia, si no lo han hecho ya.

Lorena, generalmente, viste ropa de colores apagados y va poco maquillada. Destacan en su rostro unas gruesas gafas de pasta. Miren, al principio, pensaba que podrían ser un complemento puramente estético, quizá porque, como mujer, le costó más esfuerzo conseguir su puesto que a sus colegas varones, por lo que esas gafas le ayudaron a dotarse de un aura de profundidad intelectual, tal vez incluso le concedieran cierta seguridad en sus inicios, como una suerte de amuleto. Mientras Miren reflexionaba sobre ello en una de sus primeras sesiones, durante un silencio que se postergó más de lo habitual, Lorena se giró un instante y Miren aprovechó para fijarse mejor. Resultó que, pese a sus sospechas, las gafas en efecto tenían un aumento bastante pronunciado.

—¿Quieres contarme algo especial que te haya ocurrido estos últimos días? —pregunta la psicóloga mientras se acomoda en su silla, con la libreta en sus manos—.

Miren se toma su tiempo para responder.

—No en especial, quizá lo del sueño, una vez más, pero nada. Nada en especial.

Sin mostrar ninguna expresión de juicio ni sorpresa, Lorena pregunta:

—Estas últimas dos semanas, ¿cuántas veces se ha repetido el sueño?

—Solo dos.

Lorena apunta en su libreta.

—Parece positivo, ¿verdad? —pregunta.

—Me imagino… —no es que Miren esté del todo segura.

—Solo puede ir a mejor —su voz suena aséptica pero firme—. Ya verás. Aunque, como siempre comentamos, hay cosas que puedes hacer.

—Descubrir quién mató a mi hermana, por ejemplo.

Lorena alza las cejas, solo un instante. A Miren a veces le gusta pillar desprevenida a su psicóloga, sobre todo cuando está teniendo un día especialmente amargo. Sabe que no es lo correcto, pero no puede evitarlo. Por suerte, la psicóloga está acostumbrada a ese tipo de expresiones y exabruptos, por lo que responde con entereza.

—Miren… Ya sabes que eso no está en tu mano.

—¿Por qué no? —la pregunta va más en serio.

—Solo te va a aportar dolor. Y frustración.

Como la psicóloga se pone profunda cada vez que la conversación gira por esos derroteros, Miren prefiere no discutir, así que opta por seguirle la corriente.

—Sí, tienes razón, Lorena. Sé que, a veces, puedo ser muy autodestructiva. Me lo han hecho ver siempre.

—¿Quién?

—Pues todo el mundo. Mi familia, principalmente.

—¿Tus padres?

Miren se toma su tiempo para responder.

—Supongo que sí. Pero no creas que les echo la culpa, ¿eh? De eso no, al menos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que bastante tuvieron ya con lo suyo —siempre que pasan a ese tipo de temas, Miren se revuelve en su silla, incómoda—. Es decir, que soy consciente de que yo misma me he metido en esto.

—¿Te sientes como en una espiral? ¿De la que no puedes salir?

—Sí, eso es —admite Miren—. Una espiral autodestructiva, exacto. Me gusta cómo suena eso. Soy muy testaruda, además.

—Eso no tiene por qué ser esencialmente malo.

—Ya, ya. Si lo peor es que soy muy obsesiva. Me ha costado años aceptarlo. Pero hace tiempo que ya lo sé.

Lorena se recoloca las gafas sobre el puente de la nariz.

—Veamos, Miren. Recuerda que eso lo hemos hablado desde la primera vez que charlamos aquí. Dedicar tu vida a algo, a algo concreto, por muy complicado que pueda ser, como es el caso, está bien, pero siempre que no te aleje de otras cuestiones que también son importantes para tu crecimiento personal.

—Cierto… Bueno, últimamente, he vuelto a recuperar el contacto con un par de amigas que hacía tiempo que no veía.

—¡Ah! ¿Y qué tal?

## 4

Después de abandonar la consulta, Miren se dirige a la universidad a seguir con sus clases. Está cursando un Máster en Análisis Forense, tras haber estudiado el Grado en Criminología, con la intención de especializarse, precisamente, en la Investigación Forense. Además, tras acabar sus estudios, puede que intente sacarse las oposiciones para ingresar en la Ertzaintza, aunque ese punto aún no lo ha decidido.

Dentro de ese campo de estudios, el tema que más le ha apasionado en los últimos tiempos es el de los asesinos en serie. Al menos, desde que, siendo una adolescente, su vida dio un dramático giro de noventa grados. Ese es el tema del que más información ha buscado, y del que más literatura y artículos ha leído, con diferencia. Al principio, pocos meses después de la muerte de su hermana, no se le iba de la cabeza que quien cometió aquella tropelía tuvo que ser alguien muy frío e inteligente; un psicópata experto y muy perspicaz. Alguien capaz de irse de rositas sin, aparentemente, dejar ni una sola pista. Más adelante, sin embargo, pensó en que tal vez los culpables pertenecieran a algún tipo de agrupación de hombres con menos cabeza pero muchas ganas de llevar a cabo sus más bajos instintos, como uno de esos grupos más o menos organizados de violadores que, sobre todo, aprovechan las fiestas más populares y numerosas para dar rienda suelta a sus delictivas apetencias. Además, en otros periodos de su vida, Miren ha creído también en otras teorías, incluso en aquellas que incorporan a la propia Policía, o a parte de ella, como culpables por acción u omisión.

Como la consulta de la psicóloga está en la Calle San Marcial, Miren camina hasta el Hotel Londres. Frente a la parte trasera del hotel está la parada de autobuses. Espera un par de minutos hasta que llega el autobús de la línea 25, que la acerca al campus. Nada más sentarse, la joven se pone los auriculares y escucha algo de música mientras saca la libreta de su mochila y observa con detenimiento la hoja blanca que ha abierto sobre su regazo.

Casi todos los días, cuando viaja en autobús, desde su casa, en el barrio de Intxaurrondo Sur, repite la misma rutina. Abre la libreta por una hoja en blanco por si le llega la inspiración divina y puede escribir alguna idea brillante, o al menos algo lo suficientemente útil para añadir a su Trabajo de Fin de Máster. Hay días en los que tiene suerte y le viene alguna idea, pero últimamente no está habiendo suerte. Además, la fecha de la primera entrega se acerca peligrosamente para Miren, quien todavía tiene el primer boceto

bastante alejado de lo que esperaba, pues solo unos meses atrás estaba segura de que ya lo tendría completado para esas fechas tan adelantadas.

Como no se le ocurre nada nuevo ni útil, Miren cierra la libreta y se pone a mirar el paisaje. Justo en ese momento, el autobús avanza por el Paseo de la Concha, su parte preferida del trayecto al campus; una visión que siempre le relaja y hace volar su imaginación. Durante sus años en la universidad, casi todos los días ha pasado por ese mismo lugar, y en muchas ocasiones tanto a la mañana como a la tarde. Pero por muchas veces que lo haga, nunca se cansa de admirar la preciosa bahía, con la isla al fondo. Algunos días ha visto la bahía soleada y la playa llena hasta la bandera de gente. Otras veces, la mayoría, ha contemplado el paisaje bajo un cielo gris; unas veces bajo la lluvia, otras no. Incluso un invierno, durante una ola de frío especialmente intensa, llegó a ver la playa completamente blanca, cubierta de inmaculada nieve virgen, al igual que la isla y los montes que la escoltan: Urgull e Igeldo.

Nada más bajar del autobús, Miren se dirige a la cafetería de la facultad. Varias de sus compañeras de clase ya están allí, tomando algo antes del inicio de las clases de la tarde.

Se acerca a la mesa donde están las jóvenes y se sienta en una silla vacía, tras saludarlas brevemente. Por suerte, la silla vacía está junto a una chica llamada Leire, la mejor amiga de Miren, a la que conoció en clase, y con la que comparte ya varios años de amistad.

—¡Uff, cómo está Eneko Pérez! —se relame con exagerada lujuria una de las chicas, poniendo los ojos en blanco, mientras las demás ríen con ganas.

La recién llegada echa un vistazo a las demás con cierta sorpresa, esperando que alguien le explique de qué va la conversación. Su amiga Leire, que está a su derecha, la saca de dudas.

—Nada, Miren —le dice entre risas—, estamos hablando de con qué tíos de clase nos enrollaríamos.

Otra de las chicas, Nerea, dice entonces:

—Humm… a mí Eneko me parece un poco seco —hace una pausa, pensativa—. A mí me pone… Aunque no mucho, ¿eh? —matiza, con gravedad—. Pero un poco más… Lier.

Se escuchan dos tipos de exclamaciones tras el comentario de Nerea. Varias están claramente de acuerdo, otras, absoluta y rotundamente en contra.

Miren, por su parte, ni siquiera está segura de quién es el tal Lier. Por tanto, a diferencia de en otras ocasiones, esta vez prefiere quedarse al margen de la conversación.

Mira el reloj y comprueba que quedan pocos minutos para la clase con el profesor Casanueva, al que los alumnos llaman por su nombre de pila, Fran, que es como desde el primer día les pidió que se refirieran a él.

A pesar de la vocación de Miren por los estudios, sobre todo por esa temática en concreto, y pese a su gusto por las materias que se imparten en el Máster, no se atrevería a asegurar que va contenta a todas las clases. Con Fran, sin embargo, la cosa cambia. Se trata de su profesor preferido, no solo del Máster, sino también de toda la carrera universitaria.

Su admiración por el profesor empezó el curso anterior, durante su último año del Grado Universitario, cuando, según ella, ese hombre la salvó de un aprieto.

Todo comenzó, a su vez, un año antes de ese último de la carrera, es decir, durante el tercer y penúltimo curso. En la asignatura de Psicopatología Forense, que a la joven le hacía una especial ilusión cursar, le tocó como profesora una tal Begoña Arbide, una abogada penal con *cierta* reputación en el mundillo; la cual se convertía en una *gran* reputación cuando una escuchaba a esa mujer, puesto que aquella que atendiera algo en sus clases, rápidamente se percataría de la vanidad de esa señora. De hecho, aun estando a un paso de llegar a la edad de jubilación, Miren estaba segura de que esa señora moriría en clase, dentro de muchos años, sin pensar jamás en retirarse de la enseñanza.

La tal Begoña era una profesora exigente, algo cortante e intransigente ante las críticas, sin olvidar su ya citada soberbia, cosa que a Miren no le preocupaba especialmente. Eso sí, le sacaba de quicio que esa señora hablara de sí misma en tercera persona. También que, además, se refiriera a sí misma por el nombre y apellido, y se citara a menudo en clase. Esto último, en un primer momento, a los alumnos les causó más de una confusión, porque no sabían si ella estaba citando a otra persona con su mismo nombre o a algún autor de nombre similar.

En cualquier caso, lo que más le disgustaba era el hecho de que la que esperaba que fuera su asignatura preferida, de toda la carrera, fuera impartida por alguien tan irritante.

En todo caso, los problemas empezaron más adelante. La asignatura se aprobaba, además de con un examen, con un trabajo individual de libre elección. Los alumnos debían escoger un caso criminal, a poder ser ya juzgado, e investigarlo para descubrir alguna posible falla en el juicio, alguna pesquisa inconclusa, algo que pudiera hacer reabrir el caso. Por pura lógica, se trataba de una simple simulación, una forma de demostrar que el alumno efectivamente había adquirido los conceptos de la asignatura. Ni Begoña ni nadie esperaba que un alumno fuese a encontrar nada realmente sorprendente.

Pero Miren se lo tomó muy a pecho. Decidió que, siendo su tercer año de carrera, había llegado el momento de sacar la caballería y sorprender a propios y extraños con un *trabajazo* de esos que marcan un antes y un después. Un trabajo digno de ser mostrado por Begoña en años venideros a los alumnos de las siguientes promociones.

Como era de esperar, escogió el tema del asesinato de su hermana Ane, aunque prefirió cambiar su apellido para que no se le descubriera el parentesco. El mes y medio que tuvo para hacer el trabajo lo aprovechó para investigar una barbaridad, para preguntar aquí y allá, y pasarse horas y horas, incluidas las noches, en formular nuevas y coherentes teorías.

Al fin, la noche anterior a la entrega del trabajo, Miren tuvo listo su proyecto. Al revisarlo por última vez, fue de nuevo consciente de que no era tan brillante como esperaba, pero sí lo suficientemente exhaustivo como para ganarse, no solo una gran nota, sino también algún que otro elogio por parte de su veterana profesora.

Un par de semanas después, sin embargo, cuando se publicó la nota de su trabajo, solo vio un 4 en color rojo. Extrañada, convencida de que debía tratarse de un error, fue al despacho de la docente tan rápido como le fue posible.

Una vez dentro, la señora Arbide la invitó a sentarse y se puso a buscar el trabajo de Miren en un grueso fajo de folios, el cual, según pudo comprobar ella misma, se trataba, sin lugar a dudas, del más extenso de todos, y con bastante diferencia.

Begoña le extendió el trabajo a la joven, y esta vio con horror que al lado del encabezamiento aparecía un enorme 4. Debajo del mismo, había un sinfín de anotaciones escritas con bolígrafo rojo.

Miren sintió cómo el rubor se le subía al rostro. Comenzó a sentir calor, un calor provocado por la rabia y la impotencia.

—No lo entiendo… —atinó a decir, balbuceante.

—Pues es muy fácil, querida —comenzó la profesora, con su tono autoritario y arrogante, y con un matiz de complacencia en la voz—. Mira, yo te agradezco la dedicación que le has concedido. Sin duda, esto denota que te has pasado horas investigando. Te has informado de un montón de casos similares al de la muchacha esta, te has ido hasta… —se detiene un momento para hacer memoria—, hasta Australia. Te has puesto a buscar en la historia penal de Australia, entre otros lugares. Y eso lo valoro mucho. Por eso te he puesto un 4.

—Pero… Un… ¿4?

—A ver, Miren de Pedro —siempre se dirigía a sus alumnos por su nombre y apellido—, el marco teórico es muy bueno. De verdad. Pero eso es todo. El resto no hay por dónde cogerlo —el comentario le sentó a Miren como un puñetazo en el estómago—. Te pones a elucubrar sobre unas bases, unos supuestos, que a todas luces son pura invención. Un dislate tras otro. Y esta no es una asignatura de Creación Literaria o algo así. Aquí pedimos hechos. Cons-ta-ta-bles —recalcó, tajante—. No sé si entiendes por dónde voy.

Begoña hizo ese último comentario mirando fijamente a Miren a los ojos, con una expresión de lástima, como si hablara con un inferior intelectualmente. La joven no pudo contenerse y se levantó de golpe, casi tirando la silla tras ella.

—¿Cómo… cómo que invención?

—Siéntate, querida. Si quieres lo analizamos con detenimiento, pero ya te digo que en tu caso yo reharía todo el meollo del trabajo. Lo de las manadas de violadores tiene un pase. Bueno, más o menos —añadió, con evidente desagrado—. Pero todo esto de insistir en que tal vez haya mafias de trata de blancas implicadas, y su posible vinculación con asesinos en serie… Es

descabellado; un auténtico despropósito. No aportas ni una sola prueba que merezca la pena…

—Usted dijo que con algunas evidencias era suficiente sostener alguna tesis de cier…

—Pero dentro de un orden —la interrumpió—, y con sentido común, por Dios. Lo siento, pero ni de lejos has dado en la diana —la profesora se tomó un segundo para respirar, con honda parsimonia—. Mira el lado positivo. Tienes todo el verano por delante. Es un reto encomiable.

—Que es un… —Miren seguía de pie, paralizada por la indignación—. He trabajado mucho en esto. Es un tema que me interesa en especial porque… —Miren logró contenerse a tiempo. Sabía que el nerviosismo le había hecho hablar más de la cuenta. Por suerte, la profesora estaba tan pagada de sí misma que no había reparado en la turbación de la chica, y seguía mirando el trabajo de su alumna con una mueca de descontento.

—No, si el tema me parece muy interesante. Una chica joven y tal… Pero tú misma lo dices desde el principio. No hay pruebas. No escogiste bien el tema. Y desde luego, esta chica no formó parte de ninguna trama, ni de asesinatos en serie ni nada por el estilo. Fue una muchacha joven que estaba donde no tenía que estar y se encontró con algún indeseable que le hizo de todo. Nada más.

Miren sintió cómo empezaba a marearse. Volvía a ver a su hermana en su mente, a imaginarse y revivir esas horribles escenas de sus sueños.

—Usted no sabe nada… —consiguió decir, entre dientes.

Begoña dio un respingo, sorprendida y visiblemente ofendida. Por fin reparó en la chica y la miró fijamente, por vez primera desde que entrara por la puerta.

—¿Que yo no sé…? ¿Quién te has creído que eres? ¡Más que tú sí que sé! ¡Seguro!

—De este tema, no.

—De este tema, sí. También. Una chica violada y asesinada en fiestas. ¡Ni que fuera la primera vez! Mira, te voy a dar un consejo, aunque no te lo mereces. Este tema no es muy cautivador, ni reseñable. Desde el punto de

vista académico, quiero decir, lógicamente. Escoge otro con más posibilidades —añadió, rebajando el tono, hasta hacerlo sonar casi maternofilial—. Tienes todo el verano para…

Ahora sí, Miren estalló en gritos, fuera de sí, perdiendo todos los filtros de la cordialidad:

—¿¡Que no es importante!? ¡Esa chica es mi hermana, desgraciada!

Lo último que vio fue la horrorizada expresión de Begoña, que se echó para atrás en su silla, ultrajada en su intocable majestad.

Miren ya estaba saliendo por la puerta como un ciclón cuando escuchó la cascada voz de la profesora tras ella:

—¡Fuera de mi despacho, maleducada! Te vas a arrepen…

Pero la puerta ya estaba cerrada y no escuchó nada más. Se fue directa al baño, donde pasó un buen rato llorando a lágrima viva, con ganas de volver al despacho y estamparle un libro en la cara; el más grande y pesado que pudiera encontrar.

Pero no lo hizo. En cambio, se pasó el verano rehaciendo el trabajo. Rebajando, pese a que no creyera en ello, alguna de las hipótesis más controvertidas.

En septiembre, volvió a presentarse. Entregó el trabajo y esperó. Una vez más, la experimentada profesora le suspendió; y esta vez con un tres y medio.

En esta ocasión, a Miren le entró la risa. Pero acto seguido fue también consciente de que no podía volver a fallar. Ese septiembre comenzaban las clases de su último curso, y no podía permitirse el lujo de seguir suspendiendo asignaturas alegremente. Por ello, ya no se matriculó con la señora Begoña Arbide. Buscó qué otro profesor impartía esa asignatura, y encontró el nombre de Fran Casanueva, quien solo daba clase a un grupo, y por las tardes.

A Miren no le importó. Se matriculó con él y rezó para que no fuera tan impresentable como la anterior maestra. Esa vez tuvo suerte. El profesor resultó ser un tipo excepcional. Se trataba de un hombre de cuarenta y pocos años, de estatura media, con el pelo rizado, corto y canoso, y algo desaliñado. También tenía los ojos marrones, de aspecto cansado pero con la mirada limpia y rebosante de alegría, por lo menos en clase, donde se notaban sus

muchas, muchas ganas de enseñar. Su forma de impartir la asignatura era realmente interesante, o eso pensaba ella, que disfrutaba mucho de las enseñanzas de Fran.

Pero aún quedaba lo más difícil. El dichoso trabajo. A mitad de cuatrimestre, Miren acudió a una tutoría y, sin ambages, le expuso su situación a Fran, y su pésima experiencia con la profesora Arbide, aunque omitió un detalle: la chica del trabajo se tratara de su hermana.

Eso sí, entre otras cosas, le comunicó que no creía que tuviera mucho tiempo para concederle a ese trabajo, dado el volumen de tareas de las demás asignaturas, las del último curso. Entonces, Fran le pidió que le entregara su trabajo, la primera versión del mismo.

Esa misma noche, Miren se lo envió por *email*, y en un par de días, Fran le envió otro correo electrónico pidiéndole que fuera a verle al despacho. La joven fue allí y estuvo cerca de emocionarse por lo que el entusiasta profesor le trasladó. En resumen, le aseguró que era el mejor trabajo de esa asignatura que había leído jamás, y que tenía un sobresaliente asegurado. Además, si quería optar a una matrícula de honor, tan solo tendría que hacer unos ligeros cambios y retoques en algunas partes en las que entraba en pequeñas contradicciones, o en las que faltaba algo más de profundidad en el análisis.

Miren no solo se llevó una matrícula de honor, sino que decidió matricularse en una asignatura optativa, solo porque la impartía su nuevo profesor favorito. Ese mismo año, acudió a más tutorías de las necesarias, para debatir sobre diferentes teorías y hablar sobre casos criminalísticos especialmente complejos. La sabiduría y perspicacia del hombre dejaban atónita a Miren en no pocas ocasiones.

Además, al año siguiente, en el Máster, se aseguró de escoger la asignatura optativa que impartía Fran. Y a la hora de escoger tema y tutor para el Trabajo de Fin de Máster, Miren escogió, por supuesto, a Fran como tutor, y como tema: «Las extrañas y no esclarecidas violaciones y muertes de mujeres las vísperas de la fiesta de San Sebastián; un recorrido por la historia». Un trabajo que, como era de esperar, le estaba costando más de un disgusto por su complejidad. A veces, la joven era consciente de que su ambición había sido, quizá, demasiado grande.

Antes de elegir a Fran como tutor, la joven tuvo un par de reuniones más con sendos profesores del Máster, que habían pedido a la joven que fuera a

sus tutorías para hablar del Trabajo de Fin de Máster. Al parecer, a tenor de las buenas notas de la chica, estaban interesados en que hiciera el trabajo con ellos. No obstante, cuando ella les contó su idea, ambos profesores intentaron que cambiara de opinión, y al ver que la joven se obcecaba, y que no cedería un ápice, se retiraron de la liza con una sonrisa de afable complacencia.

Miren ya se imaginaba una reacción así por su parte, pero no le importó. En cambio, eso le hizo valorar aún más el esfuerzo de Fran por apoyarla en algo así, a pesar de sus dudas sobre la viabilidad del tema escogido.

Cuando Fran le preguntó por qué estaba tan obsesionada con ese tema, su alumna estuvo tentada de contarle todo, aun a riesgo de parecer una desequilibrada. Sin embargo, prefirió decirle que tenía una corazonada, que algo le decía que podía haber algo de verdad en todo ello y, que al fin y al cabo, se trataba de un trabajo universitario, no de una verdadera investigación policial.

—Es el momento para equivocarte, y aprender equivocándote, es cierto —le confesó Fran.

Además, para documentarse lo mejor posible para su trabajo, Fran adelantó las prácticas externas de la joven, pensadas para la última etapa del Máster, y utilizó sus contactos en la Ertzaintza para que Miren pudiera acudir todos los fines de semana a la Unidad de Policía Científica, a la que llevaba ya casi dos meses yendo y aprendiendo todo lo posible, pese a tratarse de unas pocas horas a la semana.

Esa experiencia le hizo convencerse, las primeras semanas, de que tal vez podría encontrar su hueco en el mundo preparándose las Oposiciones para la Policía, y después centrarse en entrar como investigadora criminal en la citada Unidad. Ahora bien, después de casi dos meses, y después de lo que ha visto y vivido, tiene sus dudas.

## 5

Volviendo al presente, Miren se encamina a la clase de Fran Casanueva junto a sus compañeras, que en efecto no comparten, ni de lejos, el entusiasmo de la joven por el profesor. En cambio, le ven como un cuarentón aburrido y pedante, demasiado motivado por su trabajo.

—Si se cuidara un poco más no tendría tan mala pinta —dijo Nerea tras la primera clase con él—. Porque no es feo. ¡Pero es tan dejado! Desde luego, no parece que esté casado, no… Encima, no lleva alianza. Pero vamos, que si fuera mi marido, no le dejaría vestir así, ni para estar en casa, vamos.

—Está claro, vamos —le apoya Leire, entre risas.

A Miren, por supuesto, esos comentarios no le importan lo más mínimo. Les tiene aprecio a sus compañeras de clase, que se habían convertido en amigas después de tantos años de universidad, y ahora, de nuevo juntas en el Máster. No obstante, sabe que se matricularon en las clases de Fran por su fama de *blando*, y de aprobar a casi toda la clase sin que la asignatura signifique un quebradero de cabeza.

Al entrar a clase, un par de minutos tarde, y sentarse en sus asientos, Miren es consciente de que el profesor les está mirando, sentado en el quicio de la mesa. Sabe que no le gusta la impuntualidad, por la cara que pone cada vez que alguien llega tarde, pero es tan buen tipo que nunca ha prohibido la entrada a ningún alumno, por muy tarde que haya llegado.

Una vez que las chicas están dentro del aula, el profesor Casanueva inicia su clase. Estudian el caso de un padre de familia que era un auténtico monstruo que mató a varias personas y que mantenía a su familia sometida bajo un yugo terrible. Ese caso le lleva a hablar de otro caso, el del tristemente célebre monstruo de Amstetten.

Miren pasa la clase muy atenta, haciendo preguntas y comentando aquello que el profesor destaca. La mayor parte de los alumnos, incluyendo a sus amigas, no parecen nada interesados en el tema del día.

Durante la segunda parte de la clase, sin embargo, Fran pasa a tratar otros temas a todas luces menos interesantes pero que aparecen en el temario. Ese último tramo de la clase, incluso Miren lo pasa más dispersa.

A las 6 de la tarde, la clase llega a su fin y todos salen casi corriendo para aprovechar al máximo el descanso entre clases. Miren, no obstante, se toma con parsimonia la recogida de sus cosas, deliberadamente, para poder conversar un poco con Fran.

Cuando ambos se quedan solos, la chica se acerca a la mesa del profesor, que en ese momento está metiendo sus notas y demás material en su mochila.

—Hoy te he notado un poco ausente, Miren. Al final, al menos —le comenta, con una afable sonrisa, como quitándole hierro.

—Sí, es verdad —responde Miren, algo avergonzada.

—¿Todo bien?

—Sí, nada grave… Sin más, se acerca la fecha de la primera entrega, y…

—¿Qué tal llevas el TFM?

—Bueno, no va mal —se toma un segundo para proseguir—, pero no tan bien como esperaba.

—Vamos, que no va bien —le sonríe el profesor, como animándola a sincerarse.

—Estoy bastante bloqueada, la verdad. Creo que estoy llegando a un punto muerto. Y no sé cómo saldré.

—Bueno, si quieres, el jueves por la mañana te acercas en hora de tutoría y le echamos un vistazo.

—Vale, perfecto.

Miren está encantada de poder tener una relación tan cercana con su profesor, casi como si fuera un amigo. Bueno, quizás amigo no sea la palabra correcta. Tal vez, como si fuera un colega. Pero en cualquier caso, alguien en quien poder depositar cierta confianza.

Ese jueves por la mañana, Miren se dirige a la facultad para hablar con Fran. Antes de llegar a su puerta, pasa por delante de la de Begoña Arbide. Se detiene un momento, mira alrededor, y al ver que no hay nadie, le dedica una enérgica peineta a la puerta, deseando que la profesora esté dentro de su

despacho en ese momento.

Después, camina unos metros más hasta llegar al despacho de Fran. Llama a la puerta y tras unos segundos, recibe una respuesta:

—Adelante.

Miren abre la puerta y se introduce en el despacho, bastante más angosto que los de otros profesores en los que la joven ha estado en todos sus años de universidad.

Fran le señala el asiento frente a la mesa mientras termina de escribir algo en su ordenador portátil.

—Ya está. Perdona. ¿Qué tal estás. Miren?

—Bien, sin novedad.

—¿Te parece que hablemos de tu trabajo?

—Vale.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Creo que no lo estoy enfocando bien.

—Yo también lo creo. Me parece que estás dando rodeos. Y tienes que ir a lo que piensas. Coger una idea y defenderla.

—Ya, pero es que no encuentro nada. No tengo más que dudas.

—¿Las prácticas en la Ertzaintza no te están ayudando?

—Hombre… Teniendo en cuenta que además de ordenar ficheros con historiales y poco más, no hago nada, pues no mucho —contesta, con un bufido sarcástico.

—Deberías hablar con tus compañeros. Con gente que lleve años ahí metida. Seguro que te pueden hablar de casos que te puedan dar alguna clave, sobre todo de aquellos que aún están sin resolver.

—Ya lo intenté, pero no son muy comunicativos, que digamos. Y a mí no se me da bien sonsacar cosas. No soy muy buena haciendo amigos, para qué

te voy a engañar.

—Bueno, pues eso también se aprende. Yo que tú lo volvería a intentar. No pierdes nada. Será mejor eso que pasar lo que te queda de prácticas sin aprovechar ese tiempo en algo valioso.

—En fin. Está bien. Lo intentaré.

—Recuerdo que, hace meses, cuando me pediste que te buscara estas prácticas, estabas muy animada. Muy convencida de que te iban a venir genial. De que ibas a poner todo tu empeño en descubrir cosas que el común de los mortales ignora.

—Eso pensaba —Miren se siente un poco ridícula al recordar el énfasis que en su día puso en su alegato para convencer al profesor.

—Y es así. Pero tienes que buscar un poco más. ¿Tú sigues creyendo en tus teorías?

—Bueno, yo creo que sí. O sea, que sí, vamos.

—¿Crees que esos casos de violaciones y asesinatos en fiestas pueden tener un nexo, sea el que sea?

Miren se lo piensa un poco antes de responder. Ya no sabe qué creer, y hasta se siente un poco incómoda al tener que hablar.

—Supongo que sí. Pero como todavía no he encontrado nada, ningún hilo del que tirar, pues…

—Bueno, pues te propongo un reto. Tienes… dos semanas para encontrar ese hilo.

—¿Dos semanas? Pero la entrega es dentro de tres.

—¿Y qué? Soy tu tutor, podemos jugar un poco con las fechas. Prefiero que te tomes más tiempo en buscar una buena base para tu teoría, que construir castillos en el aire que se caigan a la mínima que los meneas un poco.

—Bueno, pues vale. Lo voy a intentar.

—¡Esa es mi alumna favorita!

Realmente Fran sabía cómo dar con la clave para animar a sus alumnos. O al menos, con Miren lo conseguía. El resto de la conversación la pasan enfrascados en temas más técnicos para abordar el trabajo. Tras ello, Fran regresa a dar la siguiente clase y la joven se marcha a su casa, con más preguntas que antes, en su ya de por sí atribulada cabeza.

## 6

Llega el fin de semana para Miren, tras una semana bastante larga y pesada para ella, entre clases, trabajos, y el TFM, claro, que pese a no avanzar gran cosa, solo el estrés que le genera es suficiente para provocarle un potente dolor de cabeza. A eso se unen las prácticas en la Ertzaintza los fines de semana.

Ese sábado a la mañana, de finales de noviembre, se levanta bastante cansada, pero con el firme propósito de dejarse ver más en la comisaría. «No como hasta ahora», piensa, porque está segura de que apenas la ha mirado nadie más de dos segundos seguidos.

Llega a la comisaría y, tras los saludos pertinentes al personal de seguridad de la entrada, a los que saluda con más entusiasmo de lo normal (algo forzado, en su opinión), se dirige a la zona de esparcimiento, que no es más que una sala de reducidas dimensiones en el último piso, con unos asientos o bancos corridos de plástico, alguna mesita con periódicos y unas cuantas y variadas publicaciones, además de alguna planta. Y, por supuesto, la reina de la estancia: la máquina de café. A su vez, la salita tiene una puerta de cristal que da paso a la terraza, bastante más amplia, y donde los fumadores pueden salir a disfrutar sus pitillos a gusto.

Esa mañana, no obstante, ha salido muy lluviosa, así que solo hay un par de valientes (o muy dependientes del tabaco) fuera, fumando bajo sendos paraguas.

Dentro de la pequeña sala hay tres personas más, dos mujeres y un hombre, todos ellos alrededor de la máquina de café, cada uno con su vaso de plástico en la mano, y charlando animadamente.

Miren respira hondo y avanza con seguridad y paso firme hasta la máquina de café.

—¡Perdón! —pide en voz alta, aunque algo quebrada.

Los compañeros se callan al instante y reparan en la recién llegada mientras esta introduce un par de monedas en la máquina y lee las opciones en la parte derecha de la máquina. Es la primera vez que sube allí, por lo que necesita más tiempo que los demás para encontrar la elección que desea.

Miren se ha fijado perfectamente en la expresión de los tres policías al verla. Han puesto caras de extrañeza, de desconocimiento. Además, a pesar de haber pasado varios segundos, nadie ha vuelto a pronunciar una palabra.

Con su vaso de plástico en la mano, y el café ardiendo en su interior, Miren recuerda las palabras de Fran, y en vez de hacer caso a su instinto, que le pide sentarse en el asiento más lejano a ese grupito e intentar pasar desapercibida, se da la vuelta y, dibujando una sonrisa, pregunta lo más alegremente que puede:

—¿Qué tal va el día, chicos?

Una de las mujeres, aparentemente la más mayor, que rondará la cincuentena, le responde primero, con cierta vacilación:

—Bueno… Para ser sábado y hacer un día de mierda, no va mal —y suelta una risita.

El hombre, de unos treinta y muchos, habla a continuación:

—Peor sería que hiciera un sol de la hostia y estar aquí encerrados. Nos ha jodido.

—Claro, claro… —añade Miren, que no sabe qué más decir.

Tras uno de esos instantes incómodos que no duran más de una fracción de segundo, la mujer mayor, abandonando toda desconfianza, vuelve a hablar, dirigiéndose a Miren:

—Creo que no nos conocemos. Soy Mertxe.

Y le da la mano, muy cortés, y con una sonrisa de complicidad.

Tras ello, todos los demás se presentan, muy amables, y la tal Mertxe vuelve a preguntar:

—¿Y qué te trae por aquí, Miren?

La aludida pasa entonces a resumirles, lo más brevemente que puede, su presencia allí: sus prácticas, su edad, estudios y poco más.

—¡Vaya! ¿Criminología? Siempre quise estudiar eso —exclama entonces

la segunda mujer, Gemma, que no había despegado los labios hasta ese momento salvo para decir su nombre—. Sí. Pero no tenía tiempo, así que me metí en esto directamente. Haciendo las oposiciones, claro.

—¡Chica, pues estás a tiempo de estudiar! —le anima Mertxe, con una carcajada, y dándole un codazo de complicidad.

—¡Sí, hombre! ¿Estás loca? ¿Y los niños qué? ¡Calla, calla! Si tuviera tiempo… Algún día, quizá, cuando sean más mayores —responde Gemma, también en tono de sorna.

—¡Ay, pues a mí me daría una pereza enorme ponerme ahora a estudiar! —exclama Mertxe, haciendo aspavientos muy expresivos con los brazos.

En la conversación que sigue, bastante animada, Miren apenas dice nada, pero le vale con estar ahí y sentirse aceptada para considerar que ha hecho un buen progreso. «Y no ha sido tan difícil…», piensa después, mientras tira el vasito de plástico al recipiente, y se dispone a bajar las escaleras para ir a su puesto de trabajo, en los archivos del semisótano.

Cuando está bajando, no obstante, se da cuenta de que Mertxe, la mayor del grupo, baja las escaleras tras ella. Tras pensárselo un poco, toma una decisión. Se detiene y se agacha como si estuviera atándose los cordones, y espera a que la mujer llegue a su altura. En ese momento, se levanta y vuelve a saludarla.

—Oye, Mertxe —comienza Miren mirando a su compañera, que responde a su saludo con una afable sonrisa—, y, humm, ¿cuánto llevas trabajando aquí?

—Buff, pues ya van a ser 24 años. Toda una vida, hija, como quien dice.

—Joe, pues anda que no habrás tú visto de todo en esta comisaría…

La mujer se ríe con una carcajada clara mientras continúan bajando la escalera, con mayor parsimonia, como para hablar más tranquilamente.

—¡Ay, hija, si yo te contara! Y no solo en la comisaría esta. Yo estuve muchos años también en la calle, patrullando. Cuando me saqué la plaza, créeme, yo era de las pocas, poquísimas mujeres del Cuerpo.

—Vaya, tuvo que ser duro…

—Pues hombre, no te diré que no. En general, mis compañeros hombres me trataban bien, pero claro que no es lo mismo. Ciertos comentarios, ciertos… comportamientos machistas, o de excesiva atención hacia mí. ¿Sabes? Como si yo necesitara ayuda todo el tiempo…

—Te entiendo.

—Pero bueno, ahora ya vivimos otros tiempos. Por suerte, cada vez sois más las chicas que os dejáis ver por aquí. Cosa que me encanta. Pero hacen falta todavía más mujeres en el Cuerpo para que haya una verdadera igualdad en el número.

—Por supuesto…

En realidad, Miren podría haberle dicho en ese momento que ella no estaba preparándose para ser Policía, al menos de momento; que las prácticas estaban siendo más bien algo tangencial, y que en realidad no tenía siquiera la idea fija de ingresar en el Cuerpo. Cierto es que alguna vez se le había pasado por la cabeza, pero de ahí a tomarse la idea en serio… había un trecho. En cualquier caso, dispuesta como está para ganarse la confianza de la veterana mujer, prefiere evitar el comentario y cambiar de tema.

—Oye, y… ¿por qué dejaste de patrullar las calles? ¿Muchos problemas?

Para explicarse bien, Mertxe se detiene del todo en un descansillo, y Miren hace lo propio.

—No, la verdad, no en especial, pero una va cumpliendo años y prefiere otras cosas. Así que hace ya años que pedí el traslado; necesitaba tener un puesto de trabajo en un sitio fijo. ¿Sabes? Además, aquí hay montones de cosas que hacer. Yo te recomiendo que pases una temporada en las calles. Ahí es donde una hace oficio. Sobre todo ahora que eres tan joven. ¿Qué años tienes?

—Veinticuatro.

—¡Uf, qué joven! —se ríe, llevándose una mano a la frente—. ¡Quién los pillara! Mi hija mayor tiene 21, fíjate. Tiene casi tu edad.

—Sí. Cierto.

—Está estudiando Ciencias Ambientales.

—¡Qué… interesante! —es lo único que atina a comentar.

—Pues sí. Y lo que te decía. Yo que tú, aunque tengas estudios, no me perdería esos dos o tres años, mínimo, en la calle. Como te digo, es donde una aprende más; donde se hace oficio. A veces es duro, pero tiene sus cosas buenas. Estás a pie de calle, conoces a la gente, sus problemas. No sé. Es más humano. Y aquí, en comisaría, es más tranquilo todo, pero también estás más alejado del mundo real, por decirlo de alguna manera.

—Me imagino —Miren no sabe en qué momento meter la idea que le ronda la cabeza.

—Y claro, luego estar aquí tiene sus cosas, como…

—Seguro que hay cosas muy interesantes —se arranca la joven—. Pero, joe, ahora que estoy aprendiendo… —Miren pone la cara más genuinamente inocente de la que es capaz— Me encantaría conocer los detalles de tu trabajo. Y qué cosas te han marcado más… Ya me entiendes.

—Claro, hija, claro…

—¡Qué guay! Me encantaría.

—Oye, Miren —añade Mertxe tras una breve pausa—. ¿Dónde me has dicho que estabas aquí ahora?

—¿Yo? En el archivo. Es un poco lioso, la verdad.

—Buff, yo estuve ahí también unos meses cuando me destinaron aquí. Mira, tengo la mañana bastante tranquilita, le voy a decir a mi jefe a ver si le parece bien que te ayude un poco a poner eso en orden. Encima Ignacio, el encargado de esto, está de baja.

—Vaya…

—Lleva ya, uff, como tres meses de baja; es que le operaron de una hernia, y la cosa se está retrasando un poco. En fin, que a mi jefe no creo que le importe que vaya a ayudarte.

Miren se pone contenta de verdad.

—¡Oh, vaya, gracias! Me harías un gran favor.

Entonces, en ese rellano del primer piso, ambas mujeres se separan momentáneamente y Mertxe se mete por un pasillo. Miren, sin embargo, sigue bajando escaleras hasta llegar al semisótano.

Una vez ahí, entra en la sala, bastante amplia, y se alegra al sentir que no le ha ido mal, y recuerda que tiene que contarle sus progresos a Fran. Al instante, no obstante, se da cuenta de que no entiende por qué a Fran le podría interesar saber algo así, por lo que se siente un poco estúpida e inocente por pensar eso. Ahuyenta esos pensamientos cuando se pone con su tarea de ordenar los archivos de los casos; un trabajo ímprobo, pero que ahora le resulta más sencillo que el primer día que desembarcó allí.

Unos minutos después, aparece la alegre y pizpireta Mertxe por la puerta, y pasan el resto de la mañana trabajando en ello pero sin dejar de charlar. Dentro de todas las peripecias vitales y laborales que le cuenta la mujer, Miren intenta llevar la conversación siempre a esos casos más complejos en los que Mertxe ha podido trabajar. Eso sí, intenta ser sutil, para no parecer ansiosa en su búsqueda de información.

Después de varias horas hablando con Mertxe, saca una idea en claro: la existencia de una excesiva y opresora burocracia en el Cuerpo, y su subsecuente funcionamiento lento e ineficaz.

—Es como en cualquier administración. Me imagino, vamos —comenta Mertxe en una ocasión, durante la mañana—. Para hacer casi cualquier cosa, hay que cumplimentar varios trámites, seguir un protocolo, que varía dependiendo de tus necesidades…

—Uff, menudo rollo, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Siento desilusionarte. Es verdad que lo que muestran las películas y las series de polis no tienen nada que ver con la realidad. Esto se parece más a cómo muestran en las pelis la administración de Tráfico, por dar un ejemplo, que a esos polis súper cachas heroicos que se toman la justicia por su mano y no hacen ni caso a lo que dice el jefe y se están continuamente metiendo en líos.

—Eso pensaba yo que era —y se ríe.

—Pues de eso nada. No sé si en otros países será así. Aquí desde luego, no. Eso de sacar el arma y ponerte a pegar tiros sin ton ni son, aquí no se

lleva. Aquí hay un control y un seguimiento súper estricto. Si te digo las veces que saqué yo el arma en todos mis años de servicio, te sorprenderías.

—¿Cuántas veces? —Miren tiene un verdadero interés.

—Dos veces.

—¿Solo?

—¿Y sabes cuántos tiros estando de servicio?

—Ni idea.

—Cero. Directamente; ce-ro. Y doy gracias por ello —la mujer se santigua.

En realidad, eso es lo que menos le preocupa a Miren. Ella quiere saber qué posibilidades tiene un policía, especialmente novato, de reabrir un caso, o de ponerse a investigar por su cuenta, con la aprobación de un superior.

De una manera bastante torpe, Miren intenta sondear a la animada mujer sobre el tema, pero la idea que se forma no es muy halagüeña: entre pocas posibilidades y ninguna.

Ese día, acaba saliendo del trabajo bastante desanimada. Por la tarde ha estado sola, puesto que Mertxe solo trabaja los sábados por la mañana.

Aunque al rato de salir, mientras pasea hacia la parada del autobús, un pensamiento llega a su mente. Tal vez no pueda tirar por ahí, pero sí que puede aprovechar la ingente información del archivo en el que trabaja y que cada vez domina mejor. Además, con la ayuda de la experimentada Mertxe, que le ha caído muy bien, y con la colaboración de Fran, piensa que tal vez pueda reconducir su TFM.

En la vuelta a casa, no obstante, en el autobús de vuelta, se pone a reflexionar sobre su futuro; sobre las palabras de Mertxe. ¿Por qué aún no le ha negado abiertamente a Mertxe su intención de pertenecer al Cuerpo algún día? ¿Tal vez es que en su interior haya algo que la empuje a un destino así?

En ese momento el autobús atraviesa el paseo de la Zurriola. Son las 8 de la tarde, casi noche cerrada a esa hora a finales de noviembre. Lo primero que ve es el enorme edificio del Kursaal; ambos cubos, iluminados en esa noche

con unos elegantes tonos anaranjados, probablemente como promoción de algún evento que se esté celebrando en su interior. A Miren no le disgusta la forma del nuevo Kursaal, aunque ella, como muchos otros conciudadanos, prefiere las sutiles formas del antiguo edificio homónimo, que hizo las veces de casino. Esa edificación guardaba una mayor consonancia con la arquitectura afrancesada típica de Donostia. En cualquier caso, solo la conoce por fotos, puesto que el casino fue derribado mucho antes de que ella naciera.

Tras dejar los dos cubos de Moneo a su espalda, Miren observa cómo las luces del paseo iluminan tenuemente la arena de la playa de la Zurriola. La joven cree distinguir entonces varios grupos de personas, probablemente jóvenes muchas de ellas, bebiendo alcohol en la playa. También cree distinguir a dos policías uniformados caminando por el paseo y a punto de descender por una de las rampas que dan acceso a la playa. «Seguramente van a echar alguna bronca a los chavales por hacer botellón», piensa. Entonces se da cuenta de que no quiere pasarse los siguientes años de su vida paseando en compañía de otro compañero echando broncas a críos por beber alcohol en la calle y menudencias similares.

En ese momento, retira la mirada de esos dos hombres y pasa a mirar al horizonte, o lo que distingue de él, que es más bien poco a esas horas, salvo unas pocas y dispersas lucecillas en el mar. La chica imagina que se trata de las *txipironeras*, las pequeñas embarcaciones de los pescadores que a esas horas faenan en busca de los codiciados y sabrosos chipirones o calamares. Miren piensa que no le importaría encontrarse en ese momento en uno de esos barquitos, bien abrigada, tumbada sobre la cubierta, mirando las estrellas, rodeada por la oscuridad del mar, y de vez en cuando girando la cabeza para ver las luces de la ciudad, a lo lejos. «Sería una perspectiva diferente», concluye, inmersa en esa ensoñación, «pero una muy bonita y relajante».

## 7

Las siguientes semanas, Miren las pasa bastante ocupada con su Trabajo de Fin de Máster y apenas tiene tiempo para nada más.

Una mañana, eso sí, aparece en una de las horas de tutorías de Fran, y algo avergonzada al principio, casi sintiéndose una niña de nuevo, le cuenta sus avances en la comisaría. El profesor la felicita con una sonrisa. Parece alegrarse de veras.

Miren también ha aprovechado sus prácticas para hablar con Mertxe y conocerla algo más profundamente, aunque solo puede hablar con ella en los descansos y los pocos huecos que encuentra Mertxe para acompañarla en su tarea en los archivos. Con su ayuda, ha buscado algunos casos que la mujer recuerda y que a Miren le pueden venir bien para su investigación, ya que la joven le ha contado el objetivo de su Trabajo de Fin de Máster, y Mertxe se muestra encantada de poder serle útil.

Por desgracia, a la veterana agente no le suenan muchos incidentes graves en las fiestas de San Sebastián. Lo que sí recuerda es el caso de alguna chica asesinada, pero vagamente, y en ese momento a Miren se le encoge el estómago, aunque disimula para que no se le note la emoción. En todo caso, con más o menos memoria, ayuda a la joven a buscar en los archivos que, gracias a ella, están cada vez más ordenados.

Por mucho que indague, sin embargo, no es capaz de encontrar gran cosa; poco más que algunos vagos indicios, que además, solo usando mucho la imaginación podrían asemejarse al fino trabajo de algún asesino en serie, tan fino que ningún investigador ni policía hubiera reparado jamás en ciertos patrones que se repitieran, o cualquiera de esos rastros y conjeturas que Miren tan bien ha aprendido, tanto en sus estudios como en su propia casa, devorando literatura sobre esa temática tumbada en su cama.

Es cierto, sin duda, que el número de denuncias por desaparición aumentan, según cree comprobar en un rápido y somero sondeo, en los días en los que se celebran fiestas en la ciudad, pero eso no tiene por qué significar nada. De hecho, parece bastante evidente que eso pueda ocurrir, dado que es en las festividades cuando más gente sale por las calles, y por tanto, mayor oportunidad de que ocurran *cosas* de todo tipo.

También se topa con denuncias por acoso, intentos de violación, e incluso también encuentra documentado, claro, algún asesinato. Pero nada de lo que ella busca. Es eso, o que no está buscando bien, piensa.

Por si fuera poco, a una buena parte de los informes todavía no ha podido echarles mano. Es consciente de que necesitaría mucho más tiempo para investigar de forma más seria y profesional.

# 8

Están ya en diciembre, y el invierno está a a la vuelta de la esquina, lo cual, en Donostia, significa que una de las fiestas más queridas y multitudinarias de la ciudad está también a punto de llegar, pues viene con la estación fría. Se trata de la fiesta de Santo Tomás.

Es una celebración que se da todos los 21 de diciembre, día grande del citado santo y apóstol. Ese día, no solo donostiarras, sino gente de toda la provincia acuden principalmente a la zona céntrica y a la Parte Vieja de la capital guipuzcoana. Muchos de ellos y ellas, además, vestidos con los trajes típicos de *baserritarras*.

La fiesta como tal, de carácter familiar, se da principalmente por la mañana y hasta media tarde. Pero cuando el sol se va escondiendo, hay muchas personas que, probablemente ya bastante perjudicadas a consecuencia de toda la sidra consumida durante ese intenso día, prefieren continuar la fiesta.

Es entonces, ya de noche, cuando la fiesta de Santo Tomás no dista tanto de otras festividades, salvo por el detalle de que a las 10 de la noche, la mayor parte de la gente va ya muy *cocida*.

Se trata de una celebración que a Miren, de pequeña, le entusiasmaba. Le encantaba salir de casa con su vestido de caserita y, sobre todo, con el detalle del pañuelo en la cabeza, con ese nudo especial que de adolescente llegó a saber hacer, pero que en la actualidad es absolutamente incapaz de reproducir. En realidad, lo que más le gustaba de aquel día era estar en familia. Era una ocasión para que los cuatro miembros acudieran juntos a un acto social.

Los padres de Miren nunca fueron muy amantes del jolgorio y las multitudes, y su hija cree que ha heredado esa opinión de ellos. No obstante, el día de Santo Tomás era una fecha señalada en su calendario, junto a un puñado de días más.

La mañana de Santo Tomás, que por supuesto, era también fiesta en el colegio de los niños de la ciudad, al menos cuando ella era pequeña, el ritual se repetía año tras año. Se despertaban, tomaban un desayuno en familia, como cada domingo, solo que en este caso se trataba de un desayuno rápido y ligero. Al acabar, se iban a duchar y, después, tocaba vestirse. Ane, la mayor,

solía ser la primera. Miren, que era una niña muy obediente y solícita, se prestaba a ayudar a su madre mientras esta última le hacía los últimos arreglos al vestido de Ane. Una vez preparada, tocaba el turno del pañuelo en la cabeza. La hija mayor se sentaba en una silla, frente al tocador de la habitación de los padres, y su madre pasaba a colocarle el pañuelo, con sumo cuidado, pues el nudo debía estar tan bien sujeto como para que le durase toda la jornada; pero claro, sin que la pobre Ane acabase con dolor de cabeza por haberlo llevado demasiado prieto. Todo ese ritual lo presenciaba Miren con emoción, y siempre dispuesta a llevarle a su madre un alfiler, una horquilla, o lo que fuera que esta necesitara.

Una vez que Ane estaba lista, le llegaba el turno a Miren. En este caso, era Ane la ayudante y su hermana pequeña la que se sentía como una princesa de cuento, con dos singulares hadas poniéndola bien bonita. Una vez que Miren tenía el pañuelo bien puesto, ni demasiado caído para un lado ni para el otro, perfectamente equilibrado y sujeto, solo faltaba la madre, que se vestía con suma rapidez. A continuación, ella misma pasaba a colocarse el pañuelo con la ayuda de dos espejos, uno puesto frente al otro. A ambas hermanas siempre les encantó comprobar la fina técnica y presteza con la que su madre se acomodaba el blanco pañuelo en la cabeza; a gran velocidad, además.

Después de aquello, bajaban a la calle, donde el padre ya solía estar esperando. Cogían un autobús abarrotado de familias, todas ellas vestidas de forma similar, y finalmente se apeaban en la Calle Okendo. Desde ahí, paseaban junto al río hasta llegar a la Plaza Zuloaga, que queda frente al Museo de San Telmo. Allí empezaba la fiesta para ellos, especialmente para las dos niñas. Les encantaba visitar a los animales de granja en las improvisadas cuadras, que no eran más que espacios sobre el pavimento rodeados de vallas de obra, y a los que se había echado montones de paja para los animales. Eso era lo primero que pedían hacer a sus padres. A continuación, volvían hasta el Boulevard, y desde allí pasaban a callejear por las calles del Centro, curioseando por los puestos de artesanía de la Plaza Gipuzkoa. Generalmente, el primer talo de chistorra se lo solían comer en esa plaza, a eso de las doce. Después, paseaban un poco más por esa zona y volvían a la zona de la Parte Vieja, repleta de gente. Eso era lo que menos le gustaba a Miren: el gentío en las estrechas calles de la Parte Vieja, y lo despacio que avanzaban. Pero ni siquiera eso ensombrecía el ánimo de la niña, que solía charlar animadamente con su hermana, con sus padres caminando y observándolas un poquito más atrás.

Llegaban hasta la Plaza de la Constitución, epicentro de la celebración, comúnmente conocida como la *Consti*, donde visitaban a la reina de la fiesta, o al rey, dependiendo del año. Se trataba del enorme cerdo de Santo Tomás, que podía llamarse Joxepi, Pantxike, Josefa o cualquier otro nombre por el estilo. Llegar hasta ese animal les costaba bastante esfuerzo, dada la cantidad de gente que solía apelotonarse a esas horas en la citada plaza. Contemplaban a la pobre bestia tumbada sobre la paja, ajena a todo, o tal vez de pie, mordisqueando algo, rodeada de tantos ojos que la observaban haciendo chanzas. A Miren, en ese momento, solía invadirle una sensación de cierta tristeza. El destino de ese enorme gorrino estaba más que sellado, puesto que es el premio de la rifa más importante de la fiesta.

Al rato, sin embargo, ya lejos del centro de la plaza, las chicas comenzaban a tener hambre, así que aprovechaban los puestos de comida de la *Consti*, los de la cercana Plaza Sarriegi, o los favoritos par Miren, los de la *Trini* (Plaza de la Trinidad), para comer algo contundente, dado que para entonces podrían ser las dos o las tres del mediodía. Por tanto, la nueva tarea de las chicas consistía en buscar de entre todos los puestos, aquellos con una hilera de gente más corta.

Una vez pertrechados de alimentos y sentados en algún banco o pretil de los alrededores, quizá en las medianías del Museo San Telmo o en las escaleras frente a la Iglesia de Santa María, pasaban a comer. La comida consistía en un talo o bocadillo de chistorra, regado con sidra en el caso de los padres, y con algún refresco o zumo en el caso de las niñas. De postre, la madre les solía comprar una porción de pastel vasco u otro talo, pero en esta ocasión relleno de chocolate. Al acabar de comer, ya saciadas, descansaban un poco más y volvían a la marabunta de gente de las calles de la Parte Vieja, para dar otro largo paseo, hasta que a media tarde, quizá a eso de las seis, o algo más, cuando hacía ya rato que el sol había desaparecido, las chicas se encontraban ya cansadas, y los pañuelos de sus cabezas no habían podido resistir el trajín de tantas idas y venidas. Entonces, volvían al Boulevard, ya bastante más despejado de gente, y se subian al autobús que les llevaba a casa, normalmente las líneas 28 o 26.

Esos buenos recuerdos de la infancia de Miren regresaron años después como puñales al rojo vivo para la joven, cada vez que recordaba cómo durante un tiempo fueron una familia feliz, o al menos algo muy parecido; cómo durante esos años compartió tantas buenas vivencias con sus padres y su hermana Ane, hasta que esta última desapareció atrozmente, un 20 de enero,

destrozando una familia que ya nunca volvió a compartir ninguna alegría.

Y es por eso que cada vez que se acercaba esa fiesta de Santo Tomás que antes tanto amaba, ahora le provocaba una sensación de desasosiego, una ominosa opresión en el pecho, y prefería pasar ese día sin apenas salir de su habitación. Cuando aún vivía con sus padres, los tres se quedaban en casa. Ninguno hizo nunca ningún gesto ni dio ninguna muestra de querer ir al centro de la ciudad. Pero cuando Miren se independizó, siguió sin celebrar nada, aunque en alguna ocasión alguna amiga suya llegó a convencerla para dar una vuelta. De todos modos, ese paseo nunca solía alargarse más allá de las dos o tres horas, y siempre iba sin vestirse de casera.

Y es eso lo que le sucede en el presente. Sus compañeras de clase y amigas, sobre todo Irati y Leire, le insisten en que vaya, con el pretexto de enseñarles la fiesta a un par de nuevos compañeros de clase, un mexicano y una eslovaca, que han venido a Donostia mediante el programa *Erasmus*.

## 9

De ese modo, llega el día de la citada fiesta y, tras los ruegos de su amiga Leire, Miren decide ponerse con su traje de *baserritarra*, aunque no le hace ninguna gracia. En cuanto se viste, siente que le queda bastante más ajustado de lo que se imaginaba. De hecho, la última vez que se lo puso tendría unos 15 años, y desde luego su cintura era más estrecha en aquel entonces, reflexiona, sin darle mayor importancia. Pese a ello, y para su comodidad, sopesa si sería preferible ir vestida de calle, pero ya que va a estar moviéndose entre el gentío, mejor pasar lo más desapercibida posible, piensa también.

Aunque sus amigas han quedado a las doce del mediodía, Miren se excusa y dice que prefiere ir un poco más tarde. Así que lo primero que hace, a eso de las tres de la tarde, es coger un autobús que la acerque al céntrico barrio de Gros.

Al llegar al puente del Kursaal, ya caminando, Miren se detiene un momento para observar mejor lo que le espera delante de ella. Aun estando todavía bastante lejos de las zonas candentes de la fiesta de Santo Tomás, es capaz de vislumbrar que el mismo Boulevard, a esa distancia, unos doscientos metros, parece un hormiguero, lleno hasta la bandera. Decenas y decenas de personas cruzan de un lado al otro de la más emblemática avenida de la ciudad, y que separa el Casco Antiguo del Centro de la ciudad propiamente dicho.

Miren respira hondo, y al hacerlo le llega el característico y algo desagradable olor del río Urumea ciertos días de marea baja. Al mirar abajo, desde la barandilla, se percata de que, efectivamente, el nivel del agua es tan escaso que puede verse el lecho del río.

Alza el rostro y mira de nuevo al frente para ver esa marabunta de gente. No es que las multitudes le entusiasmen, precisamente. Cuando empieza a cruzar el puente, le llega una ráfaga de viento frío proveniente del mar. Siente un repentino escalofrío y se cruza de brazos, en un intento por entrar en calor. Además, acelera el paso para llegar al otro lado del puente lo antes posible.

Al llegar a la zona donde más gente hay, se pone a pasear, y comprueba que aún hay bastantes familias en la calle, con niños pequeños, aunque es cierto que, ella bien lo sabe, según vaya transcurriendo la tarde, cada vez verá más grupos de jóvenes, de los cuales muchos serán adolescentes que

probablemente no lleguen a los 18 años, cada vez más borrachos, a tenor de sus movimientos tambaleantes y sus gritos de jolgorio.

Llegan las cinco de la tarde, aunque hace rato que está atardeciendo. Sus amigas empiezan a escribirle para saber dónde está, pero ella prefiere no responder, de momento. Prefiere seguir paseando un poco más, en solitario, mientras, en casi cada calle, los recuerdos sobre sus vivencias acaecidas allí con su familia se le agolpan en la mente.

Al final, harta ya de tantos recuerdos, decide escribir a sus amigas para saber dónde están. Pero antes de marcharse a buscarlas, se dirige a unas escaleras que dan acceso a Urgull, en la Plaza Zuloaga, y que en ese momento están muy tranquilas, porque necesita un lugar poco transitado para tomar algo de aire. Se queda allí unos cinco minutos.

Poco después de levantarse de la escalera donde está sentada, observa, a lo lejos, en una calle aledaña, casi vacía, a un hombre y a una mujer que acompañan a una muchacha adolescente, que aparentemente se encuentra en un estado precario, con la cara ida, totalmente aterrorizada, y que camina sin rumbo, con un abrigo sobre los hombros. La pareja que la acompaña parece muy preocupada, y, por el semblante de confusión que llevan, Miren deduce que no saben qué hacer. Por tanto, la joven no se lo piensa dos veces y corre hacia ellos.

Llega a su altura, casi jadeando. La pareja se sobresalta y por un instante hasta parece que se ponen a la defensiva.

—No os preocupéis, soy policía —les dice, sin pensar, aunque se arrepiente un poco por la mentira pronunciada en el mismo momento de soltarla.

—¿De veras? —pregunta la mujer de la pareja, extrañada. No obstante, ambos miembros, de unos cuarenta y pocos, se miran un segundo y parecen bastante aliviados con la recién llegada.

—Sí, pero tengo el día libre, como veis —responde Miren y, con las manos, señala sus vestiduras tradicionales—. ¿Qué ha pasado? —pregunta después de una pausa, que aprovecha para mirar a la chica, muy joven, que parece ser ajena a la conversación de los demás.

—No sé —dice la mujer—, hace nada nos hemos encontrado a esta

muchacha andando por la calle, dando tumbos. Estaba muy asustada, pálida. Fíjate. Le hemos dicho que llamaríamos a una ambulancia pero nos ha dicho que no con la cabeza. Varias veces.

En efecto, la chica parece un fantasma. Está muy pálida, y tiene la mirada totalmente ida. En un primer vistazo, Miren deduce que la chica se encuentra bajo los efectos de alguna droga, y no solo del alcohol, probablemente. La chica no parece sobrepasar los 16 o 17 años.

—¿Sabéis su nombre?

—Qué va, no nos ha dicho nada —admite el hombre.

—Además, está muy asustada —añade la mujer—, parece que… —pero se calla al instante. Parece evidente, por sus tímidos gestos, que se refiere a que la chica puede haber sufrido algún tipo de agresión sexual.

Miren también tiene esa impresión, sin duda. En ese momento, la joven toma una decisión, y dice con determinación:

—Yo me encargo; la llevaré a la comisaría, pero os pediré vuestros números de teléfono, para que os llamen de Atestados, si no os importa.

Tras conseguir los números de esas personas, Miren se despide de ellos y le pasa a la asustada chica un brazo por los hombros. En cuanto lo hace, la chica da un respingo y fija la mirada en su acompañante, con los ojos como platos, y un atisbo de terror en la mirada. No obstante, en sus acuosos ojos se refleja al instante un matiz de esperanza, aunque sigue sin confiar del todo. Miren decide hablarle con la voz más dulce y suave de lo que es capaz.

—Tranquila. Yo te llevaré a la Policía, ¿vale?

La chica no contesta pero le dedica una casi imperceptible inclinación de cabeza. Mientras avanzan, Miren sigue hablándole, para que poco a poco la asustada chica vaya confiando en ella.

—Me llamo Miren. ¿Y tú?

La chica tarda unos segundos en responder; parece haberse sumido de nuevo en sus pensamientos.

—Ari —responde al final con un hilo de voz, y con un tono ronco, como

si llevase horas sin hablar o hubiera forzado mucho la voz. «Quizá por haber estado gritando de miedo», piensa Miren con horror. Se queda mirando un rato a la joven. Observa que tiene manchas de tierra por la cara y en la ropa, y en el dorso de las manos tiene algunos arañazos y un pequeño corte en la mejilla izquierda. Su melena, que le cae por debajo de los hombros, está bastante despeinada, con algunas ramitas enmarañadas y sucia de tierra también. Es una chica de rostro bien proporcionado. Su estatura es algo menor que la de Miren, y es muy delgada, de talle fino y cintura estrecha.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta con cierto tacto.

—16 —responde la chica, Ari, esta vez tras mantenerse en silencio por un tiempo más breve.

—No te preocupes, que te vamos a ayudar. Y… ¿Seguro que no quieres ir a un hospital?

—No, no.

—¿Y quieres que llamemos a tus padres?

La chica se detiene de repente y se le queda mirando, con los ojos marrones muy abiertos.

—Sí —empieza a rebuscar en sus bolsillos, con frenesí—. Me han quitado el móvil —añade, con pesar, tras unos segundos.

«Me han», piensa Miren, mientras vuelven a caminar. «Han sido por lo menos dos.»

—No te preocupes, Ari. Lo encontraremos. Yo llamo a tus padres. ¿Te sabes el número de alguno de ellos? —le pregunta mientras saca su móvil del delantal del vestido de *baserritarra*.

—Sí —le responde Ari. Pero entonces se para en el sitio de nuevo. No los recuerda.

—No pasa nada. Cuando lleguemos a comisaría, los llamaremos. Es solo un ratito. Llegaremos dentro de poco. Ahora estás a salvo. No te pasará nada.

Miren no sabe muy bien qué decirle, pero está convencida de que quedarse callada resultaría contraproducente.

Tras un par de minutos más caminando, y con Miren preguntando detalles triviales de la vida de la chica, como dónde estudia, vive y cosas así, Ari parece mareada y se sientan en un banco.

De repente, Ari hace un gesto de apartarse el pelo con la mano que le recuerda a su hermana. A Miren le invade una sensación de rabia e impotencia.

—Puedes contarme lo que te ha pasado —le dice Miren sin pensar.

—Yo… No me acuerdo muy bien.

—¿Cuántos eran?

—Creo que me echaron algo en la bebida.

—¿Cuántos eran? —repite.

—Yo… No sé. Tres o… ¿cuatro?

—Ari, ¿te han…?

Ari se queda callada y empieza a hiperventilar. Miren consigue tranquilizar a la chica tras un par de minutos.

—Esto no va a quedar así, Ari. Encontraremos a los que te han hecho eso y lo van a pagar muy caro.

—No me han hecho… No han llegado a… —balbucea la chica—. Creo que no.

—Está bien… —añade. Si realmente no han llegado a consumar el acto sexual, puede que fuera porque algo detuvo a esos individuos, piensa Miren. Tal vez los gritos de la chica les asustaran y cejaran en su empeño, reflexiona.

—Yo solo quiero irme a casa… —se lamenta Ari, más para ella que para su compañera.

—Lo sé. Pero primero tienes que ir a la Policía. Tiene un puesto aquí cerca. Después, podrás ir a casa. Te acompañaré yo misma.

—Gracias —le dice la chica con un hilo de voz, y le coge a Miren del

brazo, como una niña asustada.

«En el fondo, eso es lo que es», piensa Miren.

La policía autonómica, la Ertzaintza, tiene montado un puesto frente al mercado de La Bretxa ese día, como en otras fechas festivas. Miren lo sabe bien, pues aunque no lo recordara, había escuchado el fin de semana anterior, en sus prácticas, que lo iban a colocar allí. Así pues, para llegar, tienen que cruzar toda la Parte Vieja, hasta el Boulevard. La joven decide aventurarse un poco por la Calle 31 de Agosto, esperando encontrar alguna pareja de ertzainas patrullando, a poder ser alguno de los que conoce de la comisaría. Sin embargo, no se encuentra con ningún agente, pero sí con bastantes juerguistas. Se pregunta si alguna de las cuadrillas de chicos con los que se cruza pueden ser los culpables de lo que le ha pasado a Ari.

Como no ve a ningún agente, las dos chicas vuelven sobre sus pasos y, una vez enfilan la Calle Narrika, rodeados de menos gente, Ari parece un poco más relajada y le cuenta a Miren lo que va recordando, aunque por desgracia no es gran cosa. De lo que está segura es de que alguien le echó algo en la bebida, pues a partir de ese momento solo recuerda partes inconexas, como rápidas ráfagas de imágenes que acuden a su mente. Lo que sí sabe es que alguien, no sabe muy bien cuántos hombres, la llevaron al monte Urgull. Después, recuerda que algo pasó, que hubo algún forcejeo, quizá más hombres. Lo que recuerda es que de repente se encontró a sí misma corriendo, sin rumbo fijo, hasta que fue encontrada por esa pareja.

A Miren le vienen unas imágenes conocidas a la mente. «¿Y si guardara relación con…?» Pero no, no puede ser. Se quita esas ideas de la mente sacudiéndose la cabeza. Sabe que no es el momento para pensar en eso: en ninguna trama bien organizada, en ningún grupo de tipos que hacen esas cosas a menudo. No es el momento. Hay que poner a Ari a salvo. Pero hasta que llegue al puesto de la Policía, sigue haciendo preguntas a la joven por si se acuerda de algo más que pueda ser valioso. Por desgracia, tal cosa no ocurre.

En cuanto salen de la Calle Narrika al Boulevard, giran a la izquierda y desde allí, a unos veinte metros, pueden ver la silueta recortada contra el cielo de la furgoneta adaptada, la cual se convierte en el puesto móvil de la Ertzaintza en fechas clave.

Las chicas llegan a su altura y comprueban que en su interior se encuentran dos agentes, ambos hombres altos y de constitución atlética. En cuanto Miren les cuenta la situación, llaman rápidamente a una patrulla. También quieren llamar a una ambulancia, pero tras mirar a Ari, Miren les responde que no, que prefieren ir directamente a la comisaría.

Miren no duda en comunicarles que está haciendo las prácticas en la comisaría. Es decir, que son *medio* compañeros. De esa manera, espera que los agentes la inviten a acompañar a Ari hasta la comisaría.

## 10

Al cabo de unos pocos minutos, escuchan la sirena de una patrulla de la Ertzaintza acercándose por la Calle Okendo y, a los pocos segundos, las azuladas luces empiezan a reflejarse en las ventanas y demás superficies reflectantes de los edificios del Boulevard.

Tras hacerles varias preguntas, ambas chicas son invitadas a subir al coche y se las llevan a la comisaría, que está en el barrio del Antiguo, a unos trescientos metros de la playa de Ondarreta, precisamente el lugar que Miren ya conoce bastante bien.

Mientras el coche patrulla cruza a toda velocidad por el Paseo de la Concha, Miren piensa que es la primera vez que se sube a un coche de policía. Cuando llegan a la comisaría, entran directamente por la puerta del garaje de la Calle Iruñea. Después, ambas chicas suben un par de pisos y los agentes que las escoltan les piden que se sienten en una pequeña y vacía sala. Antes de marcharse, les comunican que el comisario de guardia va a pasar para tomarles declaración.

Mientras esperan, Miren sigue tranquilizando a Ari, hablando de cualquier minucia.

Unos minutos después, llega una mujer cuya cara le suena y les pregunta si necesitan atención médica. Tras la negativa de Ari, la mujer les hace pasar a un despacho libre. Se sientan en las dos sillas frente al ancho escritorio. Segundos después, entra el comisario y Miren comprueba que es uno de sus jefes, el comisario Gómez (de guardia esa noche), que la reconoce al instante.

—¿Qué haces aquí, Miren? —pregunta con rudeza.

La aludida cuenta la historia lo mejor que puede y, a continuación, el comisario le pide a Ari que haga lo propio. El interrogatorio del comisario es muy áspero, en opinión de Miren. El agente no hace sino interrumpir a la chica y pedirle que le dé más detalles. Ari empieza a ponerse nerviosa y a balbucear, pero logra recomponerse, un par de veces.

Miren observa cómo los ojos de la chica empiezan a humedecerse. Sus piernas comienzan a temblar de nuevo. No obstante, el comisario no parece haberse percatado de ese detalle, o si lo ha hecho, no le da la suficiente

importancia como para cambiar su estrategia.

Miren siente cómo se está llenando de rabia, por la impotencia. Está a punto de interrumpir el interrogatorio un par de veces, pero se contiene. Finalmente, Ari, que no puede más con la tensión, se echa a llorar.

—¡Eres un bruto! —le espeta Miren a su jefe, fuera de sí—. ¿No ves que está asustada? Estas no son maneras. Ni tampoco es el lugar, ni el momento para ponerse a…

—¡Salga fuera, De Pedro! —exclama entonces el comisario, entre dientes. Por la cara que pone, está claro que se ha mordido la lengua para no elevar el tono él también. Se le ve muy disgustado por la respuesta tan iracunda que la joven becaria le ha propinado.

Tras pensárselo un segundo, Miren responde, con contundencia, pero en un tono de voz menos elevado que antes:

—No. No me voy a ir. Me voy a quedar aquí para apoyar a Ari.

El comisario no se esperaba una respuesta así, pero todavía mantiene la calma.

—No es una sugerencia; le he dicho que salga. Ya ha hecho aquí todo lo que le correspondía.

—Y yo le he dicho que no. Que con el debido respeto, me quedo aquí.

El comisario descuelga el teléfono fijo sobre el escritorio y marca unos números. Miren traga saliva.

—Que traigan al psicólogo de guardia a mi despacho. Eso es. Sí —cuelga el teléfono y se dirige a las chicas, con tono seco—. La psicóloga de guardia va a venir en un momento.

—Eso está mejor —se le escapa entre dientes a Miren, tras un resoplido —. Gracias —añade, tras pensárselo mejor.

Un minuto después aparece una mujer de unos 50 años y le pide a Ari, con mucha amabilidad, que la acompañe. Tras mirar a Miren y ver que esta asiente con la cabeza, con una ligera sonrisa, Ari se levanta dubitativa y acompaña a la mujer.

Tras ello, Miren le hace una ligera inclinación de cabeza al comisario y se levanta a su vez para marcharse a la sala de espera.

—Un momento —le dice el comisario antes de que abra la puerta, y le señala a la joven el asiento.

Miren se sienta y el comisario continúa.

—¿Se puede saber a qué está jugando?

—¿Qué quiere decir? —pregunta Miren con sutileza.

El comisario respira hondo.

—Vamos a ver. Aparece usted aquí con una menor de edad que probablemente ha sufrido una violación.

—Sí.

—¿Por qué no llamó a la Policía en cuanto vio a la chica?

«Buena pregunta», piensa Miren. «¿Por qué no lo hice?»

—¿Y si él o los presuntos culpables estuvieran cerca todavía? ¿No lo pensó? ¿Y todo ese interrogatorio que previamente usted le ha hecho a la joven? ¿Quién se cree usted para hacer eso? ¡No es policía! —El comisario está perdiendo la tranquilidad y empieza a elevar el tono de voz—. No es policía pero sabe perfectamente que no tiene que hacerlo. ¿Por qué lo ha hecho, entonces? ¿Para inspirarse para su… trabajo?

Ese comentario pilla a Miren descolocada.

—¿Qué? No… Yo solo intentaba ayudar…

—Y después aquí. ¡Este numerito que me ha montado! ¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Yo…

—No me queda más remedio que redactar un informe desfavorable sobre usted y enviarlo a su universidad y al departamento de la Ertzaintza que lleva estas cuestiones. Y ahora…

—Oiga… —le interrumpe Miren, pero no se le ocurre nada que decir.

—Y ahora, haga el favor de salir de mi despacho y no interfiera más en mi trabajo.

Ahora sí, Miren, roja de vergüenza y rabia, sale del despacho y se va a grandes zancadas. No obstante, se acuerda de Ari y en vez de ir directamente a la puerta, va al mostrador.

Allí, saca un papel del bolsillo del delantal y escribe su número de teléfono además de una pequeña nota al lado. Después, le pide a la persona que está allí que le dé el papel a Ariadna Alberdi. Por suerte, durante el brusco interrogatorio del comisario, Ari dio bastantes datos sobre su vida, entre ellas su apellido.

Después de eso, sale de la comisaría y mira el reloj. Aunque parezca mentira, son más de las once de la noche. Mira su móvil y observa que tiene varias llamadas perdidas y unos cuantos mensajes de sus amigas. Como en ese momento, tan frustrada como se siente, eso es algo que le parece banal, ni siquiera responde. En cambio, guarda el móvil en el delantal y camina hacia la parada de autobús más cercana. Mientras anda, empieza a reflexionar sobre lo vivido. Siente mucha lástima por Ari y empieza a pensar en que a ella le podía haber ocurrido también. Se imagina la situación y siente un miedo real, que agudizado por el frío del que de repente vuelve a ser consciente, provoca que un escalofrío le recorra la espina dorsal.

Ya en el autobús 29, que la llevará al barrio de Intxaurrondo, empieza a pensar en ella misma, en lo que ha ocurrido en el despacho del comisario, y en lo que puede significar para su futuro y para su expediente. Piensa en el profesor Fran Casanueva, que fue quien le consiguió esas prácticas. Siente que Fran se sentirá muy decepcionado cuando se entere de lo ocurrido. También piensa en Mertxe, la única amiga que había hecho en la comisaría. Probablemente también se sentirá bastante decepcionada. Por no hablar de sus padres. Pero al pensar en ellos y en su cada vez más escasa relación, concluye que no tiene por qué decirles nada de eso. De hecho, está segura de que, aunque les contara algo, tampoco iban a expresar mucha emoción al respecto.

Y es entonces, con la moral por los suelos, cuando la imagen de sus padres se queda fija en su retina. Sentada en el autobús mira alrededor, donde hay varias personas, la mayoría de ellas vestidas con el traje típico de ese día. Se mira al regazo, a su vestido, y no puede evitar que los recuerdos de los Santo

Tomás pasados le vengan a la cabeza, cuando sus padres aún sonreían y disfrutaban de las cosas de la vida.

Nunca desde aquel trágico día en que tuvieron que ir a reconocer el cadáver de su hija volvieron a ser los mismos. A Miren le viene el recuerdo de la cara de sus padres cuando regresaron a casa, pálidos, con la mirada desencajada. Jamás les había visto así.

Todo ese cúmulo de emociones al mismo tiempo comienza a pasar factura a Miren. Intenta evitar las lágrimas pero no puede. Así que se acurruca en el asiento y mira a la nada por la ventana del autobús, a la negrura de la calle a esas horas, esperando que nadie se percate de que ella está allí.

La joven llega finalmente a su parada y baja del transporte, habiéndose previamente secado las lágrimas. Desde la parada hasta su casa no habrá más que unos doscientos metros, y la mayor parte del camino atraviesa calles bastante bien iluminadas, salvo por un par de cortos tramos sin luz. Sin embargo, por primera vez desde que fue a vivir a ese piso, dos años atrás, siente un miedo cerval por tener que caminar hasta su casa. Sabe que es algo irracional, que no le va a pasar nada, pero siente miedo. Es como si alguien estuviera observándola, al acecho, tras cada matorral, tras cada esquina, contenedor o cualquier otra cosa.

Durante unos segundos, todavía en la parada, iluminada por la luz de las farolas, se queda bloqueada, sin poder dar un paso e internarse en la penumbra. De repente, le viene a la mente un consejo que años atrás le diera su hermana Ane. Según le contó, ella tenía un truco para ese tipo de momentos. Cuando volvía de fiesta, antes de bajar del autobús, cogía su manojo de llaves y lo apretaba en su puño, dejando sobresalir entre los dedos índice y corazón solo una de ellas, la más puntiaguda; en su caso, la del portal. Con las llaves fuertemente aferradas en su puño, y algo más de seguridad en sí misma, avanzaba después hasta casa.

Por consiguiente, con ese recuerdo, Miren saca las llaves de su bolsillo e imita lo que le enseñó su hermana. Después, más por orgullo que otra cosa, se obliga a sí misma a avanzar; pero lo hace muy rápido, caminando a toda prisa e incluso corriendo en los dos tramos más oscuros que la separan de casa. Al llegar al portal, jadeando ligeramente, se da la vuelta, antes de liberar las llaves de su puño, para comprobar que no hay nadie detrás de ella, ni tampoco cerca.

Una vez cerciorada de que está sola, entra en el portal. Ya en casa, cierra la puerta con llave, una costumbre que nunca había tenido hasta ese momento.

Pero incluso, una vez a salvo en su hogar, no se siente del todo tranquila hasta que se mete en su cama, aunque es plenamente consciente de la irracionalidad de sus temores.

**11**

A la mañana siguiente, Miren se levanta más tarde de lo habitual y con un fuerte dolor de cabeza, que le recuerda a sus antiguas resacas, como si se hubiera excedido con el alcohol el día anterior, aunque no hubiera probado ni gota. En algún momento de la noche, además, el móvil se le ha debido de apagar, probablemente tras haberse quedado sin batería. La joven lo enchufa al cargador que tiene en la mesilla y se levanta con esfuerzo.

Su idea era aprovechar la mañana para adelantar las tareas del Máster, pero desde que se levanta es consciente de que, dado su estado de ánimo, no va a poder hacer gran cosa.

Va al baño y se mira al espejo. Su piel está pálida y tiene unas profundas ojeras bajo los ojos. Su melena castaña está muy despeinada. La chica que se refleja en el espejo le devuelve una mirada de cierto desagrado, así que prefiere dejar de mirarse.

Al sentarse en la taza para orinar, de repente, le vienen a la mente una serie de imágenes de la tarde-noche anterior. Le viene a la cabeza Ari, la chica a la que acompañó a la comisaría, pero por alguna razón, no es capaz de recordar su rostro. En cambio, el que le viene a la mente es el de su hermana, y eso que, cree recordar en ese momento, no guardan un gran parecido físico.

Va a la cocina a desayunar y comprueba que, como cada mañana, sus compañeras de piso se han marchado, una a estudiar y la otra a trabajar, sin limpiar los restos del desayuno de la mesa. De hecho, ni siquiera han retirado la vajilla ni los cubiertos. Tras pensárselo un poco, se da cuenta de que no tiene nada de hambre, así que se vuelve a su habitación.

Se sienta en la cama, cerca de la almohada, y enciende su móvil. Tras el minuto o dos que tarda en cargarse, le llegan de golpe un montón de notificaciones. Miren no recuerda cuándo fue la última vez que recibió tantas; tal vez ni el día de su cumpleaños.

Empieza por las llamadas perdidas. Tiene más de diez, pero son todas de sus amigas. Le entra cierto cargo de conciencia y malestar por haberse portado tan mal con ellas y se pone a pensar en la forma de compensarlas. Pero antes de que se le ocurra nada, entra en WhatsApp y descubre que ahí tiene muchos más mensajes. Los primeros que descarta son los de sus amigas, que

guardarán íntima relación con las llamadas. Después, excluye también los mensajes de los grupos, pues en ese momento no le importan lo más mínimo.

De los mensajes que le quedan, son dos los que le llaman la atención. Uno es de Mertxe, de las 8 de la mañana, y no es precisamente muy halagüeño. Le dice que ha escuchado lo ocurrido; que por lo visto se está hablando mucho en la comisaría de lo ocurrido por la noche. También le pregunta a Miren qué es lo que le pasó para perder los papeles.

El otro mensaje que le hace alzar las cejas le viene de un número desconocido. Al pinchar en la conversación, descubre que se trata de Ari. Es un mensaje de agradecimiento. Y ese, por lo menos, logra animarla un poco.

Por lo demás, está tentada a responder a Mertxe y a los demás, pero prefiere meterse en la cama un rato más, tras poner el móvil en silencio. Estando bajo las sábanas, a punto de echarse a llorar, se percata de un detalle: su profesor, Fran, no le ha enviado ningún mensaje ni le ha llamado. Tal vez, piensa Miren, los jefes de la Ertzaintza han decidido que puede seguir haciendo las prácticas allí. Pero desde luego, no las tiene todas consigo.

Ese día apenas hace gran cosa. Responde a las personas que le han escrito casi a mediodía, cuando ya no es capaz de seguir dando vueltas en la cama. Después de eso, decide no ir a la universidad, pese a que es el último día antes de las vacaciones de Navidad.

Ese día tiene tiempo para reflexionar sobre muchas cosas. Sabe que debería haberlo hecho antes, pero se sentía tan absorbida, de forma deliberada, que no se dejaba tiempo para pensar. No obstante, decide que ese es el día idóneo para hacerlo.

Para empezar, tiene que pensar en el dinero. Es cierto que ya no vive con sus padres, porque no podía soportar más la convivencia con ellos; puesto que, sobre todo durante los últimos años, las discusiones familiares eran tan constantes que la joven tomó la decisión de marcharse a un piso de estudiantes, incluso estudiando en la misma ciudad en la que sus padres y la propia Miren han residido toda su vida.

Cuando Miren se fue de casa, sus padres no se lo tomaron especialmente bien. De hecho, estuvieron varios meses sin hablarle, y cuando retomaron el contacto, tímidamente al principio, la relación se quedó en algún punto entre la cordialidad y el recato, pero nunca en una cercanía real. Con ese ambiente

familiar tenso y enrarecido, además de por los principios férreos de Miren, esta última decidió que se pagaría ella misma sus gastos, como fuera, y que intentaría evitar la ayuda económica de sus padres todo lo posible.

Para ello, ha tenido que ir encadenando trabajos basura desde que empezara a cursar el tercer año de la carrera en la universidad. Durante el curso lectivo, Miren trabajaba por las tardes en una zapatería, y los fines de semana en un restaurante.

Pero el mayor sacrificio llegaba los veranos, puesto que era entonces cuando se metía de lleno en la hostelería, trabajando durante semanas seguidas y enteras, sin un solo día de descanso, y con no pocas jornadas de más de catorce horas consecutivas.

Ese verano antes del Máster, la dinámica fue la misma. Trabajar y trabajar para poder ahorrar dinero. Esta vez, a diferencia de años pretéritos, Miren tomó la decisión de ganar todo el dinero posible y ahorrar, para poder dedicarse a tiempo completo al Máster, todo lo posible, y a poder ser, sin tener que pedir dinero a sus padres.

No obstante, pese a su vida tan sencilla y espíritu ahorrativo en exceso, hasta el punto de tener fama de *agarrada* entre algunas amigas suyas, se da cuenta de que, después de varios meses sin trabajar, el dinero ahorrado se le está agotando más rápido de lo que estimaba. Según los cálculos que tan minuciosamente realizó antes del inicio del curso, podría vivir tirando de ahorros hasta junio del año siguiente, justo para volver a trabajar de camarera aprovechando la temporada alta veraniega.

Sin embargo, tras los ajustes que realiza ese día «de reflexión» en sus análisis, se da cuenta de que no pasará de abril sin ayuda económica. Por ello, se pregunta si no sería preferible dejarse de tanta tontería, abandonar los estudios y ponerse a trabajar a jornada completa.

Y ese es el segundo tema que le viene a la mente: los estudios. Se pregunta si no se ha obsesionado demasiado esos meses con intentar ser la mejor; si no le ha superado el reto y ha acabado por creerse sus propias teorías sin haber podido demostrar, hasta la fecha, ninguna de ellas.

Estando sumida en esos pensamientos, sentada en la silla frente al pequeño escritorio de su habitación, de repente, suena el móvil. Es Fran. Miren no se ve con fuerzas para cogerle, así que deja que el teléfono suene.

Unos minutos después, suena un *bip* que señala que le ha llegado una notificación. Se trata de un audio del profesor. En él, un Fran al que se le oye hablar con un tono de decepción en la voz, le pregunta sorprendido a su alumna qué le pasó el día anterior por la noche. Le cuenta que un comisario, amigo suyo, le acaba de llamar para explicarle lo ocurrido, y que han decidido rescindir el contrato de prácticas de Miren, así que ya no podrá seguir con su investigación en la comisaría de la Ertzaintza.

Por si fuera poco, esa misma tarde, mirando los periódicos por Internet, descubre que una de las noticias principales del día, en la información local, habla de la agresión sexual de Ari, aunque los medios se cuidan de dar el nombre de la menor. Al parecer, según la información filtrada por fuentes policiales, esa misma mañana habían detenido a varios jóvenes de otra ciudad, que al parecer formaban una especie de *manada* de depredadores sexuales.

Esa noticia crea dos preguntas en su mente. Por un lado, piensa cómo es posible que los periodistas se enteren tan rápido de unas noticias que deberían ser secretas. Se pregunta quién filtrará esas informaciones; si será siempre la misma persona o irán variando. En ese momento piensa en Mertxe y en lo alocado y despreocupado de su forma de ser. La verdad es que le *pegaría* tener un amigo periodista al que le cuenta más de lo que debería.

El segundo pensamiento que le llega, más doloroso en lo personal para ella, es el hecho de la detención en sí, ya que tira por los suelos la idea que tenía Miren sobre alguna trama algo más compleja y profunda que la de unos *machirulos* descerebrados a los que sus ideas de machote dominante (aderezadas con alcohol y drogas) les han llevado a ir mucho más allá de lo legal y éticamente apropiado.

En realidad, la joven es consciente de que es demasiado pronto para sacar conclusiones. No sería la primera vez que detienen a alguien y la opinión pública se le echa encima, para tiempo después demostrarse que en realidad era inocente. Pero la intuición le dice a Miren que los tiros, probablemente, van a ir por ahí. No puede sino sentirse una tonta por tener esas corazonadas, por esas ideas que los profesores llevaban tiempo avisándole de que no le conducirían a ninguna parte. Sobre todo, piensa con una punzada de odio, la tal Begoña Arbide. «Me jode tener que reconocerlo», reflexiona, «pero puede que hasta tuviera razón». Ese pensamiento le deprime más que ningún otro hasta ese momento.

Finalmente, tras un par de horas dándole vueltas, llega a una conclusión.

Lo mejor que puede hacer es aspirar a menos, apuntar más bajo, dejar de intentar abarcar lo que es demasiado extenso para ella. Con esa idea se va a la cama, resignada. Y con el firme propósito de aprovechar las vacaciones para descansar y para pensar en su futuro, pero sin tocar ni un apunte del Máster.

## 12

Llega la Nochebuena y pilla a Miren en su casa, sola. Esa misma mañana Enara, la última de sus compañeras de piso, se ha marchado a pasar las fiestas con su familia, que vive en Urretxu, un pueblo a poco más de media hora en coche desde la capital guipuzcoana. La otra compañera, Sara, que es burgalesa, se fue la mañana anterior y no volverá hasta enero. Como consecuencia, Miren lleva unas horas sola, sin más compañía que su móvil y un libro que hojea de vez en cuando, pero sin ganas.

Por lo demás, siempre le queda la caja tonta. Pero a pesar de la cantidad de canales que tiene, por no hablar de Netflix y otras plataformas, tras más de media hora buscando algún contenido interesante, no es capaz de decidirse por ninguno; ni película, ni serie, ni programa ni nada. Lo cierto es que ninguno le atrae lo suficiente. Por tanto, lo único que hace es quedarse mirando a la nada durante un buen rato.

La tarde avanza y le llega la hora de prepararse para el plan que menos le apetece: ir a cenar con sus padres.

No es que a Miren le hiciera nunca mucha ilusión la cena de Nochebuena, ni siquiera cuando cenaban en casa de sus abuelos y podía estar con sus tíos y primos. De todos modos, cuando era niña, debía reconocer que al final la acababa disfrutando. Pero estos últimos años, sencillamente, cada vez que esas fechas tan señaladas se acercan se le pone una opresión en el pecho que le dura horas.

Sea como sea, la tarde está llegando a su fin. Miren ya le confirmó a su madre, días atrás, que acudiría, como cada año. Así pues, desganada, va al baño y se da una larga y ardiente ducha. Después, todavía envuelta en una toalla, va al armario de su habitación para elegir la ropa que llevará. Lo que ve no le gusta nada. Dado su afán ahorrativo, lleva mucho tiempo sin ir de compras, por no hablar del tiempo que hace que no renueva su vestuario. Por tanto, acaba por elegir un conjunto que suele vestir en las reuniones importantes, y que ya está un poco ajado.

Tras vestirse, coge el autobús 8, que la deja en Gros, y después hace trasbordo con el 28, que la acercará al barrio de Amara, a la casa de sus padres. Llama al timbre y su padre le abre la puerta. Lleva casi dos meses sin verle, ahora que echa cuentas.

—Miren, hija. ¿Qué tal estás? —le pregunta su padre, con un tono grave y como con cierta indiferencia.

La joven sabe que es el tono que usa su padre, que parece que nada le importa, pero en el fondo le importa todo.

Avanza por el pasillo hasta la cocina y saluda a su madre con dos besos. Su madre apenas le dice nada, y sigue centrada en lo que está cocinando.

—¿Qué te pasa, ama? —le pregunta su hija.

—¿A mí? Nada, nada —responde su madre, con un tono irónico demasiado exagerado.

Miren prefiere darse la vuelta e ir a ayudar a su padre, que está preparando la mesa, pero su madre vuelve a hablar.

—Nada, claro, nada. No sabemos nada de ti, pero no me puede pasar nada…

Miren suelta un bufido de resignación.

—Tienes razón, ama. He estado muy *out* estas últimas semanas. Lo que pasa…

—¿Semanas o meses? —le interrumpe su madre, dejando la cuchara de palo sobre una cazuela de forma dramática, y poniendo los brazos en jarras.

—Bueno, pues meses, lo que sea —Miren empieza a notar el rubor apareciendo en sus mejillas.

Se conoce lo suficiente como para saber que lo mejor es recular antes de calentarse en exceso. La cena ni siquiera ha empezado y no quiere pasarse la cena de morros, con todos en silencio viendo *Telepasión* o algún otro programa similar en la televisión, como cada Nochebuena. Tal vez, si la discusión empezara en el postre la cosa cambiaría. No sería la primera vez que Miren abandona la mesa y se va de casa con los gritos de sus padres persiguiéndola.

Pero es Nochebuena y no puede permitirse algo así.

—Tienes razón, ama. Entre la uni, las prácticas… No sé, no saco

tiempo…

—¿Pero, qué tal te va en la universidad? ¿Y las prácticas? Lo único que sé es que ibas a hacerlas… Cuando me llamaste para contarme un poco eso. Desde entonces, no me has contado nada.

—Que sí, ama. Voy a preparar la mesa con el aita. Luego hablamos y me preguntas lo que quieras.

Miren abandona la cocina dejando a su madre con sus tareas y rezongando para sí, entre dientes.

«Pues empieza bien la cosa,» piensa Miren.

* * *

La cena empieza con los tres bastante callados, comiendo los entrantes, que son los que Miren recuerda que su madre siempre pone sobre la mesa: langostinos, jamón, paté, unos canapés sencillos de chaca, y alguna cosa más.

—Y bueno, Miren. ¿Qué tal van las clases? —le pregunta su madre, sin mirarle.

Obviando una vez más el tono sardónico, Miren responde lo mejor que puede.

—Pues bueno, las clases bien. Son interesantes. En general.

—Ah, eso está bien —replica el padre, muy tranquilo, mientras se lleva un canapé a la boca, con fruición.

—Lo único… que estoy un poco bloqueada con el TFM.

—¿Con el qué? —le pregunta su madre, pelando un langostino.

—Con el Trabajo de Fin de Máster. Es el trabajo final. Mi idea era hacerlo muy bien. Lucirme. Pero no sé si va a poder ser.

—¿Y de qué es ese trabajo? —pregunta su madre, con sagacidad.

«¡Qué oportuna! Cómo me conoce…», piensa Miren. Está a punto de decir la verdad, pero prefiere obviarlo todo el tiempo que pueda.

—Es sobre los asesinatos en serie. O sea, he seleccionado unos casos muy interesantes de la historia. Bueno, en realidad son los que siguen sin resolverse. Mi tarea es descubrir alguna pista. Formular alguna teoría alternativa. No sé. Cosas así.

—¡Buff, eso es terrible! —exclama su madre—. Tú siempre con esas cosas tan… truculentas. Como si no hubiéramos pasado ya suficientes penurias en esta familia…

—Carmen… —suspira su marido, intentando frenarla.

—Bueno, ama, eso es lo que me gusta —se excusa Miren—. Intentar que esas cosas, precisamente *esas* cosas, no vuelvan a pasar.

—¿Y cómo lo vas a conseguir? ¿No has dicho que va sobre crímenes históricos? ¿Qué vas a arreglar?

Esa pregunta deja un poco descolocada a Miren, que tarda un par de segundos en responder, lo cual sabe que hará sospechar a su madre. «Sería una buena detective, a lo mejor mi vocación me la ha inculcado ella, quién sabe», piensa Miren mientras habla.

—Pues mira, puede ser que formular teorías alternativas evite otros asesinatos en serie futuros. Ya sé que parece una locura, pero por intentarlo que no quede…

—Ya… —está claro que su madre no se lo cree—. Es decir, que sigues erre que erre con lo *tuyo*.

«Ya estamos», piensa Miren. Esto es el día de la marmota. La historia de nunca acabar. Cuando vuelve a hablar, su tono ya no es tan explicativo, sino que emplea un tono más bien seco y cortante.

—No es lo mío; sino lo nuestro, ama.

—¡Y dale con lo mismo! ¿Tú la oyes, Luis? Tendríamos que haberla convencido para que estudiara otra cosa. Algo más alegre.

—Déjala que estudie lo que le guste, mujer… —responde el padre, sin levantar la vista del plato.

—¿Sigo aquí, eh, ama? —Miren odia cuando su madre habla con su padre

como si ella no estuviera delante—. ¿Y algo alegre como qué?

—Cualquier cosa menos eso. Cualquier cosa menos que seguir así, reabriendo la herida. ¿No ves que te haces daño? ¿No sabes lo que eso hace sufrir a tus padres?

—Pero, pero… Reabriendo la herida, dice… —ya nadie está comiendo. Miren eleva el tono también—. ¡Lo que yo quiero es saber lo que pasó de verdad! ¡Quiero saber qué le pasó a Ane! ¿Es que eso es algo malo?

Esta vez, es el padre el que habla, para sorpresa de Miren.

—Hija, eso no sería malo, si no fuera porque te está consumiendo. Tu madre tiene razón. ¿Qué puedes hacer tú? Ya ha habido investigadores, y muy buenos, buscando pruebas durante años, y no encontraron nada, ni una pista. Como ese detective de la tele que estuvo…

A Miren ese tema le desquicia demasiado.

—¡Ni me recuerdes a ese estafador! Un show es lo que pretendía montar, el muy hijo de…

—¡Esa boca! —la detiene su padre. Se toma una pausa—. No quiero que sigas con eso.

—Ni yo tampoco —apostilla su madre.

Miren respira hondo. De repente, empieza a coger más comida de lo normal y a tragar casi sin masticar.

—Pues ya lo siento si os jode —habla con la boca llena—, pero lo voy a seguir haciendo. Es más, de hecho os he mentido. En realidad, el trabajo que estoy investigando tiene que ver directamente sobre lo que le pasó a Ane.

Su madre pega un pequeño grito, mientras su marido mira a la mesa, cabizbajo.

—¡Obsesionada! ¡Eso es lo que estás, obsesionada! —le grita su madre, levantándose de la mesa—. Si ya lo sabía yo. ¿De qué te han servido todos estos años yendo a psicólogos? ¡De nada!

—¿Y a ti, ama? ¿De qué te ha servido? —Miren también se levanta—.

Para olvidarte del tema. Para hacer como si no pasara nada. Eso es lo que te han enseñado en esas terapias de frikis bohemios y… sectarios a las que ibas. Para dejar el dolor atrás, claro… ¡Y de paso que te dé igual saber quién mató a tu hija!

¡PLAS!

Su madre, temblando de ira, le ha propinado un fuerte tortazo en la cara. El rostro de su hija arde. Miren se siente humillada, herida en su orgullo.

Sin decir una palabra, intentando que las lágrimas no le salgan aún, Miren deja la mesa y se va al que antaño fuera su cuarto, donde ha dejado su bolso y su abrigo. Tras sollozar un par de veces, consigue recomponerse y tras respirar varias veces hasta sentirse más dueña de sus actos, coge sus pertenencias y se dirige a la puerta, pasando por delante del comedor pero sin dignarse a mirar a nadie.

—¡Tú no te vas de aquí! —le grita su padre, que está consolando a su mujer, acercándose a la puerta—. ¡No sin pedirle perdón a tu madre!

Pero ya es tarde. Miren ha cerrado la puerta de casa con un golpe seco y ya está bajando las escaleras, pisando el suelo tan fuerte como es capaz.

Cuando llega a la parada, en la Avenida Madrid, se da cuenta de que no hay autobuses a esas horas. El próximo llega justo a medianoche, para llevar a los juerguistas a la Parte Vieja donostiarra. Por tanto, pese al frío, prefiere ir dando un paseo. La rabia le hace ir más rápido de lo normal, por lo que un trayecto que, caminando a paso tranquilo puede recorrerse en unos 45 minutos, ella lo completa en menos de 40. Además, de ese modo logra entrar en calor.

Primero avanza hasta la Plaza Pío XII y de ahí gira a la derecha, hacia el paseo que bordea el río Urumea. La marea está baja y le llega el olor del fango, más abajo. Pero apenas le molesta. También escucha algún graznido suelto. Por lo demás, apenas hay tráfico en ese momento, y poco movimiento de personas en esa zona de la ciudad. El mar trae una suave ráfaga gélida y Miren comienza a sentir algo de frío.

A la altura de la Avenida Libertad, la joven gira a la derecha y cruza el puente de Santa Catalina. Después, no tiene más que avanzar recto, un buen tramo, hasta llegar a la barriada en la que vive.

Sube a casa y se mete a la cama, aunque todavía no han dado ni las once de la noche. Tampoco tiene hambre, ni ganas de ver la televisión, así que lo único que hace es tumbarse sobre las mantas y esperar a que el sueño le vaya venciendo. Por desgracia, no se queda dormida hasta más allá de las tres de la madrugada.

## 13

Al día siguiente, Navidad, la tradición familiar (al menos en la familia de Miren) exige que los parientes cercanos se reúnan para comer. Desde que los abuelos de Miren murieron, sin embargo, ya solo se juntan en la casa de sus padres los tres miembros de la familia y el tío Carlos, hermano de su madre, y que está soltero. Esta última, Carmen, también tiene una hermana que está casada y tiene un hijo, pero lleva años sin hablarse con ella a raíz de una fuerte discusión que tuvieron tras la muerte de la madre de ambas. Según supo Miren, aunque nadie le contó nunca el tema en profundidad, el motivo de la discusión fue algún tipo de desacuerdo sobre la herencia de la abuela, que era la última que quedaba de ese matrimonio tras la muerte de su marido, cuando Miren era aún una niña.

Por parte de padre, Miren tiene una tía, pero vive en Jerez con su familia, así que apenas la ve alguna vez al año; generalmente en verano.

Durante toda la mañana, la joven piensa en inventarse una excusa para librarse de la dichosa comida de Navidad. Cree que tal vez sus padres entiendan, tras la bronca de la noche anterior, que ella no debe asistir. Sin embargo, a eso de las doce del mediodía, recibe un escueto mensaje de su padre en el que le pide que vaya a la comida, y que «ya hablarán» de lo ocurrido, porque en caliente se dicen cosas que uno no piensa en realidad.

Así pues, Miren no tiene más remedio que asistir a esa comida, en la que, por suerte para ella y para sus padres, el chistoso de su tío Carlos monopoliza la conversación con sus chistes malos y sus anécdotas; las mismas de siempre, y la mitad de ellas seguramente inventadas o demasiado exageradas, según Miren ha sospechado siempre.

En cualquier caso, la comida transcurre de forma aburrida pero sin ningún exabrupto por ninguna de las partes. Más adelante, estando los cuatro tomando el café sentados en el sofá, Miren es la primera en levantarse y disculparse porque debe irse. Pone la excusa de que va algo atrasada en el TFM, lo cual, bien pensado, no deja de ser cierto.

De esa manera, logra esquivar la tan temida conversación con sus padres, que habría tenido lugar, sin duda, si su tío hubiera sido el primero en marcharse de esa casa.

## 14

Durante los pocos días que separan la Navidad del 31 de diciembre, los ánimos parecen calmarse, tanto en Miren como en sus padres. Por tanto, la cena de Nochevieja transcurre sin ninguna discusión, y con todos midiéndose constantemente los unos a los otros, y pensando bien lo que uno dice, para no soliviantar al de al lado. Pese a la incomodidad de la situación, la cena no fluye del todo mal.

Cuando días después, un martes, el curso escolar se reanuda, Miren vuelve a las clases como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, el parón en las fiestas de Navidad le ha retrasado mucho, no solo en el TFM, sino en las tareas de las demás asignaturas también.

El miércoles por la tarde tiene clase con Fran Casanueva, de quien no ha sabido nada desde que le mandara un duro audio en el que le comunicaba que le habían rescindido a Miren el contrato de prácticas por su conducta poco ejemplar. De hecho, si no recuerda mal, ella no llegó ni ha contestarle al audio, y sencillamente no volvió a aparecer por la comisaría. Durante toda la clase, la joven evita que su mirada se cruce con la del profesor.

Al acabar la clase, no obstante, tienen que pasar por delante de su mesa para salir del aula, así que la joven avanza por el fondo del aula para intentar mantenerse lo más lejos posible. Fran, que no le ha quitado el ojo a Miren desde que la clase llegara a su fin, llama a su alumna antes de que esta salga y le pide que se quede un momento. A regañadientes, la joven se aparta un momento de la puerta para que los alumnos que aún restan en la clase puedan salir. Una vez están todos fuera, Miren se da la vuelta y se encara con su profesor, que sigue recogiendo sus pertenencias.

—Dime, Fran.

El profesor se toma su tiempo antes de responder.

—¿Qué tal han ido las vacaciones, Miren?

—¿Qué? ¿De verdad te importa?

Fran le mira con gesto desaprobatorio.

—¿Cómo dices?

—Nada, perdona. No muy bien. ¿Y las tuyas?

—Sin demasiada novedad. ¿Qué tal llevas el trabajo?

—Pues no muy bien.

—Me lo imaginaba, después de aquello. Pero el tiempo apremia, Miren. He pasado por alto la primera entrega. Le he dicho al claustro que todo va bien. Pero ya no voy a mentir más por ti. Así que si aún quieres hacer el trabajo y sacar una buena nota, será mejor que te pongas las pilas —Fran parece menos dialogante de lo habitual.

—En realidad, ya no sé si quiero hacer el trabajo.

—¿Cómo dices? —Fran parpadea varias veces, atónito—. Pero… Sin trabajo no tendrás título.

—Lo sé. Y aunque me joda, creo que lo mejor es cambiar de tema. Seguro que se te ocurre alguno facilito para el que me sirva el marco teórico que ya tengo hecho. O una parte, al menos. O no, me da lo mismo.

Miren se ha quedado muy a gusto diciéndole eso y viendo la cara de sorpresa, algo cómica, que se le ha quedado al profesor. Este último, sin embargo, vuelve a la carga.

—Espera, Miren —Fran recupera el talante conciliador, tal y como la joven imaginaba que haría—. No te puedo creer. Eras la alumna más aplicada de clase, y en los claustros de profesores, o cuando hablo con algún compañero, cada vez que sale tu nombre, todo son buenas palabras. Todos destacan tu disciplina y tus ganas de indagar; de ir más allá.

—Pues me he hartado. ¿Vale? Paso del trabajo, y paso de todo. Ah, y siento lo que me ocurrió aquella noche en la comisaría. La cagué pero bien.

Fran toma aire y se toma su tiempo para responder.

—Eso es agua pasada. La verdad es que me cayó una buena bronca. No sé si el año que viene me dejarán proponerles a alguien para hacer las prácticas allí, después de esto. Pero bueno, supongo que te viste sobrepasada. Al menos habrás sacado alguna enseñanza de aquello.

—Y tanto que sí. No te metas en camisa de once varas, como decía mi

abuela. Eso es lo que he aprendido. Y tranquilo, ya buscaré otro tema para el trabajo. No te voy a volver a dejar en ridículo.

Fran está a punto de replicar, pero en ese momento empiezan a entrar alumnos de alguna otra clase, así que ambos tienen que dar su conversación por terminada.

Tras la última clase, Miren vuelve a casa y se pone a pensar en el nuevo tema. Para su sorpresa, se da cuenta de que aquella Nochebuena, en casa de sus padres, tuvo una idea bastante apropiada para su TFM, aunque en aquel momento la soltara a bote pronto, para intentar zanjar la conversación.

Podría hacer el trabajo sobre algunos asesinatos sin resolver. Quizá algunos que puedan estar relacionados con asesinos en serie. De esa manera, Miren cree que buena parte de la bibliografía consultada le sería útil; puede que incluso parte de lo que ya tiene escrito. Desde luego, el tema no le interesa tanto como el que tenía pensado, pues sabe que no podrá hacer más que soltar alguna hipótesis que no sea más que una suposición muy genérica. No le servirá para sacar una buena nota por su falta de originalidad, reflexiona, pero al menos podrá aprobar el Trabajo y lograr el título. En fin, se avecinan unas semanas muy aburridas, piensa, y desde luego sin nada de motivación, pero es lo que hay.

Miren se sienta en el escritorio de su habitación para intentar esbozar una posible estructura nueva para el trabajo. De repente, le viene la imagen de Ane. Siente que, si la estuviera viendo, se sentiría disgustada, y decepcionada, al ver a su hermana pequeña arrojar la toalla a las primeras de cambio, después de todo lo que ha luchado para poder defender lo que cree, contra el criterio de casi todos sus profesores y amigos, incluso de su familia. Y es en su familia en quien piensa entonces, en esos padres que hace años que, en opinión de Miren, arrojaron la toalla y ya no buscan esclarecer las verdaderas causas detrás de la muerte de su hija mayor, y ni siquiera encontrar a los culpables.

Su cabeza es un torbellino. «¿Qué puedo hacer?», se pregunta la joven. «¿Sigo mi instinto o me quedo con la opción más sencilla? ¿O lo mando todo a la mierda directamente?» Sea lo que sea, es consciente de que no tiene tiempo para sopesarlo demasiado. Debe tomar una decisión, y rápido, y a partir de ahí ser consecuente y tirar para adelante con la decisión tomada, hasta las últimas consecuencias.

Pero también sabe que es importante *desdramatizar*, como su psicóloga le ha explicado tantas veces. Al fin y al cabo, sigue siendo un trabajo de la universidad, el mismo que otros tantos alumnos deben también realizar. Además, Miren piensa que para indagar sobre lo que le ocurrió a su hermana, y quién sabe si a otras chicas también, necesitará mucho más que un simple trabajo de investigación universitario. Necesitaría ser una profesional y tener algún tipo de sustento y apoyo por encima de sus posibilidades reales. Piensa que integrarse en la Policía podría ser una opción, pero después de lo visto y vivido durante las prácticas, no lo tiene tan claro. Es cierto que no aguantó mucho ahí, pero sí lo suficiente para hacerse una idea de lo difícil que sería mover nada una vez dentro del Cuerpo.

Abstraída en esas reflexiones, le llega un correo electrónico de su profesor, pese a ser las nueve de la noche y por tanto encontrarse claramente fuera de su horario laboral. En el email, bastante extenso y emotivo, Fran Casanueva la anima a seguir con su idea primigenia, a no dejarse vencer por el desánimo. Le dice que tiene mucho talento, pero mucha información en la cabeza, que tiene que aprender a sintetizar, quedarse con el grano y separarlo de la paja. Y cómo no, a controlar sus emociones y no ser tan vehemente a veces.

Miren siente que ese mensaje le ha llegado en el mejor de los momentos. Por lo tanto, seguirá adelante.

# 15

Los siguientes diez días los dedica, en su tiempo libre, a retomar el trabajo y a investigar y redactar con más frenesí que nunca hasta ese momento. Sabe que trabaja contrarreloj, pero también que tiene el apoyo de Fran, que le ayuda mucho.

Y en cuanto a la ciudad, al fin, llega el tan esperado día 19 de enero. Para los donostiarras, un motivo de alegría como no se siente en la capital en ningún otro momento del año. Ese día, a las doce de la noche, se extenderá, una vez más, el sonido de los tambores y barriles por las calles de toda la ciudad, en una tradición que se remonta a mediados del siglo XIX.

Muchos donostiarras, horas antes del inicio de su fiesta grande, empiezan a sentir mariposas en el estómago, hasta que llega la izada, a las doce en punto de la noche del 19. En ese momento, en la Plaza de la Constitución, el alcalde de la ciudad, en el balcón principal del antiguo ayuntamiento (biblioteca en la actualidad), iza la bandera en el mástil.

Tras la izada, da comienzo la Tamborrada, con la compañía Gaztelubide tocando la *Marcha de San Sebastián* sobre el escenario de la *Consti*, justo debajo del balcón. Y a partir de ese instante, 24 horas de ininterrumpida fiesta. Las calles, esa noche, tienen como un ambiente especial, de armonía y jolgorio como ninguna otra del año.

Cuando sale el sol, la juerga se apaga un poco y la atención se centra en las compañías mañaneras y, a mediodía, en la Tamborrada Infantil. Durante toda la tarde siguen tocando más comparsas, decenas de ellas, por todos los barrios de Donostia, hasta que, a las doce en punto del día 20, la fiesta concluye con la arriada. Ese acontecimiento transcurre en el mismo balcón de la izada, en la Consti, y con el mismo protagonista, el alcalde, que arría la bandera justo a medianoche, con los tambores y barriles de la compañía Unión Artesana tocando sobre el escenario.

Es un ritual que se celebra, sin apenas cambios, año tras año.

Las amigas de Miren, con las que se reconcilió días después de lo ocurrido en Santo Tomás, la invitan a ir a verlas tocar en su comparsa, pues salen a la una de la madrugada de una sociedad del Centro de la ciudad. Miren es la única de entre sus amigas que no sale en esa comparsa, por motivos obvios.

La Tamborrada era su fiesta preferida del año hasta que la tragedia se instaló en su vida como una mala hierba. Desde entonces, todo lo que significa regocijo y fiesta para la mayoría, para ella supone el aniversario del peor día de su vida, cuando su hermana, la persona más importante en la vida de aquella Miren de 13 años, le fue arrebatada de forma atroz y despiadada.

Llegan las doce y media de la noche y la joven pasea por el Centro de la ciudad, cruzándose con comparsas aquí y allá, cada una de ellas acompañada de su propia charanga, tocando una canción distinta. En ocasiones, depende de en qué lugar se encuentre Miren, se le mezclan en los oídos las marchas de dos comparsas distintas, creándose un batiburrillo de música de charanga, tambores y barriles a descompás en su cabeza.

Hacia la una, se acerca a la calle donde está la sociedad gastronómica de la que saldrán sus amigas. Llega adonde está el numeroso grupo de espectadores, en la acera de enfrente de la sociedad, y observa cómo la gente va aplaudiendo según van saliendo los tamborreros. Cuando están todos fuera, estos van formando las filas y, una vez todos preparados, tocan la marcha con la que todas las comparsas abren y cierran su cometido, es decir, la *Marcha de San Sebastián*, compuesta por Raimundo Sarriegi en el año 1861.

Miren se abre paso entre la gente para ponerse frente al lugar en el que están sus amigas, y las saluda efusivamente. Sus amigas responden con gritos de alegría.

Mientras tocan la *Marcha*, Miren se dedica a sacar fotos y grabar vídeos con su móvil.

Tras tocar la *Marcha de San Sebastián* y unas tres o cuatro más, la comparsa avanza y el gentío congregado camina detrás o a los lados. Lo propio hace Miren durante un buen rato.

Sin embargo, serán ya las dos y media, Miren se cansa de seguir a la comparsa y decide marcharse un rato. Sabe que sus amigas volverán a la sociedad, junto a todos sus compañeros, a las cinco de la madrugada, para poner el broche final a sus cuatro horas de tamborrada en una última, y más emotiva que ninguna, *Marcha de San Sebastián*. Para cuando regresen, además, estarán tan borrachas que ni se acordarán de que Miren ha ido a verlas. De eso está segura, pero le parece un detalle menor. De hecho, hasta sonríe al pensar en ello.

Para ser 20 de enero, pleno invierno, la noche no es excesivamente fría. Cierto es que pocas noches de Donostia son realmente frías, heladoras. Tener el mar tan cerca atempera el ambiente, y esa es una de esas noches que, aunque por supuesto hay que ir bien abrigado, no hace un frío de los que te hace temblar y castañetear los dientes. Por tanto, Miren camina por las calles, algunas de ellas atestadas de gente, con una sensación de comodidad. Continúa cruzándose con varias comparsas de tamborreros, y también con muchas personas que las siguen.

Sin saber por qué, instintivamente, Miren ha caminado hacia la Parte Vieja, aunque no lo ha hecho directamente, sino que ha ido callejeando. Llega a las calles aledañas al Boulevard, se topa con muchos grupos de chavales, pero también de juerguistas de todas las edades.

Cuando al fin pisa el Boulevard, se lo encuentra lleno de gente. En ese momento hay dos comparsas tocando, una al principio de la calle en el sentido de circulación, es decir, frente al mercado de La Bretxa, y la otra al final de la Alameda, frente a un lateral del Ayuntamiento. Miren se desvía un poco hacia la zona del río para poder cruzar la calle, sorteando a toda la gente que acompaña a la comparsa, y avanza hacia lo profundo de la Parte Vieja por la calle San Juan, aledaña al mercado.

A Miren le llega el recuerdo de que ese mercado se llama así por una curiosa razón que aprendió, entre otros muchos datos que desconocía sobre su propia ciudad, al hacer un *free tour* tres años antes con varios compañeros de clase de la universidad, que al ser de otros lugares, insistieron en apuntarse a uno. Al principio, a la joven no le hizo una especial ilusión, porque estaba convencida de que no le enseñarían nada que no supiera ya, pero al terminar ese recorrido en grupo, de un par de horas, Miren tenía la boca tan abierta como cualquier otro compañero. Más aún, se sintió una ignorante y algo avergonzada por desconocer tantas cosas de la única ciudad donde ha vivido siempre.

Una de esas historias que el guía del *free tour*, un recién licenciado en Historia con mucho salero, les contó, se refería al mercado de La Bretxa. Resulta que en 1812, en el contexto de las Guerras Napoleónicas, la ciudad estaba dominada por el ejército francés. Por aquel entonces, la ciudad se reducía a la Parte Vieja del presente, y estaba rodeada por una muralla, a la altura del Boulevard. De hecho, otro detalle que Miren aprendió aquel día es que en el pavimento de esa famosa calle hay unas baldosas de distinto color a las demás, y que marcan el trazado de esa antigua muralla. Miren descubrió

entonces la razón de ser de esas baldosas rojas en las que más de una vez se había fijado, caminando sobre ellas. También se había preguntado por qué tendrían una forma tan extraña.

Volviendo a 1812, el ejército aliado, compuesto por soldados ingleses y portugueses, que venía a reconquistar la ciudad, la puso bajo asedio. El 31 de agosto de ese año, el ejército angloportugués consiguió abrir una brecha en la muralla a la altura del actual mercado, en la zona que da hacia la desembocadura del río Urumea. De ahí su actual nombre.

Al pensar en esas cosas, mientras pasea, Miren se siente un poco pedante, y prefiere fijarse en lo que tiene alrededor. Callejea por las estrechas calles de la Parte Vieja un rato más, parándose a ratos para escuchar a los tamborreros. Cuando les oye tocar, se evade por momentos, y le llegan también recuerdos de su infancia, de cuando tocaba en la Tamborrada Infantil. Cuando se acercaba la fecha, siendo ella una niña, no hablaban de otra cosa en clase. Todas las niñas, incluida Miren, querían ser *La Bella Easo* por un día, y desfilar en lo alto de una carroza, enfundadas en un precioso vestido plateado y azul, saludando con una inmensa sonrisa al abigarrado gentío, con elegancia y donaire, como si de una verdadera princesa se tratara, acompañadas por sus damas de honor, también hermosas. Por desgracia, solo una niña, entre miles, era elegida cada año para desempeñar tan deseado papel, y desde luego, a Miren nunca le tocó. Lo único que podían hacer, ella y sus amigas, vestidas de soldados y tocando el tambor, era observar con rabiosa envidia desde el suelo a la flamante *Bella Easo* pasar ante ellas, a varios metros de altura, sonriendo con suficiencia, sabiéndose la niña más afortunada y envidiada de todas. Pero con todo, desfilar entre los suyos tocando el tambor o el barril era más que suficiente para que Miren sintiera una honda emoción y mucha alegría. Sin duda, la Tamborrada fue siempre su fiesta preferida, como la de, probablemente, la mayoría de los donostiarras.

La Miren adulta, por su lado, sigue paseando por las calles un rato más, disfrutando bastante de la fiesta, evitando, eso sí, las calles con mayor profusión de bares, y por tanto, sabe ella bien, calles por las que le resultará bien difícil transitar. De esa manera llega a la Calle 31 de Agosto, la última antes de que comience la ladera del monte Urgull, y calle que recorre toda la Parte Vieja desde el puerto hasta el río, justo al otro lado. Esa Calle 31 de Agosto, dato que Miren sí conocía desde pequeña, gracias a sus padres, es el único testigo vivo del incendio de aquella noche de 1812, posterior a la batalla que se libró entre sus muros. En realidad, el fuego solo dejó intacto uno de los

lados de última calle, justo el que queda bajo el monte Urgull.

Le llegan tantos recuerdos sobre su infancia que acaban por abrumarla, y con tanto ruido y algarabía que la rodean, la joven decide marcharse a un lugar más tranquilo donde esperar a que lleguen las cuatro y pico, para dirigirse de nuevo a la sociedad desde la que partieron sus amigas. Mira el reloj y son aún las tres y cuarto. Por tanto, como *a priori* el lugar tranquilo más cercano es el propio monte Urgull, sube la rampa que queda junto a la Iglesia de Santa María. Es un repecho empedrado que, tras varios giros, te sumerge de lleno en lo que es propiamente el monte y su bosque.

Tras un rato subiendo por esa y posteriores cuestas, Miren se siente algo cansada y decide sentarse en el primer banco que encuentra. A los pocos minutos, pasan por delante de ella un par de parejas claramente borrachas y que buscan un lugar íntimo donde dar rienda suelta a sus pasiones. Miren no puede evitar sentirse un poco incomodada por las miradas de esas personas, que parecen juzgarla por estar ahí sola, o incluso como si fuera algún tipo de pervertida o mirona. Por tanto, se levanta y sigue subiendo por otro camino, luego por otro, y así cada vez por senderos más estrechos para intentar evitar tener que cruzarse con nadie. Llega un momento en el que tiene que encender la linterna del móvil para poder saber por dónde va, pues el alumbrado de ese lugar es inexistente.

Al fin, encuentra una gran roca de base redondeada que le parece bastante cómoda. Al sentarse, descubre que, desde su posición, tiene una panorámica bastante amplia de la ciudad, llena de lucecitas. Se queda un rato contemplando la belleza de la capital y escuchando los sonidos que, algo sordos y solapados, le llegan de ahí abajo. Sobre todo son ruidos de tambores y de barriles, así como de los instrumentos de la charanga, que le llegan con más o menos intensidad dependiendo de la fuerza de las ráfagas de viento que soplan hasta su posición. La brisa es algo fría, pero no lo suficiente como para hacer tiritar a Miren.

A un rango menor pero de forma incesante, le llega también un murmullo continuo que es casi inaudible. Miren concentra su atención en ese ruido y lo identifica con el batiburrillo de voces de miles de bocas que están de celebración, ahí abajo. Miren ignoraba que desde tan arriba pudieran escucharse.

En ese momento, le invade un pensamiento y se siente algo incómoda. Sabe que esas miles de personas que están ahí abajo son ajenas a todo lo

demás. Seguramente, la gran mayoría estará disfrutando de lo lindo de esa noche, tras meses esperando esa fecha tan señalada. Miren se pregunta por qué no está ella ahí abajo también; por qué no llama a algún otro amigo que sabe que está por ahí, y se pone a festejar la vida, que es al fin y al cabo lo que hacen los que están en esas calles. Se pregunta si su madre tendrá razón. Es decir, si será cierto que su obsesión la ha dominado y ahora vive supeditada a ella. Y si eso fuera cierto, también podría serlo que está soportando una vida de amargura y frustración a la que no es capaz de darle la vuelta.

Sumida en esos pensamientos, le llega una nueva brisa con nuevos murmullos y ruidos. Pero esta vez, le llega un sonido de procedencia distinta, o eso le parece. Al instante, deja de pensar en sus cosas y, tras salir de su ensimismamiento, agudiza el oído, pero no oye nada más. Unos segundos después, no obstante, vuelve otro ligero soplo de viento y ese mismo ruido, de procedencia distinta a la de la ciudad que se abre a sus pies.

Esta segunda vez, le ha parecido un grito, pero lejano y distorsionado. Se levanta de la roca por instinto, con tensión, aunque sabe que eso no le va a ayudar a escuchar más claro. Otra ráfaga más trae nuevos sonidos, pero no ese que esperaba. Con un profundo suspiro, se da cuenta de que es fruto de su imaginación; fruto de esa obsesión sobre la que reflexionaba poco antes.

Pasa alrededor de medio minuto sintiéndose idiota cuando esta vez le llega el mismo ruido, y esta vez mucho más claro, como si estuviera más cerca. Es un grito agudo, probablemente femenino. Esta vez está muy segura de ello.

Por tanto, sin pensárselo dos veces, enciende de nuevo la linterna de su móvil y avanza con cautela para no caerse, pero todo lo rápido de lo que es capaz, hacia la que cree que puede ser la procedencia de ese grito.

El viento y la oscuridad reinante, no obstante, confunden a Miren, que tiene que corregir su dirección varias veces, cambiando de camino y subiendo escaleras que previamente había bajado. En una de esas ocasiones, de hecho, necesita dar un giro de 180 grados.

Tras un buen rato sin escuchar los gritos, que se alarga hasta más de un minuto, tiempo en el que Miren no sabe adónde ir, de repente, escucha el grito más cerca que nunca.

Esta vez sí, abandona toda precaución y corre lo más rápido que puede. Corre elevando mucho las rodillas y levantando bien los pies de la tierra para

evitar tropezar con posibles piedras o raíces. En alguna ocasión, está a punto de chocarse de frente contra algún tronco, que a duras penas es capaz de salvar.

—¡Ayuda!

Esta vez el grito es tan claro que hasta entiende la palabra. Miren piensa que la chica que ha gritado no puede estar ya muy lejos. Posiblemente esté tras el recodo que hay frente a ella, que no es más que una lengua de tierra que separa la vaguada en la que está Miren de la siguiente, donde espera encontrar al fin a la autora de esos gritos de auxilio.

Cuando está a punto de llegar al origen del grito, tropieza con una raíz y cae de bruces contra el suelo, con mucha fuerza. Como en ese punto el camino baja en pendiente, la joven da varias vueltas de campana por la ladera hasta que un árbol detiene su caída. Se pega un golpe tan fuerte en la espalda, contra el tronco, que necesita varios segundos para recuperar el sentido.

Al levantarse, dolorida y muy aturdida, le pitan los oídos y necesita unos segundos para retomar el equilibrio, orientarse y saber hacia dónde debe ir.

Algo repuesta, con una mano en las lumbares, sigue avanzando medio renqueante. Puede que se haya torcido un tobillo, pero con el calor del momento y la adrenalina, no sabe lo que tendrá, ni le importa en ese momento. Siente un líquido caliente en los labios. Se lleva la mano derecha a la boca y se palpa esa zona de la cara. Está sangrando por la nariz.

Finalmente, Miren sale a una pequeña explanada, junto a una gran roca. Se detiene al fin, jadeando, y mira alrededor. Sabe que la chica tiene que haber llegado hasta ahí, pero no ve nada. Tampoco oye nada, salvo el sonido de las olas, lo que le preocupa aún más. Se queda unos segundos en silencio, intentando captar el más leve sonido, pero nada le llega.

«Puede que se haya desmayado», piensa entonces, así que enciende la linterna de su móvil, que se le ha apagado por la caída. Con cierta dificultad, por la agitación que lleva, empieza a enfocar al suelo, a todos lados, esperando encontrar una figura femenina en el suelo. Pero no hay nada. Se da cuenta, entonces, de que al encender la luz de la linterna acaba de delatar su posición, y si la chica a la que busca estaba huyendo, probablemente huía de algo o de alguien. Y ese alguien, si está acechando entre las sombras, sabrá perfectamente que hay alguien más y su posición exacta. En ese momento, le

encantaría ser policía y llevar un arma encima.

Ya que su posición, a esas alturas, no es un secreto, le viene el instinto de gritar, ya que tal vez la chica no esté inconsciente del todo y pueda oírla. Pero al abrir la boca no le sale ningún sonido, está completamente muda, por una mezcla de terror y tensión. Sigue enfocando a todas partes, como una loca. Pero no encuentra nada. Decide caminar un poco más, pero muy despacio.

Un poco más adelante siente la sombra de una mole que se eleva frente a ella. Enfoca hacia esa figura enorme y a pesar de la escasa potencia de la linterna, es capaz de dilucidar ese objeto. Se trata de una antigua estatua.

Y al reparar precisamente en el lugar en el que está, Miren se detiene al instante. Por un momento, no más de un segundo, se ha olvidado de por qué está allí y siente como si viajara en el tiempo varios años. Un torrente de recuerdos e imágenes calan en ella. Miren se encuentra en el célebre *Cementerio de los Ingleses*, lo cual significa que el último rastro que se encontró de su hermana está ahí cerca.

De hecho, obviando el peligro de su situación, enfoca hacia abajo, a unas escaleras que pasan junto a un lugar que Miren conoce bien. Y conoce ese sendero al detalle porque junto a un árbol, el tercero empezando a contar desde el inicio del camino, los policías hallaron unas pisadas y las huellas de unas manos que indicaban que una chica joven había reposado allí. No pudo confirmarse que fueran las huellas de su hermana, pero Miren siempre supo, no sabía cómo, que efectivamente Ane estuvo allí, probablemente escondida o recuperando el resuello, la fatídica noche en la que perdió la vida. Años después, Miren volvió a ese lugar una y mil veces, intentando rehacer el camino que quizás trazó su hermana en su posible huida. Muchas veces se detuvo y se sentó contra el árbol donde su Ane estuvo, como si por inspiración divina le llegase algún tipo de revelación. Pero, por supuesto, nunca hubo tal cosa.

Miren sale de su ensimismamiento en un instante. Vuelve al presente; al aquí y ahora. Sacude su cabeza, un gesto nervioso habitual en ella, y vuelve a buscar con la linterna, esta vez fijándose bien en dónde enfoca. Pero no hay nada de nada. Ni movimientos, ni ruidos, ni nada. Avanza sin parar hasta los mismos pies de la estatua. Se detiene bajo su enorme figura y, apoyando la espalda contra la escultura, mira alrededor. Aspira hondo y le llega el olor a tierra húmeda, así como otros aromas característicos del mar, tan cerca de su posición.

Es como si la noche se hubiera tranquilizado de repente. En ese lugar del monte Urgull, que da hacia el océano, incluso el ruido de tambores y barriles llega tan apagado que hay que agudizar el oído para darse cuenta de su existencia.

Tras echar una ojeada a todos lados, ayudada por la luz de la linterna, y no ver nada, Miren empieza a volver a su ser. Las pulsaciones empiezan a bajar su intensidad y, con ello, comienza a sentir el cansancio en sus músculos. Se pone en cuclillas para acabar de recuperarse, y su cabeza comienza a hervir por las dudas.

Se le pasa de todo por la mente. Pero por más teorías que lleguen a su cabeza, ninguna le convence del todo. Piensa desde que todo ha podido ser producto de su imaginación hasta que la misteriosa joven se ha evaporado literalmente, o que tal vez fuera una especie de sirena, *lamia* o algún otro ser mitológico bromista o engañoso. Entre medias, las teorías que le suenan algo mejor le indican que tal vez la chica se desmayara poco antes de que Miren llegara y que su agresor se la llevó a cuestas antes de que Miren pudiera encontrarlos. También podría ser que Miren se hubiera equivocado en sus cálculos, y que la joven hubiera corrido hacia otro lado, pero esa teoría la descarta rápido. Miren está convencida de que la voz provenía del lugar en el que se encuentra en ese momento.

Una vez de pie, camina vacilante por el cansancio hasta el camino más cercano, para volver a la ciudad lo antes posible. Mientras desciende por el sendero, piensa en que debería llamar a la Policía, o incluso acercarse a una comisaría a contar lo sucedido. Pero eso le llevaría, sin duda, a tener que responder a algunas preguntas que no sabe si está preparada para responder. Para empezar, le preguntarán si está segura de lo que dice, y Miren, para ser sincera, no puede asegurar al cien por cien que lo que ha vivido es cierto o una ilusión muy bien creada por su mente. En su fuero interno, siente que no es así, que lo que ha escuchado es real, pero cómo explicárselo a la Policía con sus antecedentes; y muy recientes, además. De hecho, es posible que le tocara testificar ante el mismo comisario con el que discutió hasta el punto de que este decidió rescindirle el contrato de prácticas. «Dirán: Ya está la loca esta montando el espectáculo, como si no lo hubiera hecho suficiente la última vez», piensa Miren que hablarán en la comisaría. Tal vez incluso la misma Mertxe les dará la razón. «Soy la becaria a la que echaron. ¿A cuántos becarios habrá echado la Ertzaintza en su historia? No creo que a muchos»; piensa la joven, con sorna.

Pero después piensa algo más serio. Si Miren sostiene que todo lo que cree haber oído es cierto, es probable que busquen en su historial, es posible que incluso el comisario ya lo hiciera semanas atrás, y eso le convenciera para despedirla, y tal vez incluso para abroncar a Fran Casanueva por recomendarles a una alumna con ese pasado.

«Una chica obsesionada con el asesinato de su hermana y que ha estado años saltando de psicólogo en psicólogo… No parece una persona cuyo testimonio tenga mucho valor», piensa con amargura, mientras camina lentamente, sin importarle adónde va. «Especialmente cuando no he visto absolutamente nada. De hecho, me juego algo a que si la Policía viniera a investigar minuciosamente la escena, incluso si viniera toda la comisaría en bloque, no encontrarían nada», continúa con su reflexión.

Y es en ese punto cuando se detiene de golpe. «No encontrarían nada, como no encontraron nada cuando ocurrió lo de mi hermana, salvo por unas pocas huellas no concluyentes. Y lo que pasó ocurrió precisamente en la misma zona donde he oído los gritos. ¿Puede ser eso casualidad?» Ese pensamiento la embarga de una profunda emoción y se sienta en un pretil cercano. «¿Me estaré volviendo loca?», se pregunta.

Después de lo ocurrido, no se siente con fuerzas de volver a la sociedad de sus amigas a esperar su llegada, así que en cuanto llega, medio cojeando, al Boulevard, coge el primer autobús que la deja cerca de casa.

El tobillo le cosquillea un poco pero, por suerte, comprueba que no ha llegado a torcerse, sino que es el golpe lo que le duele.

## 16

Ese día, 20 de enero, día grande, Miren se levanta muy tarde, casi a las cuatro de la tarde, y no come nada, pero se deja convencer por sus amigas para dar una vuelta por el Centro, a modo de compensación por haberse ido la noche anterior sin decir ni *mu*. Miren acepta, y a fuerza de disimular su mente atribulada, acaba hasta pasándoselo bien. Eso sí, ha quedado con sus amigas a las seis de la tarde, pero Miren llega al Centro a las cinco y cuarto para aprovechar los últimos rayos de sol y darse una vuelta por Urgull. Camina lo más rápido que puede, entre senderos y escaleras integradas en la tierra, y llega al Cementerio de los Ingleses un rato después, cuando todavía hay algo de luz. Se pone a buscar por la zona, que a la luz del día se le asemeja más pequeña que por la noche, llena de sombras y misterios.

Por más que rebusca por todas partes; entre la hierba, las piedras, ramas, árboles… No encuentra absolutamente nada. Exasperada, aunque resignada a la fuerza, por mucho que se esperara no encontrar nada, regresa al Centro, a la plazoleta que queda frente a la Catedral del Buen Pastor, donde ha quedado con sus amigas. Llega quince minutos tarde, pero sus amigas tampoco son especialmente puntuales, así que nadie se lo tiene en cuenta.

Nada más verla, le preguntan por qué se fue a casa tan pronto la noche anterior. Miren se inventa que le empezó a doler la cabeza y prefirió retirarse a casa antes de enfermar. Nadie insiste en el tema, así que pasan el resto de la tarde de forma animada.

Caminan por las calles del Centro, persiguiendo compañías de tamborreros. Todas ellas tienen familiares, amigos y conocidos tocando en alguna compañía, así que pasan el rato visitando a esas personas, riendo y bebiendo, disfrutando del sonido de los tambores y barriles. Miren no bebe tanto como sus compañeras, pero ver a tanta gente alegre le anima bastante.

Otro detalle que a Miren le gusta mucho es la vestimenta que llevan los tamborreros. Cada compañía tiene la suya propia, que les distingue de las demás. La costumbre marca que los que tambores vayan vestidos de soldados europeos del siglo XIX, mientras que los barriles suelen ir vestidos de cocineros, todo de blanco.

Puesto que la vestimenta de los barriles de las diferentes compañías apenas suele variar, la principal diferencia entre compañías radica en los

atuendos de los tambores. Pueden encontrarse trajes de todos los colores, e incluso puede existir también cierta variedad en la forma y el corte de los mismos. Gracias a la disparidad entre los trajes de los soldados/tambores, así como la bandera que toda compañía posee y que porta la abanderada, quien abre la marcha, es como la gente puede distinguir a lo lejos una compañía de las demás.

Pero algo que se repite en todas las compañías es que, tras el Tambor Mayor, que hace las veces de director, desfila la sección de los tambores; disciplinados, manteniendo, por lo general, la posición en su fila, la compostura y la dignidad. Por contra, detrás de ellos marchan los más numerosos barriles; despreocupados, en desbandada, bailando y riendo, exaltando los ánimos de los espectadores.

# 17

A la mañana siguiente, día 21, que es jornada laboral y lectiva en la ciudad, lo primero que hace, a primera hora, y aunque no le toque ir a la facultad, es aparecer en el despacho de Fran, porque sabe que, aunque en principio no le toca hora de tutoría, lo más probable es que ya se encuentre trabajando en su despacho.

Nada más llegar a la facultad, sube las escaleras a toda velocidad y llama a la puerta del despacho, casi rezando para que el profesor esté dentro.

—Adelante —escucha Miren, desde fuera.

La joven entra en el despacho y, tras la mesa, rodeado de un montón de libros, se encuentra el profesor, con unas visibles ojeras. «Tal vez él también salió y bebió más de lo debido en la Tamborrada», piensa Miren. Está tentada de preguntárselo, pero prefiere ir directamente al grano en cuanto se sienta.

Tarda unos minutos en contarle todo lo acaecido horas antes; incluso le traslada su decisión de no contarle nada a la policía por el riesgo de ser tildada de loca, o incluso de mentirosa, y de inventarse esa historia para vengarse de ellos por haberla despedido.

—No creo que pensaran eso… —dice el profesor, muy serio, tras todo lo escuchado.

—Bueno, pero pensarían que estoy desequilibrada, me da lo mismo.

—En fin, dejando eso aparte. Fuiste a Urgull ayer, según me has dicho, y no encontraste nada.

—No, pero eso no quiere decir nada.

—Desde luego que no —responde Fran, pensativo, y algo evasivo también quizá, piensa Miren.

La joven prefiere no esperar y le hace la pregunta que lleva tiempo queriendo formular:

—¿Tú crees que digo la verdad? —pregunta vacilante la joven.

—Sin duda —responde Fran, sin pensárselo un segundo.

Esa confesión tranquiliza un poco a Miren, que por fin se relaja y apoya la espalda contra el respaldo de la silla. De hecho, se da cuenta de que hasta ese momento había estado tan tensa contando su historia que ni se había apoyado en el respaldo.

—Te creo, sin duda —continúa el profesor—. Y pese a lo que piensas, no voy a ponerte ningún pero.

—Vaya, pues te lo agradezco… —Miren siente que alguna lágrima de gratitud está a punto de surgir por sus ojos. Lo cierto es que se esperaba uno y más *peros*, acostumbrada como está, así que esa frase es la que le ha calado más hondo.

Y es en ese momento, con las últimas defensas ya bajadas, cuando Miren se convence en decirle toda la verdad.

—Hay algo más. Algo que me escama desde anoche.

—¿El qué?

—Mi hermana. Según nos dijeron los policías, y yo creo que es verdad, mi hermana llegó hasta ese mismo lugar. O al menos, el último lugar en el que apareció algún rastro de ella fue por ese entorno. Y ahí acababa todo. No puede ser una casualidad.

—Dos veces no es suficiente para pensar eso, Miren…

—Ya, bueno. Pues yo no lo creo.

—¿Y qué es lo que crees? ¿Tal vez algo relacionado con un asesino en serie?

—Bueno, sí. O tal vez sea una mafia o no sé. Pero por lo menos, sé que hay algo más que una simple casualidad. Hoy más que nunca. Hay alguien que actúa, por lo menos, las noches de la Tamborrada, y en el mismo sitio.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué me haces tantas preguntas? —Miren vuelve a ponerse a la defensiva.

Las últimas palabras de Fran y su aparente falta de fe le hacen bastante daño, sobre todo después de decirle que la creía a pies juntillas. Se arrepiente de haberle contado todo tan rápido. Siente que se ha precipitado y que ha sido un error. El profesor sin duda ha notado ese cambio en ella.

—Vamos a ver, Miren. No pienses que no te creo. Solo quiero que pienses, y que no te dejes llevar por tus pasiones. En esto debes ser muy aséptica. No hay otra manera —hace una pausa—. Una cosa es que te crea en lo que te ocurrió ayer. Creo que realmente escuchaste a una chica pedir auxilio. Pero otra cosa es asegurar que hay un patrón, un hilo que une el destino de dos chicas distintas, de dos años distintos, y no consecutivos, con un mismo asesino.

Ambos se quedan callados. Fran habla tras hacer otra pausa, más larga.

—Pero también puede ser que sea cierto —continúa el profesor—. Lo que pasa es que tenemos que investigarlo bien. Dos casos son muy pocos, en realidad.

—Puede que haya más.

—Eso tenemos que mirarlo. Incluso siendo solo dos, podría tratarse también del inicio de una loca carrera homicida. Así pues, habría que intentar detener eso.

Miren hace una pausa. Su cabeza va a mil revoluciones.

—Según creo, para encontrar un hilo conductor, habría que conocer bien a ambas víctimas.

—Posibles víctimas —matiza Fran—. De momento, no sabemos nada de la chica de la noche del 19, de hace dos días. Ni siquiera sabemos si realmente está muerta.

—Es cierto —reconoce Miren—. Y por ahí deberíamos empezar. Saber si ha pasado algo. Y si es así, saber qué podría unir a esas dos chicas. A mi hermana y a la chica del otro día.

—Buena idea. Empiezas a pensar como una detective.

—Necesito tus contactos.

—¿Cómo dices?

—Por eso he venido. Bueno, en parte. También necesito de tus conocimientos. No puedo con esto sola.

—Está bien —Fran parece halagado—. ¿Qué quieres que haga?

—Necesito que llames a tus contactos en la Policía. Quiero saber si se han denunciado desapariciones la noche del 19.

—¿No has buscado en los medios?

—¡Claro que sí! Y sigo buscando cada poco rato. Pero no aparece nada. Y ya no puedo ir a investigar a la comisaría. Le escribiría a Mertxe, que es una agente con la que me llevo muy bien. Pero de primeras prefiero que seas tú, si es posible. Creo que será menos problemático.

En ese momento, Fran sonríe imperceptiblemente:

—Sí, estoy de acuerdo.

Entonces, Fran busca en su maletín y saca su móvil. Después, se pone a buscar en su teléfono y escribe algo. Miren observa todo con cierta ansiedad, sin perder detalle, desde la distancia que marca la mesa que los separa.

—Ya está. Le he escrito a un antiguo compañero mío. Espero que responda rápido.

—Bien.

—¿Quieres que hablemos de tu Trabajo final mientras tanto?

—No, gracias. No tengo cuerpo para eso.

—Como veas. Tampoco yo, si te soy sincero. No tengo buen cuerpo.

Se hace un pequeña pausa. Miren cree que es el momento de rebajar un poco la tensión, aunque lo que dice entonces no suena tan chistoso como esperaba.

—Mucha juerga, ¿o qué?

Pero antes de que Fran responda, le llega un sonido desde el móvil,

indicando que le ha llegado una notificación. El profesor coge el móvil y tarda un momento en leerlo todo.

—Pues parece que sí; que ha habido varias denuncias por desapariciones esa noche.

Miren se pone tensa.

—¿Cuántas?

—Humm… —Fran vuelve a mirar el móvil—. Pues parece que cuatro desaparecidos. Pero sinceramente, no me parece un número especialmente alto. Y menos para un día con tanta afluencia de gente.

—¿Y qué son, hombres o mujeres?

—No lo sé.

—Pregúntale, por favor —le ruega Miren.

Fran le mira fijamente un momento, con el ceño fruncido. Tras una pausa, accede.

—Está bien —y se pone a escribir.

—Oh, y también pregúntale por la edad de los desaparecidos.

—Miren… —pero antes de que pueda argumentar nada, la joven se lo vuelve a pedir, pero está vez de manera más perentoria.

—¡Por favor! Y ya no te pido nada más.

Fran resopla y mira hacia abajo, negando con la cabeza. No obstante, por tercera vez, accede. Sin añadir nada más, vuelve a escribir a su contacto. Esta vez, en el tiempo de espera, nadie añade nada. Unos segundos después de haberle escrito, el contacto de Fran responde. El profesor coge el teléfono y repasa lo leído un par de veces antes de hablar.

—Pues vamos a ver. De los cuatro, dos son hombres y dos mujeres.

—¿De qué edad? —el tono de Miren vuelve a tener un matiz de ansiedad.

—Una de las mujeres es muy mayor, y uno de los hombres también. Pasa

a menudo, puede ser por…

—¿Y los otros? —Miren siente tener que interrumpirle de forma tan brusca, pero a veces siente que cuando Fran le habla, es como si siguieran en clase. Y esto es mucho más importante, al menos para ella.

—Pues el hombre tiene unos cincuenta. Y la mujer es una chica de… 19 años.

Miren siente una sensación de triunfo. Hasta que se da cuenta de lo que eso significa, o puede significar, y se detiene al instante. Se siente fatal consigo misma.

—¿Y no dice nada más? ¿Sobre quién es ella?

—No, Miren, y no lo voy a preguntar. Podría meterle en un aprieto. Y no creo que merezca la pena.

Miren se lo piensa antes de responder.

—Está bien. De momento, con eso tengo suficiente. Pero estaré atenta.

Miren hace un ademán de levantarse, pero Fran le hace un gesto con la mano para que se mantenga sentada.

—Espera un momento. Antes de que te vayas. Es posible que la chica que oyeras sea la muchacha desaparecida. ¿Pero y si no lo es?

—¿Qué quieres que te diga, que dejaré de pensar lo que pienso? Pues es tarde, porque no voy a parar.

—No, no me entiendas mal. Te pensaba decir que no te vinieras abajo como hace un mes. Que sigas adelante, por muchos obstáculos que te encuentres por el camino hasta que encuentres la verdad. Pero cuando la halles, tendrás que convivir con ella y ser consecuente, sea la que sea.

—Lo sé, pero gracias por el consejo.

—Y una cosa más. Te ayudaré. Y ya no por ser tu profesor, sino porque te lo debo.

Miren se queda muy extrañada.

—¿Que me lo debes? ¿Por qué?

—Porque no te creí. Porque pensé mal de ti desde lo de Santo Tomás. Y ahora quiero ayudarte.

—Pues… gracias. No sé qué decir. Ojalá… Ojalá hubiera más profesores como tú.

Fran se ríe.

—Bah, qué tontería. Anda, y ahora vete que tengo muchas cosas que hacer antes de ir a clase. Ya hablaremos.

Cuando abandona el despacho, Miren se siente como renacida. «Por fin alguien que no me toma por una loca desquiciada y… desubicada», piensa, con cierta ironía.

## 18

Pasan los días sin demasiada novedad para Miren. Clases, estudios, y poco más. Casi como un propósito de Año Nuevo, aunque algo tardío tal vez, decide que debe correr todos los días un rato, o empezar a hacer *running*, como dirían algunos. La carrera de aquella noche del 19 vuelve a su cabeza cada poco tiempo; en el autobús, mientras prepara la cena, en clase… Incluso ha soñado de nuevo con ese tema. Pero en la ensoñación es ella la que huye de alguien.

En el sueño, cuando se da la vuelta para mirar de quién escapa, solo ve sombras que se mueven en la penumbra. Y tambores en la lejanía. Pero no son tambores de fiesta como los de la Tamborrada. Son otro tipo de tambores, de ritmo lento, ominoso, y sonido penetrante, con una cadencia oscura que se repite una y otra vez. Ella siente miedo, y sigue corriendo, pero cae exhausta. Repta por el suelo, pero incluso eso la agota.

Tras despertarse sudorosa de uno de esos sueños, en medio de la noche, toma la decisión de ponerse en forma. Además, piensa un día, si hubiera tenido más resistencia, quizá habría llegado a la explanada a tiempo unos días atrás.

Una mañana, el primer sábado tras la Tamborrada, Miren echa un ojo a los diarios digitales, como cada día, pero con especial énfasis en los diarios provinciales. En el primero de ellos, observa una noticia de portada que le hiela la sangre:

ENCONTRADA MUERTA LA JOVEN DESAPARECIDA EN SAN SEBASTIÁN EGUNA

Miren lee la noticia con rapidez, hasta cuatro veces, para quedarse con cada detalle. Por desgracia para ella, no explica gran cosa. Entonces, busca en todos los demás diarios. Pero en ninguno pone nada sustancialmente diferente.

En resumen, lo que Miren entiende es que la joven, de 19 años, desapareció la madrugada del 19 al 20 de enero. Su nombre no aparece, pero sí unas iniciales, J.U. Al parecer, su familia denunció su desaparición el mismo día 20 por la tarde. Por desgracia, no se supo nada de la chica hasta que su cuerpo apareció el día 25, es decir, un día antes de que la noticia salga a la luz, en un meandro del río Urumea, a la altura del barrio de Martutene.

No añade mucha información más, salvo por un detalle que le llama la atención. Por lo visto, esa misma noche, la chica salía de cantinera en una de las comparsas. Lo último que se sabe de la chica es que se empezó a sentir mal y se despidió de sus compañeros para ir a descansar unos minutos. Como la chica no apareció después, los compañeros dieron por hecho que había optado por irse a casa.

Miren siente que necesita saber más. ¿Pero dónde encontrar más información? Para empezar, hay una forma relativamente fácil de encontrarla, piensa. Ya que se trataba de una chica joven, es muy probable que tuviera redes sociales; Facebook o Instagram, como mínimo, concluye Miren. Por tanto, si tenía redes sociales, también tendrá seguidores y sobre todo, amigos y familiares entre sus seguidores. Por tanto, es probable que los últimos días se hayan colgado carteles advirtiendo de su desaparición. Miren coge su móvil y busca la aplicación de Facebook. Tras varios segundos buscando, se da cuenta de que meses atrás la desinstaló. Por ello, tiene que entrar directamente desde la página web.

Al principio, falla al introducir la contraseña, y la joven empieza a desesperarse y a soltar a voz en grito insultos e improperios varios. Tras unos segundos haciendo memoria, introduce otra contraseña y, esta vez, logra entrar en su perfil. Una vez dentro, va al *muro* y empieza a mirar por encima las últimas publicaciones. Por suerte, en menos de un minuto comprueba que uno de sus contactos, o *amigos*, (que es como se llaman en esa red social), una antigua compañera de su colegio en este caso, había compartido un cartel de una desaparecida.

En cuanto ve la foto de la chica, Miren cae en la cuenta de quién es. No la conocía en persona, pero sí de vista, pues la chica era de su barrio, de Amara, en el que sus padres siguen viviendo en la actualidad. Es cierto que han pasado ya varios años desde que la vio por última vez, y por entonces la chica fallecida tendría menos de 15 años.

Tras identificarla por la foto, pasa a leer el texto. De forma escueta, se explica que la chica, de nombre Janire Urdaneta, desapareció la noche del 19 al 20, y que fue vista por última vez en la Calle 31 de Agosto. Vestía un traje azul, de cantinera.

Miren introduce el nombre de la chica fallecida en Google. El buscador de Internet le lleva directamente a los perfiles de la joven en Instagram y Facebook, tal y como Miren sospechaba. Entra en el perfil de Instagram y

observa que la chica era bastante activa en redes, ya que tiene más de cien publicaciones, muchas de ellas fotos en las que la joven sale sonriente, aparentemente muy alegre. Miren observa con horror que la última foto es del mismo día 19, por la tarde. Una foto de la chica vestida de cantinera, que posa muy feliz con otra chica que va vestida de forma similar, seguramente una amiga suya. Al entrar en los comentarios de la foto, que son ya más de 80, lee comentarios de pésame y otros como: «Hasta más ver; descansa en paz», o «Estés donde estés, sé feliz». Tras leer varios comentarios así, Miren siente un fuerte dolor en la boca del estómago y tiene que salir de esa página. Sencillamente, no puede seguir leyendo comentarios así, dedicados a alguien que ya no está para leerlos.

* * *

Esa tarde, antes de las clases, Miren llega a la cafetería donde están varios compañeros de clase reunidos, con cara larga. El tema de conversación, en muchos de los corrillos, es el mismo. Según escucha Miren, uno de sus compañeros de clase debe de ser amigo de uno de los amigos de la fallecida. El chico, Aitor, baja el tono para contarles en confidencia algo bastante morboso. Lo primero que les dice es que no puede revelarles el nombre de la fuente que le ha confiado esa información, pero que es alguien cercano a la familia. Miren odia que el tal Aitor, bastante fantasma por lo poco que le ha podido conocer, se ponga *intensito* hablando de algo tan trágico.

En fin, lo que después de esa introducción cuenta es que el cuerpo de la joven presentaba todo tipo de traumatismos y heridas, y que posiblemente fuera violada atrozmente antes de morir, entre *otras* cosas. Varias personas ahogan un grito de horror al escuchar eso.

A Miren se le revuelve el estómago. Por mucho que sean estudiantes de Criminología, sabe que Aitor lo ha contado más como un detalle morboso que como un punto de análisis profesional. Prefiere olvidar el tema e ir a clase. Tal y como sospechaba en la cafetería, durante la clase no es capaz de evadirse y el recuerdo de la noche del 19 sigue abordándola. Esa mañana, por fin, le ha puesto cara a aquella voz que escuchó a lo lejos aquella noche. Piensa que le encantaría tener clase con Fran ese día, para poder charlar un poco con él después. Pero por desgracia, hasta el día siguiente no verá al profesor.

* * *

Esa noche la pasa bastante intranquila. Al día siguiente, hace un esfuerzo

para no ir a ver al profesor por la mañana, para no molestarle, pero a la tarde va un rato antes del comienzo de la clase y sube directamente al despacho. Llama a la puerta y Fran le da paso.

—¿Qué ocurre, Miren?

—¿Que qué ocurre? ¿Es que no te has enterado?

—Pues claro que sí. No se habla de otra cosa.

—Entonces. ¿No sabes nada más?

—Pues en realidad, sí. Parece ser que la chica presentaba cortes y traumatismos.

—Exacto.

—Por lo que he podido saber, hasta el momento la versión que más fuerza está cogiendo es que pudo lastimarse al caerse contra las rocas.

—¿Cómo? —Miren está indignada—. ¡Eso no tiene sentido! ¿Y después, qué? ¿El cuerpo fue río arriba varios kilómetros, contra corriente?

—No, no. Piensan que pudo ser llevado allí, a esa otra zona de rocas, río arriba. ¿Lo entiendes?

—Pero yo la vi…

—¿De verdad?

—Bueno, en realidad, no. Pero la oí.

—Suponiendo que fuera ella. Pudieron llevársela de allí.

Miren se lo piensa un momento.

—Eso es cierto. ¡Pero la chica fue violada!

Fran pone un gesto de sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Bueno, es lo que se comenta.

—Pues los forenses no manejan esa teoría.

—¿De veras?

—Eso he oído.

—No puede ser… —Miren está horrorizada.

—¿Por qué no?

—Pues… No lo sé.

—Además —continúa Fran—, sea lo que sea, todo son indicios de momento. Nada más.

—Eso es verdad.

Se levanta para salir. La hora de clase estará al caer.

—Por cierto, Fran. La chica era cantinera, igual que mi hermana.

—Lo sé. No creas que soy ajeno a ello —replica de una forma que a Miren le resulta enigmática.

Miren abandona el despacho una vez más y baja al piso donde está el aula en la que tiene clase. En el pasillo ya están algunos de sus compañeros. Otros están dentro del aula.

La clase transcurre sin mayor novedad, aunque en cierto momento, uno de los alumnos levanta la mano y pregunta sobre el caso del que mucha gente sigue hablando. Miren no solo escucha atentamente lo que va a decir el profesor, sino que se queda mirando fijamente a Fran: sus gestos, movimientos, como si pudiera saber lo que está pensando. No obstante, el profesor no repite lo que ha hablado con Miren. En cambio, se va por la tangente. Eso sí, todo ello con un donaire y un disimulo que a la joven hasta le fascina. Sin duda es un gran mentiroso, piensa Miren, pero no como si ese fuera un don negativo, sino todo lo contrario.

## 19

Al día siguiente, que es sábado, Miren no tiene ganas de hacer nada. Piensa en ponerse algo cómodo, atarse las zapatillas deportivas y salir de casa a correr un poco por la calle. Lo descarta rápidamente.

Lo primero que hace es entrar en la página web del banco y mirar el estado de su cuenta corriente. Se percata de que la cifra que aparece al final de una larga lista de gastos es más exigua de lo que imaginaba. Para empezar, decide reducir esos gastos: entre otros, piensa que tendrá que dejar de acudir a la psicóloga por una temporada, por mucho que le convenga. Por otro lado, concluye que es hora de ponerse a buscar trabajo, pero esta vez *en serio*, sin procrastinaciones y pese al vértigo que siente cada vez que se enfrenta a ese momento en el que debe buscar empleo desde cero.

Como gesto de buena voluntad, descarga en el móvil varias aplicaciones de búsqueda de trabajo, con el firme propósito de dedicar todos los días al menos quince minutos, cada mañana, para entrar en esas aplicaciones y enviar currículums de forma virtual.

Después de bajarse tres de las aplicaciones, deja el móvil a su lado, sobre el sofá, y coge el mando a distancia. Enciende la televisión y pone una tertulia, programa de actualidad o como se le quiera llamar. En ese momento están hablando de un asunto del Congreso de los Diputados, pero para sorpresa de Miren, en los titulares que aparecen en la parte de arriba de la pantalla, y que anuncian los temas que se tratarán a continuación en la tertulia, aparece uno de ellos en el que pone: «Crimen de Donostia: detenido sospechoso del asesinato de la joven.»

Miren coge rápidamente su móvil y se pone a buscar en las versiones digitales de los periódicos. Según comprueba con un rápido vistazo, al parecer, el novio de la joven ha sido detenido esa misma noche, como sospechoso de la muerte de la joven Janire Urdaneta.

La noticia descoloca completamente a Miren. Su primera reacción es no creérselo. Unos segundos después, empieza a dudar. Duda de si realmente no cree la historia o no la quiere creer, pues desbarataría de principio a fin su teoría. O tal vez no. No tendría por qué cambiar nada, pero es tristemente consciente de que eso le pondría mucho más complicado seguir indagando.

Deja de nuevo el móvil a su lado y se pone a pensar en el tema, pero una vez más, su cabeza es un torbellino, un hervidero de ideas. Coge un cuaderno y un bolígrafo e intenta poner en orden sus pensamientos y sus teorías escribiéndolas y haciéndose una suerte de croquis, que solo veinte minutos después se convierte en un batiburrillo de frases, ideas y palabras cada vez más inconexas, aderezadas con tachones y borrones por doquier. Desesperada por no entender nada de lo que ella misma ha escrito, concluye que necesita la ayuda de un profesional. Y, por supuesto, piensa instantáneamente en Fran.

Sabe que no es lo más apropiado, quizá, pero decide, en su frustración, llamarle a su teléfono personal, porque será mucho más rápido que enviarle un correo electrónico a su dirección de correo, la de la universidad, y esperar una respuesta al mismo, probablemente no antes del lunes. Al tercer tono, el profesor descuelga su teléfono. Tras unas pocas palabras, le cita en una cafetería de la Plaza Gipuzkoa, para mediodía.

Bastante inquieta, Miren se prepara y baja a coger un autobús, que la deja en la propia plaza. Cruza por en medio de la plaza para llegar a la cafetería, y pasa por al lado del estanque de los patos y los cisnes. Pese a sus prisas, no puede evitar echar un vistazo al estanque y a los animales que tan apaciblemente surcan sus aguas, con suma sutileza. Esa imagen le genera cierta tranquilidad a Miren, a quien desde pequeña le ha gustado mucho ese rincón de la ciudad.

Dejando esos recuerdos atrás, cruza el puente que se eleva por encima de la parte más estrecha del estanque y avanza sobre las piedrecitas que abundan en el camino hasta salir de la parte ajardinada de la plaza por una salida que queda frente al vetusto edificio de la Diputación Foral de Gipuzkoa. Busca con la mirada y se encuentra con la figura algo desgarbada del profesor Casanueva, apoyado contra la fachada de un edificio aledaño.

Tras un rápido saludo, Fran invita a Miren a entrar en la cafetería a tomar algo, pero a Miren no le apetece demasiado sentarse en un lugar interior, y prefiere quedarse al aire libre, por lo que le pide al profesor dar una vuelta por la zona. Fran accede y se ponen a caminar, sin hablar de un lugar al que ir. No obstante, como por inercia, se van acercando al Paseo de la Concha, que bordea la playa homónima, y se ponen a pasear junto a la célebre barandilla, con su particular e ilustre dibujo. Esa mañana hay una ligera llovizna, o sirimiri, así que hay menos afluencia de gente que en un sábado con buen tiempo.

Los primeros minutos hablan del trabajo de Miren y de algunas cuestiones de las clases y la asignatura, cosa que a la joven quizá en otra ocasión le podrían haber interesado, pero en ese momento responde de forma lacónica y algo cortante, para cambiar de tema cuanto antes e ir a lo que le interesa.

El profesor se da cuenta rápido de la inquietud de su acompañante, pero aun así tarda un rato en decirle:

—Sí, Miren, me imagino la razón por la que tenías tanta urgencia en verme. Así que ya no te doy más la murga. Dime.

—Sí, perdona, Fran. Es que necesito contarte esto. Aunque me imagino que ya lo sabrás. El novio de la chica, de Janire, ha sido detenido.

—Sí. Novio o exnovio, no me queda muy claro.

—No creo que importe.

—Creo que esos detalles sí tienen importancia, aunque sea para que el relato sea lo más completo posible.

—Bueno, está bien. Voy a pensar —añade Miren a regañadientes—. Obviamente, si no es su novio sino su exnovio, y al parecer exnovio reciente, podría significar que habrían discutido recientemente, y que los ánimos estarían muy por los suelos, o caldeados.

—Sí. Y no me parece un dato menor. Aunque eso no tenga que significar nada por necesidad.

—¿Sabes si ese chico tenía algún antecedente penal o así? ¿O denuncias, quizá? En los medios no pone nada.

—Yo tampoco sé mucho más.

Miren le mira con cara interrogativa.

—Bueno —añade el profesor—, sé que no tiene antecedentes, y parece que el chico lo ha negado todo.

—¡Pero no puede haber sido él!

—¿Por qué no? —el profesor sabe que tiene la sartén por el mango, y

Miren también lo sabe, pero le da igual. Hablar con Fran es como hablar con un amigo. La única persona que conoce con la que puede hablar de esas cosas —. ¿Estás segura de que no ha podido ser él? ¿Por qué? ¿Por qué no encaja en tus esquemas? Lo siento, pero muchas veces las cosas no son…

Miren le interrumpe con brusquedad.

—¡No! ¡No es eso! O bueno, un poco sí, para qué te voy a engañar. Eso he pensado en cuanto lo he leído. Pero luego he estado dando vueltas sobre el tema, y tiene que haber algo más.

—Hombre, puede que el chico este, el detenido, tenga una coartada y pueda demostrarla. Aunque parece que le está costando encontrarla. Pero si lo consigue, saldrá a la calle en poco tiempo.

—¡No es eso! O sea, que si no es él, pues bien. Pero yo estoy volviendo a esa noche. Lo que yo oí eran gritos de terror.

—Lo veo lógico. ¿Qué quieres decirme con eso?

—En ningún momento escuché que llamara al que le perseguía por su nombre. No sé, la sensación que me dio es que lo que le perseguía le daba mucho más miedo de lo que un exnovio te puede generar.

—No conoces a ese chico… —le recuerda Fran, con gravedad.

Miren se queda callada un momento. En ese momento ambos están paseando por la zona de los relojes, junto a la playa. Un grupo de turistas, aparentemente asiáticos, están por ahí en ese momento, muy alegres, sacándose fotos con la bahía de fondo. La joven espera a adelantar a ese nutrido grupo para volver a tomar la palabra.

—A lo mejor primero deberíamos tener más información sobre el chico en cuestión. Pero ni tengo ya contacto ninguno en la Poli ni…

Fran se da por aludido, pero por su expresión, no parece ofendido.

—Vamos, que me estás pidiendo que lo haga yo.

—¿Por qué no? ¿Tan grave sería?

—Imaginaba que me lo pedirías, así que ya me he adelantado.

—¿De veras?

—Justo cuando te he visto acercarte, en la Plaza Gipuzkoa, yo estaba leyendo los últimos mensajes. Y para tu información, no, no parece que el chico tuviera antecedentes. Su historial está limpio. Podría decirse que es un chico normal.

Esa información tranquiliza un poco a Miren.

—Bueno, entonces me alegro por el chico.

—Pero eso no quiere decir nada. Todo el mundo es muy normal hasta que no lo es.

—Sí, ya lo sé. Soy de las que más atención pone en tus clases —dice con un punto sarcástico, pero recupera la seriedad al instante—. Ya sé que no pocos asesinos pillaron totalmente por sorpresa a los investigadores.

—Por eso te digo. Pero todavía es pronto para saber nada más. Lo que sí parece es que estos días, antes de que encontraran el cuerpo de Janire, hubo muchos interrogatorios a la gente del círculo más cercano de la chica. Y es cierto que alguna amiga de Janire contó que no estaba bien con el novio; que estaban juntos, *oficialmente*, pero que estaban a punto de romper, si es que no lo habían hecho ya. Puede que incluso la propia noche del 19 lo hicieran. Al parecer, una de sus amigas dijo que esa noche, la del 19 al 20, Janire iba a quedar con el chico para hablar de lo *suyo*.

—¿Y crees que entonces el chico perdió los papeles y…? —pregunta Miren, con interés.

—No necesariamente. Pero, al parecer, lo último que se sabe es que Janire dijo que se encontraba mal y se apartó un rato de la Tamborrada. Tal vez entonces llamó al chico. Puede que incluso no pudiera más con la presión y prefiriera apartarse del grupo y de la fiesta para hablar con el chico y acabar con lo suyo de una vez por todas, para quitarse ese peso de encima de un plumazo.

—Y para eso, yo, en su lugar —reflexiona la chica—, hubiera buscado un sitio apartado para hablar tranquilamente —hace una pausa—. Estando como estarían en lo Viejo, la zona tranquila más cercana es Urgull. Yo misma, esa noche, necesitaba estar sola un rato y elegí ir a Urgull por esa razón. Y fue así

como escuché los gritos.

—Pero aunque eso fuera así, sigue sin implicar nada delictivo.

Miren vuelve a hacer una pausa. Se están acercando al edificio de La Perla. Se detiene un momento y se gira para mirar directamente a su profesor.

—Por supuesto que no implica nada. Puede que ambos discutieran y se separaran, físicamente, quiero decir. Puede que el chico se fuera a pasear por ahí solo y… —recuerda unas palabras anteriores de Fran—. Y tal vez por eso le está costando demostrar su coartada. Porque pasó mucho rato solo, sin testigos.

—Quizá… —admite Fran, volviendo a caminar—. Pero ¿y qué fue de Janire?

—Pues que se fue por su lado. Igual que el chico pero por el lado contrario. Más o menos por la zona por la que estaba yo. Y entonces, puede que entonces algún desalmado, algún agresor sexual estuviera escondido, acechando entre las sombras, precisamente esperando que se acercara alguna chica sola, llorando y desesperada, como seguramente estaría Janire, deambulando sin rumbo fijo. Y entonces él la atacó.

—Eso significa que podría haberte pasado también a ti.

Miren pega un respingo y vuelve a detenerse. No lo había pensado, como si ella fuera ajena a todo, como si fuera un mero espectador aéreo o incorpóreo.

—Pues puede ser, sí. Puede que hasta pasara delante de donde estaba ese cabrón. Pero no le parecí suficientemente guapa, o suficientemente decaída, o destrozada.

—Eso suponiendo que exista ese agresor desconocido.

—Bueno, claro…

—O también podría ser por cualquier otra causa. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —responde Miren, algo distraída, sumida en sus pensamientos.

—¿Qué color de pelo tenía tu hermana?

—Moreno. Ella sacó el pelo de mi ama. Yo salí a mi aita, que tiene el pelo castaño. Bueno, lo tenía, cuando todavía tenía pelo. ¿Por…? —pero antes de preguntar nada, a ella misma le viene la respuesta. Le llega a la mente la imagen de Janire Urdaneta, la del cartel que vio en Facebook. Era morena también, con una melena oscura que le caía por los hombros, con un peinado muy similar al que en vida llevaba su hermana.

No llega a responder con palabras, pero la cara que pone Miren le sirve de respuesta a Fran de igual manera. Pero este último recula al instante.

—No estoy diciendo que sea esa la conexión, ¿eh? Solo intento hacerte ver que en la mente de un asesino las cosas no funcionan de forma racional. O muchas veces no, al menos. Siempre según nuestra visión, claro, la perspectiva *global*… Ya me entiendes.

—Ya, ya lo sé. No sabré tanto como tú pero he leído mucho sobre el tema. Sobre las morbosas motivaciones de esos locos.

—No siempre son locos. Tienes que intentar entenderles bien, meterte en su mente, prácticamente, para saber por qué actúan así.

—Ya lo sé. ¿Crees que eso me ayudaría a entender la muerte de Janire?

—Es difícil, pero podría ayudar.

La siguiente frase, Miren se la dice más a sí misma que a su interlocutor.

—Y tal vez así podría encontrar alguna conexión que una el caso de mi hermana con este… Pero tengo que pensar. Me siento un poco mareada, como saturada.

—Vete tranquila a descansar, Miren. Tengo algunos recados que hacer ya que estoy por aquí.

Miren acepta la sugerencia y empieza a darse la vuelta, pero antes de dársela por completo, le dice una última cosa.

—Fran, si te enteras de cualquier otra cosa, me lo dirás, ¿verdad?

—Claro que sí. Y recuerda que todo lo que hemos hablado aquí es mera

suposición, ¿eh? Como si fuera un ejercicio de clase.

—Claro, claro. Nos vemos en clase.

Pero esa última frase le ha sonado algo enigmática a la joven. Eso de «como si fuera un ejercicio. ¿Qué habrá querido decir con eso?», se pregunta mientras se aleja, por la Calle Zubieta, rumbo a la parada del autobús. «Tal vez no fuera nada, y realmente quería decir lo que quería decir. No todo tienen que ser subtextos y dobles sentidos», reflexiona Miren.

Un sonido muy conocido por ella le saca de sus reflexiones. Se trata de la sirena de la Diputación, que todos los días, a las 12, señala el mediodía.

## 20

Esa misma tarde, le llega un mensaje de su profesor. Le pide que, si está libre, vaya a verle, puesto que tiene algo importante que comentarle. De todos modos, acto seguido añade que si no está disponible, que no se preocupe, que ya hablarán el lunes. Miren le responde al instante que irá encantada. Fran le manda una ubicación por WhatsApp. Por tanto, sin pensárselo, Miren se prepara y en diez minutos ya está en la calle. Resulta que la ubicación que le ha mandado no está lejos; según la aplicación de Google, está a 18 minutos caminando. Pero Miren cree que puede llegar en menos tiempo.

Caminando a paso vivo, llega a la calle que le marca el móvil en un cuarto de hora. Le escribe al profesor que ya se encuentra allí, y este le responde al instante que vaya al portal 12 y que llame al 3ºA. La joven así lo hace y unos segundos después de llamar al timbre, suena la voz de Fran por el auricular del telefonillo.

—¿Diga?

—Soy yo —responde Miren.

—¿Contraseña?

Miren se queda bloqueada.

—¿Cómo?

—Es broma —responde Fran, y suena un sonido que le indica a la joven que la puerta está abierta.

Miren no entiende cómo en momentos tan serios él hace ese tipo de bromas. Por otra parte, no es que en clase sea precisamente uno de los maestros más chistosos. De hecho, entre los alumnos, al menos por lo que Miren ha podido escuchar, Fran tiene fama de serio y despistado, amén de otras cosas que por lo general son más bien positivas.

Miren sube por las escaleras, pese a tener ascensor, como parte de su nuevo propósito de Año Nuevo, que esa semana implica que debe evitar los ascensores todo lo posible. Por suerte, el edificio en el que ella vive es tan antiguo que no tiene ascensor.

Cuando llega al tercer piso y va a llamar a la puerta, su profesor se le adelanta y le abre. Tras un breve y cordial saludo, Fran le hace pasar a la sala y le invita a sentarse.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—¿Seguro? Estoy preparando café.

Miren titubea.

—Bueno, pues en ese caso, un cortado, por favor.

—¡Marchando! —exclama con una sonrisa, y se va a la cocina, que está en la estancia aledaña.

Miren aprovecha ese rato para mirar alrededor. Lo primero que le llama la atención es que la sala está llena de objetos, especialmente de libros, por todas partes. La mesa auxiliar, al lado del sofá, está tan llena de cosas que no entra ni un mísero vaso, y hasta la mesita de la sala, delante del sofá, está casi por completo invadida entre apuntes, libros, archivos y su ordenador personal, un portátil, en ese momento, plegado.

Miren recuerda que en clase se comenta que el profesor está soltero. Aunque no ha visto toda la casa, le basta con lo que acaba de ver para suponer que ese hombre vive solo. Piensa en si debería preguntarle algo sobre su vida, pero se da cuenta al instante de que no tiene intención ninguna en trazar un perfil mental de ese hombre que tanto le ha ayudado. Por ello, ahuyenta esos pensamientos y se centra en intentar adivinar para qué la habrá convocado el profesor en su casa, algo que, piensa Miren, de llegar a oídos del decano podría ser un auténtico escándalo.

Un minuto después, aparece Fran con un par de tazas. Tras soplar un poco, Miren le pega un sorbo. No es que sea el mejor café que haya tomado nunca pero no está del todo mal.

Por suerte para Miren, aunque no sea muy habitual en él, en esta ocasión Fran no se anda con rodeos y hace una introducción muy breve. Tras realizarla, coge una sencilla carpeta de cartulina azul de un montón sobre la mesita de la sala y la abre sobre su regazo, para que Miren pueda inclinarse y echarle un vistazo.

En la carpeta hay algunos recortes de periódicos dentro de un forro de plástico. Los recortes, todos ellos del periódico más importante de la provincia, *El Diario Guipuzcoano*, tienen un aspecto muy antiguo, o eso le parece a Miren, quien necesita mirarlos mejor para poder entenderlos. Por ello, coge un par de recortes y los mira más de cerca.

—¿Qué es esto? —pregunta Miren, demasiado curiosa para esperar.

—Son recortes de mi época de universitario, hace ya… unos cuantos añitos.

—Me imagino. ¿Y?

—Mira las fechas de las noticias.

En un primer vistazo, Miren observa que en un par de los que tiene en las manos hay fotos de chicas jóvenes. Al mirar la fecha, descubre que son todos posteriores al 20 de enero, de una o varias semanas después.

—¿Y esto? ¿Son todos de las mismas fechas?

—Pero de diferentes años. Desde siempre me han interesado las desapariciones, no sé si te lo había dicho alguna vez. A los quince años yo tenía muy claro lo que quería estudiar, así que, como en aquella época, por lo menos en mi familia, todos los días se compraba el periódico, yo me dedicaba a recortar las noticias que me interesaban y las guardaba en carpetas. Tengo montones de ellas. Cuando fui a la universidad, dejé de vivir en casa de mis padres y ya no compraba el periódico a diario, así que en algún momento, no recuerdo bien cuándo, dejé de hacerlo.

—¿Todo esto son desapariciones?

—Sí. Aunque parezcan muchos recortes, pertenecen todos a tres casos. Solo que hubo varias noticias de esos casos, en diferentes días.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no caí en la cuenta. Pero después de hablar contigo esta mañana, mientras volvía a casa, de repente me vino el recuerdo de los recortes de cuando era chaval, y de que tal vez podría haber algo interesante sobre ese tema. He estado un buen rato buscando, hasta que he encontrado estas noticias. Todas se refieren a desapariciones de chicas jóvenes la noche de la

Tamborrada.

—¿En serio?

—Bueno, en un caso hay algunas dudas, pero podría decirse que sí.

Miren se intenta hacer un esquema mental.

—Todas son chicas jóvenes y… —hace una pausa para mirar las fotos que aparecen en los recortes—. Y guapas.

—Eso es.

Miren se acerca la foto más grande que ha encontrado a los ojos. En ella, aparece una chica joven mirando a cámara, vestida con un uniforme escolar. Probablemente fuera una foto hecha por el propio colegio. Aunque con el paso del tiempo el papel del periódico está arrugado y algo descolorido, se puede observar perfectamente que la chica gozaba de una indiscutible belleza natural. Mira la fecha de la noticia: 23 de enero de 1987.

No satisfecha con ello, Miren empieza a rebuscar en los demás recortes más fotos, de forma ávida, pero antes de que coja otra, habla Fran.

—Además de las fotos, que dan mucha información, en los textos de las noticias hay también algunos datos interesantes.

—¿Por ejemplo?

—En dos de esos casos, que por lo visto fueron los más seguidos en prensa, se habla de que esas chicas eran cantineras en comparsas de la Tamborrada.

Miren traga saliva, aunque es una idea que le rondaba por la cabeza desde hacía días.

—También mi hermana lo era… Bueno, y Janire Urdaneta, claro.

—Exacto. Pero mira esta foto —Fran coge otro recorte que estaba bajo un montón y se lo pasa a su alumna—. Mira esta foto. La chica parece rubia.

—Eso es cierto, sí —sopesa la joven—. Pero puede ser que el asesino en serie, o lo que sea, no sea tan fetichista como pensaba. Quizá vaya más a lo

general. Su objetivo son chicas jóvenes y guapas vestidas de cantineras.

—El recorte más viejo es del año 87 —le recuerda Fran.

—¿Y? —pregunta Miren, a la defensiva, aunque sabe perfectamente lo que viene a continuación.

—Ya lo sabes. ¿Un asesino que lleva veinte años asesinando y no ha dejado ni una pista en todo ese tiempo?

Miren se lo piensa un instante antes de responder.

—Podría ser, ¿no?

—Lo cierto es que sí, claro. Aunque parece extraño.

—Podría ser que tenga un sistema sin defectos. Puede ser un tipo tan inteligente, meticuloso y sin piedad que lleva años haciendo lo mismo sin haber cometido apenas fallos.

—Pero como has aprendido en clase, y yo aprendí hace años, un asesino en serie tiene un sistema, pero también tiene un objetivo, y una regularidad. Si te fijas, uno de los casos es del 87, otro del 88 y otro del 91. ¿No te parece raro?

—Puede que en los años 89 y 90 no se denunciara ninguna desaparición.

Fran deja el recorte que tenía en la mano sobre la mesa y se recuesta sobre el sofá, con los brazos cruzados.

—Hum… No me convence.

—Pues entonces puede que no ataque todos los años. Quizá algunos años estuvo en Urgull, al acecho, donde siempre suele estar, y no apareciera ninguna chica, o que ninguna estuviera vagando sola. O sencillamente, no vio la oportunidad, o él no se encontraba bien, o… ¡Yo qué sé! Mil motivos pueden darse.

—Eso tendría más sentido. Pero los asesinos en serie, en general, suelen ser más sistemáticos. Sí o sí tienen que cumplir su cometido, pues sus ansias son excesivas, inevitables. Demasiado grandes para que un dolor de estómago les detenga en casa. Y no creo que se quedara estático en un sitio fijo, tras

unos arbustos, por decir algo. Posiblemente saldría a buscar a su víctima.

—Ya. Vale. ¿Y si solo atacara con una periodicidad concreta? Puede que la desaparición del año 88 fuera por otras causas. Tal vez solo ataque cada cuatro años…

—¿Como los Juegos Olímpicos? —pregunta Fran con cierta sorna—. Podría ser, pero seguimos sabiendo demasiado poco para elucubrar sobre una base razonablemente segura.

—¿Y qué harías tú?

—Pues investigar. Y por cierto, antes de buscar nada más, deberías ordenar los recortes cronológicamente y leerlos. Tal vez te lleves alguna sorpresa.

—¿Tú crees?

—Adelante. Coge la carpeta. Con tu permiso, voy a aprovechar para corregir algunos trabajos de clase —dicho lo cual, Fran coge su ordenador portátil, lo enciende y se pone a ello.

Mientras tanto, Miren hace lo que su profesor le ha sugerido. Empieza por coger los recortes de 1987. Los demás los aparta por el momento. Ordena por fecha los del año 1987 y se pone a leerlos. Se habla de la desaparición de una joven, D.R., que es natural de Villabona, de 23 años. Sigue leyendo recortes pero en ninguno pone nada que le llame la atención, hasta que llega a uno del día 26 de enero. Ese día, el cuerpo de la joven aparece entre unas rocas del monte Igeldo, bajo uno de sus precipicios. Al parecer, fue llevado allí por la corriente. En otros recortes se habla de que la autopsia reveló menos de lo esperado por el deterioro del cadáver, pero que tenía signos de violencia. Otro recorte, de unos días después, da la noticia de la detención de un sospechoso como posible autor de su muerte. Se trata de un agresor confeso con bastantes antecedentes penales de cariz sexual en su extenso historial. Por lo visto, varios testigos identificaron a ese hombre y testificaron haberlo visto rondando por la zona de la Plaza de la Trinidad y alrededores la noche de la desaparición de la joven D.R.

Cuando Miren se pone a buscar la siguiente información sobre el tema, comprueba que, desafortunadamente, no hay más.

—Perdona que te interrumpa, Fran —le dice a su profesor, que deja de mirar al ordenador—. Pero a esta serie de noticias le faltan las siguientes.

—Podría ser.

—¿Qué le pasó a ese tipo? Al que detuvieron en el 87.

Piensa un instante hasta que cae en la cuenta.

—Ah, sí. Pues no tengo ni idea. No he encontrado nada más en mis cosas. Tal vez se me escapara en su momento. Te recuerdo que por entonces yo tenía 15 años.

—Oh, pues qué pena…

—Ya.

Miren deja entonces el taco de recortes del año 87 y se acerca el otro montón, más grande. Del mismo, selecciona los recortes del año 88 y los pone en orden.

El caso es bastante similar, aunque esta vez se trata de la única chica rubia de las tres. Una tal E.G., de 17 años, que vivía en el barrio de Intxaurrondo, en Donostia. No obstante, esta vez no hay ninguna foto de la chica desaparecida. En cambio, un par de noticias van acompañadas por unas fotografías de la zona donde se encontró el cadáver: el parque de Ulía, a unos pocos kilómetros de donde la chica vivía. Por otro lado, aunque no haya fotografías de la joven, su descripción física está bastante detallada.

Se da cuenta de que no hay muchos recortes sobre ese caso. De hecho, las informaciones se terminan abruptamente el 2 de febrero, con una pequeña noticia breve en la que se recuerda el caso de la chica. Tras ello, no hay nada más. Ni detenciones, ni sospechosos. Nada. O al menos, nada publicado.

A Miren se le ocurre algo y vuelve a interrumpir a Fran.

—Una cosa, Fran. Sobre el caso del 88 hay muy poca información. ¿Se hizo queriendo para no dar pistas al asesino?

—Puede ser. Eso pensé yo; que la Policía dejó de filtrar tanta información por esa razón. Aunque tal vez fuera que realmente estaban muy perdidos en el caso y no supieron nunca por dónde tirar.

—Oh, ya… ¿O incluso para que otros perturbados no imitaran sus actos criminales, quizá?

Fran se lo piensa un poco.

—Ñeh… podría ser, pero no me pega tanta estrategia.

Miren pasa a ordenar el último taco, del año 91, y algo más abultado que el anterior. Otra chica joven y guapa. Esta vez sí que hay fotos. Pero este caso tiene dos peculiaridades, según concluye una vez ha leído toda la información. Por un lado, el cuerpo de la joven nunca apareció, y por otro lado, no se sabe a ciencia cierta cuándo desapareció, si fue el mismo día 19, 20 o incluso 21.

—De este caso no se dice casi nada, Fran. Mucha paja pero poco más.

—¿El de 1991? Sí, es cierto. Es el único de esos casos que creo que recuerdo un poco de aquella época. Creo que esa chica era conocida de alguien de mi familia, pero no estoy seguro. O era pariente de algún vecino de alguien de mi familia… —intenta hacer memoria—. No lo sé, la verdad.

—Ya, ¿y no se sabe nada?

—No. De hecho, cuando estuve trabajando para la Policía, una vez revisé ese caso, por encima. La hipótesis de que la chica se fuera por su propio pie seguía sobre la mesa. No debía de tener buena relación con su familia. Aunque ellos negaron siempre que su hija se marchara sin más. No sé… Vete a saber.

—Pues vaya…

Fran deja un momento el ordenador sobre la mesita.

—Como ves, no es gran cosa, pero hay una cosa que podemos hacer.

—¿El qué?

—Buscar en la hemeroteca de la universidad.

—Ya lo había pensado. Pero donde más información tiene que haber es en los archivos de la Policía.

—¿Es que no aprovechaste para buscar cuando hiciste las prácticas?

La joven mira al suelo; se siente algo abochornada.

—Esa era mi idea. Mi idea para avanzar con el Trabajo de Fin de Máster.

—¿Y qué pasó?

—Que no me dio tiempo. Primero pasé muchas horas poniéndolo todo en orden. Ya te conté que habían cambiado los archivos de sitio, después de lo de la remodelación.

—Ajá.

—Después estuve buscando con mi amiga Mertxe, pero me doy cuenta de que miramos todo demasiado por encima. No le dediqué el tiempo que merecía. Y justo cuando estaba terminando con el cambio de archivo y pensaba aprovechar parte del tiempo para investigar, ocurrió lo de Santo Tomás.

—Y ya no puedes volver, claro.

—Salvo que tú hagas algo.

—¿Yo? —Fran está a punto de echarse a reír—. ¿Quieres que yo interceda por ti?

—Sería un detalle.

—Aunque lo hiciera, no serviría para nada. Ya lo sabes.

—En fin —Miren suspira—. Pues me tendré que conformar con la hemeroteca.

Pero no pensaba darse por vencida tan fácilmente.

Esa misma tarde, aunque apenas queda luz, Miren decide volver a la zona de Urgull en la que se levanta la estatua del Cementerio de los Ingleses. Se da una vuelta por el lugar, palpándolo todo, por si le llegara la inspiración. Pero no. Lo único de lo que se percata es de que hay más condones que otras veces, tirados por doquier. Miren siente bastante repugnancia por ello.

# 21

Miren lleva un par de días dándole vueltas a un asunto, desde que el sábado se fuera de casa de su profesor, pero de momento no quiere comentarle nada a Fran. Quiere demostrarle que no necesita su ayuda y, sobre todo, demostrarse a sí misma que, por muy difícil que sea la empresa, puede superarla sola.

En realidad, también pesa en su decisión que no quiere molestar a Fran más de lo debido. No de momento, al menos. Ella sospecha que el profesor puede hacer más en este caso, pero imagina que la última vez fue tajante con ella para que pareciera una de sus lecciones. Es decir, que los siguientes pasos debe darlos ella.

Para empezar, la mañana del martes se dirige pronto a la Calle Iruñea, en el Antiguo, y de ahí enfila la más estrecha y peatonal calle donde está la entrada de la comisaría de la Ertzaintza en la capital guipuzcoana. Intenta caminar como si pasara por allí, pero al llegar frente a la puerta de entrada, aminora el paso hasta agacharse, y hace como si se atara los cordones de las zapatillas. Entonces gira la cara a la derecha y mira el mostrador de la comisaría, al fondo. No sabe quién es la mujer que en ese momento está de pie tras el mostrador, aparentemente leyendo algo, distraída. En ese momento, piensa que si no conoce a esa mujer, es probable que esa mujer tampoco la conozca a ella.

Pese a su nerviosismo, respira hondo y, tras abrir la puerta de entrada, avanza unos metros y abre la siguiente puerta. Sube los escalones que la separan del mostrador y se planta delante del mismo. La mujer que hay detrás levanta la cara y le sonríe, amable. «Bien», piensa Miren, «no me ha reconocido».

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunta la mujer, de unos cuarenta años.

Miren carraspea un poco.

—Estoy buscando a Mertxe Álvarez. Soy una amiga suya; no sé si estará por aquí.

—¿Mertxe? Qué va, me temo que no. Esta semana está de tardes.

¿Quieres que le deje un recado?

—No, tranquila, gracias. Ya le llamaré. Agur.

Y sale.

Desde el primer momento, días antes, pensó en escribirle directamente, pero le pareció más conveniente pasar por delante de la comisaría y entrar a buscarla, con algún pretexto, como que pasaba por allí y quería hacerle una visita. Cierto es también que se sintió un poco infantil al decidir esa estrategia, y no escribir o llamar directamente a Mertxe para contarle su idea.

Pero decide ser consecuente con su decisión, así que esa misma tarde, en vez de ir a la facultad, vuelve a la comisaría. Según sus cálculos, la mujer de la entrada se habrá ido, como muy tarde, a las 4, por lo que a las 4 y media se presenta allí. Esta vez, tras el mostrador se yergue un hombre, no tan amable como su compañera, pero que accede a la petición de Miren, tras realizarle más preguntas de lo que el decoro permite. Pero la joven prefiere pasarlo por alto y poner cara de chica buena y sumisa.

Un par de minutos después, baja Mertxe, que se alegra de veras de encontrarse de nuevo con Miren, y le hace subir a la sala del último piso, la de la máquina de café, que en ese momento está vacía. Lo primero que hace la mujer, casi como una madre, es echarle un buen sermón por su comportamiento pasado. Miren lo escucha todo estoicamente, y lo cierto es que en ningún momento se lo toma a mal. Sabe que Mertxe es buena persona y lo que dice lo dice por su bien.

Después de las pertinentes excusas de la joven por aquel asunto, ya pasado, se ponen al día, tras lo cual, Miren pasa al tema peliagudo. Mertxe, tras poner cara de horror, le dice que no cree que pueda colar a Miren en el archivo, que va contra el reglamento. Pero ya se imaginaba esa respuesta, así que le pone tanto empeño a su ruego, (que incluye juntar las palmas de las manos), que Mertxe accede, aun temiéndose lo peor. La veterana agente le pide que vuelva el viernes por la tarde, es decir, tres días después de ese encuentro, a las 7 menos cuarto, porque es cuando menos gente hay en la comisaría, y la mayor parte de los oficiales y cargos más altos están reunidos, normalmente hasta las 8, si no hay nada que les retrase.

Miren agradece con efusión el gesto de su antigua compañera, pero sopesa que poco más de una hora puede ser demasiado poco para su investigación,

aunque de momento prefiere no decir nada más.

Después de estar con Mertxe, Miren se dirige a la facultad, pero en vez de entrar en clase, va directamente a la hemeroteca. Decide empezar su estudio por los últimos años.

Ese no es un trabajo nuevo para Miren, acostumbrada a ese tipo de investigaciones para las clases, sin contar el TFM, para el que ya había estado en la hemeroteca consultando periódicos, pero por entonces buscando casos más genéricos. Ahora, sin embargo, tiene una idea más clara de lo que busca.

No es una sorpresa para ella encontrar más de un caso de extrañas desapariciones de chicas jóvenes. Cuando llega al año de la desaparición de su hermana, se lo salta directamente, porque no se siente preparada para enfrentarse a ello.

La hora de cierre le llega poco después, y tiene que dejar su investigación para otro día.

A la mañana siguiente, miércoles, la joven tiene que hacer algunos trámites en la secretaría de la universidad, en relación a la beca, y por la tarde decide ir a las clases, para no perder demasiadas lecciones, y dejar su investigación para más adelante. Está tentada de ir al despacho de Fran para contarle sus avances, pero resiste esa tentación y espera a tener algo realmente importante que contarle, aunque solo sirva para causarle una mejor impresión.

## 22

Llega el viernes y, a la hora convenida, Miren regresa a la comisaría, pero esta vez Mertxe la está esperando en la calle, y la hace entrar por una puerta lateral.

—Mertxe, no sabes cuánto te lo agradezco. Créeme, esto es algo muy importante. Si no, nunca te pediría que te arriesgaras tanto por mí.

—Lo sé, hija, lo sé. Ahora, démonos prisa.

Van directamente al archivo y se ponen manos a la obra, buscando todos los casos que coinciden con lo que Miren busca. Por desgracia, no existen registros de antes de 1982, que es cuando se fundó la Ertzaintza propiamente, o al menos, en esa comisaría no existen otros anteriores. Mientras la joven se encarga de buscar los de la década de 1980, Mertxe hace lo propio con la de 1990. Después, Miren pasa a buscar en los de la década de 2000, y su compañera se pone con los de la de 2010.

Faltan cinco minutos para las ocho, y la alarma del teléfono de Miren suena. Durante todo el rato, la joven ha sacado fotos como una loca con su móvil, a todo lo que veía que podía servirle; pero es hora de irse, y ambas lo saben. Algunos años quedan sin ser consultados, pero a Miren le parece demasiado arriesgado, así que salen de allí tras dejarlo todo en su sitio. Ambas amigas se despiden en la puerta.

Pese a lo que esperaba, Miren no está muy contenta. Una vez que la adrenalina empieza a bajarle, paseando por la Avenida Zumalakarregi hacia la zona de Ondarreta, se da cuenta de que no ha encontrado ni una parte de lo que esperaba. No le hace falta ni mirar las fotos para ello.

Llega al jardín que se levanta justo frente a la playa de Ondarreta, y se sienta en un banco compuesto por listones blancos. La sensación que ha tenido, mientras buscaba con apremiante ansiedad junto a Mertxe, es que parecía que faltaran documentos, o como si estuvieran incompletos. Cierto es que ha encontrado varios casos más, en todas las décadas, pero la información es escasa y los dossieres más estrechos de lo esperado.

A falta de mirar más detenidamente las fotos, a primera vista, no le ha parecido encontrar nada determinante. En ningún lugar ha leído nada de una

posible conexión entre las desapariciones, algunas de las cuales, al parecer, siguen sin estar resueltas o, al menos, no aparece nada a ese respecto. Y lo que es más extraño, en uno de los casos de 1988, que es uno de los que conoce desde que lo leyera en los recortes de prensa en casa de Fran, aparecen casi menos datos en el informe que en la propia prensa.

Miren se pregunta a qué puede ser debido. Tal vez en el traslado del archivo hubo cosas que se perdieron por el camino, elucubra. Puede que incluso se hiciera una *limpia* en algún momento y se adelgazaran los informes, eliminando toda información no esencial. Pero ninguna de esas ideas le convence. «¿Pero qué podría ser si no?», se pregunta. Y después se pregunta también si no será cosa suya. A lo mejor esperaba encontrar muchísima información, pero en realidad, nunca hubo más de lo que ya ha visto un rato atrás.

Le empieza a doler la cabeza. Sabe que así no irá a ninguna parte. Está tentada, una vez más, de hablar con el profesor Casanueva, y hasta saca el teléfono móvil de su bolsillo. Pero prefiere esperar al lunes, por si se le ocurre alguna nueva idea.

En ese momento, se levanta del banco y avanza hasta la barandilla de la playa. Aunque es de noche, le apetece bajar a la arena y pasear por la orilla. A esa hora, solo hay un puñado de personas en toda la playa; casi todas paseando y jugando con sus perros. Miren se descalza nada más pisar la arena y, sujetando los zapatos con la mano derecha, llega hasta la orilla del mar. Antes de llegar al agua, se remanga los pantalones hasta las rodillas.

La primera ola que le llega a los pies, que no se alza ni un par de centímetros de la arena, es fría, pero a Miren le entra un escalofrío bastante placentero. Gira a la derecha y se pone a caminar hacia el Centro de la ciudad. A esa hora, la marea está tan baja que pasa de la playa de Ondarreta a La Concha sin tener que dar un rodeo por el Pico del Loro. Continúa paseando en silencio por la playa, bajo la tenue luz de la Luna y el reflejo de las luces del paseo, más arriba, que le llegan hasta su punto.

Tras un buen rato caminando plácidamente, con el agua de las olas golpeándole en los tobillos, Miren llega a la rampa que hay frente al Hotel Londres y sube al paseo. Ya en el pavimento, se seca los pies como mejor puede, sentada en el banco más cercano, y se calza de nuevo.

Tras esa tarde tan intensa, le entra algo de hambre, pero no tiene ganas de

cocinar en casa. De hecho, no tiene ganas de volver tampoco. Todavía no, al menos. Además, siendo viernes, no tiene necesidad de despertarse pronto al día siguiente.

Por tanto, pasa por el bar Juantxo y pide su bocadillo preferido, de tortilla de patata con chaca. Poco después, pasea por la Parte Vieja, que de noche tiene un carisma especial, sobre todo porque a esa hora, demasiado tarde para encontrar turistas, familias o vecinos, pero demasiado pronto para los juerguistas, apenas hay gente caminando por la calle.

Enfila de nuevo la Calle Mayor y llega hasta la Iglesia de Santa María. Al comer ese bocadillo, que llevaba años sin probar, le vuelven recuerdos de su infancia y adolescencia. Consciente de lo que hace, vuelve, una vez más, a coger la rampa que le sube a Urgull y, de allí, se dirige, por el camino más corto, a la pequeña explanada que para entonces tan bien conoce. Sabe que solo un milagro lograría que encontrara algo, o a alguien, en ese paraje, pero necesita estar ahí.

Tras varios minutos en un silencio casi sepulcral, razonable en un lugar tan cercano a un cementerio como está, Miren escucha un ligero sonido de hojas y ramas moviéndose. Se gira pero, en esa oscuridad, no puede vislumbrar nada. Da por hecho que se trata de algún animalillo, tal vez una ardilla. En ese momento, se levanta una ligera brisa fresca y la joven siente un frío repentino en la espalda. Tan apacible como estaba hasta ese momento, tan cómoda en la oscuridad, de repente, empieza a sentir algo de miedo. Reponiéndose a esa primera impresión, avanza unos metros para husmear en las zonas de arbustos cercanas. No ve nada, pero tiene esa extraña sensación que se experimenta a veces de que hay alguien observándote, desde algún lugar remoto. Aunque se siente un poco tonta por pensar eso, decide volver a la ciudad sin mayor demora, lo cual realiza sin ningún contratiempo.

Una vez en la seguridad de las iluminadas calles de la Parte Vieja, más bulliciosas ya para esa hora, Miren vuelve a respirar tranquila y, ahora sí, camina hacia el Boulevard para coger el autobús de la línea 9 que la llevará a casa.

## 23

Ese mismo lunes, tal y como tenía pensado, lo primero que hace Miren, por la mañana, es acudir a la facultad para buscar al profesor Casanueva. Sube las escaleras hasta el último piso del edificio, que es donde se encuentran la mayoría de los despachos de los profesores.

Llega hasta la puerta del despacho de Fran, sabiendo que él estará ahí, aunque no le toque horario de tutoría. Llama a la puerta y no recibe respuesta. Vuelve a llamar y nadie le contesta tampoco esta vez. Toma el pomo de la puerta e intenta girarlo, pero el cerrojo está claramente echado.

Miren se queda algo descolocada. Si no se equivoca, está casi segura de que Fran no tiene ninguna clase que impartir a esa hora. Tal vez, piensa entonces, se haya ido un instante al baño, o quizá esté sustituyendo a algún profesor enfermo o algo así. En ese momento, mientras ella piensa en dónde puede encontrarse el maestro, una mujer de mediana edad dobla la esquina más cercana.

A la joven le suena su cara. Se trata de una profesora con la que se ha cruzado muchas veces durante sus años de estudio, pero que nunca le ha llegado a dar clase.

—Perdone. ¿Sabe dónde está el profesor Fran Casanueva?

La profesora mira a la alumna con ojos inquisitivos, como queriendo reconocerla. Pero evidentemente no lo hace, así que le responde de forma aséptica.

—No le he visto venir. Si no está en el despacho… No lo sé.

Miren no quiere esperar hasta la tarde para hablar con su profesor. Delante de la puerta del despacho como está, saca su móvil del bolsillo y llama a Fran. Tampoco obtiene respuesta. Por tanto, empieza a bajar las escaleras, sin saber muy bien qué hacer. Mientras lo hace, no obstante, decide escribirle un mensaje, contándole que se encuentra en la universidad y que quiere hablar con él.

Un par de minutos después, cuando la chica aún no ha abandonado el edificio, su móvil vibra. Lo saca del bolsillo y lo mira. Es un mensaje de Fran:

«Estoy en la hemeroteca, tenía el móvil en silencio. Si vienes para aquí, te espero en la sala de las máquinas de café de la biblioteca».

Miren suspira de alivio. Acelerando el paso, sale del edificio que compone su facultad y se dirige al gran edificio circular en el que se encuentran la biblioteca y la hemeroteca, entre otros espacios.

Poco después, cruza el vestíbulo de ese edificio y va a la salita que efectivamente queda cerca de la entrada principal de la biblioteca, y que es un lugar donde, además de máquinas expendedoras y de café, hay varias sillas y mesas.

Nada más entrar, Miren echa un rápido vistazo alrededor y localiza a su profesor en una de las mesas, rodeado de un montón de papeles, y sorbiendo un café de un vaso de plástico que sostiene con su mano derecha. El resto de la sala está bastante vacía a esa hora de la mañana.

La joven avanza hasta la mesa en la que está su profesor y se sienta a su lado sin saludarle. Nada más hacerlo, Fran deja de leer uno de los papeles y se gira para mirar a su alumna.

—Hola, Miren. ¿Todo bien?

—Más o menos. ¿Y tú?

—Pues aquí estoy… Un poco extrañado, si te digo la verdad.

—¿Ah, sí?

—Pensaba escribirte hoy mismo, pero no sabía si estarías libre por la mañana. Pero veo que también tú querías verme…

—Creo que es importante —dice Miren sin esperar a que su interlocutor termine su alocución.

—¿De qué se trata?

—Ya sé que no te va a parecer bien, así que ahórrate tus críticas.

Fran esboza una medio sonrisa pero se corta antes de decir nada, por lo que Miren continúa.

—Hace un par de días fui a la comisaría otra vez —Fran frunce el ceño ligeramente—. Le pedí a Mertxe que me hiciera un favor —Miren se adelanta a la pregunta del profesor, que por su gesto, está a punto de formular—. Mertxe es una agente, la única amiga que hice en las prácticas.

—Ah, sí, me suena que algo me contaste.

—Pues me metió de extranjis en el archivo, mientras sus jefes estaban reunidos —Fran eleva las cejas, asombrado, pero Miren continúa, hablando casi en susurros—. En fin, para resumir. Estuvimos buscando los informes sobre casos de desapariciones, violaciones y tal en el archivo, y aquí viene lo bueno. Aunque no te lo creas, faltan partes en los informes. Porque no me creo que se investigara tan poco. Y antes de que digas nada, también a Mertxe se le hizo muy raro, y mira que ella lleva años trabajando ahí. ¿Eh? ¿Qué te parece?

Las últimas preguntas las formula Miren en un tono más alto, con un matiz de triunfo en la voz. Por su parte, Fran se toma unos segundos para responder.

—Pues te diría que es muy raro, sí, aunque podría entrar dentro de la normalidad.

—¿Normalidad? —le espeta Miren, incrédula e indignada a partes iguales.

—Puede que haya alguna explicación válida y completamente racional para todo. Aunque visto lo visto, tengo mis dudas.

—¿Cómo visto lo visto?

Fran le señala a su alumna, con un gesto de la mano, los papeles que tiene a su alrededor. Por primera vez desde que se sentara en la mesa, Miren observa los papeles con detenimiento, que en su excitación inicial había ignorado por completo. La mayoría son fotocopias de periódicos viejos.

—¿Qué es esto?

—Ya te dije que yo también investigaría por mi cuenta. He encontrado bastantes casos extraños. Pero curiosamente, en *El Diario Guipuzcoano* no aparecen varios casos que sí se trataron en otros diarios más humildes. Me parece increíble que haya tantos casos, y que aparentemente no se hayan resuelto muchos de ellos. O al menos, no he encontrado nada. Es como si

literalmente se esfumasen en el tiempo y no se volviera a hablar de ellos.

Miren se queda un momento callada. No sabe cómo digerir toda esa información. «¿Ni en prensa ni en los archivos de la Policía? ¿Cómo es posible?»

—Ya sé que en tu cabeza se estarán formando muchas teorías, Miren —continúa el profesor, a un ritmo más pausado que el de ella—. Pero créeme, es mejor no adelantarse. Lo que está claro es que no sabemos nada.

—Y eso es lo que más me jode. ¿Quién ha hecho esto? ¿Quién podría manipular tantas cosas…?

—No sabemos todavía *qué* se ha manipulado. Ya sé que no te gustará escucharlo, pero esto no prueba ninguna conspiración, ni nada por el estilo.

—¡Yo no hablo de conspiraciones! Estoy hablando de que durante años se ha minimizado este problema, y no es poca cosa. ¡Minimizado por no decir silenciado, ocultado, o lo que sea!

Fran le hace un gesto con la cabeza. La joven mira alrededor y descubre que, a un par de mesas, las personas que están hay han dejado de hablar y la están mirando. Con tanta vehemencia, no ha sido consciente de haber elevado tanto el volumen de voz. Ahora, al darse cuenta, no puede evitar ruborizarse. Agacha la cabeza, en silencio, esperando que la gente deje de mirarla. En unos segundos, todo parece volver a la normalidad y Miren, todavía frustrada, y de morros, comenta:

—Voy a por un café. ¿Quieres algo?

—No, gracias, Miren.

La joven se levanta y se dirige a la máquina de café, notando más de una mirada de soslayo hacia su persona. Después de que la máquina le haya servido su café, regresa a la mesa, algo más tranquila.

Sigue conversando un rato más con su profesor, y formulando teorías ambos. Pero, pese a que ambos expresan ideas razonablemente válidas, unas más que otras, ninguna les convence del todo, así que Miren se marcha con más dudas que antes.

## 24

Esa tarde, Miren acude a clase con cara de pocos amigos. Es consciente de ello, pero tampoco hace nada por arreglarlo. Al entrar en el aula y sentarse en su sitio, su amiga Leire, que ya está a su lado sentada, se gira hacia ella.

—¿Todo bien, Miren?

—Sí, bueno. Más o menos.

—¿Qué te ocurre?

Miren está tentada de contárselo, pero le invade la pereza, y solo por no empezar una historia tan larga, prefiere darle largas.

—Es… el trabajo. El TFM. Que no hay manera. No sé por dónde pillarlo.

En ese momento, es consciente de que no solo es la pereza lo que la ha detenido, sino también el miedo, y el no saber cómo construir un relato coherente con los ingredientes de los que dispone en ese momento.

—¿En serio? Pensaba que lo tenías casi hecho —le responde, sorprendida, Leire.

—Pues no… He llegado a la parte de las hipótesis, y también estoy con las conclusiones. Vamos, la parte que con más ganas quería escribir.

—Pues claro. ¿Y qué pasa?

—Pues que no sé cómo seguir.

—¡Si lo tenías clarísimo!

—Pues ya ves. Parece que no tanto.

—¿No será que te da vértigo llegar a esa parte? A mí también me pasó. Pero hablé con la tutora y lo reconduje. Y lo tengo casi terminado.

Miren se alegra de veras por su amiga, aunque siente cierta frustración también.

—Pues yo, de momento, no. Aunque estoy hablando con el tutor, también.

Para reconducirlo.

En realidad, no es del todo cierto, pues últimamente no habla de ese tema con Fran, pero no se siente del todo mal por mentir a su amiga Leire, porque hay una parte de verdad en todo ello. Y una media verdad no es una mentira, reflexiona.

En ese momento, Leire esboza una sonrisa pícara, enigmática, y le pega un codazo.

—Ya, ya, para *reconducir* el trabajo. ¿Es así como le llamáis ahora?

La pregunta pilla a Miren por sorpresa.

—¿Cómo dices, Leire?

—¿Seguro que no tienes nada que contarme? —Leire insiste en su tono juguetón.

Miren es tajante en su respuesta.

—¡No!

Pero se da cuenta al instante de que ha sido una respuesta contraproducente. Precisamente, negar la mayor es lo peor que puede hacer para darle alas a la imaginación de su amiga. Quizá, reflexiona, quizá tendría que haber dicho algo como: «¡Calla, loca! A ver, que no está mal el hombre para la edad que tiene, ¿no?». Y por supuesto, debería haber acompañado ese comentario con una risa nerviosa, casi de loca.

Pero no lo ha hecho. Y al ponerse a la defensiva, logra el efecto contrario. Leire sonríe, traviesa.

—Ya, ya… A ver, que yo te entiendo, Miren. En serio —efectivamente, Leire se pone seria—, no tienes por qué contarme nada, ¿eh? Entiendo que es un tema un poco espinoso. Si le pillan le pueden echar de la uni…

—¿Pero por qué dices eso?

—¡Ay, Miren! —Leire baja el tono—. Es que me he encontrado con Julen en el bus. Justo al venir. Julen, ya sabes, mi amigo del cole, de cuando éramos *txikis*. Pues resulta que esta mañana te ha visto con Fran en la biblioteca.

—Ah, ya. Bueno, ¿y qué? —Miren sabe que debería abandonar su actitud a la defensiva, pero no puede—. Estábamos hablando del TFM. Como te he dicho.

—Vale, vale. Pero es que me ha dicho que hace un tiempo te vio dando un paseo por La Concha con Fran. Que se le olvidó comentármelo. Pero al veros de nuevo esta mañana, pues se ha acordado de que os vio y me lo ha dicho.

Miren apenas conoce a ese Julen. Solo le ha visto un par de veces en su vida, pero en ese momento siente un repentino odio muy profundo hacia él.

—¡Joder con Julen, vaya maruja! —exclama Miren, en voz baja, dejando salir su cabreo.

Leire se ríe.

—Pues sí, ya sabes cómo es. Pero vamos, que por mí no te preocupes, de verdad. Yo no pienso decir nada —Leire hace un gesto de cerrarse los labios con una cremallera imaginaria—. Pero cuando estés preparada, me lo cuentas, ¿vale?

Miren suspira. Siente que a veces es mejor seguir la corriente que negar algo, por mucho que sea mentira.

—Pues claro, Leire. Pero de momento, la verdad, prefiero no hablar de ello; ya te imaginarás… —abre mucho los ojos, como si se tratara de algo muy importante.

Su amiga se da por satisfecha. Al menos de momento.

—Por supuesto.

Y para tranquilidad de Miren, su amiga no vuelve a sacar el tema en toda la tarde, que por lo demás, transcurre con total normalidad.

## 25

Al día siguiente, Miren se despierta un poco más tarde de lo habitual, con mil pensamientos en la cabeza y preguntándose si alguna vez podrá descansar del todo tranquila.

Tras pasar la mañana preparando las tareas del Máster, baja a hacer la compra al supermercado. El que más cerca le queda de casa es algo más caro que uno que queda tres calles más lejos. Por esa razón, pese a tener que caminar cargada con las bolsas un trecho más largo, prefiere comprar en ese supermercado *low cost*. Por lo menos, hasta conseguir un trabajo.

Y sobre ese tema, después de varias semanas enviando currículums (menos de los que tenía pensados en un primer momento), al fin han empezado a responderle de varias empresas diferentes. De hecho, en unos días, tendrá un par de entrevistas: una para trabajar de camarera en un restaurante del Centro, y otra para un empleo de reponedora en un hipermercado. Ambos puestos de trabajo, para los fines de semana. Sabe que eso significa que tendrá menos tiempo para dedicar al Trabajo de Fin de Máster, aunque pensándolo bien, es plenamente consciente de que no ha aprovechado los fines de semana ni una mínima parte de lo que tenía planeado. Por tanto, no le da tanta pena, en ese sentido, ni le provoca el más mínimo nerviosismo. Además, tener a Fran de su parte para poder salvar ese trabajo le otorga una gran tranquilidad.

En cualquier caso, reflexiona mientras camina de vuelta del súper cargada con las bolsas, lo cierto es que, pese a que comenzó el Máster con muchísimas ganas de lucirse en esa tarea, después de los últimos meses que ha pasado, el TFM es algo que no le produce una emoción especialmente intensa. Más bien, con sacar un «cinco punto cero», hoy por hoy, le es más que suficiente.

Miren espera a que un semáforo se ponga en verde. Los dedos le duelen por el peso de las bolsas, así que las deja momentáneamente en el suelo, hasta que el semáforo cambie de color. Le viene a la cabeza que una parte positiva de trabajar los fines de semana, además de lo obvio, es que estará entretenida, lo cual, aunque en un primer momento le pueda fastidiar, también le puede ayudar a estar menos obsesionada con el tema que la ha traído por la calle de la amargura las últimas semanas. Quizá, piensa, quizá eso sea lo mejor, como dice su madre, y también su psicóloga. Es decir, dejar, poco a poco, que el tiempo cure las heridas, y dejar atrás esos pensamientos que tanto daño le

hacen. De una vez y por todas.

Una vez en el portal, con los dedos ya amoratados, descansa un momento y, ya que está al lado de los buzones, saca las llaves del bolsillo y abre el buzón. Hay tres cartas. Una es una factura de la empresa de la luz; otra, es un sobre a nombre de una de sus compañeras de piso y, la tercera, es una carta a su nombre. Extrañada por recibir al fin algo a su nombre (que no sea una factura), mete los tres sobres en una de las bolsas y sube a su casa por las escaleras.

Al llegar a casa, tras distribuir los alimentos en sus respectivos lugares de almacenaje, Miren vuelve a la sala y coge los sobres. Deja el de su compañera y abre primero el de la factura. Nada nuevo bajo el sol. Después, abre el sobre a su nombre, con cierta expectación, ya que a primera vista no reconoce al autor de las letras que hay escritas en el sobre. Además, no lleva sello ni remitente en el dorso.

Tras abrir el sobre, saca dos elementos. Uno es un papel doblado y el otro una postal de la ciudad de Donostia. Miren frunce el ceño. No entiende nada. Lo primero que hace es mirar la postal. En la foto aparece Alderdi Eder, que es la plaza ajardinada que queda frente al Ayuntamiento. Pero es claramente una instantánea antigua; una de esas fotografías en blanco y negro que han sido coloreadas a posteriori, y que casi parecen cuadros. Por supuesto, el aspecto de ese lugar no es, ni de lejos, como el que actualmente luce Alderdi Eder. En la instantánea aérea, o que al menos parece haber sido tomada desde un lugar alto, la distribución de los parterres y esculturas es diferente a la contemporánea, e incluso sobresale una enorme estatua en el centro de la plaza que Miren no ha visto nunca, ni siquiera en fotos, por lo que entiende que hace muchos años que debió de ser derribada o trasladada. También puede observarse una parte de la playa de la Concha y las fachadas de las calles Hernani y Andia.

Miren da la vuelta a la postal. Aparece un mensaje escrito en unas rectas letras mayúsculas, cuya autoría la joven sigue sin reconocer. El escueto mensaje que contiene dice lo siguiente:

PLAZA IRUN, 6. JUEVES. 17:00.

Miren mira la postal de arriba a abajo, varias veces, incapaz de creer que no diga nada más. Pero en unos segundos se da por vencida. Eso es todo.

Deja la postal en la mesita de la sala y coge el folio doblado que acompañaba a la postal. Lo abre y, tras leerlo un poco por encima, pega un grito y suelta el papel, que cae al suelo tras planear brevemente. Impactada, temblando, Miren avanza hasta el sofá y se deja caer ahí pesadamente. No es capaz de reaccionar durante un par de minutos. Finalmente, convencida de que ha tenido que leer algo mal, se levanta, avanza hasta el lugar sobre el que se ha posado el papel y lo recoge. Esta vez se sienta en el sofá antes de volver a leerlo.

En realidad, no tenía dudas. La segunda vez, lee el papel del todo, hasta tres veces. Pero no es que el papel diga nada muy importante o revelador como tal. Lo que ha dejado patidifusa a Miren, e impresionada, es que esa hoja es una parte de un informe de la Policía; un informe con el nombre de Ane de Pedro Sarasola. Aunque ya ha dejado de temblar, cada vez que vuelve a leer el nombre de su hermana, no puede evitar sentir un escalofrío.

No es el primer informe policial que lee, ni mucho menos, y desde el principio está convencida de que, o se trata de una falsificación muy lograda, o el documento tiene que ser verídico. Convencida de lo segundo, esa hoja en sí no dice gran cosa sobre el caso. De hecho, no son más que una serie de datos técnicos del lugar donde se encontró el cuerpo de su hermana y muy poco más. Pero el nombre de Ane está allí presente; eso es incontestable.

Miren empieza a digerir el acontecimiento, y le vienen algunas preguntas que le hacen de nuevo inquietarse casi tanto como la primera vez que desdobló el folio.

¿Quién le ha enviado eso? ¿Quién puede tener acceso a ese informe? ¿Fran? No, no puede ser. No se lo habría mandado de esa forma tan enigmática como cruel. ¿Pero entonces? ¿Y por qué no estaba esa hoja en el informe de su hermana cuando, gracias a Mertxe, estuvo en el archivo de la comisaría?

¿Y quién puede conocerla tan bien como para saber que es hermana de Ane, y que además está buscando la verdad sobre lo que le pasó? Y más inquietante aún. ¿Quién sabe dónde vive?

Miren está anonadada, como atontada. De repente, todavía con el papel del informe en la mano, se acuerda de que la postal tiene una dirección y una fecha. Coge la postal una vez más. Ahí pone que la dirección es la Plaza de Irun, número 6. La joven saca su móvil e introduce esos datos en la aplicación

del mapa. Esta última le señala que ese lugar es la entrada principal del Centro Comercial de Arcco-Amara.

Se queda confusa. No entiende el porqué de un lugar así, tan poco interesante, tan ordinario, por decirlo de algún modo. Quien sea que le haya enviado eso debe de tener alguna otra información importante sobre su hermana, cosa que parece evidente sabiendo que ha tenido acceso al informe… «No sé, parece más lógico quedar en un lugar más solitario, incluso más emblemático», piensa Miren. «Pero tal vez lo más inteligente sea precisamente quedar en un lugar tan concurrido como ese, para no levantar sospechas», reflexiona entonces. Dicho lo cual, «¿No será peligroso? ¿No será una trampa?», piensa. «¿Pero de quién?»

Y después, pasa a divagar sobre la fecha: el jueves. Miren recuerda que es martes, por lo que la han citado para dos días después, probablemente. Si no, pondría el número del día en cuestión.

Acto seguido, se da cuenta de que antes de decidir nada, sobre si ir o no a ese lugar y a esa hora, debería hablarlo con alguien. Por tanto, le escribe un mensaje a Fran, diciéndole que necesita verle por un asunto urgente. Pocos minutos después, este le responde citándola en el barrio de Gros, donde se encuentra haciendo algunos recados.

En consecuencia, Miren se prepara y coge el primer autobús hacia el citado barrio. Quince minutos después, baja del autobús frente al edificio del Kursaal y nada más pisar tierra, le llega una ráfaga de viento frío que proviene de mar abierto. Se ajusta el abrigo y saca el móvil del bolsillo para anunciarle a Fran que ya se encuentra por allí.

Mientras espera una respuesta, se pone a pasear por el Paseo de la Zurriola, mirando la vacía playa. El cielo aparece gris esa mañana, pero al menos no llueve.

Unos minutos después, aparece Fran caminando desde la Gran Vía. Al verle, Miren va hacia él caminando rápido. El hombre le hace un gesto con la mano y le dedica una sonrisa cordial, pero antes de que pueda abrir la boca, su alumna comienza a hablarle de forma atropellada. Tras varias interrupciones de un Fran que no se entera del todo de la copla, la joven logra hacerse entender, pese a sus nervios. Después de ello, el profesor se queda callado unos segundos.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —le pregunta Miren, ansiosa.

—Pues no sé qué decirte. ¿Estás segura de que el informe es real?

—Desde luego. Segurísima. De hecho, te lo he traído.

Miren mete su mano en el bolsillo del abrigo pero no encuentra el papel. Suelta un bufido y se pone a rebuscar, como loca, en el resto de los bolsillos. Pero antes de terminar el registro, se da cuenta de que, con las prisas, se lo ha dejado olvidado en casa.

—Bueno, no pasa nada —le tranquiliza Fran—. Te creo.

—En fin, ya te lo enseñaré. Pues eso. El jueves. A las cinco de la tarde. Así que no podré ir a clase.

Fran alza las cejas.

—¿Me estás diciendo en serio que vas a ir allí?

—Pues claro.

—Ni siquiera sabes quién te ha enviado eso. Si realmente le interesara hablar contigo, te habría puesto su nombre o alguna otra seña, por lo menos. Un teléfono de contacto, o algo.

—¿Me estás pidiendo en serio que no vaya?

—No lo veo, la verdad. Podría ser hasta una trampa.

—¿De quién? No tengo enemigos, que yo sepa.

Fran se queda un momento pensativo. Miren retira la mirada. Por una parte, entiende y hasta se siente algo agradecida por el interés de Fran en protegerla. Pero no puede perder una oportunidad así. Creía que su profesor la entendería. Miren sopesa cambiar de estrategia. Se toma unos segundos para tomar la palabra.

—¿Dónde quedó tu espíritu aventurero? —aunque la idea era que sonara pícaro, el tono le ha salido más bien vacilante.

—Créeme. Estas cosas no suelen acabar bien. Te lo digo por experiencia.

Es mejor dejarlo como está —el hombre se muestra bastante inflexible sobre el tema.

Miren duda un instante. Fran lo nota y ahonda en la herida.

—Mira. Yo que tú esperaría un poco. Espera a que pase el jueves. Si realmente es importante lo que tiene que decirte, y tiene tanto interés, ya volverá a contactar contigo.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará. Seguro.

La conversación no sigue mucho más tiempo. Miren se despide de su profesor unos minutos después, pues este último tiene algo de prisa. La joven, por su lado, prefiere seguir paseando un poco más, hasta que le llegue la hora de ir a clase. No tiene hambre, así que prefiere seguir caminando sin comer nada.

Tras las clases, Miren ve que tiene un mensaje de Fran. Este le comenta que a la mañana siguiente irá a la hemeroteca para seguir buscando, y le pregunta si le gustaría ir. Miren le responde que irá encantada.

* * *

A la mañana siguiente, ambos están en la hemeroteca a primera hora buscando casos en los viejos periódicos. Tras varias horas de exhaustiva investigación, encuentran media docena de casos sospechosos más, y además, a Miren no le suena haberse topado con ninguno de ellos en la comisaría, aquella tarde con Mertxe.

A media mañana, Fran se va a su despacho, porque tiene una hora de tutorías y después ha de impartir alguna clase. Miren se queda sola entre los montones de periódicos sobre la mesa, y acompañada del intenso olor que emana del papel, ese aroma especial que la tinta emite.

## 26

Llega el jueves y Miren se despierta algo agitada. Esa mañana, Fran tiene varias clases y no podrá ir a la hemeroteca. Ella decide no ir tampoco, porque se encuentra bastante saturada y nerviosa, así que prefiere quedarse en casa. Por supuesto, en ningún momento se le ha pasado por la cabeza no asistir a ese extraño encuentro que tiene por la tarde. Además, el hecho de no quedar con Fran por la mañana le ha alegrado bastante, pues no tendrá que inventarse ninguna excusa.

Llega el mediodía y Miren se pone aún más nerviosa. Apenas se traga la mitad del primer plato, que además le sienta fatal, así que decide no postergar más la espera y se prepara antes de lo pensado. Se da una ducha caliente e intenta calmar su agitación y pensar en alguna otra cosa que le ayude a evadirse un poco.

Sale de casa cuando apenas son las 4 de la tarde en punto, y tras coger el topo (un tipo de tren subterráneo y de vía estrecha), se baja en la estación de Anoeta y llega a la zona de Amara convenida antes de las 4 y media. Ha empezado a llover. No profusamente, solo un leve sirimiri, por lo que Miren ni siquiera abre el paraguas.

Da una vuelta por el Centro Comercial Arcco, tanto por su interior como por las zonas exteriores aledañas, caminando lentamente, preguntándose cómo será la persona que le mandó aquella postal de forma anónima. ¿Será un hombre o una mujer? ¿Qué edad tendrá? ¿Qué sabrá realmente? Y aún más inquietante, si esa persona será capaz de reconocer a Miren. En ese momento, piensa en cómo irá vestida. Si llevará una gorra, o gafas de sol, o bufanda…

Miren pasa por tercera vez por delante de la entrada principal del Centro Comercial, que es la que da a la Plaza Irun, con la rotonda en medio, y dentro de la cual hay una fuente ornamental. Cada vez que la joven pasa por la plazoleta que queda entre la entrada y la carretera que gira en torno a la rotonda, mira con detenimiento a todo el que haya por la zona, tanto caminando como detenidos en alguna parte. Hasta ese momento, no ha encontrado a nadie *sospechoso* de tener pinta de confidente ni nada parecido. Al mirar el reloj, se da cuenta de que quedan poco más de cinco minutos para la hora del encuentro estipulado en aquel escueto mensaje. Por tanto, se le ocurre pensar que tal vez esa persona ya esté rondando por el lugar.

Esta vez, Miren se detiene por completo y gira sobre sus talones lentamente, observándolo todo. De repente, se da cuenta de que, a unos quince metros de ella, apoyado contra la pared del edificio, alguien la está observando desde debajo de un paraguas negro. Por el aspecto, parece un hombre, de estatura media y complexión ancha. Lleva un abrigo de color verde oscuro.

Como por instinto, aunque solo sea para cerciorarse de que no es quien busca, Miren se acerca a esa persona y se detiene a dos metros de ella, sin estar segura de adónde dirigirse después. Tras unos segundos, y a punto como está de darse la vuelta, el paraguas se eleva ligeramente y suena una voz grave y rasgada que la llama por su nombre:

—¿Miren de Pedro?

La aludida se queda petrificada un instante. Traga saliva y responde, a media voz.

—La misma.

El paraguas es elevado del todo y Miren puede ver algo más de esa persona.

Se trata de un hombre, sin duda. Puede intuir la barba, que sobresale por la parte de arriba de la bufanda que porta. Por encima de la misma, Miren puede entrever que la barba es canosa y castaña a partes iguales, lo que le lleva a pensar que se trata de un hombre de mediana edad. Además, el hombre lleva unas gafas de pasta con una montura bastante gruesa. Los cristales no llegan a ser del todo opacos, pero sí llevan lentes ahumadas, por lo que Miren apenas distingue los ojos que hay tras los cristales; y tampoco tiene intención de acercarse más para comprobarlo. Lo que sí puede ver es una especie de marca; una cicatriz, más bien, vertical, justo debajo del ojo derecho, y que llega más abajo que la montura de sus gafas.

El atuendo lo completa un gorro contra la lluvia con clara inspiración de los de estilo de pescador. Las alas estrechas del sombrero tapan la frente y las cejas del hombre, que está bastante encorvado, con la barbilla cerca del pecho.

El misterioso hombre vuelve a hablar, con su voz profunda algo distorsionada y apagada por la bufanda.

—Me alegra ver que has venido. No estaba seguro de que vendrías.

—¿Quién eres? —pregunta Miren, con tono duro pero sin perder el respeto.

—No puedo decírtelo.

—¿Cómo sabes quién soy yo?

—Te he visto husmear.

—¿A mí? —Miren da un paso atrás, un poco asustada, y confundida. Entonces cae en la cuenta.

—Espera. ¿Tú estabas en Urgull, entre los arbustos?

—Sí. Aquella vez me escuchaste y te fuiste, asustada. Pero también te he visto más veces por allí.

—¿Cómo sabes lo de mi hermana?

—Tampoco te lo puedo decir.

—Pero tienes su informe.

—Tengo acceso a él, sí. Y a otros parecidos.

—¿Y qué quieres de mí?

El hombre se toma un par de segundos antes de contestar.

—Quiero que dejes lo que sea que estés haciendo. No debes seguir husmeando.

—¿Por qué no? Solo estaba mirando. Nada más.

—Claro. ¿Me vas a negar que estás investigando sobre ese tema? ¿También en los archivos de la Policía?

Miren pega un respingo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Pero lo sé. Y hazme caso. Deja de hacerlo —esa última frase la pronuncia muy despacio, casi sílaba por sílaba.

—¿Por qué?

—Por tu bien. Eres demasiado joven para meterte en esos líos. Vive tu vida y deja a los muertos descansar.

—Pero… Mi hermana. ¿Quién le hizo eso?

—No te gustaría saberlo. Es lo único que te puedo decir. Prefiero no decir su nombre, para no arriesgarme.

—¿Y por qué me avisas? No me conoces.

—Digamos que no quiero que te pase lo que a otras.

—Está bien. Pero necesito saber más.

—No.

—Por favor. Lo necesito.

El hombre eleva algo el volumen de su voz en la respuesta.

—¡No me has oído! No seas tan cabezota. No te conviene.

La joven es consciente de que por ahí no va a rascar mucho más, por lo que decide cambiar de estrategia.

—Está bien. Pues no investigaré. Pero al menos, cuéntame un poco más.

El hombre baja de nuevo el paraguas hasta tapar su cara. Miren apenas es capaz de entender lo que dice a continuación.

—Ya te he dado más pistas de las que debería. Pero está bien. Tendrás noticias mías. Pero hazme caso. No sigas con eso. Y ahora me voy. No me sigas, o no te diré nada más.

Dicho lo cual, el hombre se gira lentamente y avanza. Miren se queda observándole la espalda, bastante ancha, hasta que el hombre gira la esquina más cercana.

La chica se queda paralizada, con la sensación de acabar de salir de un sueño especialmente extraño.

## 27

Solo han pasado unos minutos de su extraña conversación con ese hombre sin nombre cuando Miren va a la parada más cercana y coge el autobús 24, que es el que más cerca la va a dejar del campus. Ha decidido asistir al menos a las últimas dos clases de la tarde.

La clase de Fran, a la que ha faltado, termina a las seis, pero veinte minutos antes de esa hora Miren ya está en su facultad, aunque no solo no piensa intentar entrar en clase, sino que decide quedarse lejos de la puerta de su aula, para no tener que cruzarse con su profesor cuando este salga del aula.

Para estar más segura, baja un piso y se queda en una zona de asientos que hay al fondo del pasillo, bajo una cristalera con vistas a la carretera. Sabe que, al salir, lo más probable es que Fran suba las escaleras para ir hacia los despachos, que están otros dos pisos más arriba.

Ese rato, Miren se lo pasa revisando apuntes de la asignatura a la que debe asistir a continuación.

Cuando dan las 6, Miren deja los apuntes y empieza a meter sus cosas en la mochila. Al mismo tiempo, las puertas de las aulas de ese piso se abren y una miríada de jóvenes alumnos (y otros no tan jóvenes) irrumpe en el pasillo.

Miren decide esperar sentada un poco más antes de subir. Y cuando así lo hace, antes de enfilar la escalera, por la que ya baja bastante gente, mira de refilón. Cerciorada de que no está su profesor, comienza a subir, pero justo en ese momento, Fran aparece en lo alto del tramo de escaleras. La joven se detiene al instante y se da la vuelta. Por suerte, según ha podido comprobar al verle, el profesor llevaba su gesto distraído de siempre y no ha podido verla, así que Miren piensa en meterse en los baños más cercanos para esperar a que Fran siga bajando las escaleras. Sin embargo, mientras sigue enfrascada en esa conclusión, su profesor la llama por su nombre.

—¡Miren!

La joven se hace la sueca y sigue bajando peldaños, pero el profesor vuelve a llamarla por su nombre, más alto. Sin poder evitar un gesto de disgusto, se detiene. A los pocos segundos, aparece el hombre, que había acelerado la bajada.

—¿Podemos hablar? —le pregunta.

—Tengo clase.

—Yo también —le responde, tajante, Fran.

—¿Ah, sí?

—Sí, en este piso.

«¡Vaya por Dios!», piensa Miren, que no tenía ni idea de ese detalle.

—No has venido a clase —le recuerda el profesor. Pero su tono no es de un reproche estudiantil, sino de preocupación y enfado, por igual.

—Ya… Lo siento. Es que… Tengo que entregar un trabajo ahora y no me había dado tiempo a hacerlo —Miren es consciente de que nadie se creería esa mentira, y menos alguien que se ha dedicado a destaparlas—, así que he aprovechado…

Fran la interrumpe.

—No me vengas con idioteces. Ya sé que has ido allí.

Miren se toma su tiempo para hablar. No sabe por qué, pero instintivamente mira alrededor. Hay mucha gente subiendo y bajando las escaleras, aunque nadie parece reparar en ellos. El profesor retoma la palabra:

—¿Cuándo acabas las clases?

—Hoy… a las 8.

—Ven a verme al despacho. Estaré allí.

Sin esperar una respuesta, Fran sigue adelante sin despedirse y con un gesto de enojo que Miren no le había visto nunca hasta ese momento.

La joven sopesa un instante si ir o no a esa hora al despacho, pero se decide rápido. No le queda más remedio que aparecer allí. Además, pese a la bronca que previsiblemente le va a montar, es probable que Fran quiera oír lo que ese hombre le ha dicho a Miren, y ella siente que será un alivio compartir esa carga con alguien en quien confía.

* * *

Las siguientes dos clases transcurren sin ninguna novedad. En cuanto entra a clase, eso sí, Leire le pregunta dónde ha estado, y Miren le cuenta que estaba con dolor de tripa y ha preferido quedarse en casa hasta encontrarse mejor.

—¡Qué raro! Tú perdiéndote una clase de tu querido Fran… —le contesta, con una sonrisa granuja.

—Ya ves, a lo mejor es que no le quiero tanto —comenta Miren, con sarcasmo. Ambas se ríen y no vuelven a hablar del tema.

Dos horas después, la última clase de la tarde, bastante soporífera, llega a su fin y Leire y Miren salen de clase, entre sus compañeros.

—Oye, Miren —comienza su amiga—. Markel, Irati, Goiko y estos van a ir a tomar algo al Bar Campus, ¿te apuntas?

—Eh… —Miren piensa deprisa qué puede inventarse. Tiene la cabeza tan aturullada que su capacidad de improvisación es nula—. Hoy no puedo. Tengo que irme a… hacer una cosa —Leire alza las cejas y Miren se pone aún más nerviosa—. Una cosa familiar.

—Ah… —por su expresión, es obvio que no se está creyendo nada—. ¿Algo grave?

—¡No! Para nada. Una chorrada, sin más, ya te contaré —le dice mientras siguen bajando las escaleras—. Si no te importa, nos despedimos aquí, que quiero pasar por el baño.

Ambas se detienen y Leire cambia la expresión de su cara. De repente, parece divertida.

—Pues nada, pásatelo bien en el… baño —comenta con una sonrisa—. No hagáis mucho ruido.

Y tras guiñarle un ojo, y sin que Miren pueda añadir nada, Leire se da la vuelta y acelera para reunirse con el grupito de amigos que van a tomar algo.

Miren sigue con la boca abierta mientras observa como se alejan sus compañeros. A los pocos segundos, no obstante, se sacude la cabeza

ligeramente y da media vuelta, hasta enfilar las escaleras.

En un par de minutos está frente a la puerta del profesor Casanueva. Como está algo nerviosa, prefiere quitarse el asunto cuanto antes. Llama a la puerta y entra sin esperar respuesta. De pie, apoyado contra la pared se encuentra a Fran, ojeando unos papeles.

A los pocos segundos, con ambos ya sentados, Miren escucha el rapapolvo de su profesor, que pese a todo, está siendo más suave de lo que se imaginaba en un primer momento.

—¡No sabías quién podía ser!

—Con tanta gente alrededor no podía hacerme nada —se defiende Miren.

—¡Ja! Si tú supieras… La de cosas que han ocurrido en lugares concurridos. Si tú supieras…

—Ya he leído cosas así, ya. No me tomes por una ignorante —contesta Miren, alzando la voz.

—¡Pues peor me lo pones! —Fran iguala su tono al de Miren—. Ya sé que no eres una ignorante, pero eres demasiado impulsiva, y bastante inconsciente.

—Puede ser. Pero ya está hecho. Y como ves, no me ha pasado nada.

—Me alegro.

—Ahora, ¿quieres oír lo que me dijo el tipo ese?

Tras pensárselo un poco, Fran asiente con un leve gesto de la cabeza. A los pocos minutos, tras ponerle al corriente, ambos están amigablemente enfrascados en un debate sobre las palabras del enigmático y extraño hombre.

Lo único en lo que discuten más acaloradamente es en el mensaje último del hombre. Fran está de acuerdo con ese personaje. Cree que, por su bien, Miren debe dejar de intentar meterse en este asunto. Por su lado, ella opina todo lo contrario, y que es el momento de ir tras cualquier pista, cueste lo que cueste.

Se les hace tarde hablando de ello y ambos tienen que marcharse. Incluso

sin recibir expresamente la garantía de Fran de que la ayudará, al menos ha conseguido que no se muestre tan reacio a la idea de seguir investigando. Eso sí, el profesor le hace prometer que, si quiere su ayuda, Miren deberá actuar de forma menos impulsiva. La joven accede, aunque a regañadientes. Además, el profesor le insiste en que no deje de lado sus tareas como alumna, entre las que destaca su Trabajo de Fin de Máster. A la joven le importa bien poco a esas alturas, pero le da su palabra de que lo intentará.

## 28

Los siguientes días, Miren los pasa como si estuviera todo el tiempo subida en el vagón de una montaña rusa. Los primeros dos o tres días tras su entrevista con el hombre misterioso se encuentra muy emocionada, tan excitada que apenas puede conciliar el sueño. Con su profesor también está en buenos modos. Tras aquella discusión en el despacho, parece que vuelven a estar en la misma onda. Siempre que pueden, van juntos a la hemeroteca, a seguir buscando. En un par de semanas, tienen un buen puñado de casos sospechosos más, susceptibles de ser investigados más profundamente.

Toda esa información la guardan en unas carpetas, dentro de un armario del despacho del profesor. Y bajo llave, por si las moscas.

No obstante, pasa el tiempo y, una vez disuelta la emoción de esos primeros días de ferviente investigación, Miren siente que está a las puertas de llegar a otro punto muerto, y su ánimo empieza a quebrarse, poco a poco. Cada vez está más desilusionada, ya que no deja de darle vueltas a lo mismo una y otra vez, incapaz de formarse una teoría razonablemente defendible en su cabeza.

Para más inri, Fran no deja de recordarle que tiene que avanzar en su TFM, porque el tiempo se le está agotando. Sin olvidar tampoco el resto de tareas de clase.

Además, a los doce días de la extraña entrevista, llaman a Miren de la central de supermercados Eroski. Tiene una entrevista en un par de días en el hipermercado del Centro Comercial Urbil. Pese a ser consciente de que lograr ese puesto de empleo supondría tener menos tiempo para su investigación, se alegra de veras, pues necesita tener un trabajo, y pronto. Por ello, espera tener suerte y que la contraten.

El día de la entrevista, Miren está como un flan. Se pone unos pantalones vaqueros y una blusa bastante elegante, y va a la entrevista de trabajo con bastante antelación. Coge el topo, en la parada de Intxaurrondo, y ya sentada en el interior del vagón, se da cuenta de que ha recibido un mensaje de ánimo de Fran un rato antes. La joven se alegra de que su relación vuelva a ser de mutua confianza. Está a punto de responderle, pero recuerda que ahí no tiene cobertura.

Llega al hipermercado, en el Centro Comercial Urbil, en el municipio de Usurbil y, nada más entrar, pregunta en recepción por la entrevista. Le piden que pase por una puerta en la que pone «NO PASAR», y se sienta en una silla de plástico en una angosta sala de espera. Unos minutos después sale una mujer, la jefa de recursos humanos, y le pide entrar. Al principio, siguiendo los consejos de su profesor, Miren intenta sonreír y hasta hacerse un poco la simpática. Pero poco después, se da cuenta de por qué no se le da especialmente bien parecer graciosa y prefiere cambiar de estrategia. A partir de ese momento, intenta mostrarse como una persona seria, trabajadora y constante, con la esperanza de que eso convenza a la mujer que la entrevista.

Casi media hora después, Miren sale de la entrevista bastante cansada mentalmente. Vuelve a casa y se tumba un rato en la cama. Sin saber por qué, le viene a la mente el recuerdo del hombre con el que mantuvo la extraña conversación. Ha pasado ya bastante tiempo y no ha vuelto a tener noticias de él, y eso que, desde ese día, todas las mañanas mira el buzón, y una vez más de nuevo por las tardes. A veces, incluso abre el buzón en tres o cuatro ocasiones. Pero, siempre, con un resultado infructuoso.

En ese momento, piensa que tal vez la culpa sea suya, que tal vez debería haber hecho algo más, algo que llamara la atención del hombre. Cierto es que ese señor le advirtió, de forma muy taxativa, que dejara de entrometerse en ese tema, por su propio bien, o eso le dijo al menos. Y lo expresó en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Pero «¿qué pasaría si yo hiciera algo?», se pregunta Miren. «A lo mejor así volvería a escribirme. Puede que en el fondo ese hombre esté esperando que yo haga el próximo movimiento.»

Entonces piensa que tal vez debería volver a husmear por esos rincones del monte Urgull. De hecho, tras los consejos de Fran, Miren lleva semanas sin volver por esa zona.

«¿Y si quería asustarme para que dejara de ir por allí?», reflexiona. «Tal vez me tomé sus indicaciones demasiado a pecho. ¿Y si ese hombre tiene algo que esconder?», se pregunta. Y en ese momento le entra un escalofrío que hace que se contorsione en la cama, tumbada como está. «¿Y si él es un asesino? ¿Y si él tuvo algo que ver con la muerte de mi hermana?» Al pensar eso, tiene que incorporarse y sentarse en la cama. Le entran ganas de vomitar. ¿Y si ese hombre no fuera un testigo, sino el mismo culpable? El pensamiento le reconcome.

¿Podría haber estado conversando con el asesino de su hermana tan amigablemente? Si es así, no se lo perdonaría jamás. De repente, se siente estúpida por no haber llegado a una conclusión así antes. Siente que ha estado demasiado centrada en buscar más casos, y la relación entre ellos, y se ha olvidado de una pista que ha llegado a tener delante de sus narices.

## 29

Al día siguiente, todavía en la penumbra de su habitación, la despierta el sonido de su teléfono. Generalmente suele ponerlo en modo silencio por las noches, pero a veces se le olvida; últimamente más a menudo, además. Miren abre los ojos y se gira hacia la mesilla. Se apoya sobre un codo y extiende el otro brazo hasta coger el móvil. Quien la esté llamando lo está haciendo desde un número fijo. Todavía medio dormida, desliza el dedo sobre la pantalla de su móvil y se acerca el teléfono a su oreja.

—¿Sí? —responde con una voz muy ronca.

—¿Miren de Pedro? —pregunta una voz que instantáneamente se le hace familiar.

—Sí.

—¿Te he despertado? Lo siento. Soy Marisa, te llamo de…

En ese momento, Miren se tensa al caer en la cuenta. Es la mujer de Recursos Humanos. Se siente totalmente idiota y casi reza porque su siguiente frase le salga sin ningún gallo en la voz.

—No, no estaba dormida, es que… Bueno, eh, sí, dime, Marisa…

La llamada era para confirmarle que había sido seleccionada, y que al día siguiente, viernes, debía empezar a trabajar. Asimismo, le informa de que debe presentarse un rato antes para firmar el contrato, para después llamar a su jefe de sección, quien se encargaría de darle el uniforme y explicarle todos los detalles antes de empezar con su primera jornada de trabajo. Miren responde que sí a todo. Tras colgar, la chica se vuelve a tumbar sobre la cama, medio mareada. Debe reconocerse a sí misma que no le apetece «una mierda» comenzar ese trabajo, pero también se dice que no tiene otro remedio. Piensa que, a partir de ese momento, todos los viernes, sábados, y también los domingos a la mañana, estará ocupada reponiendo las estanterías del hipermercado Eroski. Sabe que algunos días será hasta agotador, y todo ello para cobrar lo justo para cubrir gastos. Además, ya no tendrá un solo día libre; tras trabajar el domingo (aunque el hipermercado se mantiene cerrado al público), el lunes tendrá que volver a las clases del Máster. Así, hasta junio.

Un poco deprimida tras percatarse de eso último, Miren se levanta al fin y

le escribe a su amiga Leire sobre su nuevo empleo. También le escribe a sus padres. Por último, aunque tiene dudas sobre si escribirle o no, decide mandarle un escueto mensaje a Fran, explicándole que, a partir de esa misma semana, tendrá menos tiempo para dedicar a su investigación.

De todos modos, esa misma tarde, una hora antes de empezar las clases, ha quedado con Fran en su despacho para hablar del Trabajo de Fin de Máster, que aún le trae por la calle de la amargura.

# 30

A mediodía, Miren come antes de lo habitual y se prepara para ir a la facultad. Al llegar, sube directamente al despacho, donde ya está Fran. Lo primero que hace este es felicitarla, a lo que ella responde con un mohín de indiferencia, como si no fuera algo importante. Tras ello, pasan a hablar del tema que ha llevado allí a la joven: un tema académico; y eso que, técnicamente, no están en horario de tutoría.

—¿Y has cambiado todo el capítulo? —pregunta Fran.

—Lo he borrado, más bien —le corrige Miren.

—¿Y qué vas a hacer? No creo que sea tiempo para ponerte a pensar en nuevos temas. Es imposible, me temo. El tema ya está propuesto.

—Sí, sí. Fran. Ya lo sé. Además, hace meses que tengo el marco teórico y otras partes hechas, y no pienso tirar por la ventana todo ese *currazo* que me pegué.

—¿Entonces? —pregunta Fran, con el ceño fruncido.

—Mira, había pensado en aprovechar gran parte de lo que ya tengo, pero luego en los apartados finales aprovechar esa información para llegar a unas nuevas conclusiones.

—¿Qué conclusiones? ¿Las has pensado?

—Pues sí. Se me ocurrieron el otro día, cuando fui a hacer la entrevista de trabajo —hace una pausa—. Al bajar de la zona de las oficinas, me fijé en cómo curraban los chicos y chicas de uniforme. Y se me ocurrió que lo mejor sería hablar del propio funcionamiento.

—¿De qué? ¿De la Policía?

—Más o menos.

—¿Después de la experiencia que tuviste? No creo que pasaras allí suficiente tiempo como para hacerte una idea buena de cómo funcionan.

—Ya, ya. Por eso. Mira, lo que voy a hacer es coger esos casos sin

resolver que ya tengo documentados, incluso añadir alguno de estos que hemos ido encontrando últimamente, y formular algunas hipótesis sobre por qué a veces las investigaciones policiales fallan.

Fran suspira hondo y mira al suelo.

—¿Vas a volver con lo mismo? No tenemos ninguna prueba a ese respecto…

Miren no puede evitar reírse de la expresión de su profesor.

—¡No, no! Nada más lejos. Lo que voy a concluir es que, en ocasiones, los casos se quedan con un seguimiento escaso por la excesiva burocracia existente. Por ejemplo, a veces se crean duplicidades entre distintos cuerpos policiales, o incluso entre diferentes departamentos del mismo cuerpo policial. Y se solapan sus labores, o incluso se entorpecen entre ellos. Y bueno, por no hablar de la precariedad laboral. Recordarás que el sueldo de los Policías Nacionales se rebajó un 5%, nada menos, en el año 2010. Por no hablar de las sucesivas congelaciones salariales… Y bueno, podría seguir así un buen rato más. No te creas, he venido con el trabajo bien pensado.

Todo ese discurso lo ha dado Miren con una sonrisa que apenas ha podido, ni querido, evitar. Sobre todo al ver la expresión de ridícula confusión reflejada en el rostro del profesor, que se toma su tiempo para digerir lo que acaba de escuchar.

—¿En serio vas a dedicar tu trabajo a eso?

—Ya ves —responde Miren, sin titubear.

—Pero todo eso no tiene nada que ver con tu objetivo primigenio. Con tus conclusiones. Nada que ver.

—Lo sé. Y por eso me parece perfecto.

—¿Es que has arrojado la toalla definitivamente? —el gesto de Fran se ensombrece; realmente parece que le entristece.

—No he arrojado nada. Simplemente, ya no me motiva ese TFM. Total, para lo que me iba a servir… ¿Sabes? He decidido hacerte caso. No voy a meterme en camisa de once varas.

—¡Miren! Yo eso lo decía por nuestro… asunto. No por este trabajo. Aquí sí puedes, y *debes*, elucubrar, divagar, todo lo que quieras. Ir todo lo lejos que quieras con tus conclusiones, por muy disparatadas que parezcan. Pero el otro asunto… ¡Joder! ¡Lo otro es la vida real! No puedes jugar con tu seguridad por algo que… que tal vez ni quieras saber lo que hay detrás.

—¡De eso nada! —Miren pierde todo tono irónico—. Sigo queriendo ir hasta el final. Pero sobre el TFM, esta es mi decisión.

—Pero esas conclusiones podría firmarlas perfectamente un periodista en algún artículo, denunciando falta de medios y demás.

Ahora Miren recupera el sarcasmo.

—¡Pues mejor! Así, cuantas más chorradas populistas escriba, más fácil convenceré a los del Tribunal que juzgue mi trabajo.

—Aprobarás, no tengo la menor duda —añade Fran—, pero no pasarás del 8, ya te lo advierto. Y eso gracias al excelente trabajo que llevabas hecho hasta ahora.

—Lo diré solo una vez. Me-im-por-ta-u-na-mier-da. Y ahora, ¿podemos pasar a un tema interesante, por favor? ¿Has encontrado más casos?

Fran niega con la cabeza, visiblemente decepcionado por la determinación de su alumna, antes de empezar a hablar.

No obstante, en pocos minutos, parece que ya se le ha olvidado esa conversación pasada. Ahora, pasan a debatir con vehemencia sus hallazgos.

—¿Y la encontraron dónde? —pregunta Miren, con interés.

—Pues parece ser que en un descampado. O eso dijo el labriego que la encontró. Porque por lo visto, según cuenta el periodista, la chica aún estaba viva. Por eso, el campesino la cogió y se la llevó en su furgoneta al hospital. Por desgracia, la chica murió poco después de llegar…

—¿Y por qué no llamó a una ambulancia? —pregunta Miren, irritada por la irresponsabilidad, e intrigada por la conducta del hortelano.

—Miren —responde Fran con paciencia—. Estamos hablando de los años 50. ¿Cómo iba a llamar estando en el campo?

La aludida se siente idiota. Se deja caer pesadamente en la silla.

—¡Uff, es verdad! ¡Estoy que me pierdo con las fechas!

—Bueno, creo que de momento ya hemos mirado bastante. Aunque tengo algún que otro caso en la recámara —señala Fran, buscando entre las fotocopias—. Pero vete a saber. Es tan difícil saber qué casos pueden tener un hilo conductor. Si es que lo tiene.

—De eso estoy segura. Creo —apostilla.

—Vamos a hacer un resumen de lo que hemos encontrado hasta ahora, si te parece bien.

—Sí, por favor, porque me estoy volviendo un poco loca.

—Veamos… —Fran se sienta y rescata una libreta de entre el montón de libros y papeles que hay sobre la mesa—. Hasta ahora, en prensa, hemos llegado hasta los años 40. O sea, que todavía tenemos trabajo por delante.

—Eso parece.

—En los 40, apenas hay casos en prensa hasta finales de la década, lo cual parece evidente por la posguerra y primeros años del Franquismo.

Miren piensa en la de gente que debió de desaparecer por aquella época sin dejar rastro. Entre ellos, un par de tíos abuelos suyos, una bisabuela y varios primos de sus antepasados. Y eso es solo lo que Miren recuerda, pues los padres de la joven nunca le contaron mucho más sobre aquello, con la excusa de que de esos temas apenas se hablaba en sus respectivas casas.

—No obstante —continúa Fran, apuntando en la libreta—, posiblemente haya tres casos sospechosos, y otros cuatro dudosos, diría yo.

—¿No había un par de nombres de mujeres más?

—Pero no dicen nada de la edad que tenían. Podían ser dos ancianas, o mujeres de mediana edad. Los periódicos no aportan nada sobre su edad.

—Bueno… —Miren hace una pausa—. Pero eso no quiere decir que no fueran jóvenes. Y además, nada nos dice que no se hayan raptado mujeres más mayores.

—Pues claro. Pero hasta ahora, solo tenemos dos cosas claras. Al menos si tenemos la intención de buscar el nexo que una los casos del pasado con los del presente. Lo que sabemos es que siempre raptan mujeres jóvenes, y normalmente son cantineras de la Tamborrada, aunque no sabemos si eso es así siempre. Al fin y al cabo, cada 20 de enero son muchas las chicas que salen tocando o desfilando en alguna compañía de la Tamborrada, o sea que hasta podría tratarse de una casualidad.

—Yo no lo creo.

Miren sigue en sus trece, y no tiene intención de cambiar un ápice ninguna de sus hipótesis, si es que le queda alguna.

—Está bien —concede el profesor—. Entonces, son *cinco* casos sospechosos.

—Gracias.

—Pues bien —continúa Fran—. Vamos a los años 50, que ya hay algo más de luz. Aquí, en solo una década, tenemos por lo menos 16 casos sospechosos. Todas son jóvenes raptadas entre el 19 de enero y quizá el 21, según las denuncias. Y luego hay otros siete casos más que yo diría que son dudosos. Si no tienes ninguna objeción.

—Bueno… —Miren se incorpora y busca entre algunos papeles que antes había mirado—. Hay otro caso que dicen que desapareció dos o tres días antes de que se denunciara su desaparición. O sea, entre… —hace una pausa para hacer la cuenta—, entre el 17 y el 19. O sea que podría ser perfectamente.

—Podría ser —Fran sigue escribiendo sin levantar la vista de la libreta. Antes de mirar a Miren, observa un instante su reloj—. Por cierto, son las cuatro y diez. Yo no tengo clase hasta las seis, pero ¿tú no tienes clase ahora?

Miren mira el reloj. La clase ha empezado hace diez minutos, pero prefiere quedarse un rato más allí.

—No. Es a las cinco —dice sin mucha convicción.

—Humm, vale —por su expresión, es evidente que no se lo ha creído—. Pues sigamos —hace una pausa para recapitular—. Parece que varios cuerpos aparecieron en zonas cercanas a núcleos urbanos. Otros, sin embargo, aparecieron en algún río, o en la costa, en algún monte o zanja… En fin. Sitios

así.

—Eso no lo entiendo, Fran —reconoce la joven—. ¿Por qué algunos cuerpos parecen tirados al tuntún, y otros parecen dejados… no sé, *queriendo*, como si el asesino hubiera escogido ese lugar por algo?

—No tengo ni idea, Miren. No lo sé. Pero, si te fijas, en los casos de los años 60 y 70 en adelante, hay varias localizaciones que se repiten.

—¡Exacto! —exclama Miren.

—Por ejemplo, hay varios casos en la playa de Ondarreta —empieza a enumerar el profesor, haciendo memoria—, creo que unos ocho o diez, si no recuerdo mal. En el río Urumea a la altura de la Plaza de Euskadi, recuerdo otra media docena más. Luego, en las inmediaciones de la Estación del Norte, pues creo que unos dos o tres más —como no recuerda los datos del todo bien, coge su libreta y sigue enumerando—. Y en la Plaza Cervantes… Pues, espera que busque. Otros siete casos, y un par más, sospechosos.

—Sin olvidar que muchos aparecen en Urgull, sobre todo en el Cementerio de los Ingleses o en la Explanada del Macho —añade Miren—. Y bueno, luego hay más en la costa, pero según dicen, puede que los cadáveres fueran llevados por la corriente. Es decir, que tranquilamente podrían haber sido lanzados desde el Paseo Nuevo.

—No sé, Miren. Eso no prueba nada —zanja Fran, cerrando su libreta—. Urgull es el monte más cercano al Centro de la ciudad. Es lógico que aparezcan ahí. Si tú fueras un violador o asesino sediento de víctimas, ¿adónde irías a esperar a tus posibles presas?

Miren hace un esfuerzo por pensarlo, pero lo mire por donde lo mire, es evidente que iría al monte Urgull.

—Pues sí, tienes razón. Si yo fuera un violador que quisiera aprovechar una fiesta multitudinaria para conseguir una víctima… Pues supongo que podría ir por las calles y bares. Buscaría a alguna chica joven borracha o drogada. Y que estuviera sola, claro. Y la llevaría a Urgull. O incluso lo que yo misma viví este año, la noche del 19.

—Es decir, ¿que esperarías aguardando, al acecho, en alguna zona oscura de Urgull?

—¿Por qué no? Ahí sería más difícil que me pillaran.

—Pero entonces, la conclusión es que habría que poner más seguridad allí.

—Hombre, pues sí.

—Pero ¿y tu idea de un posible asesino en serie? ¿No me dijiste que debíamos buscar más casos antiguos? Recordarás cuando estuvimos en mi casa y te enseñé aquellos recortes…

—Claro que lo recuerdo —responde Miren, que lo tiene muy vivo en su memoria.

—Me dijiste que un asesino bien podría atacar cada 19 de enero por la noche, en los años 80, y seguir haciéndolo durante más de treinta años.

—Cierto.

—Pero ¿y estos casos que he encontrado estos días en la hemeroteca? —Fran señala las fotocopias—. ¿Cómo casan estas noticias de los años 50 con tu teoría? No creerás que todo eso lo ha hecho la misma persona.

Miren es consciente de que pueden estar llegando a un punto conflictivo.

—Bueno, pues creo que te dije una vez, o al menos lo pensé —hace un esfuerzo mental por parecer coherente y razonable—, que no tenía por qué ser la misma persona, que tal vez fueran dos, o más.

—Y que el siguiente asesino imitaría el modus operandi de su antecesor.

—Sí. Así lo creo.

—Bueno, sigamos con los siguientes casos. Vamos a… los años 60. Mi década favorita.

—¿Es cuando más asesinatos hubo? —pregunta Miren con inocencia.

—¿Qué? —Fran se queda extrañado. Entonces, cae en la cuenta—. ¡Oh, no! Me refería a que es mi década favorita en general. Culturalmente, y eso. La música… Esas cosas.

—¡Ah, joder, claro! —Miren sonríe pero siente un calor repentino en la

frente y agacha la cabeza antes de que su profesor pueda ver su rubor.

—Pues bueno, lo cierto es que en esta década me he encontrado con más casos aún que en los 50, lo cual es lógico, teniendo en cuenta que los medios…

Fran se interrumpe a sí mismo y mira a la mesa entrecerrando los ojos, hacia un punto que queda detrás de un pila de libros, por lo que Miren no puede ver lo que hay allí desde su posición. Antes de que ella pueda ladear la cabeza y estirarla para observar qué es lo que su profesor mira con tanta atención, Fran levanta de la mesa el objeto que no veía Miren y comprueba que se trata del teléfono móvil de su profesor.

—¿Todo bien? —le pregunta Miren, algo preocupada por la expresión de su profesor, que sigue leyendo la pantalla, para sí.

—Pues no sé qué decirte. Me ha escrito uno de mis… contactos. De la Ertzaintza.

Miren se pone tensa.

—¿Y bien?

—No te lo dije, pero hace un par de días le escribí.

—¿Y eso? —Miren está francamente sorprendida.

—No te voy a engañar, puede que me toque ponerme la careta de aguafiestas en esta investigación, para evitar que te vayas demasiado lejos con tus impulsos. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero creo que puedes tener razón. Y más después de todo esto que estamos analizando.

Miren se siente agradecida. Pero también siente una enorme curiosidad.

—¿Y qué, qué dice?

—Pues mira. Le pedí que investigara por su cuenta. Y aunque no me puede confirmar nada, cree que hay algo que no concuerda…

—¿Cómo?

—O que *puede* no concordar. No es seguro.

—¿Pero qué es lo que no le concuerda?

—Le pedí que revisase algunos casos. Recientes. Y espero que me perdones —Fran baja la mirada—, pero entre los nombres que le di estaba el de tu hermana.

Miren siente que las lágrimas se le suben a los ojos. Pero son lágrimas de gratitud.

—No… Por supuesto que no me importa —comenta, evitando mostrarse conmovida con su profesor, aunque por dentro ha sentido como un vacío en el estómago—. Al contrario. Todo lo que sea ayudar a esclarecer… —No puede continuar—. Ya sabes.

—¡Claro, claro! —Al observar la conmoción de su alumna, Fran, visiblemente nervioso, empieza a hablar de forma atropellada.

—Bueno, claro, eso pensé, claro. ¿Por qué no, no? O sea, yo también… Si yo me pongo, quiero decir, si me pusiera en tu lugar…

«No parece habituado a estas situaciones», piensa Miren mientras oye, pero apenas escucha a Fran, ya completamente dueña de sí misma.

Pese a esa personalidad algo pintoresca y desde luego, bastante nula en cuanto a habilidades sociales del profesor, Miren siente un renovado aprecio por Fran. Sin duda, es una buena persona, reflexiona. «Aun con sus defectos.»

—Y… ¿Y qué dice tu contacto?

—Pues que ha podido echar un vistazo a algunos informes, algunos de ellos confidenciales, que necesitan un permiso especial para ser consultados y… En fin, parece que hay detalles que le parecen algo sospechosos.

—¿Cómo que sospechosos?

—Pues que no se siguió el procedimiento habitual en esos casos; que se cometieron errores de bulto, muy extraños. Que alguna investigación se cerró de forma precipitada, habiendo indicios evidentes para continuar con las

pesquisas. O eso le ha parecido a mi contacto. Y créeme, tiene mucha experiencia en esto, y una mente preclara. En el Cuerpo, siempre ha tenido fama de tenaz, y de perspicaz. La típica persona a la que no se le escapa una.

—Pues vaya… —Miren no sabe qué decir.

—Y alguna cosa más también. Como partes inconclusas, hojas que le ha parecido que faltan… Cosas así.

Miren casi se levanta del brinco que da en el asiento.

—¡Eso también me pasó a mí! ¡Cuando estuve mirando en el archivo con Mertxe!

Fran no parece haber hecho mucho caso a la exclamación de Miren. Mientras ella habla, excitada, él se sienta, encorvado y con gesto apesadumbrado, en su silla. Parece ensimismado en alguna reflexión.

—¿Qué piensas? —le pregunta Miren, incapaz de callarse eso en un momento así.

Su profesor tarda unos segundos en responder:

—No, no es nada. Me ha venido de repente un recuerdo. Y luego otro, y otro. De mi época en el Cuerpo. Cuando colaboraba con ellos —le responde, pero hablando en voz baja y sin mirarla, como si estuviera hablando para sí, aun hablando en voz alta.

—¿Qué recuerdos?

—No, nada. Es que… Bueno, yo dejé de colaborar allí cuando llegué a una serie de casos en los que… Bueno, digamos que nunca estuve de acuerdo con la versión oficial, y con cómo trataron aquella investigación, como ninguneándola, cuando yo estaba seguro de que había un fleco importante que se había pasado por alto, cosa que nunca entendí por qué.

—¿Y qué pasó?

—Tuve varias broncas fuertes con algunos oficiales de alto rango. Solo uno de los agentes salió en mi defensa, e incluso me ayudó.

—¿Tu… contacto? —pregunta Miren con timidez. No sabe cuánto más

debe preguntar. De hecho, es la primera vez que su profesor le habla de su experiencia profesional con la Policía. Hasta ese momento, cada vez que Miren intentaba sondear el tema, Fran daba datos genéricos, con gesto claramente incómodo, y cambiaba rápidamente de tema.

—Eso es —le responde—. Seguimos siendo grandes amigos, aunque apenas nos veamos. Y tenemos una confianza mutua suficiente como para pedirnos favores, y hasta colaborar, cuando lo creemos necesario.

Miren hace una pausa. No sabe si preguntarlo o no, pero la curiosidad es demasiado grande.

—¿Y qué casos eran esos, pues?

—¿Eh? Nada. Un tema de posible corrupción dentro del Cuerpo. O de ciertos estamentos. Y digo *posibles*, *sugirió*, que lo dejara estar. Que había cosas más importantes que investigar.

—Vaya… ¡Qué cabrones!

—Esto funciona así. Como todo en la vida. O al menos, donde se toca algo de poder. Ya irás viendo eso según vayas cumpliendo años. Los altos estamentos del poder están podridos en este país. Desde hace tiempo. Bueno, en este país y en todos, diría yo.

—¡Bah! La verdad es que no me sorprende.

—Eres una chica despierta; suponía que ya te lo habrías imaginado. Y eso no significa que no haya gente con ganas de hacer bien las cosas ahí arriba. No quiero que te quedes con una idea equivocada. Pero también creo que muchos, o la mayoría, de los que llegan tan alto, lo único que quieren es pasta. Llevarse todo el dinero posible al bolsillo, y si queda algo para los de abajo, pues bien. Y si no, pues nada.

—¿Y por eso dejaste de colaborar con ellos?

—Sí. Bueno, fue la gota que colmó el vaso, digamos. Pese a ello, estuve un par de meses más colaborando, pues había un par de casos abiertos más en los que estaba trabajando. Y no quería abandonarlos tan cerca como estaban de cerrarse. Pero después de ello, me fui, sí. Y no me arrepiento.

—¿Y no te arrepientes de pasarte el día dando clase a críos idiotas que no

te hacen ni caso? —pregunta Miren, visiblemente sorprendida.

Por un instante, en su mente se introduce en la piel de su profesor, y se ve delante de todos sus compañeros de clase, intentando hacerse entender. Se imagina a Alberto, Eneko, Maitane y otros compañeros descerebrados que no le caen especialmente bien hablando entre ellos en clase, sin hacerle ni caso. Miren tuerce el gesto.

—De verdad que no lo entiendo, pero bueno. Supongo que será vocacional —accede la joven, aunque ella no la comparte, ni por asomo.

Fran suelta una breve carcajada, cosa poco habitual en él. Aunque el hombre es amable y suele sonreír a la gente que le habla, Miren no recuerda haberle oído reír más que un par de veces.

—Bueno, en parte tienes razón. Sobretodo cuando llega la primavera, o los viernes también. Sí que hay días que mataría a los alumnos. Pero luego también encuentro por el camino alumnos fantásticos que me recuerdan por qué me apasiona mi trabajo.

—¿De veras?

—Pues claro. Alumnos como tú —dice Fran como de pasada, pero sonriéndole.

Miren se odia a sí misma por haberse ruborizado un poco. «Ojalá el contacto ese le escriba de nuevo para que deje de mirarme», piensa, sin saber dónde meterse.

Tras ese incómodo momento, Fran vuelve al tema de los casos, justo donde lo habían dejado, en la década de 1960. No obstante, poco después, le llaman de la secretaría del departamento, por un tema administrativo, que se alarga varios minutos. Y unos segundos después de esa llamada, mientras ambos están mirando algunos papeles, cada uno por su lado, Fran vuelve a mirar el reloj.

—Miren, son las cinco menos diez. Date prisa o no llegarás a clase.

—¿El qué? —pregunta Miren, descolocada. Pero se percata rápidamente —. Oh, sí, claro. Pues me voy yendo, ya hablaremos.

Unos minutos después, Miren ya está en clase, con Leire y los demás. A

su amiga, por supuesto, no le cuenta nada sobre que ha pasado las últimas horas en el despacho de Fran, porque no tiene ganas de escuchar los comentarios subidos de tono que a buen seguro le dedicará.

De todos modos, el resto de la tarde, aunque de cuerpo presente esté en el aula, su mente se la pasa volando muy lejos de ahí, pensando en todo lo escuchado y hablado en el despacho de Fran. Casi al final de la tarde, llega a una conclusión. Necesita ver de nuevo a ese extraño confidente que le mandara aquel anónimo, puesto que la primera vez le pilló tan de sorpresa que siente que se dejó muchísimas preguntas en el tintero, y ahora siente la necesidad de formularlas. Sabe que Fran no aprobaría buscar a ese hombre, así que prefiere llevarlo en secreto. Por tanto, mientras regresa a casa piensa en cómo puede encontrar a ese hombre. Y ya que lo único que sabe es que ese hombre la vio husmear por Urgull, y más de una vez, eso puede significar que ese hombre suele pasear a menudo por esa zona. Además, después de tanto tiempo sin pisar ese lugar, siente que es el momento de volver allí.

Por otro lado, los días son cada vez más largos y la temperatura media, a las puertas de abril, va en aumento, lo cual es indicativo de que el invierno se ha quedado definitivamente atrás.

**31**

Esa semana, en los pocos ratos libres que tiene, Miren acude a la zona de Urgull que tan bien conoce. Allí, se sienta en cualquier sitio cómodo que encuentra para leer o hacer tareas del Máster. En cualquier caso, nunca es capaz de concentrarse del todo, porque está más pendiente de escuchar cualquier sonido proveniente del follaje o de los senderos aledaños. Espera con muchas ganas que, en cualquier momento, aparezca ese hombre, con su sombrero y sus gafas ahumadas, tal vez para abroncarla por volver allí. Pero después de esa inevitable conversación, Miren podría preguntarle muchas cosas, aunque en un primer momento no obtuviera respuesta alguna.

Pero, pese a sus anhelos, en esos pocos ratos en los que puede escaparse a Urgull, no aparece ese hombre. Lo que sí ve, alguna que otra vez, es a algunas personas paseando al perro, o incluso a algún turista desorientado. Y en esas ocasiones, cada vez que Miren oye a alguien acercarse, se pone tensa y se levanta como un resorte, girándose con los ojos bien abiertos hacia el lugar del que proviene el sonido de las pisadas. Pero cuando sale cualquier otra persona y su mirada entra en contacto con los ojos de Miren, esa persona se detiene al instante, y se le demuda el rostro, preocupado por si la joven se encuentra, como poco, en algún aprieto, dada su expresión de pavor. «Deben de pensar que estoy loca», piensa para sí cada vez que vive una de esas situaciones.

Por otro lado, no ha tenido apenas ocasión de estar con Fran desde aquella tarde en su despacho, pero también es consciente de que, además del trabajo de hemeroteca, no puede hacer mucho más para salir del punto muerto en el que se siente inmersa.

Llega el viernes y Miren tiene que volver al trabajo. También el sábado, día en el que no para de entrar gente todo el rato, y la joven apenas tiene un momento de descanso. El domingo tiene que madrugar para ir a Urbil y, al volver a casa, a mediodía, nada más después de comer, se tumba en la cama, exhausta, y se queda dormida, alargando la siesta, por necesidad, hasta las nueve de la noche, y aun así se despierta desorientada y con un fuerte dolor en la espalda. Antes de medianoche, ya está de nuevo bajo las mantas, profundamente dormida.

* * *

Ese lunes, se despierta con un mensaje de Fran en el móvil. Al parecer, el exnovio de Janire Urdaneta, la chica asesinada la noche del 19, ha sido definitivamente absuelto por falta de pruebas, cosa que no sorprende a Miren. De hecho, se alegra de su absolución, pues desde el principio estaba segura de que ese chico no había tenido nada que ver con lo que le ocurrió a la que fuera su pareja.

Por lo demás, la semana transcurre sin demasiadas novedades, y la monótona rutina no hace sino hundir a Miren en un desánimo constante. Ni las charlas con su profesor favorito le sirven para levantar el ánimo, ya que no encuentran ningún camino ni resquicio por el que tirar. A pesar de todo, esos momentos, y los pocos ratos que pasa en Urgull, son los que más disfruta, porque al menos conserva la esperanza, cada vez más tenue, de que algo nuevo y emocionante pueda ocurrir.

Y otro tema que no le ayuda a estar más animada es que necesita casi todo el tiempo libre disponible para acabar, de una vez y por todas, su Trabajo de Fin de Máster, con el nuevo tema escogido, que por supuesto no le motiva en absoluto. Pero incluso así, no se arrepiente de haberlo elegido, porque está convencida de que su redacción será mucho más lineal y sencilla, y que solo necesita «meter horas» para hacerlo lo mejor posible, pero sin que le exija un gran esfuerzo intelectual, a diferencia del tema original.

**32**

Otros dos meses más pasan y Miren cada vez piensa menos en aquello que ha sido para ella un monotema durante los últimos meses.

Finalmente, a mediados de mayo, presenta el TFM, previa revisión de Fran. Entre su trabajo y los estudios, ha pasado menos tiempo con el profesor de lo que le hubiera gustado. Para más inri, la mayor parte del tiempo que han estado juntos lo han dedicado a arreglar y mejorar el TFM en la medida de lo posible, pese a las iniciales protestas de Miren, que preferiría haber utilizado ese tiempo para continuar con su investigación.

En todo caso, la parte positiva para ella es que, el día de su defensa ante el tribunal, está mucho más tranquila de lo que imaginaba unos meses atrás. Cuando llega al aula en la que debe defender su, se supone, meticuloso trabajo de estos últimos meses, se encuentra con una profesora a la que conoce de vista de la universidad, y que es quien le da la bienvenida. Tras las frías y cordiales presentaciones de rigor, Miren se coloca de pie frente a la mujer y a los otros dos miembros del tribunal, y comienza su defensa oral.

Los otros dos miembros son un profesor bastante mayor, con pinta de estar a un paso de jubilarse, y otra mujer, algo más joven que este. Ambos son también profesores, entiende Miren, aunque a la mujer no recuerda haberla visto nunca.

Las primeras frases le salen algo entrecortadas a la alumna, consciente de estar, pese a todo, algo nerviosa. No obstante, en cuanto empieza a entrar en materia, las ideas le vienen a la cabeza de forma más ordenada, y puede explayarse de un modo más claro.

Más segura de sí misma, una vez han transcurrido varios minutos, incluso en algunos momentos se atreve a dejar de mirar la pantalla grande en la que está proyectado su Power Point, para mirar a los miembros del tribunal. Cuando lo hace por vez primera, por un instante se le cruza un pensamiento totalmente diferente y pierde el hilo de lo que estaba exponiendo, así que necesita girarse para mirar la pantalla y retomar la idea. Al hacerlo, le entran ganas hasta de reírse.

Lo que observa al mirar al tribunal es que el hombre mayor está a punto de quedarse dormido. Cerca de él, la mujer algo más joven está mirando sus

notas, y Miren apostaría bastante a que no le está haciendo ni caso, mientras que la mujer que le ha dado la bienvenida, que preside en ese momento el tribunal, y que por lo cual está sentada entre sus dos compañeros, es la única que parece estar atendiendo. O al menos, cuando Miren ha echado un vistazo, la mujer estaba mirándola a ella y asintiendo con la cabeza. «Aunque por lo que a mí respecta, podría estar pensando en la lista de la compra; me da lo mismo», piensa Miren, en el momento en que acciona un botón del pequeño mando que lleva en la mano, para cambiar de diapositiva.

Unos minutos después, llega a la parte de las conclusiones y Miren intenta mostrarse más enérgica que durante la primera parte de la exposición, porque es consciente de que ha estado a medio gas, bastante por debajo de lo que podría haber mostrado. Por lo tanto, en ese último apartado eleva un poco el tono y se muestra más vehemente en sus gesticulaciones. Como consecuencia, hasta el profesor más veterano parece despejarse momentáneamente, abandonar su letargo y atender un poco a la joven.

Al terminar su presentación, Miren se queda callada para escuchar las preguntas de sus jueces. Exceptuando a la presidenta del tribunal, que le formula una pregunta que a la alumna se le antoja bastante inteligente y certera, («al menos se ve que ha leído el trabajo», piensa), los otros dos componentes del trío realizan preguntas mucho más genéricas y planas, cosa que, por su parte, alegra bastante a Miren, quien responde con unas manidas vaguedades al nivel de las preguntas.

Tras ello, llega otra sarta de cordialidades vacías de contenido y Miren puede, al fin, con una amplia y falsa sonrisa, abandonar el aula. Una vez en el pasillo, se siente libre, como si se hubiera quitado un gran peso de encima y, ya que se lo había prometido, escribe un mensaje a Fran diciéndole que todo ha ido bien, y que espera no haber metido la pata.

Por lo demás, esa semana es la última del curso lectivo antes de las vacaciones de verano. Lo cual significa que, una vez le den todas las notas, y si efectivamente lo ha aprobado todo, Miren podrá contar con el título de ese Máster, tras pagar las tasas pertinentes y cumplimentar los últimos trámites burocráticos.

Por otro lado, en un par de semanas se le acaba el contrato con el hipermercado, aunque espera que, ya que llega la temporada de verano y probablemente hará falta reforzar el personal de tienda, tal vez le renueven el contrato, por lo menos hasta septiembre.

## 33

Dos días después de defender su TFM, Miren se levanta una mañana y decide ir a dar un paseo por el barrio, contenta de no tener nada que hacer al fin.

Al volver del paseo, abre el buzón, como siempre, y no encuentra nada. Después, sube hasta casa y se sienta en el sofá. Unos minutos después, Sara, su compañera de piso, sale de su habitación y va a la sala.

—Miren. ¿Has cogido la postal?

—¿Qué postal?

—Te ha llegado una.

Miren se pone tensa.

—¿De quién? —pregunta al instante.

—De tu abuelo, creo. O eso pone —y tras decir eso, se acerca a Miren y le extiende la postal, que coge casi con miedo.

Tras ello, Sara vuelve a sus quehaceres, dejando a su compañera sola.

—Pues sí que sería curioso —dice Miren en voz baja—, porque mis abuelos llevan más de cinco años muertos.

Con la postal en su poder, lo primero que hace es darle la vuelta y cerciorarse de que está dirigida a ella. Su nombre aparece en el dorso, escrito con una letra que no ha olvidado. Miren se pone aún más nerviosa, y empieza a temblar.

Unos segundos después es capaz de dominar la respiración, aunque esta sigue siendo agitada. Entonces, eleva la postal y la mira con mucho detenimiento. La foto, esta vez, es del Cementerio de los Ingleses, ese lugar que últimamente ha conocido tan bien Miren, y por el que ha rondado tanto. Por eso, rápidamente adivina que, aunque ese hombre no se haya presentado ante ella en ningún momento, sí que ha tenido que verla, tal vez desde algún lejano escondite.

Al otro lado de la fotografía, que también es bastante antigua aunque está en color, aparecen unas pocas palabras debajo del nombre de Miren. En la misiva pone:

*«Querida niña. Te vi muy bien la última vez. Cuídate mucho. ¡Ah! Y espero que encuentres lo que buscas. Un beso, tu abuelo.»*

—¿Nada más? —pregunta Miren al aire, en voz alta, buscando con la mirada, ansiosa, algo más. Pero le hacen falta unos segundos para caer en la cuenta de un detalle que había pasado por alto en la primera lectura. En el encabezado, a la derecha, aparece una fecha: 17.06.

Hay algo que no le cuadra. Miren coge el móvil y mira la fecha de hoy: 14 de junio. Y en ese momento, asustada pero también emocionada, cae en la cuenta del mensaje oculto del hombre. «Quiere que vaya allí, al cementerio, el 17 de junio.» Se da cuenta de que ese día cae en viernes, y que por lo tanto no podrá ir a trabajar. Pero eso es lo que menos le importa. Es obvio para ella que nada va a impedir que acuda a esa cita. «Intentaré cambiar el turno, y si no puedo, ni iré. Como si me despiden…», piensa.

Pero entonces se percata de un detalle: está la fecha pero no la hora a la que tiene que ir.

—Tal vez sea a la misma hora de la última vez… —pero esa explicación no la satisface en absoluto—. No puede ser tan fácil…

Tras unos segundos, cree dar con la respuesta.

—¡Espera! Ha estado aquí todo este tiempo —dice en voz alta—. Es la propia fecha. 17.06. O sea, a las cinco y seis minutos de la tarde.

Abrumada por la información, se queda un par de minutos más sentada en la misma postura, con la mirada perdida, imaginando diferentes escenarios de lo que se puede encontrar ahí. Y entonces le viene a la mente la conversación que meses atrás mantuvo con Fran, sobre que ese hombre *podría* incluso ser, puestos en lo peor, un asesino.

—Si voy y resulta serlo —se dice Miren, de nuevo en voz alta—, me convertiré en la víctima más subnormal de la historia.

Y por eso, piensa en que lo mejor será llevar algún arma para defenderse escondida en la ropa; tal vez un cuchillo, o un espray de pimienta.

Tras meditarlo unos segundos, la joven decide que lo mejor será llevar en el bolsillo derecho un espray de pimienta; pero como no tiene ninguno, al día siguiente va al Centro a comprarse uno. No obstante, no encuentra ningún lugar en el que los vendan. Al parecer, su venta está prohibida en el país. En ese momento, le llega el recuerdo de que su amiga Leire tenía uno. Le escribe un mensaje y, para su alegría, esta le confirma que su hermano mayor le trajo un par desde Andorra y que, *encantada,* le dará uno. Antes de volver a casa, Miren pasa por la de su amiga para recogerlo.

Después, ya en casa, se pone a ensayar delante del espejo cómo sacar el espray a toda velocidad del bolsillo, con destreza y habilidad. Para probar su efectividad, lo usa un par de veces con la ventana abierta, apuntando a la calle, hasta darse por satisfecha. Además, piensa, «no es cuestión de gastar todo el bote antes de tiempo.»

## 34

Llega el viernes, y Miren, por la mañana, escribe a su jefa de sección, diciéndole que se encuentra mal, y que si le parece bien, recuperará esas horas otro día entre semana, pues ahora, una vez terminando el curso, dispone de todos los días libres. Al rato le responde la jefa, diciéndole que no se preocupe, y que le parece bien, que ya hablarán de cuándo recuperar esas horas.

Superado ese primer escollo, que en ningún momento le supuso un gran peso, pasa al siguiente problema; el principal. Por supuesto, no le ha comentado nada a Fran, quien probablemente piense que Miren está a esas horas en su puesto de trabajo.

Por la tarde, Miren sale de casa con dos horas de antelación, muy nerviosa. Coge el autobús y cada curva que éste traza aumenta el mareo de Miren. En cierto momento, habiendo llegado ya a la altura de la Avenida de Navarra, no puede más y se baja en la parada más cercana a la playa de la Zurriola. Tras descansar unos minutos en un banco frente a la playa, ya más tranquila, se levanta y camina tranquilamente hacia el Kursaal. Después, cruza el puente del mismo nombre y llega al Paseo de Salamanca, que corre en paralelo a la desembocadura del río Urumea.

Antes de enfilar el camino hacia el monte, Miren siente que las piernas le tiemblan y que necesita descansar un momento, y coger aire. Se sube al pretil que separa el paseo del mar y se queda allí sentada, con las rodillas dobladas, al estilo indio, como cuando se sentaba sobre ese lugar de pequeña, con su familia. En aquellos tiempos, le resultaba sedante el sonido del mar, aunque lo que más le gustaba era observar las indómitas aguas del bravo Mar Cantábrico, alzando y lanzando enormes olas que rompían contra las rocas, más abajo, levantando cortinas de finísima agua que caían sobre ella. Cuando las olas eran tan grandes que podrían resultar peligrosas, Miren y su familia, junto a otras muchas, se quedaban viendo el brutal espectáculo del océano desde una distancia prudencial. La pequeña Miren esperaba con avidez y extrema atención el momento en que una enorme ola se alzaba por encima del pretil y caía pesada y ferozmente sobre el pavimento, inundando los alrededores con ese olor tan especial del salitre, que a Miren le producía una honda sensación de bienestar.

Ese día, no obstante, la mar está bastante tranquila, pero la Miren adulta

percibe el olor a salitre. Ese aroma provoca que su mente sea asaltada por recuerdos de sus felices experiencias en ese lugar. Pero la joven sabe que no debe permitir que su mente la lleve por esos derroteros. Por ello, tras un par de minutos, todavía nerviosa pero con renovada determinación, Miren se baja del pretil, sube al monte Urgull por las escaleras aledañas al Museo de San Telmo y avanza por el camino más corto hasta el cementerio. Piensa que tal vez debería haber avanzado por el Paseo Nuevo, hasta la zona donde se encuentra la gran escultura llamada Construcción Vacía. Esa creación, de Jorge Oteiza, se asienta cerca de la rampa que da al monte, la cual queda más cerca del *Cementerio de los Ingleses*. Pero entonces se siente idiota por pensar eso. «Al fin y al cabo, ambas entradas me llevan al mismo sitio. No estoy escapando del peligro, sino metiéndome en la boca del lobo…», reflexiona.

Ya cerca del lugar de la cita, Miren se sienta en una roca, mira el reloj y comprueba que faltan aún veinte minutos para la hora señalada en la postal. «Si es que era esa, que a lo mejor me he equivocado de hora y el tipo se ha largado hace tiempo.»

Ese pensamiento, no sabe por qué, le ofrece una cierta sensación de bienestar, de tranquilidad. Pero unos segundos después se da cuenta de que, en el fondo, lo que quiere es encontrarse con ese hombre. Y al imaginarse al hombre, erguido y hierático justo delante de la escultura, le entra un escalofrío. Pero recuerda que tiene un salvoconducto: el espray del bolsillo, por si la cosa se pone fea. Se palpa varias veces el bolsillo con la mano derecha, como queriendo cerciorarse de que sigue ahí, aunque lo sabe perfectamente.

Mira de nuevo el reloj. Le entra una tentación enorme de acercarse al lugar y observar desde lejos, para ver si ya estará por ahí el hombre. Pero se da cuenta de que, si hasta ahora él la ha estado observado siempre por esa zona y ella nunca lo ha visto, es probable que la pillase acercándose, merodeando, y entonces quizá se enfadara y se fuera, dejando a Miren sola, esperando. «No sé cómo funciona la mente de ese hombre. Tal vez es de esas personas que o sale todo como lo tenía planeado, o si no, prefiere dejarlo todo e irse.»

«De hecho,» piensa, acto seguido, «es posible que en este mismo instante él me esté observando sentada en esta roca, desde el escondite en el que esté.»

Ese pensamiento la llena de desazón y se pone a mirar alrededor como una loca, como si esperase verle. A los pocos segundos, se da cuenta de que, si así

fuera, de nada le serviría buscarle, y total, quedan pocos minutos para el encuentro, así que se relaja un poco, aunque sigue bastante incómoda, sintiéndose observada.

Consulta la hora una vez más y ve que solo queda un minuto para las cinco. Por tanto, se levanta y avanza, despacio, hacia ese lugar. Unos segundos después escucha, lejanas, las cinco campanadas de las iglesias de San Vicente y Santa María.

A las cinco y cuatro minutos está tan cerca de la escultura que prefiere esperar, al lado de un árbol. Un minuto después, da unos cuantos pasos hasta tener contacto visual con la estatua. Llega unos pocos pasos después a la explanada y se queda allí, expectante. Mira alrededor y se gira sobre sus pies, pero no ve a nadie. Consulta de nuevo el reloj y comprueba que, efectivamente, son las 17:06.

«Ahora vendrá, digo yo», piensa. Pero los segundos pasan y nadie aparece. «¡Joder, la he liado!», se desespera, aunque una vocecita en su cabeza parece estar dando saltos de alegría. «Quizá era a las cinco en punto, como la primera vez, y ya se ha ido… O tal vez había otro mensaje oculto en la postal y no he sido tan lista como para descifrarlo. Yo qué sé…»

En ese momento le entran ganas de volver a mirar la postal, pero se percata de que se la ha dejado en casa. Vuelve a mirar el reloj y comprueba, con horror, que ya son las 17:08.

«En fin, da lo mismo. Me voy; y si quiere hablar conmigo, ya me mandará otra postal.»

Antes de marcharse, de espaldas a la escultura como está, da un último y rápido giro sobre sus talones, como para cerciorarse de su error y despedirse del lugar, pero entonces se da cuenta de que algo ha cambiado en el escenario.

Como ha dado la vuelta sobre sí misma demasiado rápido, es un detalle que solo ha podido ver con el rabillo del ojo, y un instante. Por ello, extrañada, da media vuelta y se pone de cara a la escultura. La mira de arriba a abajo y entonces descubre el cambio.

Se trata de la rueda de cañón que hay en la parte inferior de la estatua, a ras de la base de roca. De repente, ya no está donde debe, pegada al resto de la escultura, sino que se encuentra en perpendicular a la misma, como si fuera

una puerta que se acabara de abrir.

Obnubilada, sin digerir del todo lo que está viendo, Miren se acerca hasta la rueda, muy lentamente, y echa un ojo a lo que hay detrás. Parece ser la entrada a una suerte de cavidad, pero está tan oscuro que no ve más allá de un palmo. Entonces, saca el móvil y activa la linterna.

Lo primero que ve son unas escaleras de piedra que descienden por el oscuro agujero en la roca. Como la rueda (o puerta) no es muy alta, hay que agacharse para poder entrar.

Y entonces llega el primer dilema para Miren. Entrar o no. Tras unos segundos de lucha interna, su espíritu aventurero derrota al conservador y pone un pie en el primer escalón. Después, baja otro más, y otro, estirando la pierna todo lo posible, buscando el suelo y golpeando ligeramente la piedra antes de posar el pie. A continuación, en cuanto puede, mete todo el cuerpo. Nada más introducir la cabeza, siente bastante frío, como si la temperatura hubiera descendido varios grados de repente, en esa reinante oscuridad. Ademas, le llega a las fosas nasales un fuerte olor a humedad.

Por suerte, una vez atraviesa el redondeado quicio del hueco de la rueda, puede erguirse al otro lado sin necesidad de andar con la cabeza gacha. Eleva la mano izquierda y se topa con el techo, de piedra fría y húmeda. Alza después la linterna del móvil y mira al techo, pero no hay nada especial; tan solo el rugoso techo de piedra, a más de medio metro sobre su cabeza. Con la escasa luz que le ofrece la abertura exterior, es capaz de ver que hay bastantes más escaleras que bajan, pero no ve el fondo. Además, la luz que concede el móvil es irrisoria. «Si lo hubiera sabido, me traigo una linterna en condiciones», piensa Miren, frustrada, pero más asustada que otra cosa.

La joven sigue bajando varias escaleras más y, de repente, suena un chirrido metálico tras ella. Se da la vuelta justo para observar cómo esa otrora redondeada abertura de luz se va extinguiendo, hasta convertirse en una línea semicircular, como una finísima Luna menguante y, al final, en un fondo totalmente oscuro.

Con ayuda del pequeño haz de luz de su móvil, pero aun así a tientas, Miren sube el tramo de escaleras lo más rápido que puede, con la mano izquierda delante, hasta toparse con la puerta de piedra. Después, la empuja con el hombro, con todas sus fuerzas, poniéndose cada vez más nerviosa. Pero la puerta no cede ni un ápice. Deja el móvil sobre un escalón y sigue

intentándolo, con el hombro, con las manos, incluso dándole patadas, pero nada. Tras darse por vencida, busca, con ayuda de la luz del móvil y los dedos, alguna manilla o algún resorte. Pero no hay nada.

«Alguien me ha tenido que cerrar desde fuera», piensa. «Seguramente ha sido ese hombre. O tal vez haya algún sistema de cierre automático, o una especie de resorte rudimentario. Puede que se haya activado al pisar alguna escalera», reflexiona. Y le viene a la mente el reciente recuerdo de haber pisado al menos un par de escalones que parecían algo sueltos. «Aunque a lo mejor no es así y es que estoy paranoica.»

## 35

La joven siente su corazón latiendo desbocado, e intenta serenarse un poco antes de retomar el descenso a lo que sea que haya al fondo. Poco a poco, y lo más en silencio que puede, sigue bajando unas pocas escaleras con la ayuda de la escasa luz de que dispone.

De forma repentina, se da cuenta de que el objeto que porta en su mano derecha podría ser su salvación, y se siente una idiota por no haberse percatado antes. Por ello, le da la vuelta a su dispositivo móvil y lo desbloquea, pero para su desgracia, comprueba que en ese lugar no hay cobertura. Vuelve a subir hasta arriba y acerca el móvil a la puerta hasta que este toca la fría piedra. Pero tampoco ahí le llega la cobertura. Miren suelta un bufido de desesperación y se da la vuelta. Sigue bajando las escaleras con la linterna del móvil precediéndola.

Al fin, después de más de cuarenta escalones, posa sus pies en un suelo de piedra más ancho. Miren levanta el haz de luz que hasta ese momento tenía fijo en sus pies y echa un vistazo arriba y alrededor. Al parecer, ante ella, a derecha e izquierda, se abre una larga galería abovedada, que queda en perpendicular al tramo de escaleras que acaba de dejar a su espalda. El techo está más alto, y sabe que aunque estirase el brazo, no lograría alcanzar el punto más elevado. Allí, el olor a humedad es menos intenso, así como la sensación de opresión. No obstante, tampoco corre el aire en esa nueva estancia.

Miren sopesa entonces qué dirección tomar. Primero mira a la derecha, pero solo encuentra un largo pasillo sin final aparente; no puede ver su fin; no al menos, con esa linternita. Pero cuando repite la acción a la izquierda, le pasa exactamente lo mismo. Metros y metros de recta galería, y nada más.

Como no tiene idea de adónde ir, y ya que está iluminando a su izquierda, decide seguir por ahí. El suelo es de piedra alisada, y tiene algo de gravilla en los bordes. Miren también observa que en algunos tramos de las paredes desciende una fina cortina de agua, recorriendo la pared. Una de esas veces, se detiene un momento y se acerca a esa zona del tabique. Ve que, en el suelo, justo debajo de ese velo de agua, hay unos largos y estrechos agujeros paralelos a la pared, a modo de desagües.

Miren sigue avanzando y, de repente, se da cuenta de que la galería recta

se ha convertido en ligeramente curva. Un par de minutos después, llega a la primera intersección.

La galería se divide en otras dos, más o menos del mismo tamaño que la primera. Miren se introduce unos pocos metros en ambas galerías pero, una vez más, sendas opciones se le antojan igual de buenas, o malas. «Menudo laberinto», piensa Miren, suspirando, «ya podrían poner alguna señal o cartel», se dice a sí misma, medio en broma, aunque es consciente de que bromea para intentar alejar su cada vez más palpable nerviosismo.

Vuelve al punto de la bifurcación y escoge el camino de la derecha. Tras caminar varios minutos más, llega a otra encrucijada, esta vez de tres pasillos.

En esta ocasión, sin embargo, las tres galerías no tienen el mismo tamaño. La central es más alta y ancha que las dos laterales. Eso la convence para ir por la galería que queda en medio. Unos veinte metros más adelante, se encuentra con una puerta de metal, de aspecto muy antiguo, con remaches oxidados y partes abombadas. La puerta posee un tirador metálico. Por fortuna, cuando Miren tira de él, la puerta, con un chirrido, se abre hacia ella. Tras lo cual, no se decide a cerrar la puerta de nuevo y dejarla como estaba o, por el contrario, abrirla más por si tuviera que salir corriendo. Tras sopesarlo un poco, la segunda opción le convence más.

Miren avanza y se da cuenta de que, en unos metros, la galería se va haciendo más ancha. De repente, las paredes terminan, así como el techo, y se encuentra ante una amplia estancia.

Se trata de una especie de sala, con el techo alto, que se eleva a dos o tres metros sobre la cabeza de la joven. Sobre las dimensiones del lugar, pese a la poca luz de su linterna, Miren estima que tiene más de diez metros de ancho, y probablemente más aún de largo. Además, observa que, a unos metros frente a ella, hay algo que se eleva en el centro de la sala. Se acerca y comprueba que es una mole de piedra, que se alza hasta la altura de su estómago. Da la vuelta a esa roca rectangular y, de repente, se da cuenta de que, más que una mesa, parece un altar.

Asustada, aunque no haya nadie allí, recula varios pasos, alejándose de esa roca. De repente, su talón derecho tropieza con algo y se cae de espaldas. Por un momento, la oscuridad completa lo invade todo, salvo por un pequeño punto de luz cercano.

Todavía conmocionada y algo desorientada, Miren estira el brazo hasta el punto de luz y recoge el móvil que, con la caída, se le había soltado de la mano y había quedado con la linterna contra el suelo. Una vez recuperado el dispositivo móvil, apunta al objeto que ha provocado su caída. Comprueba que se trata de una gruesa cadena metálica, anclada al suelo mediante una pesada argolla metida a martillazos en el suelo de piedra.

Miren se levanta a toda velocidad y retrocede hasta la pared más cercana, esta vez sin dejar de apuntar al suelo con la luz. Allí, con la espalda contra la piedra, echa un vistazo alrededor y observa que, a un par de metros de ella, hay algo en la pared. Se acerca con el haz de luz por delante y entonces comprueba que se trata de una antorcha de madera, apagada y de aspecto arcaico, colocada sobre un soporte de metal, similar a las que ha visto en alguna visita a algún castillo o fuerte, como el cercano de San Marcos, al que solía ir de pequeña con su familia.

Avanza a tientas sin separarse mucho de la pared y observa que, cada varios metros, hay una antorcha colgada de su soporte. Además, se topa con una ancha abertura en la pared, que comprueba, rápido, que se trata del inicio de otra galería, pero no de aquella por la que acaba de venir.

Aunque no tiene ni idea de adónde la conducirá, decide tomar ese pasadizo y abandonar la enigmática sala lo antes posible. El pasillo es más o menos del tamaño del primero por el que se introdujo la primera vez, concluye Miren.

Más adelante, empiezan a aparecer caminos laterales, a ambos lados, pero Miren decide seguir adelante por la galería en la que está. Algunos de esos caminos son bajadas, tanto por rampas como por escaleras. Poco después, en una de esas aberturas laterales, ve unas escaleras que suben. Miren acerca el móvil para comprobar, en un instante, que no se trata de las mismas escaleras por las que bajó. Entonces, decide que ha llegado el momento de abandonar el camino.

Sube las escaleras para comprobar que de nuevo está en otra galería similar a la anterior y empieza a desesperarse. En la siguiente abertura lateral, ve otras escaleras y se sienta en uno de sus peldaños, algo cansada y con la cabeza abotargada, saturada, y con dolor en los ojos después de andar tanto tiempo en esa penumbra.

No ha pasado ni medio minuto cuando escucha un ruido. Miren se pone

tensa en un instante y agudiza sus sentidos, en especial el oído. Apaga la linterna un momento y aguarda. Vuelve a escuchar otro ruido, pero parece lejano.

Unos segundos después, a lo lejos, en la galería por la que ha venido, observa un punto de luz anaranjada que se acerca, lentamente. «¡Dios! Juraría que eso es una antorcha.» En ese momento, se alegra de haber apagado la linterna. Según la luz se va acercando, los ruidos se van convirtiendo en un sonido conocido para Miren. No tiene ninguna duda, se trata de voces humanas.

Pocos segundos después, puede incluso distinguir dos voces, ambas masculinas, que provienen de ese punto de luz, que cada vez está más cerca.

Miren no aguanta más los nervios y sube las escaleras lo más rápido y silenciosamente de lo que es capaz. Llega a la cima de las escaleras y se echa a un lado en el pasillo que hay arriba, rezando para que los hombres no opten por ese camino.

Por suerte, como comprueba poco después, las voces se alejan del lugar. «Han pasado de largo», se dice.

Entonces, más segura, aunque con los latidos a mil por minuto, vuelve a encender la linterna del móvil y mira alrededor. Se encuentra con una pequeña estancia, que a ambos lados tiene sendas salidas a más pasillos. Pero ve que frente a ella hay una puerta, en este caso de madera reforzada con un metal oscuro, tal vez bronce.

La puerta parece bastante pesada, y al acercarse a ella, Miren reza para que se abra. Con cierto esfuerzo, lo consigue. Abre la puerta hacia dentro y le llega algo de luz, aunque muy tenue. Pero ello le sirve para reafirmarse en su propósito. Cualquier cosa mejor que esa oscuridad.

Sudando por el esfuerzo, pero con los depósitos de adrenalina hasta los topes, Miren empuja con todas sus fuerzas y abre la puerta lo suficiente como para pasar por la abertura. Después, la cierra de nuevo y se sienta contra ella, jadeando, exhausta.

Tras ello, mira alrededor y comprueba que está en una especie de almacén, puesto que hay muchos objetos apilados y cubiertos con sábanas blancas, y también otros sin ellas, como bancos, mesas o sillas. Mira a su derecha y ve que uno de esos objetos estaba taponando la entrada. Por eso le había costado tanto abrirla.

Ya más tranquila, se levanta y, con esfuerzo, coloca el objeto contra la puerta de nuevo. En ese momento, le llega un aroma conocido, aunque casi olvidado. «Esto huele como… como a iglesia», se percata Miren.

La poca luz de la estancia proviene de una pequeña lámpara rectangular de esas de emergencia, que está colocada sobre una puerta de madera. Miren toma esa salida sin pensárselo dos veces. Al otro lado, hay otra estancia pobremente iluminada por una lámpara del mismo estilo. Esa estancia tiene unas empinadas escaleras de madera. Sube por ellas, casi a cuatro patas, y en la cima de las mismas se topa con una pequeña portezuela de madera. Antes de intentar nada, le viene un ligero sonido del otro lado. Miren acerca su oreja a la puerta y distingue, sin lugar a dudas, la música de un piano, tocando una suave melodía.

La joven intenta accionar la manilla, pero la puerta está cerrada. Sin pensarlo ni un instante, y abandonando toda precaución, en su desesperación, empuja con sus hombros y, a la tercera embestida, logra abrirla. Con el impulso, al ceder la portezuela, Miren cae de rodillas contra un duro suelo de piedra.

De repente, una luz cegadora le obliga a cerrar los ojos y la deja aturdida. Unos segundos después, es capaz de entreabrir los ojos y se topa de frente con una escultura que representa a San Sebastián, patrón de la ciudad y mártir, asaetado. Confusa, la joven se frota los ojos y, cuando los abre de nuevo, más acostumbrada ya a la luz imperante, empieza a recordar que ya la había visto antes.

Esa escultura, a unos quince o veinte metros de su posición, y a varios metros del suelo, está integrada en un retablo, que queda tras el altar principal. Miren fija su mirada en el retablo mayor, y pese a su situación, se siente abrumada por la ornamentación y la suntuosidad del mismo.

Después, baja la mirada y se fija mejor en el altar. Sobre el mismo, hay una serie de objetos dorados, como una enorme cruz con base y un par de

candelabros.

Por las vidrieras de las altas paredes entra luz a raudales, de todos los colores, lo que, sumado a la oscuridad reinante del subsuelo, del que ha emergido solo un momento antes, le ofrecen a Miren un cambio casi onírico; tan radical que se siente perdida en un sueño. La suave música del piano le confiere una sensación aún mayor de estar inmersa en una ensoñación.

Se sacude la cabeza y poco a poco va componiendo un esquema en su mente. Mira alrededor, todavía de rodillas, y comprueba que, efectivamente, está en la Iglesia de San Vicente, a la cual no entraba desde que, siendo solo una niña, la visitó con sus abuelos.

El silencio sería total de no ser por la sutil armonía, cuyo origen no ha descubierto aún. Con esfuerzo, la joven consigue ponerse de pie, y cierra la puerta de madera tras ella. Al darse la vuelta, su mirada se topa con la de una feligresa, que está sentada en un banco cercano. Se trata de una anciana vestida de negro, que mira a la recién llegada con honda sorpresa.

Miren le hace un solemne gesto con la cabeza, a modo de saludo, y se sacude un poco la ropa para quitarse el polvo de encima. Tras ello, camina lo más serena y silenciosamente de lo que es capaz, bajo la luz de los imponentes rosetones. Unos metros más allá, enfila el pasillo principal y recorre los últimos metros hasta la salida posterior del templo.

Por suerte, apenas hay una decena de personas en toda la iglesia, casi todos ancianos, desperdigados por los bancos, y de los cuales solo dos o tres se han percatado de la llegada de Miren. El resto parece sumido en sus oraciones. La joven, consciente de que está siendo observada, prefiere no apartar la mirada y avanza de frente hasta el pórtico de la iglesia.

Llega a la altura del gran portón y lo abre con cierta dificultad, hasta pisar, al fin, el pavimento de la calle. Cierra la puerta tras ella, con suavidad, y avanza unos metros hasta quedarse en medio de la plazoleta que hay delante, dentro de la verja que rodea el templo.

La joven se siente perdida y todavía con el miedo en el cuerpo. Por ello, prefiere alejarse de la iglesia cuanto antes y, tras salir del recinto, se pone a caminar sin rumbo por las callejuelas de la Parte Vieja.

La ciudad le parece absolutamente normal, ajena a lo que ella acaba de

ver, con el trajín habitual de un día como ese y a una hora como esa. Miren se fija en los rostros de la gente más de lo habitual, pero todo el mundo parece inmerso en sus asuntos, sin reparar en la joven.

Tras unos minutos paseando, el cansancio de la experiencia sufrida empieza a hacer mella en Miren. Por tanto, se acerca a la parada más cercana y coge un autobús para ir a casa. En ese momento, mira el reloj y ve que son casi las 8 de la tarde. Por tanto, calcula que ha debido de pasar más de dos horas dando vueltas por ese misterioso lugar, aunque tiene la sensación de haber estado días ahí perdida, en esos extraños túneles.

Le vienen a la cabeza mil pensamientos. Piensa en que tiene que contárselo todo a Fran, pero también piensa en el anónimo hombre que la ha llevado allí. «¿Qué querría de mí?», piensa.

Los recuerdos de los recientes acontecimientos se le agolpan en la cabeza y solo tiene ganas de echarse a llorar; pero aguanta hasta llegar a casa para encerrarse en su habitación y tumbarse boca abajo en la cama.

Al rato, habiendo llorado todo, y poco antes de quedarse dormida, empieza a entender que hay algo más grande, algo que no puede entender. Lo que tiene claro es que no va a ir a la Policía a contarles lo que ha visto, pues desconfía de ellos. «Me tomarán por loca», piensa, segura de que eso es lo que ocurriría.

## 36

A la mañana siguiente, Miren va a trabajar sintiéndose una zombi. Esa mañana, en Eroski, no habla prácticamente con nadie, y los pocos compañeros que la saludan reciben una fría respuesta de su compañera, porque Miren tiene la atención en cualquier otro lugar menos en ese. Sabe que comportarse así le creará la fama de ser muy seria, incluso de ser una borde, pero le da lo mismo. Su contrato expira en dos semanas, y nadie le ha confirmado todavía si cuentan con ella o no. Y en ese momento, pese a sus apuros económicos, tampoco es algo que le preocupe demasiado.

Además, está tan susceptible que no hace sino asustarse cada vez que escucha un ruido fuerte. A media mañana, a una de sus compañeras reponedoras se le cae de la mano un tarro de mermelada en el pasillo de al lado y Miren pega un agudo alarido. Una señora que hay justo a su lado, comprando, pega un brinco por el grito de la joven. Esta última, roja de vergüenza, se disculpa ante la señora, que aún con la mano en el pecho, le lanza una mirada de desprecio, culpándola con los ojos por haberla asustado.

Cada cliente que entra a su pasillo es recibido con una mirada de desconfianza de la joven, especialmente aquellos con una pinta que le resulte algo singular o extraña.

A mediodía, tiene un par de horas libres para comer. Aprovecha para escribirle a Fran. Tarda más de cinco minutos en enviarle un escueto mensaje, porque nada de lo que escribe le convence. Así, finalmente, se contenta con escribirle que le gustaría verle después del trabajo. Que sabe que, siendo sábado, es posible que esté ocupado, pero le ruega quedar porque es muy importante. Sobre *eso* que ya sabes, le añade, para evitar malas interpretaciones o confusiones. «Ha pasado algo importante», le dice al final.

Una media hora después, cuando ya ha acabado de comer el tupper de arroz con verduras que se ha llevado de casa, recibe una respuesta de Fran. Le pregunta, preocupado, o eso supone Miren por los tres signos de interrogación, que si está bien, y qué ha pasado. Y también le confirma que estará libre, y que pase por su casa si quiere.

Por la tarde, Miren está bastante más tranquila, aunque se sigue poniendo tensa ante cualquier nimiedad. Al fin, acabada su jornada, va al vestuario a cambiarse de ropa y deja el uniforme en la taquilla.

Antes de ir a casa de Fran pasa primero por su casa, solo un momento, para darse una rápida ducha y cambiarse de ropa.

Después, siendo ya casi las 10 de la noche, Miren coge un autobús, el número 8, y se baja en la parada más cercana a la casa de Fran, en el barrio de Ategorrieta, a medio camino entre Gros e Intxaurrondo. Su profesor vive más cerca del Centro que ella, y eso se nota en las calles aledañas a su casa, pues a esas horas nocturnas tienen mucho más movimiento. Algo que, en opinión de Miren, es normal en esas fechas del año, a un paso de iniciarse el verano.

Nada más entrar en casa de su profesor, este le pregunta qué ha ocurrido. En cuanto Miren le cuenta que recibió un segundo anónimo, Fran se imagina que acudió a esa cita y pone cara de reproche. Pero antes de que empiece con su reprimenda, su alumna le detiene con un gesto de la mano y le pide que se siente en el sofá antes de contarle el resto de la historia de su aventura en las remotas profundidades del monte Urgull. Intenta ir a lo principal, y habla lo más rápido que puede, pero sin dejarse nada en el tintero.

La joven termina su relato con su sorprendente evasión por la Iglesia de San Vicente, uno de los templos religiosos más icónicos de la Donostia histórica, además de la cercana y más moderna Iglesia de Santa María.

Tras terminar de hablar, Fran se queda un rato sin decir nada, intentando digerir tanta información. De hecho, no ha interrumpido a Miren ni una sola vez en los minutos que esta tarda en explicarse.

—No entiendo mucho, la verdad —comenta Fran, al fin—. ¿O sea que Urgull tiene una serie de túneles en sus profundidades?

—Y bastantes, además. Ya te he dicho que me encontré un montón de galerías, y escaleras arriba y abajo. Yo solo estuve en algunos sitios —dice Miren con la mirada fija en las estanterías de enfrente, llenas de libros, mientras rememora esos lugares oscuros.

Fran también intenta hacer memoria.

—No recuerdo haber leído en ningún sitio lo de esos túneles. No te digo que no sea cierto, ¿eh? Ni mucho menos. Te creo. Pero me estoy preguntando por qué no sabemos nada de ellos.

—Ya. En realidad, debería ser un lugar histórico más de la ciudad. Hasta

deberían hacerse *tours* por ellos. ¿No te parece?

—Si no se han dado a conocer, será que alguien no tiene interés en que eso se sepa. Pero tiene que haber gente que conozca ese lugar. ¡Por Dios! ¡Estamos en el siglo XXI! —Fran habla con una vehemencia que Miren pocas veces había visto antes—. Con la de tecnología que hay. Anda que no se han hecho trabajos de remodelación en Urgull. O en la misma Iglesia de San Vicente. ¿Cómo es que nadie se había topado antes con uno de esos túneles?

—Salvo que alguien haya tenido especial interés en mantener eso oculto —apostilla Miren.

—Hombre, claro, pero tiene que haber documentos en los que se hable de su construcción, porque si son tan largos como dices, tiene que haber habido… No sé, decenas de trabajadores allí, como poco… ¿Y sus contratos? ¿Y los planos? ¿Y lo que costarían? ¿De verdad ningún historiador ha leído jamás nada sobre eso?

Ambos, profesor y alumna, se quedan un momento en silencio.

—Tal vez —aventura Miren, con timidez—, tal vez, haya historiadores que lo sepan. Pero se lo han callado.

Fran se lo piensa unos segundos.

—Incluso dando por válida esa teoría, aunque me cuesta creerla… Ya que, ¿por qué iban a callarse eso?

—Por miedo, quizá.

Fran frunce las cejas y tuerce el gesto; es evidente que no le convence,

—Bueno, vale. Pongamos que tienen miedo —hace una pausa—. ¿Pero en tanto tiempo a ninguno de ellos se le ha escapado nada? Porque, según me has dicho, las galerías; o ese… entramado del subsuelo o lo que sea, tenía el aspecto de ser antiguo.

—Vamos, estoy segura de ello. Bastante antiguo, sí —asegura Miren, afirmando con la cabeza, con énfasis.

—Para que nadie recuerde esas obras, tienen que haber sido hace mucho. Y aun así, sospecho que se hicieron con bastante sigilo.

—Sin duda. Como ves, es todo muy extraño —Miren se encoge de hombros.

—Pero puede que esos túneles tuvieran una razón de ser. Al menos en un inicio —aventura Fran, y mira a la joven, elevando las cejas, interrogante—. ¿No estarás pensando que…?

—¿Y qué quieres que piense? —le interrumpe la joven—. No he pensado en otra cosa desde que me he despertado esta mañana y he empezado a darle vueltas en mi cabeza, ya en frío. No sé por qué se crearían, pero está claro que están siendo usados para ocultarse.

—¿Quién se oculta ahí?

—¿Pues quién va a ser? El asesino. O bueno, *los* asesinos, mejor dicho. Porque yo escuché dos voces de hombres, caminando por uno de esos túneles.

—Son solo indicios…

—¿Qué más necesitas? Blanco y en botella. ¿Qué me dices de lo que me pasó en enero? Yo escuché gritos y llegué hasta la zona de la escultura, la misma desde la cual entré ayer, por esa puerta oculta en la pared de piedra. Estoy segura de que la chica a la que mataron fue metida allí a la fuerza. Por eso, cuando yo llegué, me pareció que la chica que gritaba se había esfumado, literalmente. Pero no. Ahora encuentro la explicación que necesitaba —mientras habla visualiza a la chica asesinada unos meses atrás, de la que solo ha visto alguna foto. Se la imagina siendo introducida, a golpes y empujones, por la puerta mimetizada con la rueda de piedra—. Solo que yo pensaba que el asesino sería un hombre. Pero no. Son *dos* hombres. Así les sería más fácil dominar a la chica. O bueno, a las chicas… —en ese momento se imagina que el destino que sufrió su hermana debió de ser muy similar, porque el último rastro que encontraron de ella fue en las cercanías de ese maldito lugar. Miren se queda pálida al imaginarse a su hermana gritando de dolor y terror.

Fran la saca de su ensoñación de pesadilla al ponerle una mano en el brazo.

—¿Estás bien?

Miren se sacude la cabeza e intenta sonreír.

—Sí, no es nada. Solo que me pongo en la piel de esa chica y…

—Ya. Es duro… —hace una pausa—. En fin, esto cambia mucho las cosas. Ahora tenemos un punto de partida por el que empezar. Intentaré investigar sobre la historia de ese lugar. Tal vez haya algo escrito en alguna parte.

—Yo también lo haré. Y creo que deberíamos ir a ese lugar.

—¿A Urgull? —pregunta Fran, con asombro.

—¿Por qué no?

—¿Después de eso? ¿No crees que será peligroso?

—¿Por qué? Ya te dije que esos tíos no me vieron. Me escabullí a tiempo. Nadie sabe que estuve allí.

—¿Ah, no? ¿Y quién te abrió la puerta?

Miren ahoga un grito. «El hombre de los anónimos. Lo había olvidado.»

—Es cierto —responde, con vacilación—. Pero no es un peligro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si te abrió la puerta para que esos dos hombres te encontraran?

Miren hace una pausa.

—No lo creo… —no lo dice muy convencida.

—Te fías demasiado de un hombre que aún no ha dado la cara, y que te ha metido en la boca del lobo. No me parece alguien en quien se pueda confiar.

—Es cierto… Pero sigo pensando que lo que ha hecho lo ha hecho para advertirme del peligro. Es lo primero que me dijo. Así que puede que esto sea una lección; o algo así…

—Pues qué maestro más estricto y más sádico —opina Fran, con un bufido.

—Pues sí… —Miren no sabe ya qué pensar. Pero algo nuevo le viene a la mente—. Por cierto. Se me ha olvidado darte algo.

La joven se levanta y camina unos pasos hasta llegar al vestíbulo del piso

de Fran. Allí hay un perchero de madera del que cuelga la chaqueta de Miren. Busca en los bolsillos y saca varios papeles. Vuelve a la sala y le entrega esos papeles a Fran, que los mira con curiosidad.

—¿Qué es esto?

—Son los anónimos. Querría habértelos enseñado hace tiempo, pero se me olvidó. Y después de lo de ayer, esta mañana he pensado en dártelos.

Fran los observa con detenimiento.

—El último anónimo tiene la foto del Cementerio de los Ingleses —hace una pausa y deja la postal sobre la mesita central—. Lógico. Ese misterio ya está resuelto —pasa a mirar la hoja del informe en la que aparece el nombre de la hermana de Miren. Tras echarle una rápida ojeada, con visible desagrado, deja esa hoja encima de la otra postal y centra su atención en la primera postal que Miren recibió meses atrás—. Es una foto de Alderdi Eder. De hace mucho tiempo.

—Sí. No creo que eso signifique nada. Lo importante es que me citó frente a Arcco. En el otro lado de la postal está escrito…

Miren extiende el brazo para coger la postal de manos de Fran y darle la vuelta. Pero antes de hacerlo, Fran detiene el brazo de su alumna con su mano izquierda.

—Espera. Pensemos un momento. Por lo que sabemos, ese tipo, sea quien sea, no es de los que hace las cosas porque sí. Parece un tipo metódico.

—Por supuesto.

—Y si todo lo demás contiene información, ¿por qué esto no?

—¿Qué? —Miren observa la foto de la postal con renovado interés—. ¿Crees que puede haber algún mensaje oculto? ¿Tal vez escrito con tinta invisible?

—Hum… Podría ser. Pero no hablaba de eso. Creo que la propia foto contiene un mensaje.

—¿Qué mensaje?

Fran se lleva una mano a la cabeza. Se rasca el cuero cabelludo y se pone a elucubrar.

—Quizá el año en el que fue tomada esta foto tiene alguna importancia.

—¡Joder, es verdad! —exclama Miren, que se siente idiota al no haber caído antes en ello. «Y he tenido meses para hacerlo», piensa.

—Vamos a ver… —Fran rescata su ordenador portátil de algún lugar de la mesita, bajo varios folios y carpetas, y lo despliega, sobre sus rodillas.

Miren se acerca para ver mejor. Su profesor busca en Google fotos antiguas de Alderdi Eder. Tras pasarse un par de minutos buscando entre las imágenes, Miren encuentra la instantánea de la postal y la señala.

—¡Allí! —casi grita de la emoción.

—Veamos… —Fran clica el cursor sobre la foto y se abre la página web que contiene la imagen—. Parece que la foto fue tomada en 1919 —ambos se quedan pensativos—. ¿Te dice algo esa fecha?

—Pues no, la verdad. ¿Y a ti?

Fran niega con la cabeza.

—Nada en especial.

—Podría ser el año en el que comenzaron los asesinatos —apunta Miren, dubitativa.

Fran tuerce el gesto.

—No lo creo, la verdad. Me parece una posibilidad demasiado cogida con pinzas.

Lo cierto es que a Miren tampoco le da un buen pálpito.

—Pues no tengo ni idea —confiesa la joven.

—Dejemos lo del año de la foto como una posibilidad.

—¿Y si se trata de lo que se ve en la foto?

—Eso se me ocurre, sí…

—Eso que hay en el centro de la foto, esa enorme escultura —señala Miren con el dedo—. No la había visto nunca. ¿Qué es eso?

—¿Eso? Puff, creo haber leído algo sobre eso hace años. Era un monumento que se levantó allí… Me parece que para celebrar el Centenario.

—¿De la quema de la ciudad?

—Y su posterior reconstrucción, sí —explica Fran—. Es decir, que se colocó allí, frente al por entonces Gran Casino, en 1913.

—O sea, en la época dorada de Donostia, ¿no? La famosa *Belle Époque*… —recuerda Miren, aunque nunca ha sido un tema que le haya apasionado gran cosa—. Cuando lo de la Mata Hari y todo aquello…

—Pues sí. Eso es lo que se dice, al menos. La ciudad empezó a ser conocida internacionalmente cuando se convirtió en un destino turístico de la realeza, hacia la mitad del siglo XIX. Se construyó el edificio del Gran Casino, actualmente el Ayuntamiento. Se pusieron de moda las playas, las termas, los hoteles, etcétera. Y sí, la espía Mata Hari parece ser que estuvo rondando por aquí también, entre otros. Pero bueno, todo ese lujo, esa imagen de ciudad *superchic* —añade Fran haciendo el gesto de entre comillas con los dedos—, se terminó unos años después de la Primera Guerra Mundial. Luego llegó la Gran Depresión, la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial, y ya nada volvió a ser igual.

—Ajá… —Miren fija la mirada en el objeto central de la postal: la alta escultura—. Pues es muy bonita, la verdad. Pero no recuerdo haberla visto nunca.

—Ni yo. La quitaron hace años.

—¿Y eso? ¡Qué pena! ¿Se rompió?

—No me suena. Pero espera. Voy a buscar información sobre ella.

Tras abrir una nueva pestaña en Google, Fran teclea y, poco después, lee una descripción de esa estatua, así como de su historia.

—Pues parece ser que medía trece metros y medio. La columna central

estaba coronada por una cuadriga guiada por La Bella Easo.

—¡Hombre, qué típico! —Miren suelta un bufido. La imagen encarnada y alegórica de la ciudad, la hermosa mujer simbólica a la que apodan *La Bella Easo* no es santo de su devoción; no al menos desde que, siendo ya una adolescente, y cambiando radicalmente su postura de niña, se le antojó un modelo de mujer bastante machista y retrógrado.

—En la base había varias esculturas más —continúa el profesor—, una de ellas de la reina María Cristina. Y bueno, pues… fue desmantelada once años después.

—¿Solo?

—Eso parece.

—¡Y tanto que no recuerdo haberla visto! —exclama Miren, tras leer esa parte del artículo—. ¡Si la derribaron en 1924! ¿Y cómo es que la quitaron?

—Lo pone aquí. Por lo visto, era demasiado alta para algunos vecinos de la Calle Hernani, que se quejaron porque les quitaba las vistas.

—¡Pues no estoy de acuerdo! ¡Si era muy bonita!

—Parece ser que tiempo después se arrepintieron desde el ayuntamiento por haberla quitado. A muchos vecinos de la ciudad les habría gustado que la volvieran a poner, pero ya era tarde.

—Pues vaya… —comenta Miren, y deja de mirar a la pantalla—. En fin. Entonces nada. Tampoco la escultura tiene nada. Voy a mirar más de cerca —Miren coge la postal y se la acerca a los ojos, buscando algún detalle oculto —. ¿Tienes una lupa, Fran? —le pregunta a su profesor, pero este ha seguido leyendo, muy concentrado, el artículo sobre la estatua y no repara en la pregunta de su alumna.

—¿Fran? —vuelve a preguntar Miren—. Digo que si tienes una…

—Mira esto —el profesor parece impactado por algo.

—¿El qué? —pregunta ella, preocupada.

Fran gira el ordenador hacia la chica para que la joven pueda leer mejor la

pantalla.

—Lee esta parte, Miren.

La alumna empieza a leer en alto.

—La escultura fue desmantelada y diseminada por varias zonas de la ciudad. La parte más grande fue trasladada al cementerio… ¿de los Ingleses? —Miren abre los ojos todo lo que le permiten las órbitas. Entonces, Fran baja un poco más el artículo con ayuda del cursor y aparece una toma frontal de la escultura del cementerio, justo donde Miren comenzó su aventura el día anterior.

La joven palidece y se queda de piedra. Del susto, se le ha cortado hasta la respiración.

—No… no puede ser… ¿Era eso lo que ese hombre me quería decir? ¿Por eso me mandó esta foto? Es justo la entrada a los túneles. ¿Pero qué significa todo esto?

—Hay más cosas, Miren —señala Fran—. Hay más lugares donde se llevaron los trozos del monumento del Centenario. Mira, aparecen aquí: la cuadriga que coronaba la escultura fue llevada a la estación del Norte. Y luego…

—¿Y luego?

—No se sabe cuál fue su destino final… —Fran alza los hombros y continúa—. Otra parte se puso en el jardín frente a la playa de Ondarreta: la escultura de la reina María Cristina, nada menos. También habla de la fuente de la rotonda de Arcco, en el barrio de Amara.

Miren se lleva las manos a la boca. Está horrorizada.

—¡Es el lugar en el que ese hombre me citó la primera vez! —exclama Miren.

—Y en esa fuente apareció hace años el cadáver de una chica —le recuerda Fran.

—Sí… Llegué a pensar que por eso me citó allí, pero ya veo que no fue exactamente por eso… —dice, todavía sin dar crédito.

—Parece ser que a esa rotonda llevaron restos del relieve de las Juntas de Zubieta. Junto al puente de Santa Catalina pusieron los dos leones de bronce que acompañaban a la Reina —hace una pausa—. Todos estos lugares que aparecen aquí son sitios en los que también se han descubierto cuerpos a lo largo de la historia.

—Es cierto… Eso tiene que significar algo, es evidente. Pero ¿y el resto de las chicas? Mi hermana no apareció en ninguno de esa lista. Y hay otras muchas chicas que han aparecido en sitios que no aparecen en esa lista.

—E incluso chicas que no han aparecido jamás, sí. No sé por qué. Hay muchas cosas que todavía no entendemos de todo esto.

—¡Tenemos que ir a ese lugar! ¡Tenemos que encontrar la forma de entrar!

—¡Miren! ¡No! Piénsalo bien. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Pues entender esto, claro!

—¿Y qué más?

—Que no vuelva a pasar. Que ninguna chica vuelva a… ya sabes.

Miren agacha la cabeza. Fran carraspea antes de continuar.

—Puede que te parezca muy frío lo que te voy a decir. Pero yo lo veo así. Lo único que sabemos es que atacan la víspera de la Tamborrada, ¿verdad?

—Sí, aunque puede que también ataquen en otras fiestas. Nunca lo hemos descartado.

—No, pero tampoco lo sabemos a ciencia cierta. Por tanto, si queremos pillarlos con las manos en la masa, lo mejor será esperar al 19 de enero. Si lo intentamos ahora, puede que no encontremos a nadie, y que todo sea en balde. Como mucho, se quedará en un buen tema para un novelista, quizá. Inventar cosas oscuras que ocurrieron en esos túneles… Pero para nosotros no supondría nada positivo.

—Eso es verdad —admite.

—Y ya sé lo que me vas a responder, pero yo te recomendaría que

fuéramos a la Policía, lo primero.

—¡No! No me fío de ellos. ¡Tú mismo sabes lo de los informes! Todos esos casos… ¿Por qué no se ha investigado más? ¿A qué viene ese secretismo?

—Está bien, está bien. Pero al menos deja que hable con la gente de la que me fío.

—Bueno, eso puede ser. Vale. Pero a cambio, quiero que mañana vayamos a Urgull.

—Está bien. Pero lo haremos de día.

—Vale. Pues creo que va siendo hora de irme —Miren está un poco desilusionada con la actitud tan conservadora de su profesor, que para más inri, sigue leyendo el artículo.

—Una última cosa, Miren. Dice aquí que el escultor fue Juan Piqué, y que se consiguió el dinero gracias al *generoso* donativo, así lo pone aquí, de 167 próceres de la ciudad.

—¿Próceres? —Miren no conoce esa palabra.

—Bah, un eufemismo para decir gente con pasta.

—Ah, vale… Oye, mañana es domingo pero no tengo curro, que me toca día libre. ¿Quedamos a las 10 en el Boulevard?

—Bueno, ya que estás emperrada en ir, me parece bien. Quedamos en el reloj del kiosko.

Miren se levanta un poco más satisfecha que un minuto antes. Se despide del profesor, coge su chaqueta y sale a la calle.

Ya es más de medianoche pero, por fortuna, la temperatura nocturna es templada, incluso sopla una ligera brisa bastante caliente, no demasiado habitual en esa ciudad, pese a estar en junio.

Aprovechando la agradable madrugada, Miren decide no coger uno de los autobuses nocturnos, que llaman *búhos* y, por el contrario, dar un paseo hasta casa, para despejarse un rato. Sin saber por qué, le llega una sensación de

felicidad, de libertad. Compara esa sensación tan agradable de pasear de noche por la calle, en manga corta, con la chaqueta sobre el brazo, con su experiencia bajo tierra. Para su sorpresa, se da cuenta de que solo ha pasado un día desde aquello, aunque en su mente siente como si hubiera transcurrido al menos una semana.

**37**

Al día siguiente, tal y como habían quedado, Miren aparece en el kiosko del Boulevard un par de minutos antes de las diez. Hace una mañana agradable, y las calles están rebosantes de vida. Muchos turistas pasean por las calles, de acá para allá.

Un minuto después, llega Fran. Miren se levanta de las escaleras del kiosko, donde se había sentado, y acude al encuentro de su profesor. Después de un saludo cordial, enfilan la Calle Mayor. Juntos, pero sin hablar gran cosa por el camino, inician el ascenso hacia el cementerio por el camino empedrado que queda a un lateral de la Iglesia de Santa María. Al pasar junto a la misma, a Miren le entra un escalofrío. Sospecha que allí también existirá, probablemente, otra entrada secreta. Le vienen a la mente los momentos de tensión en San Vicente, cuando estaba empujando aquella puerta con todas sus fuerzas, para salir a un sótano de esa iglesia. Se le ocurre que podría volver allí con su profesor, pero sabe que no es seguro. Si alguno de los indeseables que casi la descubren la vio salir por aquella portezuela, lo más probable es que hayan puesto más seguridad allí. Tal vez incluso hayan cerrado aquella puerta del sótano con llave, hayan puesto más peso delante o hasta la hayan cegado. Aun sin ser así, el simple hecho de entrar e intentar abrir la puerta podría poner en riesgo la seguridad de ambos.

Siguen adelante y se cruzan con bastante gente por el camino. Por contra, cuanto más se acercan a la escultura, menos gente ven. Llegan a ese lugar y no hay nadie en las inmediaciones.

Miren le explica a su profesor, *in situ*, dónde estaba la puerta, así como todos los detalles que es capaz de recordar. Intentan abrirla pero no encuentran ni un mísero resquicio por el que meter una uña.

—La puerta debe de estar perfectamente integrada en la roca. Es increíble —comenta Fran.

—Ya veo, ya… Pues no conozco ninguna otra entrada. De hecho, es posible que sea la única.

—Eso lo dudo —dice Fran en voz baja, mientras se acerca y se agacha ante la rueda de la escultura, buscando, concentrado, cualquier posible marca artificial.

Tras un buen rato buscando minuciosamente, se da por vencido.

—¡No veo absolutamente nada!

Miren se pone en cuclillas, a su lado, pero solo puede corroborar la confesión de su compañero.

—Son muy listos.

—O muy buenos escultores. En fin. ¿Qué hacemos ahora?

Miren se encoge de hombros.

—Ni idea.

Tras un par de minutos más frente a la oculta puerta, se levantan y, sin decirse nada, comienzan a dar un paseo por el monte. Lo cierto es que cuando se levanta el sol y se acerca a su cénit, el calor empieza a hacer sudar a los dos, y prefieren quedarse en las zonas a la sombra.

Bajan a la Parte Vieja, y comen unos *pintxos* para saciar el hambre. Aunque no hayan encontrado nada, Miren piensa que ha pasado una mañana agradable. Y además, visitar esa zona le ha servido para reafirmarse más en sus ideas, y está deseosa de poder dar el siguiente paso.

**38**

El lunes, ya con las clases acabadas y a punto de terminar el Máster, para el que no le falta más que saber la nota del Trabajo de Fin de Máster y cuatro trámites más, le llaman de un bar-restaurante de la Parte Vieja. Esa misma semana hace la entrevista y, a los dos días, le vuelven a telefonear. A la semana siguiente empezará a trabajar, durante la temporada de verano. Por ello, habla con la mujer de recursos humanos del hipermercado. Ya que, según parece, quieren contar con ella para verano, Miren pide que le den un horario de mañanas. La mujer accede. Por tanto, la joven se prepara para un duro verano de trabajo, en el que intentará ahorrar todo el dinero posible.

En cuanto a su futuro laboral, no lo tiene aún nada claro, pero Fran le anima a seguir por dos ramas: o la enseñanza universitaria, por un lado, o preparar las oposiciones para ser, en un futuro, investigadora forense, en algún cuerpo policial.

Con todo ello en la cabeza, y sin olvidar todo lo ocurrido los últimos meses, Miren apenas tiene tiempo para quedar a tomar algo con sus amigas, de vez en cuando. También intenta visitar a Fran, o dar un paseo con él, una vez por semana.

Llega agosto y la joven no ha sabido nada más sobre el tema que tanto la atormenta. Fran ha seguido investigando, pero no ha encontrado nada que haga pensar en dar un siguiente paso. En cuanto al hombre de los anónimos, no ha vuelto a contactar con Miren desde su aventura por Urgull, y la joven tiene cada vez menos esperanzas de que vaya a aparecer de nuevo. Piensa que, tal vez, el hombre se enfadó con ella por alguna razón y por eso ha dejado de enviarle mensajes.

«Eso o que, como ve que ya no voy por allí a husmear, se habrá pensado que me he tomado sus advertencias en serio», piensa.

## 39

Después de varias semanas, al fin, una mañana, a Miren le llega la nota del Trabajo de Fin de Máster. Ha sacado un 7. En cuanto la ya ex alumna del Máster la ve, siente cierta indiferencia por la nota y ni siquiera se para a leer algunas objeciones y demás comentarios sobre su Trabajo. De hecho, piensa que incluso está por encima de lo que se esperaba.

Por lo demás, sigue todo igual para ella, solo que cada semana Miren la encuentra más calurosa y estresante, sin tener tiempo apenas para pisar la playa hasta después de la segunda semana de agosto, que coincide con la Semana Grande donostiarra.

Esos días festivos, pese al intenso trabajo, Miren está más pendiente que nunca de posibles noticias sobre desapariciones o violaciones, e incluso convence a Fran para que pida a sus contactos que le mantengan informado.

No obstante, pese a presentarse varias denuncias por violaciones y muchas más por acoso sexual, Fran le confirma que, teniendo en cuenta el lugar de los hechos y los detenidos y sospechosos, nada le hace pensar que pueda tener algo que ver con su investigación.

El segundo sábado de las fiestas, el penúltimo día de las mismas, Miren sale de trabajar a las diez y media de la noche. Sus restantes compañeros siguen en el trabajo, y le gritan, entre risas, cosas como: «¡Qué suerte tienes!», por poder salir antes que los demás. Lo cierto es que la joven lleva desde que comenzaron las fiestas cerrando el bar todas las noches. Siete días consecutivos, además del trabajo en Eroski; y ya no puede más.

Tras cambiarse de ropa en el almacén, sale del bar-restaurante aturdida y agotada, pero repentinamente siente algo de rabia dentro de sí misma. Un montón de ideas acuden entonces a su cabeza, como dándole pistas de por qué se siente así de repente. Por una parte, está el tema de su propio futuro. Siente que es demasiado joven para que todo el esfuerzo que ha invertido en sus estudios lo tire por la ventana. No quiere pasarse el resto de su vida encadenando trabajos precarios, por cuatro duros. Y menos aún trabajos como ese del bar. Pasando fines de semana enteros, por no hablar de todas las festividades, trabajando hasta el agotamiento mental y físico. Además, eso le aleja de sus amistades, a las que cada vez echa más de menos. Siente que necesita tener también sus ratos de esparcimiento, sus momentos para

desahogarse en buena compañía. Por otro lado, se encuentra frustrada por no poder avanzar más en su investigación. Durante un tiempo, pensó que todas esas pistas le acercarían a la verdad sobre el asesinato de su hermana, pero cada vez percibe esa posibilidad más y más lejana.

Con esos pensamientos rondándole por la mente, pese al cansancio, desea quedarse un rato más dando una vuelta, y ya que el bar en el que trabaja no está lejos del puerto, piensa en acercarse a esa zona de los muelles a observar los barcos de recreo cuando, de repente, escucha un fuerte estallido que le hace perder el equilibrio, y a punto está de caer al suelo. Todavía confusa, vuelve a sonar otro estallido, más fuerte aún, y el cielo se enciende con vivos colores. Son los fuegos artificiales. A Miren siempre le han gustado, pero lleva tantas noches en el bar-restaurante, atareadísima, sin escuchar nada más, que hasta se había olvidado de su existencia. Al instante siente un rayo de felicidad, y mira al cielo para disfrutar del espectáculo de luz y color. Como desde su posición no puede ver gran cosa, va corriendo hacia el puerto, pero lo encuentra abarrotado de gente, así que tiene que abrirse un hueco con los codos.

Tras la traca final, realmente impactante, Miren aplaude con ganas, igual que las personas de su alrededor. Después, sube hasta el Paseo de los Curas, en la falda del monte Urgull, y sigue caminando, cruzándose con muchas personas que bajan de allí, mientras ella, por el contrario, sube a ese paseo elevado. «Se irán todos de fiesta», reflexiona la chica. Al pensar en ello, de forma repentina, le entran ganas de salir y correrse una buena juerga; de beber hasta emborracharse.

Escribe a sus amigas y, al rato, Leire le responde. Están en el barrio de Sagües, asistiendo a uno de los conciertos programados para la Semana Grande. Nada menos que el de uno de sus grupos favoritos: *La Oreja de Van Gogh*. Menos de veinte minutos más tarde, Miren ya está reunida con las chicas. Y cuando el concierto termina, las amigas vuelven a la Parte Vieja, a seguir la fiesta de bar en bar, riendo y disfrutando.

Con tanto bullicio y regocijo, Miren es capaz de aparcar sus tribulaciones, al menos durante un rato.

## 40

Solo una semana después de la Semana Grande, es decir, la tercera del mes de agosto, Miren se despierta una mañana y, antes de ir a trabajar a Urbil, como cada mañana, se pone a buscar en la prensa digital cualquier noticia que le llame la atención. Como no encuentra ninguna, pasa a mirar las esquelas; cosa que suele hacer cada mañana. Y entonces, observa una que le llama poderosamente la atención.

El hombre de la foto no le suena de nada, pero la forma de la cara se le antoja familiar. Además, porta unas gafas que le suenan bastante y sobre todo, tiene una cicatriz característica debajo del ojo derecho, que Miren cree recordar bien. Según parece, el hombre, de nombre Pablo Abarrategi, de 68 años, falleció en su casa.

A Miren se le despierta una sospecha, y antes de ir a trabajar, le manda una foto de la esquela a Fran, por si puede investigar algo sobre esa persona fallecida.

En realidad, no es la primera vez que lo hace. De hecho, en lo que llevan de verano, Miren ya ha seguido el mismo procedimiento una docena de veces; cada vez que en alguna esquela o noticia ve algo que le parezca sospechoso.

Después de enviarle el mensaje, se va a trabajar; otro insulso y agotador día de trabajo reponiendo el género y atendiendo a clientes desorientados.

Cuando sale del trabajo, a mediodía, el teléfono le notifica que tiene un par de llamadas perdidas de Fran, y varios mensajes. Miren le devuelve la llamada, sin haber leído los mensajes, con la corazonada de que su profesor tiene algo importante que contarle.

—Miren. ¿Qué tal estás? —pregunta Fran en cuanto descuelga el teléfono.

—Bien, bien. ¿Has encontrado algo?

—Pues la verdad es que creo que sí. He estado hablando con gente de la Policía, ya sabes, y bueno. Prefiero hablarlo en persona.

Miren tuerce el gesto.

—¿Me vas a dejar con la mosca?

Se escucha una breve risa al otro lado.

—Está bien. Te diré que creo que es él. Pero ya sabes que no me gusta hablar por teléfono.

—Bueno, pues… —Miren hace memoria—. Hoy no entro a trabajar hasta las 6 de la tarde, así que tengo libre hasta entonces.

—Si quieres, te invito a comer y te cuento.

—¡Perfecto! Voy para allá.

Miren corre hasta la parada del tren de cercanías para intentar coger el anterior al que suele tomar después de trabajar. Pese a sus esfuerzos, no obstante, cuando llega a la estación, hace un par de minutos que se ha ido el tren, así que, después de maldecir en voz alta, la joven se sienta, frustrada, en uno de los bancos del andén a esperar al siguiente.

Una vez en casa de Fran, pasan directamente a la cocina, donde, para alegría de Miren, ya está la comida sobre la mesa.

—Bueno, pues cuéntame, anda —ruega la joven.

Mientras comen, Fran pasa a explicarle lo que sabe.

—Pues mira, esta mañana he avisado a mi contacto, ya sabes, y a su vez él ha pasado el aviso a algunos compañeros de confianza. Hacia mediodía me ha llamado para contarme un poco lo que ha averiguado. Resulta que el muerto era un hombre solitario. Al parecer, vivía solo en un piso antiguo del Centro, en la Calle San Bartolomé.

—¿Y? —pregunta Miren, ansiosa, pues su profesor ha hecho un alto en su relato para dar un bocado a la comida.

—Ya voy, ya voy. A falta de la autopsia, los primeros indicios apuntan a que el hombre se ha suicidado. Vamos, es lo que mi contacto ha oído. Que el hombre llevaba días sin aparecer por ningún lado. Por lo visto, nadie tenía trato con él, salvo una vecina muy anciana. Y ella le debió de llamar al timbre hace unos días, pero no le abrió. Ha debido de llamarle más veces y, al no obtener respuesta, ha llamado a la Policía. Y al entrar en esa casa, los agentes se encontraron con el hombre colgado de una cuerda, con un taburete tirado en el suelo. En principio, parece un suicidio, vamos.

—¿Y por qué crees que es el hombre de los anónimos? Es decir, en la foto me lo ha parecido, pero no estoy nada segura.

Para decirle lo siguiente, Fran deja de mirar su comida y pasa a mirar a la joven a los ojos.

—Pues porque resulta, y esto es lo interesante, que ese hombre era escultor, o al menos así lo atestigua la propia casa, que estaba llena de esculturas y otras obras. Y el salón era un taller.

—Eso… Sí que parece interesante —admite Miren, curiosa.

—Por tanto, tras saber eso, me he puesto a investigar por mi cuenta, y resulta que el nombre completo de ese hombre era Pablo Abarrategi Piqué.

Miren pega un brinco en la silla.

—¡Se apellida como el escultor del Monumento del Centenario!

—¡Exacto! Era el bisnieto de Juan Piqué. Y como te he dicho por teléfono, no estoy seguro de ello, pero apostaría algo a que es el hombre de los anónimos. Al menos, la historia concuerda.

—Es verdad. Estoy segura de que es él. O bueno, era… —Miren empieza a sospechar—. ¿Y tu contacto está seguro de que el hombre se ha suicidado?

—¿Ya empezamos con las sospechas? —pregunta Fran con sarcasmo.

—Bueno, podría ser, ¿no?

—¿Que lo hayan matado porque sabía demasiado? ¿Que estaba a punto de irse de la lengua? ¿Y que lo han hecho pasar por un suicidio?

—¿Tan raro sería? —pregunta Miren, con interés.

El profesor hace una pausa.

—En realidad, no —admite Fran, encogiéndose de hombros—. Pero de todas formas, de poco nos vale a nosotros. La única persona que parecía interesada en darte información ya no está. Y por tu bien, espero que no tuviera apuntada tu dirección en ninguna parte, o… —Fran se calla.

—¿O qué? —Miren se pone en lo peor y se queda pálida—. ¿Crees que…?

—Bueno, no tiene por qué, claro —la tranquiliza Fran—. Por eso te digo, que *ojalá* se haya suicidado. Y que tu nombre y tus señas no caigan en malas manos.

—Ya. En fin. Si te sirve de consuelo, a partir de hoy empezaré a cerrar la puerta de casa con llave por la noche, aunque no sé si a mis compañeras de piso les va a hacer gracia.

—¿Es que no cerráis con llave por las noches? —pregunta Fran, horrorizado.

—Bueno… Ahora ya sí —responde ella, algo avergonzada.

## 41

Pasan un par de días desde la conversación con su profesor y Miren, a mediodía, regresa a casa tras otra mañana en el trabajo, sin mucho que reseñar. En cuanto entra a su casa y deja sus cosas en su habitación, sale y entra en la cocina, para preparar la comida.

En ese momento entra Enara, una de sus compañeras de piso, con un paquete.

—¡Miren! Esta mañana han traído esto a tu nombre.

—¿El qué?

—¡Yo qué sé! Ha venido un repartidor con esto —tras decir eso, Enara vuelve a la sala, a ver la televisión.

Miren deja la cuchara de palo sobre la encimera y coge el paquete con las dos manos. Tiene el tamaño de una pequeña caja de zapatos. Cuando desenvuelve el papel, comprueba que, efectivamente, se trata de una pequeña caja de cartón marrón, sellada con cinta americana.

«¿Quién me habrá mandado esto?», se pregunta. Por un momento, piensa en que podría haber zapatos dentro, pero no se le ocurre quién podría regalarle zapatos, y menos cuando no es su cumpleaños. «Mis padres no, desde luego. ¿Tal vez Fran?» Pero rápidamente desecha la idea sacudiendo la cabeza a los lados, sintiéndose ridícula.

Abre la caja con rapidez y ve que dentro hay dos objetos: una especie de cuaderno de notas, de aspecto muy antiguo, y una hoja de papel blanco, doblada, claramente moderna.

Lo primero que hace es desdoblar la hoja. Hay un mensaje escrito a mano, con una letra que Miren conoce bien, pese a haberla leído antes solo dos veces más.

El escueto mensaje dice lo siguiente:

*«Si algo me pasara, he dejado instrucciones claras de que se te envíe este diario. Creo que la información que hay dentro no debería caer en malas manos. Por tu bien, no la compartas con nadie.»*

—Siempre fue más bien parco en palabras —dice Miren en voz alta.

Pese a la advertencia del hombre, el tal Pablo, y sus póstumas palabras, Miren llama a Fran y, en unos minutos, ya está subida a un autobús, con el papel y el cuaderno a buen recaudo dentro de su mochila. Está tentada de ponerse a leer el cuaderno, pero decide esperar a estar con Fran para leerlo entre los dos.

No obstante, está tan excitada que no aguanta la presión de su curiosidad, y antes de haber recorrido la mitad de la distancia que la separa de la casa de Fran, abre la mochila y saca el diario, con sumo cuidado.

Al abrirlo, se percata de la precaria situación del mismo. Las hojas están amarillentas, y eso las que no presentan ya un tono amarronado. En la primera página aparece un nombre, el del dueño del diario: Juan Piqué.

«Es el diario de su bisabuelo», piensa, alucinada. Lee las primeras páginas, pero no hay apenas información relevante, solo datos sobre clientes, obras de arte proyectadas y cosas así. En cualquier caso, a Miren no le parece un diario. En realidad, es más bien un libro de memorias. El autor de esas palabras está relatando su vida, partiendo desde su juventud, desde sus inicios como escultor. Por lo poco que puede inferir, la sensación que le da es que está todo escrito más o menos con el mismo tamaño de letra y estilo, lo que significa, al entender de Miren, que fue escrito de principio a fin en la misma época. Además, por lo poco que le da tiempo a leer, comprueba que tiene partes inconexas y saltos temporales que no explica bien. Y eso que se trata tan solo de una pequeña parte del mismo: lo que la joven ha tenido tiempo de hojear.

Finalmente, Miren está llegando a su parada de destino, así que introduce el diario en la mochila y baja del autobús. Sube a casa de Fran, subiendo las escaleras de dos en dos hasta que llega jadeando a su rellano.

Una vez dentro, y tras ponerle al día lo más rápido que puede, ambos se sientan en el sofá de la sala y se ponen a leer el diario.

Tras varias páginas más en las que nada fuera de lo común ocurre, llega la primera parte interesante.

—Aquí habla de un encuentro con la reina María Cristina, nada menos —señala Fran—. El escultor parecía emocionado.

—¿Qué pone ahí, que no entiendo muy bien la letra? —Miren señala un pasaje algo posterior, en la misma página—. Pone que la Reina le puso en contacto con la…

—Sociedad de La Bella Easo, creo que pone —apunta Fran, entrecerrando los ojos.

—No me suena ese nombre —comenta la joven, mirando al techo.

—Ni a mí, la verdad. Vamos a buscar en Internet.

Miren saca su móvil y se pone a buscar. Fran hace lo propio en su ordenador, tras dejar el cuaderno sobre la mesa.

Tras varios minutos de incesante búsqueda, ambos arrojan la toalla.

—¡Es increíble! —exclama el profesor—. No hay ni una sola referencia.

—A lo mejor el escultor se equivocó de nombre —apunta Miren, pero sin ninguna convicción.

—No lo creo. Me inclino más bien por pensar que era uno de esos grupos que no tenían registro. Tal vez era un nombre en clave. Como si un grupo de amigos se pusiera un nombre. ¿No hace eso la gente en los grupos de WhatsApp?

Miren se lo piensa un poco antes de responder:

—Puede ser. Pero no lo veo claro. En fin, sigamos leyendo.

En las siguientes páginas, el escultor desgrana sus primeras reuniones con esa sociedad, por intermediación de la Reina, y en el Palacio de Miramar. Por desgracia, no aporta los nombres de las personas que conoce en esas reuniones. Tan solo habla de que los miembros de ese grupo son poderosas personas de la ciudad. No obstante, también acude a esas reuniones un nutrido y variopinto grupo de personalidades españolas y extranjeras de la industria y otros sectores, así como no pocos miembros de la nobleza europea. Tras esas primeras reuniones, bastante informales, según cuenta, en el Palacio de Miramar, tienen lugar otras más en emplazamientos distintos pero con algo en común: son lugares rodeados de mucho lujo. Detalla una serie de encuentros que tuvieron lugar en otros palacios no menos fastuosos, como el de Arbaizenea, el de Aiete, el del Duque de Mandas o la Torre Satrústegui, entre

otros.

Al principio, el escultor destaca el carácter lúdico de esas reuniones informales; casi más un grupo de amigos o incluso una corte real que otra cosa. También asegura en esas páginas que se sintió muy agradecido y un auténtico privilegiado; la Reina en persona pidió que el escultor novel fuera a palacio, para conocerle y charlar con él sobre arte. Según cuenta, María Cristina quedó impresionada, o eso le aseguró, al ver alguna de sus primeras esculturas, en una galería de arte de la ciudad, tras lo cual se interesó por su autor. Juan Piqué recuerda en esas líneas, en más de una ocasión, sus orígenes humildes.

Pocas páginas después, el tono del escultor cambia. Al parecer, una vez se ganó la confianza de la Reina, logró entablar una cordial aunque superflua amistad con varios prohombres cercanos a la monarca. Y entonces, le invitaron a otro tipo de encuentros, más secretos.

Y es en ese momento cuando, en sus escritos, Juan Piqué menciona por vez primera los túneles bajo Urgull. Miren y Fran se quedan de piedra y se miran con sorpresa, antes de seguir con la lectura.

El escultor cuenta que la primera vez que le llevaron allí, una noche, se internaron por una entrada secreta tras el altar de la Iglesia de Santa María.

—¡Sabía que tenía que haber más entradas! —exclama Miren, con la satisfacción de haber acertado—. De momento conocemos tres, pero seguro que hay más.

Efectivamente, el escultor se detiene un momento para hablar de ese sistema de túneles, y de la honda emoción que le supuso conocerlo; pero también cuenta que hay varias entradas distribuidas por la Parte Vieja y el propio monte Urgull.

En ese momento, el escultor adquiere un tono algo más didáctico y pasa a aclarar cierta historia de la ciudad, tal y como esos nuevos *amigos* le contaron.

Todo comenzó con la quema de la ciudad durante la guerra, en 1813. Tras ello, los hombres más importantes de la ciudad se reunieron en el barrio de Zubieta para decidir el destino de Donostia. Allí, tomaron la decisión de reconstruir la ciudad. Pero, según le contaron al escultor, no solo decidieron eso. La segunda parte del acuerdo, sin embargo, no la hicieron pública, y

quedó como un secreto entre ese reducido grupo.

Esa segunda decisión estribaba en crear un sistema de túneles bajo el monte Urgull, por si la ciudad era de nuevo sitiada e invadida. Pero las entradas a ese sistema de túneles, y su existencia misma, debían quedar en conocimiento de unas pocas personas, porque concluyen que si su existencia saliera a la luz, de nada les serviría como refugio ante un hipotético enemigo que invadiera la ciudad, tal y como hicieran los franceses e ingleses unos años antes.

Pero también hay otra razón, y Miren siente una profunda repugnancia cuando la lee.

—¿Cómo es posible? —pregunta en alto, más para sí que esperando una respuesta de su compañero—. Así que estos *próceres*, estos prohombres —añade con ironía—, lo que querían era que ese refugio solo sirviera para salvarse ellos y a sus familias, y que el populacho sufriera las balas y el saqueo del ejército enemigo. ¡Qué asco!

—Pues eso parece. Y según añade, temían además que, en el momento de huir a los túneles, el hecho de que lo supiera demasiada gente pudiera crear una especie de efecto embudo en las entradas secretas, y gente importante se quedara fuera, a la suerte de los enemigos.

—¡Qué gentuza! ¿Y estos gobernaron a nuestros antepasados?

—En fin. Sigamos leyendo.

El escultor pasa entonces a hablar del período del Ensanche, y de la época cuando las murallas de la ciudad fueron definitivamente derribadas, en 1863. Por entonces, a mediados del siglo XIX, esas personas que idearon el sistema de túneles fueron formando paulatinamente un grupo, una especie de club selecto, para poder estar en contacto manteniendo el sigilo. Temían, al parecer, que tantas obras en la ciudad pudieran dejar al descubierto alguna de las entradas secretas, y por ese temor, empezaron a reunirse más a menudo, y decidieron dotar al grupo de más unidad y capacidad de acción, creando unos estatutos de obligado cumplimiento para sus miembros. También habla, entre otras cuestiones, de la remodelación de la Iglesia de Santa María, por la misma época, que se aprovechó para cambiar la ubicación de la entrada secreta a los túneles de ese lugar. Por el contrario, la de San Vicente siguió siendo la misma. Miren recorre de nuevo mentalmente ese sótano y esa

entrada, con inquietud, pero no verbaliza nada.

Pero Juan Piqué continúa con algo más importante. El escultor afirma que esa especie de club primigenio empezó a funcionar como una verdadera orden secreta. Sus miembros manejaban más información que nadie, pues ponían en común sus conocimientos sobre cualquier tema, hacían y deshacían negocios y también llevaban a cabo acciones delictivas del tipo financiero. A causa de todo ello, empezaron a lucrarse más que nunca. Su poder se extendía a todas las esferas económicas, sociales y políticas de la región. Un auténtico y férreo control del que nada escapaba. Además, ese club tenía también un lado lúdico, aunque tétrico. Por desgracia, Piqué no cuenta más sobre ello.

En las siguientes páginas, el escultor, de forma inconexa, pasa a recordar que, en la segunda mitad del siglo XIX, la popularidad e importancia de la ciudad fue en aumento, tanto en España como en Europa. La belleza de la ciudad y algo más de lo que no quiere hablar hacen que, de forma paralela, cada vez más hombres poderosos vengan a la capital guipuzcoana.

Y en ese momento, Juan Piqué recuerda de nuevo a la reina María Cristina. Al parecer, la regente entró en contacto con esos hombres nada más empezar a veranear en la ciudad. De este modo, entendió el potencial de esa reducida élite y quiso que fuera un paso más allá. La Reina fue la promotora de refundar ese grupo como algo más grande, con acceso a más fuentes de poder y riquezas. Bajo sus auspicios, ese primitivo club se constituyó en una verdadera Orden. Como símbolo de respeto y abnegación, y ya que la Reina era el único miembro del sexo femenino, sus compañeros comenzaron a dirigirse a ella, durante aquellos encuentros, como Bella Easo. De hecho, acabó convirtiéndose en su nombre en clave, para cuando hablaran de ella en el exterior, o a la hora de intercambiar cartas o documentos. De ese modo, reunidos todos sus miembros en el Palacio de Miramar, decidieron nombrarla Sociedad de La Bella Easo en honor a la Reina. Ella misma presidió el acto fundacional, convirtiéndose en su madrina y mayor valedora.

Juan Piqué explica que es como si la Reina, de algún modo, hubiera adquirido para sí los dones y la figura de la Sociedad y de la propia Bella Easo, la representación femenina de la ciudad que llevaba algunas décadas usándose. Gracias a su fama e influencia, la monarca convocó a muchas importantes personalidades del continente, y les indujo a convertirse en miembros de esa recién renombrada Sociedad, siempre bajo secreta invitación.

El escultor asegura que, de entre todos los eventos de la Orden, destacaba uno: el de la víspera del día de San Sebastián, aprovechando el gran flujo de personas en aquellas fechas. Esa noche acudían todos los miembros de la Sociedad sin excepción; algunos venidos desde muy lejos, expresamente para aquel encuentro. La acción principal transcurría en los túneles bajo Urgull. Su escritura se vuelve más sombría cuando llega a la parte en la que describe una gran sala que le produjo una fuerte impresión: una con un altar pétreo en el centro de la estancia. Miren se percata al instante, con un escalofrío, de qué lugar se trata, y así lo comparte con su profesor, que asiente sin decir nada.

Sin embargo, una vez más, el escultor prefiere no ahondar mucho más en el tema, y no detalla lo que ocurría en esas celebraciones; pero afirma, con pesar, que es algo que le atormentará mientras viva.

—¿Qué será eso de lo que no quiere hablar? —pregunta Miren.

—No lo sé, pero este hombre está convencido de que fue una razón de peso para que gente muy importante viniera aquí en aquella época, y a partir de lo cual empezó esa *Época Dorada* de la ciudad que tantas veces hemos oído.

Si alguien se atreviera a contar cualquier cosa de lo que allí pasaba, afirma el escultor, sería sentenciado a muerte por sus compañeros, sin miramientos. También habla de que tenía la sospecha de que se vigilaban entre ellos, no solo cuando se reunían, sino en su vida privada también.

El escultor relata después que, cuando se acercó la fecha del centenario de la quema y posterior reconstrucción de la ciudad, en 1913, hubo varias reuniones públicas en las que participaban también algunos de los miembros de esa sociedad secreta. De hecho, asegura que muchos de ellos eran miembros, o que apostaría eso, puesto que nunca vio las caras de la mayoría de ellos. No explica el porqué. Sí cuenta el momento cuando le pidieron a él que creara la escultura del Centenario, que entendió como un guiño y un premio a su lealtad y a su trayectoria, que le llenó de honda emoción, pese a que por dentro se sentía roto.

Termina su extenso relato afirmando que sabe que ha cometido un gran riesgo al escribir esas líneas, puesto que los miembros de esa Sociedad tienen prohibido, no solo hablar, sino también dejar por escrito nada de lo que ocurre en sus reuniones, ni de la existencia misma de ese grupo.

Tras terminar de leer las memorias de ese hombre, tanto Fran como Miren necesitan un par de minutos para digerir tanta información, en silencio. La joven es la primera en romperlo.

—Creo que esto deja unas cuantas cosas claras.

—Sí. No tengo la menor duda, Miren. Pero no puedes olvidar una cosa. Esos hechos ocurrieron hace más de un siglo. ¿Qué te hace pensar que tienen alguna relación con lo que…? —Se calla a tiempo—. Bueno, ya sabes.

—¿Con lo que le ocurrió a mi hermana? Pues yo creo que mucha. Si no, ¿por qué ese hombre, Pablo, habría dado instrucciones de que me entregaran ese manuscrito de su bisabuelo tras su muerte? ¿No te parece raro?

—Sin duda. Pero no sé por dónde tirar. Si quieres, haré que abran una investigación sobre el tema. Presentaremos este libro y…

—¡No! —exclama la joven, tajante—. De ninguna de las maneras. Este manuscrito me lo han legado a mí, ¿no? Pues me lo quedaré yo. Y además, llegados a este punto, no quiero que la Policía sepa nada. Me fío menos de ellos que nunca. Esperaremos.

—¡Bueno, bueno! —exclama Fran, con ironía—. ¿Al fin te unes a mi tesis de no precipitarse?

—Ya ves… Faltan varios meses para la Tamborrada. Según este hombre, era el momento del gran ritual. Uno más uno son dos. ¿No te parece?

—No lo sé. Es posible…

—¿Qué puede ser si no, eso que dice que le atormentará para siempre? Es decir, que lo más sensato sería esperar a esa noche, la del 19 de enero, para pillar *in fraganti* a cuantos más leales iniciados de ese grupito, mejor.

—¿Qué pruebas tenemos de que esa gente, o sus herederos, mejor dicho, se sigan reuniendo?

—Ninguna. Pero yo vi a dos de ellos.

—Por eso. Puede que estos no sean más que asuntos del pasado. Pero en fin, estoy de acuerdo contigo en esperar un poco más para actuar. Deberíamos seguir investigando. Aunque, sinceramente, no sé por dónde seguir.

Miren es consciente de que tal vez, pese a su emoción, hayan llegado al final; a un final sin premio, y encima sin poder confiar casi en nadie, sin olvidar que ha perdido a su único confidente.

Llega septiembre, y todo sigue igual para Miren, aunque tiene más tiempo libre, pues una vez terminada la temporada de verano, su refuerzo no es necesario en el restaurante, así que se quedan con la plantilla habitual y prescinden de sus servicios, así como del de otros compañeros con contrato eventual. Miren tiene cada vez más conversaciones con Fran, convertido para entonces en un gran amigo. Pero esas conversaciones cada vez versan menos sobre el tema de las desapariciones de chicas, y más sobre el futuro inmediato de Miren. Pero ella sigue sin decidirse.

Los dos primeros domingos de septiembre, por la mañana, se celebra uno de los acontecimientos más esperados del verano para los donostiarras: la Bandera de la Concha, que es la competición de regatas, o *estropadak*, más importante del país. Se trata de un acontecimiento decimonónico, casi tan antiguo como la propia Tamborrada.

Las traineras más importantes luchan en la bahía de la Concha por ser las más rápidas completando el recorrido, y el equipo ganador goza de un gran prestigio.

Miren no es especialmente seguidora de ese deporte, pero sí recuerda que su padre era un gran seguidor, incondicional, y desde que Miren y su hermana eran niñas, tenía la costumbre de llevar a su familia al Paseo Nuevo para disfrutar de ese evento, rodeados de miles de aficionados que gritaban y jaleaban a sus equipos, batiéndose contra las olas. A la pequeña Miren le hacía más ilusión lo que veía alrededor que lo que pasaba en la bahía, a lo lejos. De hecho, apenas podía ver nada entre tanta gente más alta que ella.

Cuando llega ese primer fin de semana de regatas, las amigas de Miren escriben en el grupo de WhatsApp para organizar una *quedada*. La joven se lo piensa un poco, pero al final responde que irá, pues piensa que le vendrá bien para despejarse.

Ese domingo, llegan a las faldas de un abarrotado monte Urgull, por el puerto, y apenas pueden pasar, por lo que una de las amigas de Miren propone, ya que van con tiempo, subir al monte por las escaleras de San Telmo y pasear por allí hasta el Paseo de los Curas.

Antes de llegar allí, las chicas pasan al lado de la Iglesia de San Vicente.

Miren echa un vistazo, de soslayo, a la iglesia, y no puede evitar un escalofrío. Leire, que marcha a su lado, se percata y le pregunta qué le ocurre. Miren está tentada de contarle su historia, o al menos una parte, pero se contiene y le responde que está bien, con una sonrisa. En realidad, es consciente de que, si le cuenta alguna cosa, aun en pildoritas, acabará teniendo que contarle todo lo demás, y no quiere implicar a nadie, por lo que prefiere morderse la lengua.

Para mediodía ha terminado la jornada para las traineras, y para los aficionados comienza la segunda parte: la de continuar la fiesta en la Parte Vieja, que se vuelve casi impracticable con tantas miles de almas venidas de todos lados.

A media tarde, Miren ya está bastante bebida, y se lo está pasando muy bien. Aprovechando que se encuentra en *Ikatz* Kalea, uno de los epicentros de la fiesta, les dice a sus amigas que se va un momento a los servicios públicos de la plaza de la *Trini*.

Miren avanza dando algunos tumbos y abriéndose paso entre los grupos de gente. Finalmente, consigue llegar a la estrecha plaza, donde están los baños públicos, y tras hacer sus necesidades, se dispone a volver con sus amigas. Pero en ese momento, algo en su tripa le da un aviso en forma de pinchazo. La joven adivina al instante que el último chupito no le ha sentado bien, y que necesita vomitar. Da media vuelta y busca algún lugar un poco más escondido y con poca gente. Tras elegir un rincón, llega allí y vomita. Pese a la desagradable sensación del comienzo, tras varios jadeos, empieza a sentirse mejor.

Cuando se va a dar la vuelta, se topa de frente con un hombre que frisará la cuarentena, con los ojos inyectados en sangre y aspecto de ir de droga hasta las cejas. La joven apenas tiene tiempo de reaccionar cuando el hombre la abraza y le susurra obscenidades en la oreja, mientras le soba el trasero con violenta torpeza.

Tras el *shock* inicial, Miren forcejea para apartarse cuando el hombre la empuja contra la pared. La joven logra pegar un par de gritos. Aunque no hay nadie cerca, el individuo se asusta y, tras sopesarlo unos segundos, decide apartarse y abandona el lugar corriendo.

Miren cae de cuclillas, respirando fuerte, y le entran ganas de llorar. Un par de minutos más tarde, busca a sus amigas y les cuenta lo sucedido. Tras ello, van al puesto de la Ertzaintza más cercano a denunciar los hechos.

Aunque sus amigas le insisten en quedarse un rato más con ella, hablando de lo sucedido, en los bancos del Boulevard, Miren les confirma que prefiere irse a casa.

Ya en el taxi que la acerca a casa, sentada en el asiento trasero, Miren se empieza a sentir como una tonta por no haber sabido reaccionar de otro modo. No puede evitar el llanto, pero lo hace en silencio, intentando no llamar la atención del conductor.

Su cabeza comienza a divagar y a imaginar diferentes escenarios. Primero, su mente compone la imagen de Ari, con la que lleva tiempo sin hablar. Se la imagina sufriendo un acoso similar al que ella misma ha padecido poco antes, pero por parte de varios hombres y de modo, seguramente, mucho más agresivo. Después le llega el recuerdo de Ane. Pero antes de que pueda imaginarse, una vez más, lo que pudo soportar, su propia mente le impide ir más allá, como una suerte de sistema de autoprotección.

## 43

Pasa todo el mes de septiembre y llega octubre. Y con él, vienen las interminables semanas sin parar de llover. Los días son cada vez más grises, más cortos, y el aura de glamour de la capital guipuzcoana se va apagando cada vez más.

Conforme van pasando los días, Miren comienza a superar lo ocurrido, y cada vez piensa menos en ello. Pero se promete estar más preparada la próxima vez, por si le volviera a ocurrir algo similar. Para empezar, llevará el espray de pimienta siempre con ella.

Un día, sin haberlo esperado en absoluto, le llega un mensaje de Mertxe, aquella bondadosa mujer a la que conoció meses atrás, durante sus abruptamente cercenadas prácticas en la Ertzaintza. La mujer le pide a Miren reunirse, pues tiene algo importante que contarle.

Miren va esa misma tarde a la comisaría; la jornada laboral de Mertxe acaba a las cuatro de la tarde. La joven se sienta en un banco cercano, esperando con ansias la salida de su antigua compañera. Unos minutos después de la llegada de Miren, Mertxe sale de la comisaría por la puerta principal, vestida de calle y con un gran bolso colgado de su hombro derecho.

En cuanto ve a Miren, sonríe ampliamente y le saluda con el brazo efusivamente. Cuando llega a su altura, ambas de funden en un cariñoso abrazo para, a continuación, dar un paseo por la zona. Los primeros minutos los dedican a ponerse al día. Miren le cuenta sus últimos meses haciendo un resumen extremadamente simplista, pero Mertxe se explaya a gusto, hablándole de su familia: de sus hijos y de su marido, sobre todo. Después, le cuenta también sus discusiones con su superior, y otras cosas más. Miren está encantada de charlar con su vieja amiga, pero empieza a impacientarse por la locuacidad de su interlocutora.

Por suerte, Mertxe se da cuenta e interrumpe la historia que estaba contando en ese momento.

—¡Ay, Miren, qué transparente has sido siempre! —le espeta, riendo a carcajadas—. Tranquila, que te voy a contar lo que he descubierto. O bueno, lo que he recordado, más bien. Pero vamos a sentarnos, mejor, que tengo las piernas doloridas.

Se sientan en un banco de la Plaza de José María Sert, en la zona de Benta Berri, y Mertxe comienza su relato:

—Pues mira, ¿recuerdas cuando te colé en los archivos? ¡Qué tonta, pues claro que lo recuerdas! Pues a lo mejor recordarás también que había informes que estaban claramente… No sé cómo decirte. Como si faltaran hojas.

—Sí. Y tanto que lo recuerdo.

—Pues con las prisas, y que yo estaba muy nerviosa por si nos pillaban, lo reconozco, pasé por alto uno de esos informes. Bueno, pues hace unos días, me tocó buscar una cosa en el archivo. En fin. La cuestión es que me topé con ese caso y me vino a la mente aquella tarde que entraste allí. Me puse a revisarlo y se me antojó como conocido. Y entonces me di cuenta de que ese caso yo ya lo había vivido.

—¿Cómo dices?

—Pues que eso ocurrió a los pocos meses de entrar yo en la Ertzaintza. Ya lo recuerdo. Se trató de una chica joven que fue secuestrada y violada. La cuestión es que la dieron por muerta y la tiraron por ahí. Pero la chica estaba malherida, pero no muerta.

—¿En serio?

—Sí, sí, estoy segura. Me marcó muchísimo. Solo que el informe que vimos hace meses estaba tan incompleto que apenas ponía nada del caso.

—¿Y dices que sobrevivió?

—Sí, sí. Seguro. Uno de los que la escoltó después era un conocido mío del barrio, y me lo contó todo. Resulta que la chica necesitó meses para recuperarse. Por desgracia, nunca volvió a ser la que era. La pobre tuvo muchos problemas psicológicos. No sé lo que le harían, pero debió de ser horrible. Se quedó traumatizada.

—¿Y aún vive?

—Me figuro que sí. Aquello ocurrió hace más de veinte años. Ahora tendrá unos… cuarenta años o así.

—Mertxe. ¿Me darías el nombre de esa chica?

—¡Sabía que me lo pedirías! Tranquila, te lo he traído todo —Mertxe, con una sonrisa, abre el bolso y saca una carpeta color azul marino—. Aquí dentro está todo lo que he encontrado. Sus datos, lo que queda del informe del archivo, que le he hecho una fotocopia —le guiña un ojo—, y todo lo que he podido saber. Mira, le llamé a mi antiguo compañero, el que era de mi barrio. Ahora está en la Central, en Gasteiz. Apenas se acordaba del caso, pero me dijo que a la chica la llevaron a una clínica mental. A Arrasate. No sabe si seguirá allí, pero en su momento, los médicos no le dieron muchas esperanzas de recuperación a la familia, así que es probable que siga allí.

* * *

Miren llama a Fran mientras vuelve a casa en el autobús. Le cuenta todo sobre esa chica superviviente, la única de la que han tenido noticia hasta el momento. Fran le promete que moverá sus hilos para enterarse de todo lo que pueda.

Al día siguiente, Miren recibe una llamada de Fran. Efectivamente, esa mujer, Laida Martínez, sigue ingresada, pero no en esa clínica, sino que fue trasladada a una residencia más tranquila. Para sorpresa de la joven, antes de que pueda pedirle nada más a Fran, su profesor se adelanta:

—Y sí, he concertado una visita con esa mujer. No ha sido fácil, pero… bueno, no te diré lo que he tenido que decir. En fin. Dentro de tres semanas podremos ir allí.

—¿Tres semanas? Pensaba que sería antes.

Se escucha la risa de Fran, al otro lado de la línea:

—¿Dónde ha quedado eso de la paciencia y el no precipitarse?

—Tienes razón. En tres semanas, entonces.

Tras colgar, y pese a que esperar tanto tiempo ha sido un poco un mazazo para ella, Miren se siente muy agradecida con su profesor.

## 44

Llega la fecha señalada en rojo en el calendario y juntos, Fran y Miren, se dirigen al fin a la residencia en el coche del profesor.

Aparcan en el parking frente a la residencia y, nada más bajar del coche, a Miren le parece un lugar bastante agradable. Al menos, los jardines exteriores son coloridos y están bien cuidados. Entran al edificio y se acercan al mostrador de la recepción. Poco después, un auxiliar o celador (Miren no tiene muy clara su diferencia por el color de su indumentaria) les conduce a un ala del edificio al que acceden por una puerta doble.

Llegan a una de las habitaciones y el auxiliar entra primero, pidiéndoles a Fran y a Miren que esperen fuera un momento. Cierra la puerta tras él, pero ambos visitantes, tras cerciorarse de que no hay nadie en los alrededores, acercan la oreja a la madera de la puerta, para escuchar todo lo posible.

—Hola, Laida —se le escucha al auxiliar decir—. Han venido unos familiares de visita.

—¿Familiares? —le susurra, al otro lado de la puerta, en el pasillo, Miren a Fran.

—¿Qué otra cosa podía decir? —le murmura, a su vez, el profesor.

Unos segundos después, sale el auxiliar.

—Dice que estará encantada de veros. Así que adelante. Cualquier cosa, le dais al botón verde que está en la pared. ¿Bien?

Tras despedirse, el auxiliar se aleja con paso vivo por el pasillo, para volver a sus quehaceres.

Por su parte, Miren y Fran entran a la habitación, con cierto reparo, y cierran la puerta tras ellos. En cuanto entran, se hacen un rápido esquema mental de la habitación. Hay una cama y una mesa con una silla por mobiliario, además de un armario ropero junto a la cama. Al fondo, contra la ventana, hay un sillón que da la espalda a la estancia. En ese sillón está sentada una persona.

—¿Laida? —pregunta Miren, con timidez.

La aludida gira la cabeza y mira a los recién llegados, con una sonrisa.

—Adelante, adelante. No esperaba visitas. Pero gracias —y con una mano, les hace gestos para que tomen asiento.

Ambos se sientan en el lado de la cama más cercano a la ventana mientras la mujer no pierde ojo a sus visitantes, sin perder la sonrisa, un poco ida.

Una vez sentados, Miren aprovecha para mirar mejor a la mujer, que le ha dado la vuelta al sillón para mirar mejor a esas dos personas. Salvo por la mirada y la sonrisa idas, y el aspecto excesivamente cansado, con unas profundas ojeras, a Miren no le recuerda a la típica persona con problemas psiquiátricos que ha visto en la televisión o el cine. De hecho, más bien le parece una mujer triste, lánguida, como esas personas que van por la vida como si estuvieran siempre cansadas.

La que le sonríe es una mujer de mediana edad, con una cabellera que le cae por la espalda, de color rubio pero salpicada con muchas canas. Los ojos son verdes y ovalados, con un matiz de melancolía.

—Hola, me llamo Fran —se presenta el profesor, vacilante, y Miren hace lo propio.

—¡Encantada! Yo soy Laida —les saluda con una efusividad inusitada.

Todos se quedan callados un incómodo instante. Miren no sabe cuánto tiempo podrán estar allí, así que decide entrar en materia sin dar demasiados rodeos, fiel a su estilo.

—Mira, Laida. Mi… hermana hace años salió en la Tamborrada.

Al oír esa palabra, la mujer se estremece un poco. Miren vacila un momento, pero como la mujer parece haber retomado la calma, continúa.

—La cuestión es que sufrió una… agresión —piensa en cómo decirlo de la manera más suave—. Alguien fue a por ella. Y… Según creo, a ti te pasó algo parecido. Aunque no tienes por qué habl…

—¿Sufrió una agresión? —Laida le interrumpe y pierde repentinamente la sonrisa, que se convierte en una mueca de indignación—. ¿Quieres decir que la mataron, no?

—Eh… Bueno, sí.

—Pues dímelo. No soy ninguna niña. Sé por qué estoy aquí.

Miren se queda en silencio. Fran toma la palabra.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque fui un *error*, sin duda —Laida deja de mirar a sus visitantes y pasa a mirar a la pared—. Yo no tendría que estar viva. Pero ya veis.

—¿Y entonces…? —Fran no sabe qué preguntar.

—Parecéis buenas personas. No sois como aquellos que estuvieron aquí.

—¿Aquellos? —pregunta Miren en voz alta, asustada, aunque se arrepiente rápido por haber mostrado su reacción de un modo más visceral de lo que le hubiera gustado.

—Sí. Unos hombres. Hace muchos años —se calla un instante, pero al ver la cara de interés de sus interlocutores, retoma la palabra—. Malas personas. No suelo contar esto, pero ya que habéis venido… Vosotros sabréis si queréis creerme o pensáis que estoy loca… Como hizo la Policía —antes de seguir hablando, Laida se gira hasta mirar por la ventana, hacia los jardines. Parece que eso le ayuda a rememorar, puesto que relaja el gesto—. Pues bien. No os contaré mucho sobre mi vida de cuando era niña, porque no hay mucho que contar. Mi vida era como la de cualquier otra niña de mi colegio. Tampoco tuve una adolescencia especialmente dura, salvo por los problemas típicos de la edad, vamos. ¿Que si era feliz? Yo diría que sí. Más o menos. Hasta que cumplí 17 años.

Laida sonríe casi imperceptiblemente al decir eso y detiene su relato. Parece que estuviera viéndose a sí misma con esa edad, y que eso le gustara.

Miren la apremia a continuar, con cariño.

—¿Y… qué pasó entonces?

Laida tuerce el gesto.

—Entonces, unos meses después, la víspera del 20 de enero, salí de cantinera en la compañía de mis padres. Después de acabar, mis padres me dejaron quedarme un rato más, con mis amigas. Estuve en algunos bares, pero

sobre todo en la calle —hace una pausa—. Y la verdad es que no recuerdo mucho más. De repente no me sentía bien, como si hubiera tomado algo malo. Recuerdo que alguien me cogió de la mano y me llevó lejos, hacia el monte. Yo no podía hacer nada, me sentía como fuera de mí. ¿Sabes? Y en algún momento, me debí de quedar dormida o algo porque no sé qué me pasó. De repente, me desperté en un sitio, no sé qué era eso pero estaba bastante oscuro. Por el olor, no sé, era como una despensa de comida. Ah, y había un par de hombres cerca de mí. Estaban hablando entre ellos, no sé de qué, pero como no me miraban en ese momento, me levanté del suelo como pude, y me acerqué a una luz que había al fondo. Después, abrí una puerta y salí a una especie de restaurante. Reconocí el sitio porque mis padres me habían llevado allí alguna vez. Era una Sociedad Gastronómica. La de Gaztelubide.

—¿La Sociedad Gaztelubide? —Miren no da crédito—. ¿Estabas ahí retenida?

—Sí, eso creo. En la trastienda, despensa, almacén o lo que fuera. Lo que pienso es que debía de ser un sótano, porque recuerdo que tuve que subir unas escaleras.

—¿Eran muchas escaleras? —pregunta Miren.

—No, no, eran unas pocas. Pues salí a esa Sociedad, y la gente estaba allí comiendo y riendo, como si nada. Nadie se había dado cuenta de que estaba allí, en la despensa. Me sentía muy mareada, pero hice un esfuerzo por gritar. Pero antes de hacerlo, alguien me tapó la boca y me sacó de allí. Era un hombre bastante grande y gordo, según me pareció. Me llevó de nuevo a esa especie de almacén y pegó un grito. Los dos hombres del principio se dieron la vuelta y me miraron. El hombre grande les echó la bronca, con mucha furia. Después, los dos hombres del principio me cogieron y me pusieron un pañuelo debajo de la nariz. Ya no recuerdo nada más. Hasta que me desperté, rodeada de un montón de gente. Pero no podía ver sus caras, porque llevaban capuchas. Ya sé que dicen que me lo inventé, o que todo fue producto de mi imaginación. Provocado por las drogas, además —Laida suspira, enojada—. Como si no recordara perfectamente lo que vi. Era un sitio oscuro, la única luz venía de unas antorchas. Intenté moverme, pero estaba atada, encima de una especie de mesa. Estaba muy fría. Y luego, y, y, luego…

Laida se calla al instante. Los ojos se le mueven muy rápido, como si sus recuerdos hubieran vuelto para atormentarla. De forma repentina, empiezan a salir lágrimas de sus ojos. Miren se levanta de un salto y va a hacia ella. Le

pone las manos en los hombros y la sacude ligeramente.

—No pienses en eso. Por favor. Olvídalo. No tienes por qué recordar eso.

—Miren, algo le pasa —le advierte Fran, que ha llegado a su lado y la observa, preocupado—. Tenemos que llamar a los médicos.

Como Laida no parece volver en sí, la joven asiente con la cabeza y Fran va en busca del botón verde. Lo encuentra sobre la mesilla junto a la cama y lo aprieta. Miren aún sostiene a la mujer, que aunque sigue fuera de sí, parece un poco más tranquila, pero respira de forma muy agitada. Unos segundos después, parece volver en sí y se lleva una mano al pecho. Al fin, con la voz entrecortada, vuelve a hablar:

—Lo siento. Creí que podría hablar de ello, pero no puedo…

—No hace falta que nos cuentes esa parte, de verdad —le intenta convencer Miren.

—No puedo. Creía que podría, pero no puedo contar lo que me hicieron —su voz suena como un susurro ronco—. Pero solo sé que no tendría que haber vivido. Fue un error. Me encontraron días después, según me contaron, y estaba medio muerta. Después, en el hospital, recibí la visita de la Policía y…

En ese momento, irrumpen a toda prisa en la habitación, como una tromba, un par de enfermeros, pero antes de que lleguen a su altura, la mujer, consciente de que ha llegado la hora de despedirse, se altera más que nunca y le susurra algo a Miren al oído, en voz muy baja:

—No te fíes de esos hombres. También en la Policía hay algunos de esos…

Pero antes de acabar la frase, los enfermeros llegan hasta ellas y apartan a Miren. Pese a las quejas de la joven, piden de forma imperativa a ambos visitantes que salgan de la habitación. Mientras lo hacen, la mujer, que está forcejeando con los enfermeros, que intentan tumbarla en la cama, grita unas últimas palabras:

—¡No te fíes de los polis, Miren! ¡De nadie! Ellos siguen por ahí. Y hacen lo que quieren.

Miren se queda en la puerta, y observa cómo le inyectan algo, probablemente un tranquilizante, porque la mujer se queda, en un segundo, inerte sobre la cama. Después de eso, el enfermero que está más cerca de la puerta va allí y se la cierra a Miren en las narices, sin disculparse.

* * *

Ya en el coche, Fran y Miren siguen muy tensos, sin apenas hablar de lo que acaban de ver. En cierto momento, viajando ya por la autopista, la joven comenta:

—Sinceramente, no me ha parecido ninguna loca. Yo la creo.

—Sí. Pienso lo mismo. Pero estoy dándole vueltas a eso de que salió en una sociedad gastronómica…

—¿Crees que una de las entradas está ahí, verdad?

—Tiene pinta. Pero ¿sabes lo que eso significa? Que tenemos una pista nueva.

—¿Quieres que vayamos allí? ¿Para entrar a los túneles?

—Todavía no. Pero tal vez sea un buen lugar desde el que entrar cuando llegue el 19 de enero.

—Aún queda mucho tiempo para eso —le recuerda Miren—. ¿Y qué me dices de lo que ha dicho Laida sobre los policías?

—Bueno, como te dije una vez, yo solo confío en algunos de ellos.

—Ya, ya lo sé… —Y entonces se le ocurre una cosa—. ¡Fran! ¿Y si me apunto a una compañía de la Tamborrada, como cantinera?

Fran le mira como si se hubiera vuelto loca.

—¡No hablarás en serio!

—¿Por qué no? Si esa noche, vestida de cantinera, quien sea que esté merodeando por Urgull me ve sola, paseando, tal vez quiera atraparme. Y entonces, lo que tienes que hacer es entrar por la entrada de la sociedad gastronómica con tus amigos policías y pillarles con las manos en la masa.

—¿Pero no ves a lo que te arriesgas? —le pregunta Fran, sin poder creérselo.

—Prefiero que me toque a mí a que le pase a otra chica. Yo, al menos, sé a lo que me arriesgo.

Fran no responde nada. Sigue conduciendo mirando a la carretera, con los labios fruncidos en un gesto de disconformidad.

**45**

La semana siguiente, Miren se inscribe en una compañía que sale a tocar de madrugada por la Parte Vieja. No le ha sido nada fácil conseguir el puesto, pero con la intermediación de su amiga Leire, y sobre todo del padre de esa chica, que es miembro de la junta directiva de esa compañía, esta última accede a concederle un puesto a Miren.

Pese al trabajo, la joven encuentra algunos ratos libres para estar con Fran durante el mes de diciembre. La mayor parte de esos momentos los pasan investigando en los archivos municipales, así como en los de la Diputación.

Gracias al puesto de Fran como profesor universitario, logra obtener una autorización especial para entrar en ciertas salas vedadas para el común de la ciudadanía. En algunas ocasiones, además, obtiene un permiso de varias horas para Miren también, ya que aún posee su carnet de estudiante universitaria.

No obstante, todos sus esfuerzos son casi baldíos, ya que no encuentran ninguna información sobre la Sociedad de La Bella Easo, sobre la existencia del sistema de túneles bajo el monte Urgull, y mucho menos sobre otras posibles entradas y salidas del mismo. En cualquier caso, ninguno de los dos esperaba encontrar gran cosa, por lo que no se desaniman. Además, el nuevo año está llegando, y con él, solo tres semanas después, la celebración de la Tamborrada, lo cual les produce cierta emoción, pero también una sensación de nerviosismo creciente.

Una semana antes de Navidad, rebuscando en varios documentos, Fran encuentra un sello que le llama la atención y se lo enseña a Miren. El sello está en la parte superior derecha, y muestra un carruaje tirado por dos leones y una mujer sobre él, agarrando las riendas con aparente determinación.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunta Miren.

—Jamás había visto este sello —afirma el profesor—. Y esta imagen… Me suena haberla visto antes.

—¿En las fotos del monumento? —A la joven también le suena—. ¿Qué dice el documento?

—Pues poca cosa, en realidad. Estos números… Sin duda son unos pagos, y cuantiosos para la época, pero no se especifica nada, realmente. Ni nombres,

ni su procedencia, ni nada.

—Pues no es que sea una gran ayuda —dice Miren, convencida de ello.

—No tiene por qué. Es como si todo esto fuera un mensaje encriptado. Si no te importa, me gustaría investigarlo más, en casa. Le sacaré una foto. Si descubro algo, te lo diré.

—Vale, bien. Sospechoso es, o al menos eso parece. Y ya es bastante más de lo que hemos encontrado hasta ahora. Porque, ¿qué sabemos? Solo lo que aparece en el diario del escultor. Y el único que podría darnos más información, su descendiente, está muerto.

—Seamos positivos, Miren. También sabemos bastantes más cosas. Esa logia, sociedad o lo que sea no puede tener más de dos siglos, ¿no? Por tanto, se puede acotar la investigación. Y puede que en estos archivos no haya mucho, pero si vinieron personas influyentes de otras zonas del mundo… ¿Quién te asegura que no haya más gente, más miembros, que hayan escrito cosas sobre la *Sociedad de La Bella Easo*? Tal vez, en otros lugares de Europa estén archivadas las correspondencias de hombres importantes que estuvieron aquí. Y en algún momento, puede que entre ellos comentaran algo de ella.

—¡Puff! Menudo trabajo ir archivo por archivo. ¿No?

Fran suelta una carcajada.

—Esa es otra cuestión.

Tras ese hallazgo, no encuentran nada más ni ese día ni los siguientes. Llegan las vacaciones y Miren pasa las Navidades con su familia. Esta vez, discuten menos de lo normal, pues la joven tiene un objetivo tan fijado en la cabeza, que no quiere perder el más mínimo esfuerzo mental en discusiones.

Llega el nuevo año y con él comienzan, la segunda semana de enero, los primeros ensayos de la Tamborrada, en el local de la compañía, un amplio sótano de la misma Parte Vieja donostiarra.

* * *

El 18 de enero, martes, Miren se levanta con mucha inquietud. Por primera vez desde que tomara su decisión, en el coche de Fran, regresando de aquella residencia, Miren pierde algo de su determinación. No está tan segura,

y está tentada de dejar caer su plan e incluso de quedarse todo el día 20 en la cama, sin salir de ella. A cambio, piensa en pedirle a Fran que avise a la Policía, a los altos estamentos, pues, piensa, tal vez Laida estuviera equivocada; quizá los altos cargos policiales no sepan nada de todo lo que ocurre en ese extraño lugar, cada 19 de enero por la noche.

Poco después, mientras desayuna, sola en la mesa de la cocina, se da cuenta de que no ha sido más que un momento de debilidad. Aún estaba medio dormida, y en esos momentos es habitual que florezcan pensamientos y miedos ocultos. Miren aleja esos temores, ahí sentada, y se reafirma en seguir con el plan. «Laida», reflexiona, «no es ninguna loca. Puede que no sepa cómo, pero está segura de que hay gente importante dentro de la Policía que sabe que ocurren cosas extrañas, delictivas, y que no hace nada por investigarlas. Y yo la creo.»

De hecho, esa misma mañana ha quedado con el profesor para volver a hablar del plan que llevan semanas trazando. A grandes rasgos, lo que han decidido es que, cuando la compañía de Miren esté desfilando por la Calle 31 de Agosto, a la altura de la Plaza de la Trinidad, Miren le comente a Leire, que marchará a su lado, que se siente mal y necesita un descanso. Sabe que su amiga le pedirá ir con ella, pero Miren insistirá en que será cosa de unos minutos, y que en breve volverá a buscarles. Después, seguirá pavimento arriba por la plaza hasta tomar el estrecho callejón que discurre paralelo a la Calle 31 de Agosto, hasta llegar a la Plaza Zuloaga. Desde allí, subirá por las escaleras aledañas al Museo de San Telmo para irse acercando a la zona que tan bien conoce. Desde luego, tiene la intención de hacerse notar, de dejarse ver y oír. No sabe por qué, pero más que la esperanza, tiene la corazonada, casi la convicción, de que la escucharán.

Por su lado, Fran, y con él varios policías de incógnito, aquellos en lo que más confía, entrarán por la entrada secreta de la Sociedad Gastronómica Gaztelubide y avanzarán hasta la gran sala donde imaginan que se reunirán los miembros de la Sociedad secreta. Para allanarles el camino, Fran y Miren intentaron trazar una especie de mapa con los recuerdos que tiene la joven sobre ese lugar, haciendo el camino inverso a su huida. Pese al tiempo que le dedicaron al plano, Miren no está segura de que sea del todo fiable. Pero como en esos meses no han encontrado nada más, ni ha aparecido ningún otro confidente de la nada, tienen que conformarse con ese rudimentario dibujo en un folio tamaño A3.

* * *

Cuando Miren llega a los jardines del Palacio de Miramar, son más de las once. Fran está en la zona baja de la parcela, en el Pico del Loro, el promontorio de roca desnuda que se interna en el mar cuando la marea está alta, separando en dos la arena de la bahía.

El cielo está despejado esa mañana, aunque el sol no calienta lo suficiente como para que no sea necesario llevar un abrigo puesto, o una rebeca, cuanto menos.

Miren saluda a Fran y ambos se ponen a pasear bajo los árboles del jardín, sobre los caminos de piedra suelta, y también a la sombra del palacio, mientras ultiman los detalles del día siguiente.

—Entonces, tus contactos, o bueno, esas personas, ¿ya están avisadas? —pregunta Miren.

—Sí.

—¿Irán todos?

—Salvo que algo cambie de hoy a mañana, sí. Están todos preparados.

—Bien, bien —Miren se queda un poco más tranquila, aunque no tenía dudas sobre la respuesta de su antiguo profesor.

En ese momento, la joven mira hacia la pared de ladrillo del palacio, a unos treinta metros.

—Es curioso pensar que dentro de esos muros, hace más de un siglo, gente poderosa se reuniera, en esos salones tan lujosos, para decidir cosas tan terribles.

—Y no solo aquí. En tantos sitios más… —corrobora Fran—. Como decía mi madre: si las paredes hablaran…

Siguen paseando un poco más, pero ya no tienen ganas de volver a repasar el plan, así que hablan de temas más triviales, hasta la hora de comer.

Esa tarde, Miren tiene que volver a trabajar; su último día hasta la semana siguiente, porque tiempo atrás le pidió a su encargada que le pusiera las vacaciones esos días.

## 46

Llega el día 19, y Miren se queda en la cama hasta mediodía. Está más asustada de lo que le gustaría reconocer. Prepara la comida pero, cuando va a sentarse a la mesa, se da cuenta de que no tiene ni una pizca de hambre, por lo que guarda la comida en la nevera y se va a la sala. Pese a haber dormido tanto, Miren se tumba en el sofá y se queda dormida, con el sonido de la televisión de fondo.

A eso de las 5 y media, se despierta de golpe, cuando una de sus compañeras de piso, Enara, se despide de ella. Además, le comunica que se va ya y que no cree que vuelva hasta el día siguiente por la mañana, «si eso.» Miren le responde con una sonrisa y se vuelve a tumbar, pero se ha desvelado y no reanuda la siesta.

Esa tarde, a las 8, ha quedado con Fran en las inmediaciones de la Plaza Gipuzkoa, para desearse ánimo y cenar algo, si es que son capaces de ello.

Diez minutos después de que su compañera se haya ido, llaman a la puerta de su casa. Miren se levanta con pesadez y va a la puerta del piso. Mira por la mirilla pero no ve a nadie. Está a punto de darse la vuelta pero, por si acaso, prefiere abrir la puerta para cerciorarse de que no hay nadie.

Abre la puerta y asoma la cabeza. Mira primero a la izquierda y no hay nadie en el rellano. Cuando va a girar la cabeza y mirar a la derecha, siente una mano en la boca y aunque intenta gritar, no puede. Después, todo se va a negro.

* * *

Miren se despierta con un fuerte dolor de cabeza, todavía con los ojos cerrados. Tarda varios segundos en darse cuenta de que ya no está tumbada en el sofá de su casa. Antes de abrir los ojos, siente un olor extraño, como a incienso, que le recuerda a la época de su vida cuando su abuela la llevaba a misa. Incluso la luz que sus ojos captan a través de los cerrados párpados es distinta a la iluminación de la sala de estar de su casa.

A medida que su mente se va despejando, se da cuenta de otras sensaciones. Por ejemplo, siente que está tumbada boca arriba sobre una superficie dura y lisa. Además, la fina camiseta que viste no es suficiente para

evitar notar lo fría que está la superficie sobre la que se encuentra. Cuando intenta llevarse una mano a la cara, se percata de que tiene el brazo derecho inmóvil por algo que lleva atado a la altura de la muñeca. Intenta mover el otro brazo, y las piernas, pero no puede mover ninguna extremidad.

Un pensamiento fugaz cruza su mente. En un instante, se da cuenta de su nueva situación y abre los ojos, pese al intenso dolor de cabeza. Mueve el cuello a los lados y echa un vistazo alrededor.

Tal y como temía, se encuentra en la gran sala que descubriera, con la escasa luz de la linterna de su móvil, meses atrás. Esta vez, sin embargo, hay algo más de luz, la que emana de las llamas de las antorchas de las paredes.

Aunque no pueda verla, sabe que está justo sobre esa especie de estructura de piedra rectangular que vio en aquella ocasión y que le recordó a un altar.

El miedo la invade hasta la médula. Intenta desasirse de sus ataduras, con fuertes sacudidas, pero son demasiado firmes, hasta el punto de que, a los pocos segundos, empiezan a dolerle las muñecas y los tobillos por la rozadura con aquello que la mantiene en esa posición, y que por su áspero tacto adivina que se trata de cuerdas.

Mira a los lados, varias veces, y se da cuenta de que, al menos, está sola. Entonces grita con todas sus fuerzas, a pleno pulmón. Después de pedir ayuda varias veces, es plenamente consciente, junto a una sensación de suma impotencia, de la inutilidad de su esfuerzo. Nadie puede oírla, pues sabe que se encuentra aislada, muy lejos de cualquier posibilidad de auxilio. En ese momento, sus gritos de ayuda se convierten en un quejumbroso lamento.

Solo unos segundos después de callarse, escucha un sonido de cadenas a su derecha. Mira allí y observa, con sorpresa, que a unos tres metros de allí hay un bulto acurrucado en el suelo, que con las prisas y la escasa iluminación había pasado por alto.

Con un quejido de dolor, el bulto del suelo se da la vuelta y se queda de cara a Miren, que no puede evitar un grito de horror.

Pese a tener la cara ensangrentada y encontrarse de espaldas a la fuente de luz más cercana, descubre al instante que se trata de Fran Casanueva.

Antes de que Miren pueda decir nada, congelada como se ha quedado por

la honda emoción, Fran levanta la vista y abre mucho los ojos cuando su mirada se encuentra, frente a frente, con la de su amiga.

—¿También a ti te han cogido? —le pregunta el hombre, con desesperación.

—Me cogieron en mi casa, Fran… —le contesta Miren, y está a punto de romper a llorar, pero consigue contenerse, pues la rabia sustituye a la pena en un segundo.

—A mí también. ¿Te han hecho daño?

—No. Bueno, me duele todo pero creo que es porque me han drogado. Pero tú estás sangrando —le dice, con lástima y una sensación de responsabilidad y culpabilidad.

—Sí… Alguien me golpeó en la cabeza cuando estaba a punto de salir del portal, hace un rato. Y no sé nada más, hasta esto —en ese momento, con mucho esfuerzo y dolor, se incorpora hasta quedarse de rodillas y alza las manos para que su antigua alumna las vea.

Sendas argollas anchas atrapan sus muñecas, y las cadenas llegan hasta el suelo. Miren recuerda entonces que podrían ser perfectamente las cadenas con las que tropezó en su primera incursión.

—Pero ¿quién nos ha hecho esto? —pregunta la chica, aunque antes de acabar de formular la pregunta, puede intuirlo—. ¡Qué idiota soy! Pues los mismos que le hicieron esto a mi hermana, a Janire, a Pablo…

Fran no responde. En su lugar, empieza a dar bruscos tirones a las cadenas, sin resultado.

Poco después, observan que hay un punto más de luz, acercándose desde el fondo, desde la zona que queda a los pies de Miren. Fran deja de dar tirones y se pone tenso. La joven alza la cabeza todo lo que es capaz para ver mejor lo que ocurre.

# 47

Unos segundos tarda esa luz en salir por una galería. En ese momento, descubren que se trata de una figura enfundada en una especie de sayo que le llega a los pies y que porta una antorcha. Miren observa que bajo la capucha no puede ver más que un agujero sombrío.

La figura deja la antorcha en una base vacía, junto a la galería, y avanza hacia las dos personas encadenadas, con parsimonia, como si no tuviera prisa.

Se queda a varios metros de ellos y les mira, a uno y a otro, varios segundos, bajo la capucha. Y entonces, se la retira de la cabeza y la deja caer a su espalda.

Miren ahoga un grito. El rostro que le devuelve una mirada sardónica es la del hombre de la esquela. Nada más y nada menos que Pablo Abarrategi, el hombre de los anónimos.

—¡No puede ser! —grita Miren, en *shock*.

—¿Creías que estaba muerto, eh? ¿Y tú querías ser la futura Sherlock? —pregunta el hombre, y se ríe con una voz ronca y profunda.

—No lo entiendo —admite Miren, sintiéndose trastornada.

En ese momento, el hombre se acerca al altar y empieza a comprobar, con excesivo celo y lentitud, si las ataduras de la chica siguen bien firmes.

—Fue una cosa inevitable —comienza Pablo—. Como ya sabéis, mi bisabuelo fue el escultor del monumento del Centenario. Ah, por cierto —en ese momento, el hombre mete una mano en uno de los amplios bolsillos de su sayo, saca un libro y lo alza a la altura de su cabeza para que Miren pueda verlo bien—. Me quedo con las memorias de mi antepasado, si te parece bien.

—Pero entonces… ¿Por qué me lo enviaste?

—Porque sabía que no lo harías público —hace una pausa—. ¡Eres tan predecible!

—¿Por qué nos has traído aquí? —pregunta entonces Fran.

—Bueno —el hombre dedica una mirada de desdén al profesor—, tú en sí no deberías estar aquí, pero decidiste meterte en esto. A mí quien me interesa es Miren.

—¿Yo? ¿Por qué? —pregunta la aludida, sin entender nada.

—Porque cierto día te vi husmeando en Urgull, hace ya años, cerca de una de las entradas secretas.

—La del Cementerio de los Ingleses, sí —admite Miren—. Desde que mataron a mi hermana.

—Sí, lo sé. Fue poco después. Así que investigué quién eras. Descubrí que eras la hermana de esa chica, y te he estado siguiendo desde entonces. Eres muy tenaz, y eso me gusta —Miren siente repugnancia al oír eso—. Durante años has estado detrás de esto, buscando pistas. Y sabía que tarde o temprano lo descubrirías, así que decidí ofrecerte una ayudita.

—¡Me dijiste que dejara de investigar!

—Pero sabía que no me harías caso. Aunque, pensándolo bien, si lo hubieras hecho, no estarías aquí.

Miren siente una punzada de culpabilidad en el estómago. Por ella y por haber arrastrado a Fran en su obsesión.

Entonces, Pablo se acerca a Fran y le propina un fuerte puñetazo en la cara que le deja aturdido, provocando el grito de indignación de Miren. Después, revisa las cadenas que inmovilizan al profesor. Tras ello, se da por satisfecho, se aleja un poco y sigue hablando.

—Antes de irme, os contaré una historia. Mi bisabuelo Juan Piqué, aunque murió mucho antes de que yo naciera, me hizo un gran regalo. Y, como os imagináis, fue el privilegio de pertenecer a una gran Sociedad como es la de La Bella Easo. No tenía ni idea de todo aquello, claro. De hecho, yo nunca debería haber formado parte de ese círculo, pues era mi antepasado por vía materna. Pero mi tío José Antonio murió sin descendencia, así que ese honor recayó en mí; su único heredero varón. Cierto día (yo no tendría ni 30 años), unas personas contactaron conmigo y me dieron la opción de formar parte de algo muy grande. Así, pasé de ser un don nadie a formar parte de la élite de esta ciudad; con todos los beneficios sociales y económicos que ello conlleva.

Lo único que me pidieron a cambio fue mi más sincera y absoluta lealtad. Y se la di, desde luego.

—¡Cómo no! —exclama Miren con repulsión, sin poder reprimirse; aunque se arrepiente al instante por haber hablado.

Pese a sus temores, Pablo parece hasta complacido, y continúa hablando.

—Fue un auténtico privilegio, y siempre veneré a mi bisabuelo por ello, hasta que encontré ese cuaderno con sus notas. Me di cuenta de que estaba arrepentido de lo que hizo; y estoy seguro de que no hizo públicos sus escritos por miedo a lo que sus *hermanos* podrían hacerle a sus descendientes… ¡Y gracias al cielo que no los hizo públicos! —hace una pausa—. ¿Cómo se le pudo ocurrir escribirlos? Fue el peor error de su vida. Si ese libro hubiera caído en malas manos… ¿El prestigio de cuántas familias habría quedado en entredicho? Familias aristocráticas, acaudaladas… ¡Incluso de la realeza! —su vehemencia va en aumento—. ¿Y cuántos buenos hombres habrían acabado en la cárcel? Y supongo que las sociedades gastronómicas habrían estado en el punto de mira. Las habrían cerrado, claro. Y todo esto habría sido un escándalo… ¡Solo de pensarlo me entran escalofríos! Mi bisabuelo era débil —añade, con rabia—, pero les demostraré que yo no lo soy.

—¿Demostrárselo a quién? —pregunta Miren.

—A ellos, claro. A mis *hermanos* de la *Sociedad* —cuando lo dice hay un matiz de enajenada veneración en su mirada—. O bueno, a los que espero que hoy vuelvan a serlo.

—No lo entiendo. ¿Por qué? —insiste Miren, confusa.

—Porque les fallé. Hace un tiempo. Y por ello me expulsaron —se queda callado y su rostro cambia de expresión, como si un pensamiento fugaz y doloroso hubiera cruzado su mente—. Quizá tendría que explicaros antes algo más. Sé que no debería hablar de esto, pero al fin y al cabo, no pasaréis de esta noche… Mirad. Mi bisabuelo, en sus escritos, jamás se atrevió a verbalizar lo que os voy a contar, pero a mí no me importa decirlo. Y lo digo con orgullo, además —se toma un segundo para organizar sus ideas—. Tenéis que entender que los hombres, cuando alcanzan una gran cota de poder, siguen teniendo aspiraciones, y llega un momento en que los placeres y ambiciones mundanas les saben a poco. Por ello, van refinando sus gustos; remodelándolos. Los primeros miembros de nuestra *Sociedad*, cuando aún no

había sido refundada y no tenía ni nombre, por lo general intentaban aplacar sus renovados y oscuros deseos por libre, lo cual ponía en riesgo el secretismo del grupo. Pero llegó la dulce y lúcida reina María Cristina, y con su ayuda se hicieron unos cambios que, a la larga, demostraron ser vitales para la supervivencia de la *Sociedad*. Se pusieron unas normas más estrictas, para dotarnos de una mayor seguridad, pero que también resultaron ser mucho más estimulantes. En vez de que cada uno saciara sus impulsos por su cuenta y riesgo, se decidió fijar una fecha en el calendario. Un día en el que todos pudieran gozar por igual.

—La noche del 19 al 20 de enero… —pronuncia Miren, entre dientes.

—La víspera del día grande de la ciudad, por supuesto. Fue votada por la mayoría, incluyendo a la Reina. Un día cargado de simbolismo por sí mismo. Y esa noche, los más bajos instintos de todos y cada uno podrían florecer, sin inhibiciones ni vetos de ningún tipo. Una noche de libertad absoluta. Para lo cual, necesitaban una víctima, claro.

—¿Una chica joven? ¡Es asqueroso! —Miren vuelve a gritar, intentando forzar sus ataduras, pero sin resultado.

—Está claro que no lo ves desde mi óptica. En el mundo siempre ha habido ganadores y perdedores. Para que uno gane, muchos tienen que perder. La cuestión es saber estar en el bando ganador —tras observar, casi con diversión, la reacción de Miren, continúa—. Pero incluso en el bando ganador, es decir, en nuestra amada *Sociedad*, no todos son igual de poderosos, claro. Y por tanto, en su día se propusieron varios roles. Los miembros de más alto rango esperarían a que otros les trajeran a la víctima.

—¿Qué otros?

—Aquellos que quisieran ascender en la escala social. Cada año se promocionan unas personas, unos voluntarios, podríamos decir. Y esos voluntarios se encargan de salir al exterior, atrapar y llevar una joven ante los demás. El primero que lo consigue, sin correr un riesgo excesivo, claro, obtiene una meritoria ovación del resto. Y no solo eso, sino que también logra ascender en el escalafón de la *Sociedad*; y por ende también en su vida, claro…

—¿Por ejemplo? —pregunta Miren, con cierta curiosidad, a pesar de todo.

—Recuerdo el caso del hijo ilegítimo de un vizconde. Una de esas vísperas de San Sebastián, demostró un gran arrojo y destreza. Les llevó a sus compañeros un magnífico presente: una joven de indudable y virginal belleza. Pues bien, unas semanas más tarde, ese descendiente bastardo estaba comprometido con la hija y única heredera de un adinerado duque. Y en cuanto a mí, hoy les demostraré que sigo siendo de confianza. Mira, te contaré algo más, Miren, porque seguro que esto te interesa. Hace unos años, me presté voluntario para salir a la *caza* —la joven imagina perfectamente lo que quiere decir con eso— y ser promocionado. Lo cual es un gran honor reservado a unos pocos. Aunque algunos mostraron sus dudas en un principio, me lo permitieron. Salí y me encontré con una chica que era perfecta. La rapté y me la traje. Pero en el camino, la chica mostró ser más dura de pelar de lo que me imaginaba y se me escapó. Perdí su pista y tuvieron que atraparla otros hermanos. Después de ello, me degradaron y me expulsaron, pues los errores no se consienten, no al menos los que comprometen la seguridad de nuestra existencia misma como *Sociedad*. Por ello, me expulsaron. Pero antes, me obligaron a esperar fuera de esta sala, sin participar en el rito. Después, me encomendaron deshacerme del cadáver de la chica. Si cumplía con las reglas, tal vez me ganara su aceptación.

—¿De qué reglas hablas? —pregunta Fran, tras pasar un buen rato en silencio.

—De nuestro juego, claro. Una vez el rito ha sido finalizado, otro honor consiste en deshacerse del cadáver. Otros miembros se presentaron voluntarios, pero me dejaron encargarme a mí e intentar resarcirme de mi error. Y he ahí las pistas que te dejé, Miren. La escultura de mi bisabuelo…

Miren empieza a entender.

—La escultura fue desmantelada —recuerda ella, en voz alta—. Y los trozos fueron diseminados.

—Exacto. Cuanto más se arriesga uno, más mérito tiene. Lo más fácil es echar el cuerpo al mar, o abandonarlo en el monte, o en algún vertedero. Pero eso da pocos puntos, podríamos decir, y los demás hermanos se ríen de los que hacen eso. Logran más mérito y reconocimiento quienes más se arriesgan. Hay que intentar deshacerse del cuerpo a los pies de alguna de las partes de la antigua escultura, y cuanto más lejos esté de Urgull, mejor.

—¡Por Dios! ¡Es macabro! —espeta Miren, fuera de sí.

—Es normal que tú lo veas así. Pero para mí es el juego perfecto. Por desgracia, aquella noche, la del 20 al 21, es decir, un día después del rapto, me puse nervioso y no logré mi objetivo. Casi me pillan *in fraganti*. Y de esa forma, me boicoteé a mí mismo, pues supe al instante que en ese momento me había convertido en un paria.

Miren cae en la cuenta de un detalle que había pasado por alto.

—Es decir, ¿que estáis con las chicas un día entero? —pregunta, horrorizada.

—¡Claro! Se trata de un rito largo. La intención es que la chica sobreviva todo el día 20, desde la madrugada del 19 hasta la del 20. Por desgracia, a menudo algún compañero se excede y la chica muere antes de tiempo.

Miren siente ganas de vomitar.

—Pero la mía aguantó. Era una chica dura. Muy dura. Como lo serás tú —y sonríe de forma macabra al decir eso.

Y es entonces cuando la terrible revelación acude a la mente de Miren, como si una dulce voz amada se lo acabara de susurrar al oído. Alguien que yació allí, en ese mismo lugar, años atrás.

—¡¡FUISTE TÚ!! —grita Miren, con profundo odio—. ¡Tú mataste a mi hermana!

El hombre dibuja una sonrisa sarcástica.

—En eso te equivocas. Yo fui el que la escogió, pero logró escapar, y eso que la drogué. Tu hermana era una superviviente, muy luchadora, y eso me gustó. Pero corría muy rápido, y además era muy lista —Miren no es capaz de articular palabra, por la ira y la impotencia—. Pero luego aguantó ahí, donde estás tú, todo tipo de barbaridades. Por eso creo que mis hermanos me concedieron la oportunidad de resarcirme. Porque al menos había escogido bien.

—¿Y pretendes hacer lo mismo conmigo?

—Tú eres mi salvación, Miren. Gracias a ti, no tendrán más remedio que volver a aceptarme entre ellos. Les contaré quién eres, tu historia, y mi lucha para ser de nuevo aceptado. Sé que se conmoverán. Y sé que tú aguantarás,

así que me harás quedar en buen lugar.

—¡Eso crees tú!

—¿El qué? ¿Que aguantarás? ¿Que lucharás por tu vida? ¡Por supuesto que lo harás! ¡Lucharás hasta el último aliento! Te hagan lo que te hagan. No como otras chicas, que se dejaban morir, indefensas y temerosas, como un cervatillo ante un jaguar. Pero tú no eres un cervatillo, ¿verdad, Miren? Tú eres un jaguar, que luchará hasta el final. Y eso les gustará, créeme.

Miren sabe que es verdad, que luchará, así que, ya que va a morir, quiere obtener todas las respuestas a sus preguntas, esas de las que hace años que busca respuesta.

—Tú me abriste la puerta desde dentro, ¿verdad? Hace meses.

—Así es, la segunda vez que te escribí.

—¿Cómo pudiste entrar, si eres un apestado?

Ese apelativo no parece gustar a Pablo, que pierde temporalmente su sonrisa irónica y la sustituye por un gesto de desagrado y ofensa.

—Tengo mis truquitos. Me hubiera gustado esperarte dentro; esa era mi idea, pero escuché ruidos. Alguien venía. Seguramente algún hermano, haciendo una batida rutinaria, una inspección.

—Sí, casi me pillan. Pero ¿por qué querías que entrara?

—Porque quería que me vieras como a un aliado. Y quería que conocieras el lugar para atraerte aquí, en el momento justo.

—¡Pero me has traído a la fuerza!

—Es cierto, no era lo que planeé. Pero no importa. Porque lo que quería era que conocieras un poco el lugar y que no te pillara por sorpresa. Así, la diversión será más grande.

—¿Qué diversión?

—Ya lo verás. Todo a su debido tiempo.

—Pero, pero… ¿por qué fingiste tu muerte?

—Solo se puede ascender una vez —la voz de Pablo parece estar a punto de quebrarse—. Solo si estoy muerto para la sociedad, para *toda* la sociedad, me dejarán ascender, con un nuevo nombre; una nueva personalidad.

—¡Eso no lo sabes! —grita Fran.

—Pero tengo que intentarlo —Pablo hace una pausa—. Y ahora, si me lo permitís, debo presentarme ante los demás. A estas horas, ya estarán reunidos en las sociedades gastronómicas más elitistas, disfrutando de un banquete antes de la *fiesta*. Ya me entendéis —y les guiña un ojo—. Les daré una grata sorpresa al contarles que ya tengo una víctima, y que este año corre de mi cuenta —y se da la vuelta.

—¿Qué tienen que ver las sociedades gastronómicas en esto? —pregunta Miren.

—¡Oh! Cumplen bien su papel. Son… unas perfectas tapaderas, desde tiempos inmemoriales, ¿no es así? Un lugar al que solo acceden hombres, y por invitación. Además, solo los descendientes de esos primeros miembros pueden serlo a su vez, como si fuera una parte más de la herencia paterna. Aunque bueno, cuando los hombres poderosos, de todas partes del mundo, han oído hablar de nuestra *Orden*… Ya os imaginaréis. Han querido sumarse, claro, y se han hecho excepciones con ellos, nombrándoles invitados de honor; aunque no miembros de pleno derecho. Eso sí, se les permite participar en nuestros ritos, sobre todo en nuestra noche grande. Pero en general, esas sociedades gastronómicas fueron presentadas a la opinión pública casi como si fueran unos grupos de amigos que se juntaban a comer y a beber. Fue una idea mucho mejor que crear clubes secretos por doquier, pues a la larga eso se descubriría. No. Lo más inteligente era mantener en secreto solo una parte de nuestra actividad. Pero teniendo una parte visible que enseñar al mundo, una actividad pretendidamente inocente, lúdica. Nada más. ¿Sabéis? La reina María Cristina no solo fue una gran impulsora de nuestra *Sociedad*, sino que promovió su apertura al mundo. Fue una pionera.

—Lo que tú digas…

—No seas tan impertinente, Miren. Como iba diciendo, la Reina fue la mejor madrina que ha podido tener la *Sociedad*. Algunos dicen que con esos gestos solo buscaba acrecentar el poder y la riqueza de su familia y de ella

misma. Pero yo no lo creo —hace una pausa, negando con la cabeza—. Por supuesto que ganó influencia en los círculos más altos del poder, y también mucho dinero. Pero tenía un espíritu altruista, filantrópico. Ella supo mirar más allá. El futuro será para los fuertes y poderosos.

—¿Y tú te crees que serás uno de ellos? —suelta Miren, con inmensa repugnancia.

Pablo parece dudar un instante.

—Si no hago nada, seguro que no —concluye—. Y ahora sí, no quiero esperar más, estoy demasiado emocionado.

La joven mira a Fran, suplicante.

—¡Espera! —le grita el profesor—. ¿Y qué harás conmigo?

—Tranquilo, serás el primero en morir —esboza una mueca que parece una sonrisa malévola—. Tú no les interesas. Te matarán rápido —añade, como si no tuviera ninguna importancia.

—¿Ah, sí? —Fran se incorpora todo lo que las cadenas le permiten.

Pablo se acerca, desafiante. Y en ese momento, para sorpresa de Miren, Fran le tira un enorme escupitajo que le impacta en toda la cara, incluso entrando una parte en su boca.

El hombre se revuelve de ira y va a golpear a Fran, con los puños cerrados, pero este se echa atrás, todo lo que le permiten las cadenas, coge impulso y se lanza sobre él. Ambos caen al suelo en un remolino de brazos y piernas tal que Miren apenas distingue qué miembro es de quién.

El forcejeo termina en pocos segundos. Aunque el profesor es más joven, Pablo tiene una corpulencia superior y, sobre todo, no está encadenado. La pelea termina con el hombre encima de Fran, sentado sobre su vientre, y golpeando duramente al profesor en su cara con los puños. Tras una decena de golpes, el hombre parece cansarse y le da un último golpe, que hace que Fran se pegue con la parte posterior de la cabeza en el suelo, creando un fuerte sonido que retumba por toda la sala, y que hace que a Miren se le hiele la sangre.

—¡Y quédate quietecito! —le grita el hombre, jadeando por el esfuerzo,

mientras se pone de pie.

Y sin decir nada más, sale por la misma galería por la que entró, dejando a Fran tendido en el suelo, inmóvil.

Poco después de salir por la puerta, Miren, sin poder evitar el llanto, llama a su antiguo profesor.

—¡Fran! ¡Fran! ¡Respóndeme!

Unos segundos después, este tose con fuerza y le sale un buen chorro de sangre por la boca. Se pone de lado y escupe toda la que le queda.

—¡¿Estás loco?! —le abronca Miren—. ¿Cómo se te ocurre provocar a ese psicópata?

El profesor aún necesita unos segundos para reponerse y hablar.

—Por esto —dice, con un hilo de voz.

En ese momento, Fran se gira con dificultad y coge algo que hay en el suelo. Alza ese pequeño objeto y Miren comprueba, a la escasa luz de las antorchas, que se trata de una especie de llave.

Entonces lo entiende todo. «¡Qué cabrón!», piensa, sintiéndose más feliz que nunca, en mucho mucho tiempo.

En unos pocos segundos, Fran está libre de sus cadenas, y avanza hacia la chica para soltar sus ataduras, cosa que le cuesta bastante más por no tener a mano ningún objeto afilado con el que cortar las cuerdas.

Miren desciende del altar con ayuda de Fran, pero pese a ello le cuesta muchísimo. Siente que las fuerzas le fallan, y tampoco su compañero está mejor. Ambos necesitan un receso para recuperar fuerzas, recobrar la movilidad completa de sus miembros y alejarse de ese lugar.

A los pocos minutos, se levantan del suelo y cada uno se hace con una antorcha de la pared. Aprovechan para mirar en sus bolsillos, pero el hombre les ha quitado todo: el móvil en el caso de Miren, y la cartera y el móvil, en el caso de Fran.

Levantando las antorchas a la altura de los ojos, ambos avanzan vacilantes

por los oscuros túneles.

## 48

Unos minutos después de empezar a caminar, llegan a la primera intersección. Por desgracia, y como es evidente, ninguno de los dos lleva el plano que tan en detalle confeccionaran tiempo atrás. Por tanto, y de forma similar a como le ocurriera a Miren, avanzan a tientas. Por mucho que la joven intente acordarse de por dónde pasó la última vez, para intentar llegar a las escaleras que le subieron hasta la Iglesia de San Vicente, no es capaz de visualizar en su mente nada en claro, y cada vez que, llegados a una encrucijada, toman un camino al azar, los pocos esquemas mentales que Miren cree estar haciéndose se desbaratan.

Tras pasar por otros tres cruces más, ambos se dan cuenta, casi al mismo tiempo y sin tener que verbalizarlo, de que tendrán el doble de posibilidades de pedir ayuda si se separan. Por lo tanto, en cuanto llegan a otra bifurcación, Miren coge el corredor de la derecha y Fran el de la izquierda. Amarga es la separación para la chica, que siente un renovado pavor al quedarse sola, una vez más, en ese maldito lugar. Pese a ello, sigue pensando que ha sido la mejor solución, aunque después de quedarse sola, empiezan a asaltarle las dudas.

Pasa un tiempo largo dando vueltas por los túneles. En un par de ocasiones, además, tiene la sensación de haber caminado en círculos, o al menos el lugar se le hace conocido, aunque ya no podría jurar si es cierto o no, y si lo recuerda de hace un rato o de hace unos meses.

Finalmente, encuentra un pasillo lateral con unas escaleras y las sube. Llega a otro pasillo y avanza hacia la izquierda. La antorcha arroja cada vez una luz más escasa, y Miren empieza a preocuparse. No quiere ni imaginar qué sentiría si se quedara en ese lugar sin luz, avanzando a tientas por las paredes, con el riesgo de romperse la crisma en cualquier momento, y con un enemigo silente que, Miren lo sabe bien, a no mucho tardar irrumpirá por los túneles, esperando encontrarla en la gran sala, aunque no estará allí cuando lleguen.

Miren avanza con paso más firme y rápido, aun sin saber adónde va, por el miedo a quedarse a oscuras. De repente, encuentra una rampa a su izquierda, de subida, y la toma. Después, un poco más adelante, encuentra otras escaleras, también de subida. Un poco más animada, sube y siente que tiene que haber una puerta cerca. Una puerta que la trasladará al exterior.

Efectivamente, unos minutos después encuentra una puerta de metal. Intenta abrirla pero no puede. Deja la antorcha en el suelo, apoyada contra la pared, y lo intenta de nuevo. Pero la puerta no cede ni un ápice. Entonces, entiende que no tiene más remedio que coger algo de impulso y lanzarse con el hombro contra la puerta, o tal vez darle unas buenas patadas.

Mientras piensa en ello, de repente, le llegan unas voces. Miren se pone muy tensa al instante y mira atrás. Coge la antorcha como única arma disponible y aguarda, en silencio. Se palpa el bolsillo, como por instinto, esperando encontrar ahí su espray de pimienta, pero se da cuenta de que estará en su casa.

Pese a sus sospechas, el ruido de voces no viene del interior, sino del *exterior* de la puerta. Entonces, la joven acerca su oído al frío metal y posa su oreja contra la puerta. Las voces están cada vez más cerca. Parece tratarse de un grupo de hombres hablando entre sí.

—¿Y se le ha escapado a ese inútil? —cree entender Miren que uno de los hombres ha dicho.

—¡No, hombre, no! Los ha dejado escapar. Esa era la sorpresa que nos quería dar el payaso ese —exclama otro. Y los demás se ríen.

«¡Joder!», piensa Miren, «o sea que Pablo esperaba que nos escapáramos. Contaba con ello. Esta es la caza que les ha prometido. Y nosotros somos la presa.»

Miren siente cómo las piernas le empiezan a temblar, y se siente a punto de desvanecer. Toda la esperanza que había depositado en la puerta de escape se evapora rápido. Solo se le ocurre volver a bajar y buscar otra salida. Y rápido.

Entonces, un tercero habla con la voz tan ronca y en un tono tan bajo que Miren apenas entiende nada, pero el primer hombre al que ha escuchado, que habla más alto, vuelve a tomar la palabra.

—Ojalá la encontremos nosotros. Así me ganaré el derecho de gozar de ella primero. Y de los primeros cortes…

—¿Tienes tú la llave? —pregunta una voz que no había hablado hasta ese momento.

—Sí. Ahora la abro. Si es que puedo, porque esto está cada vez más oxidado.

Y a los pocos segundos, Miren escucha un sonido metálico en la puerta. Antes de pararse a comprobar si son capaces de abrirla, recupera la antorcha y baja las escaleras lo más rápido que puede. Mientras desciende, le vienen a la mente unas palabras de Pablo. «Por eso quería que yo conociera un poco este lugar, para que no me pillara de sorpresa, y para que la caza sea más larga, más emocionante, para estos chalados», piensa.

Una vez en la base de las escaleras, la joven toma el camino inverso a la ida e intenta encontrar algún otro tramo de escaleras que tal vez le lleve a otra salida. También se le cruza por la cabeza encontrar un buen escondrijo y quedarse allí agazapada durante horas, esperando no ser encontrada. Pero sabe que eso a la larga no saldría bien. No la dejarán salir de allí con vida. Su única esperanza es encontrar otra salida, una que quizá hayan incluso olvidado que existe.

De repente, a lo lejos, ve que en la galería empieza a formarse una cierta luminosidad en las paredes, indicativo de que alguien se acerca a lo lejos. Efectivamente, poco después, Miren escucha unas voces, que suenan animadas. Antes de que puedan descubrirla allí, se mete por el primer pasillo lateral que encuentra, y sigue adelante. La galería secundaria, más estrecha que otras, gira hacia la derecha para terminar en una reja metálica que cubre todo el ancho de la galería. Miren se ve obligada a retroceder unos metros y tomar otro camino.

Y entonces lo escucha. Un grito masculino, a lo lejos, que le llega como un eco.

—¡Ha ido por allí! ¡Vamos!

Miren no se queda ni un instante para comprobar el origen del grito, corre y corre lo más rápido que puede. Aunque sabe que no debe hacerlo, un rato después, al salir a una galería más ancha, casi exhausta, mira atrás y, a unos veinte metros, ve a un par de individuos que se giran rápidamente, la señalan y le gritan algo. La joven no puede evitar gritar de angustia y arranca a correr sin dejar de mirar atrás.

Cuando se gira para mirar adelante, tiene el tiempo justo para descubrir cómo algo se acerca a su cara a gran velocidad.

No ve nada más.

**49**

La caza ha terminado. Así como su aventura, piensa Miren, de nuevo atada sobre el altar, poco después de salir de su estado inconsciente. Levanta la cabeza y mira su cuerpo. Solo viste un fino vestido blanco que le llega por las rodillas.

Esta vez, Miren ya no forcejea para intentar aflojar sus ataduras. De poco le serviría. A su alrededor se agolpan, rodeándola, pero todavía a varios metros de ella, decenas de hombres, murmurando los unos con los otros. Por su tono, parecen estar muy contentos y excitados, y todos ellos visten un sayo amarronado y llevan la capucha echada sobre la cabeza.

Miren mira instintivamente a su derecha, al suelo, pero no ve a Fran por ninguna parte. Por si acaso, mira en todas direcciones, pero no lo ve por ninguna parte. Pese a lo precario de su situación, se le escapa un suspiro de alivio. «Tal vez él lo haya conseguido», se consuela. «Aunque lo más probable es que siga perdido por estos túneles», piensa a continuación.

Poco después, uno de los hombres da un paso al frente y se pone justo frente a Miren, a sus pies. Alza las manos y los murmullos cesan al instante. Entonces, se pone a hablar, de forma pausada y con la voz algo cascada. Aunque no le pueda ver el rostro, Miren intuye que se trata de un hombre entrado en años.

—La chica ya se ha despertado —dice el hombre—. Este es el regalo del hermano Pablo Abarrategi, que me ha trasladado su ferviente deseo de ser, de nuevo, una parte activa de nuestra congregación, puesto que, tal y como marcan nuestras normas, está muerto, al menos para el mundo, y desea renacer con una nueva personalidad —hace una pausa—. Aunque lo que hoy ha acontecido no es algo habitual, debemos reconocer que la caza, aunque haya ocurrido dentro de estas galerías, ha sido muy emocionante. Aprovecho para felicitar al hermano Julio Uribe, que ha capturado a la presa —se escuchan unos tímidos aplausos y algunos murmullos de aprobación—. Pese a sus esfuerzos, la nueva iniciación o no del hermano Pablo será decidida una vez acabe nuestro sagrado ritual —hace una pausa larga—. Hermano Julio, coge esta daga y dale comienzo a esta celebración.

El anciano saca una daga de uno de sus bolsillos, cuya hoja brilla con el reflejo de las antorchas de las paredes. Otro hombre sale de entre el montón

de congregados y coge el arma, tras hacerle una reverencia al anciano.

Se acerca a Miren y, tras recitar en alto una especie de juramento, que obtiene una breve respuesta del resto de la gente, empieza a dar vueltas alrededor de la joven, como sopesando dónde atacar primero.

Miren empieza a temblar de terror y a intentar alejarse, lo que las ataduras le permiten, de donde sea que esté el hombre. Finalmente, este se decide y le hace un pequeño y rápido corte en la planta del pie. La joven lanza al aire un grito de dolor. No obstante, es consciente de que no es más que el inicio y que, tal y como Pablo le advirtió horas antes, le esperan 24 horas de agonía y suplicio.

El hombre de la daga, el tal Julio, le hace un corte en el hombro, y después, en su siguiente vuelta en torno el altar, se acerca más a Miren, le destapa un pecho y le hace un pequeño y superficial corte a varios centímetros por encima de la areola. Miren aprieta los dientes para no gritar. Después, el individuo se echa la capucha un poco atrás y ella puede verle la cara. Tendrá unos cuarenta años, y no le suena de nada. El hombre saca la lengua con una expresión libidinosa y la acerca a la herida, lamiendo la sangre que emana del corte.

A Miren se le revuelve la tripa y deja de mirar al hombre que, unos segundos después, se sube al altar y le empieza a subir el vestido a la joven, lo cual despierta unos gritos de lujurioso placer entre los presentes. Ella intenta resistirse, pero el hombre le sujeta las piernas con firmeza. Después, acerca la daga a los genitales de la joven y acaricia sus ingles con el filo. Miren no puede evitar un ligero estremecimiento por el repentino frío que siente, lo cual arranca varias carcajadas entre los presentes.

Tras ello, el hombre aparta la daga y se ríe con otra alta carcajada. Echa su cuerpo hacia adelante hasta tumbarse sobre la joven, y acerca su boca a la oreja de ella.

—Todavía no hemos llegado a esa parte… —le susurra, apretando su cuerpo contra el de ella—. Pero todo se andará.

Miren siente que está a punto de perder el conocimiento, pero no llega a ocurrir. Entonces, mira al techo, donde se agolpan mil sombras, e intenta evadir su mente. Pero no es capaz de hacerlo.

El hombre se aparta y se baja del altar, con cierta torpeza, entre los vítores y las risas de sus *hermanos*.

Unos segundos después, el anciano retoma la palabra y desvela cuál es el siguiente *juego*. La joven mira de reojo y ve que, a su derecha, alguien sale de la multitud y le lleva un objeto al anciano. Parece una especie de látigo corto con varias puntas metálicas. La joven cierra los ojos e intenta, con más fuerza, irse de allí, aunque sea mentalmente, marcharse a otro lugar, a cualquier otro. Se ve a sí misma en la Tamborrada, con Leire a su lado, desfilando, riendo y bailando por las calles de Donostia, que es lo que debería estar haciendo en ese momento: tocando con su barril las alegres marchas de la fiesta.

* * *

Pasa el tiempo y los juegos macabros se suceden, pero Miren hace rato que apenas es capaz de atender a lo que pasa a su alrededor, casi ni a lo que ocurre en su propio cuerpo. Pero sí sabe que sigue viva, sangrando por más de un lugar, puesto que el dolor está ahí, y es cada vez más intenso. Cada varios minutos, le obligan a beber algo de agua. «Me necesitan viva para seguir con su fiesta», piensa Miren una de esas veces.

De repente, justo cuando va a dar comienzo otro de sus juegos, se escucha un grito entre la multitud y, después, varios disparos. En un instante, la hasta el momento disciplinada actitud de los presentes se convierte en un auténtico caos de gritos, carreras y pisotones.

Miren vuelve a la realidad, aunque está tan débil que apenas puede abrir los ojos. Es como si de repente nadie reparara en ella, como si se hubieran olvidado de que sigue ahí.

Unos segundos antes de perder el conocimiento, la joven ve cómo un hombre se acerca corriendo hasta ella, abriéndose paso a empellones. Cree adivinar que se trata de Fran.

## 50

Alguien llama a la puerta.

—Adelante —responde Miren, desde la cama del hospital.

Entra una enfermera de unos treinta años, encantadora y sonriente.

—¡Hola, guapa! Tienes visita.

—Oh, bien, gracias, Ainhoa.

La enfermera sale con paso vivo y entra Fran, arrastrando los pies. Es la primera vez que Miren lo ve desde aquella noche.

—Me han dicho que te despertaste ayer —dice el profesor, a modo de saludo. La joven se percata de que tiene unas ojeras más profundas de lo habitual en él, y su forma de andar, algo renqueante, parece indicar que no está del todo recuperado. Además, en el rostro tiene varias marcas rojas, y uno de sus ojos sigue visiblemente hinchado.

—Sí —comenta Miren—. Después de dos semanas, según me han dicho.

—Dieciséis días —confirma Fran—. Estamos a 5 de febrero.

—Ya —la joven mira a su izquierda, a la ventana. Desde allí, solo se ve el edificio de enfrente, que también pertenece al Hospital Donostia, donde está ingresada.

—Y… ¿Qué tal estás? —pregunta Fran, vacilante.

Miren tarda unos segundos en responder. Prefiere tirar de ironía. Ya está cansada de llorar. Siente que lleva un día entero sin hacer otra cosa.

—Pues viva, que no es poco —le dice.

—Sí, yo creía que tampoco lo contaba. Esto… ¿Te ha visitado ya la Policía?

—Sí. Hace un par de horas. Mis padres han tenido que irse. Por la tarde volverán. Ya le he dicho al agente todo lo que sé. Lo que recuerdo. Pero al final, cuando le he preguntado por lo que pasó, me ha dicho que no puede

hablar de ello. Que es secreto de sumario. Y le he dicho: ¿En serio no me vas a decir nada? ¿A mí, que estuve ahí en medio?

—¿Y qué te ha contestado?

—Nada. Se ha levantado y se ha ido.

—Bueno, qué le vamos a hacer.

—Así que tendrás que ponerme tú al día, Fran.

—¿Yo? Uf, por dónde empezar…

—Pues puedes decirme cómo te encuentras.

—Bueno… Bien. Aparte de lo de la cara, pues recibí un par de cortes en la pierna —Fran se palpa ligeramente la pierna izquierda—. Uno de esos fanáticos me clavó un cuchillo cuando iba a desatarte. Y después alzó el cuchillo y lo paré con el brazo —se remanga la camisa y Miren ve una venda en el antebrazo.

—Vaya…

—Pero tranquila. No es grave. Me recuperaré.

La joven hace una pausa. Suspira.

—Menos mal que llegaste, Fran. Por cierto, aún no te he dado las gracias. O sea que… gracias.

—No hay de qué. Me hubiera gustado llegar antes, pero… En fin. Nos perdimos por esos túneles del infierno.

—Es lógico —admite Miren—. Pero al menos conseguiste salir. A mí me atraparon.

—También es verdad que era a ti a quien seguían. Yo me quedé agazapado en un escondite y, cuando pasó un grupo de esos encapuchados, me escabullí y conseguí abrir una puerta. Me limpié la cara lo mejor que pude y salí a una sociedad gastronómica. Era la Unión Artesana. Como soy hombre, tan solo me miraron raro, y solo los que más cerca estaban de mí, hasta que se dieron cuenta de que no era uno de ellos. Pero para entonces ya me había escapado,

así que corrí entre la gente de las calles, hasta el punto de encuentro con mi contacto y sus agentes, que estaban ya bastante preocupados por mí. Después, entramos en Gaztelubide, que nos quedaba muy cerca, y que ya estaba medio vacía, y seguimos con el plan, aunque cuando entramos en los pasadizos nos costó muchísimo llegar hasta la sala central del altar, donde estaban todos reunidos. Y encima, los que quedaban en la gastronómica Gaztelubide nos juraron que no sabían de qué estábamos hablando. Que no sabían dónde estaban los demás ni habían oído nada de ninguna gran sala. ¿Quién sabe? A lo mejor, decían la verdad.

—¿Y qué ha pasado con esa gente? ¿Los de la *Sociedad de La Bella Easo*?

—Detuvieron a unos cuantos. Pero muchos se escabulleron por los túneles, que conocían mucho mejor que nosotros. No sé cómo, activaron algún mecanismo de obstrucción programada, o algo así, porque algunos túneles se vinieron abajo antes de que pudiéramos seguirles.

Miren está resignada. En el fondo, se imaginaba algo así.

—Entonces, no tienen a nadie…

—¡No, no! A algunos sí. Se ha capturado a un par de políticos importantes, algún empresario, banquero, incluso un comisario de la Ertzaintza. Pero no han tirado de la manta, y dudo que lo hagan.

—Y se irán de rositas.

—No lo sé, pero es muy difícil relacionar a esa gente con tantas desapariciones y asesinatos. Ellos lo saben. Por eso no están del todo preocupados. Aunque sí les acusarán de agresión física y otros cargos contra ti. Pero no te voy a engañar. Vete a saber en qué queda todo…

—Me lo imaginaba, tranquilo. Me contentaré con que, al menos, estén unos años inactivos.

—¡Oh, sin duda! El chiringuito se les ha caído. Y todo gracias a ti. Ya no podrán usar ese sistema de túneles. Ellos mismos lo han destruido.

—Encontrarán otra manera, estoy segura. Siempre lo han hecho y siempre lo harán. No me cabe duda —dice Miren, con un bufido final.

—Estoy de acuerdo. Pero piensa que, de alguna manera, has vengado a todas esas mujeres que sufrieron lo mismo que tú pero no pudieron contarlo. O que fueron tomadas por locas, como Laida.

—No es suficiente… Les hemos fallado.

—No digas eso —Fran hace una pausa—. Por cierto, estas últimas semanas no se habla de otra cosa. En la calle y en los medios. Aunque los medios de comunicación no saben muy bien cómo explicar lo que pasó.

—Me lo imagino. ¿Y no será que algunos poderosos magnates de la prensa también estaban ahí esa noche?

—Puede ser.

—Entonces, normal que lo expliquen a su manera.

Se quedan un rato en silencio, sin mirarse.

—Por cierto —dice Fran—, sé que no te interesará mucho, pero la ciudad… O bueno, el consistorio, más bien, quiere hacerte un homenaje, por tu sacrificio y bla, bla.

Miren recupera la ironía.

—¿Es una broma?

—Me temo que no.

—En fin, cambiemos de tema. ¿Se sabe algo de ese… del hombre de los anónimos, el tal Pablo Abarrategi? —le cuesta verbalizar su nombre, por el inmenso odio que siente por él.

Fran mira al suelo, apesadumbrado, pero se repone en un segundo.

—Me temo que no está entre los detenidos. Así que supongo que sigue oficialmente muerto. Aunque me han comentado que se está investigando qué pudo pasar. Porque alguien falsificó documentos para que pudiera hacerse pasar por muerto, eso está claro.

—¿Y el diario del escultor?

—Tampoco se ha encontrado.

—Pues qué bien todo…

Miren se tumba en la cama, cuyo cabecero está plegado hacia arriba, en un ángulo de unos 30 grados.

—Tú y yo sabemos que hay gente muy poderosa detrás —continúa el profesor—, con lazos en todos los ámbitos de poder. No será fácil descubrirlos, pero lo intentaremos.

—¿Aún sigues queriendo hacerlo?

—¿Tú no?

—No lo sé. Solo quiero dormir. Y que me dejen en paz.

—Por supuesto. Pero te darán el alta en unos días. Quizá entonces cambies de opinión.

Miren sopesa su respuesta.

—Es posible.

Fran sonríe y se levanta de la silla.

—Debo irme. Tengo clase. Te veré mañana.

—Vale, bien —en ese momento, Miren recuerda un detalle que se le había pasado por alto.

—Fran, una cosa.

—Dime.

—No. Nada. Déjalo.

Fran se ríe.

—Vale. Como quieras. Hablamos pronto.

Sale y cierra la puerta tras él.

Miren observa cómo se aleja y su mente regresa a aquella noche, mientras estaba atada en la gran sala. Recuerda cómo Fran se acercó a ella corriendo y empezó a desatarla, entre el caos reinante. Entonces recuerda que cerró los ojos, exhausta, pero antes de perder el conocimiento pudo escuchar cómo alguien más le hablaba a su profesor.

—¿Qué haces tú aquí *ahora*?

**Agradecimientos**

Tengo tanta gente a la que agradecer, de corazón, sus ánimos y ayuda, que espero no dejarme a nadie. Sus críticas y opiniones me ayudaron mucho a mejorar en este proceso, desde que, allá por el confinamiento, mi novio me animó a escribir algo que me sacase de mi zona de confort, ya que otra cosa no teníamos, salvo tiempo.

Por supuesto, a mi querida familia: Antonio, Lourdes, Yune y Ander. A la familia de Jon: Itzi, Saioa, Olatz, Iñaki(s) e Imanol, que una buena pista me dio. A las hermanísimas Mónica y Lorena, tan majas ellas. Y a Carlos, claro. A Marian, Eneko y su familia, cada vez más bonita y amplia. A Julen y Naiara, con el esfuerzo extra del primero. Él me entiende. A mis bibliotecarias preferidas, Aitziber y Olatz, una vez más. A Igone y Julen, siempre ahí. A Shandra, amiga de siempre siempre. A mis compis Pyly y Leire. A Joseba y Álvaro, escritores. A todos ellos, gracias por la ayuda recibida.

Eskerrik asko!